LITERATURA UNIVERSAL

El príncipe y el mendigo

Mark Twain



Mark Twain crea una bella ficción en la que, por un exacto y casual parecido físico, un futuro rey conoce amargamente la situación desdichada de su pueblo, mientras que el hijo de una familia pobre y miserable vive la angustiosa estrechez del protocolo real. El marco histórico es el reino de Inglaterra del siglo XVI, y la figura del príncipe corresponde en la realidad a Eduardo VI.

Hijo de Enrique VIII y de Juana Seymour, Eduardo VI reinó por un breve período, desde 1547 a 1553, año en que murió en Greenwich cuando solo contaba dieciséis años de edad. Había subido al trono siendo todavía un niño y le tocó uno de los momentos más dramáticos de la crisis económica y política del reino de Inglaterra y de Irlanda. Principalmente, la miseria de las clases populares había llegado a un límite insostenible. Por esto, el reinado de Eduardo VI terminaría en medio de una indescriptible tensión dramática.

Este es el fundamento auténtico de un cuadro social repleto de desigualdades e injusticias que Mark Twain sabe describir acertadamente y que sirve de base para el desarrollo de uno de sus argumentos más emotivos y electrizantes.

Mark Twain

El príncipe y el mendigo

ePub r1.0
Titivillus 22.12.2023

Título original: *The prince and the pauper*
Mark Twain, 1881
Traducción: Jordi Beltrán

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Introducción al autor, su época y obra

En el agradable marco de la literatura juvenil, el nombre de Mark Twain resuena sin duda alguna como uno de los sonidos más peculiares que consigue atraer y magnetizar inmediatamente la atención. Los personajes y los argumentos que creó se han difundido tanto por todo el mundo, que prácticamente resulta casi imposible no saber algo de Tom Sawyer o de Huckleberry Finn. Quien no ha leído sus obras, ha vivido en el cine sus originales aventuras. ¿Algún muchacho no se ha estremecido ante la amenaza de Joe el Indio, que se cierne sobre Tom y su pequeña novia, Becky Thatcher, en la profundidad de unas grutas sin salida? ¿Hay algún chico que no haya sentido con Tom y Huck la enorme emoción de visitar un cementerio en plena noche, para ser testigos oculares del más innoble asesinato? Ni el cine ni la televisión se cansan de reproducir de tiempo en tiempo las célebres novelas de Mark Twain, porque saben que la atención y el interés del público juvenil están asegurados. Conozcamos, no obstante, antes de empezar la lectura de sus más emocionantes relatos, algo de la vida de un autor tan singular, así como algunos pormenores interesantes que ayudan a captar y a comprender mejor sus obras.

UNA VIDA AGITADA

El verdadero nombre del creador de Tom Sawyer y de Huckleberry Finn era Samuel Langhorne Clemens. Nació el 30 de noviembre de 1835 en un pueblo casi olvidado de Norteamérica, llamado Monroy County (Florida, Missouri), aunque muy pronto la familia Clemens se trasladó a Hannibal, población a orillas del río Mississippi, donde en realidad transcurrieron la infancia y la adolescencia del escritor. Así, Hannibal había de constituirse de hecho como la primera patria de Mark Twain. Todavía hoy cines, calles y plazas aparecen bautizados con los nombres de sus héroes e incluso se ven estatuas con las figuras de algunos de ellos. En la misma comarca existen un faro y un enorme puente dedicados a la memoria del famoso autor.

La vida del joven Samuel Clemens, sin embargo, no fue tan triunfal como puede dar a entender esta explosión de fervor popular por un gran artista. Su

padre murió muy pronto y, a los trece años, el muchacho tenía que abandonar ya la escuela y entrar a trabajar como aprendiz en la imprenta de su hermano Orion, a fin de colaborar con su esfuerzo a solventar los problemas y las necesidades de su familia.

En 1851, no obstante, había de producirse en la vida de aquel muchacho un acontecimiento decisivo que marcaría en varios sentidos la persona y el espíritu del futuro creador literario. Abandonando el oficio de tipógrafo, entró como aprendiz de piloto en los vapores que surcaban por aquella época las aguas del río Mississippi. Aunque su primer trabajo en la imprenta puede considerarse como la forja donde Samuel Clemens entró en contacto con las letras, la nueva experiencia significaría el gran acopio de material para sus mejores libros. La imaginación despierta de aquel joven de dieciséis años iba observando y reteniendo la variada serie de detalles que ofrecía la vida del piloto en aquel amplio horizonte de la naturaleza. El maravilloso paisaje, los extraños nombres de las aldeas que circundaban el río y las costumbres exóticas de sus habitantes se iban grabando profundamente en su ánimo. Estudiaba detenidamente aquellos barcos a vapor, propulsados por ruedas, se fijaba en los diversos y curiosos tipos de gente que se embarcaban en ellos, atendía sin cansarse al grito del hombre que echaba la sonda para comprobar la profundidad de las aguas, anunciando que el fondo quedaba solo a dos brazas: «*Mark twain!* (¡Marca dos!)».

Al estallar la guerra de Secesión, sin embargo, cuando, siendo ya un hombre, había conseguido pilotar uno de los navíos que hacían la travesía ordinaria por el Mississippi, su nueva profesión fue de repente interrumpida. La terrible contienda entre Norte y Sur dejó casi paralizadas las acciones normales que se desarrollaban en la paz. Durante un breve período, militó incluso en el ejército del Sur, comportándose de manera valiente y llena de coraje, aunque en sus escritos nunca quiso hablar seriamente de este episodio de su vida.

En 1861, terminada ya la penosa guerra civil que asoló gran parte de Norteamérica, trabajó de nuevo con su hermano Orion que había sido nombrado secretario del Estado de Nevada. Otro tipo de labor, completamente distinta de las anteriores, se sumaba a la gran variedad de actividades que animaron sobre todo su primera época: durante dos años, estuvo empleado como minero en las minas de plata de Humboldt y de Esmeralda. Al mismo tiempo, empezó a colaborar en un periódico de Virginia, llamado *Territorial Enterprise*. Sus artículos llamaron muy pronto la atención del público. En cierto sentido, la llamaron demasiado, ya que a

resultas de un comentario periodístico estuvo a punto de batirse en condiciones muy duras con el director del diario *Union*. Se difundió, no obstante, la invención de que Samuel Langhorne Clemens era un tirador extraordinario, por lo cual su adversario prefirió presentarle sus excusas. A pesar de todo, aunque el duelo quedó frustrado, aquel lance tuvo consecuencias en la suerte del nuevo periodista dado que, perseguido por la justicia, se vio obligado a emigrar a California, donde se convertiría en el director del *Virginia City Enterprise*. Allí fue donde decidió utilizar un seudónimo para firmar sus escritos. Su recuerdo lo llevó inmediatamente a la época feliz en que surcaba como piloto las aguas del Mississippi y no encontró mejor nombre que el grito oído tantas veces: «*Mark Twain!*».

En 1865 cambió nuevamente de residencia y se trasladó a San Francisco, trabajando durante unos meses en la revista *Morning Call*. En el mismo año, aprovechando su experiencia como minero, probó fortuna en unas minas de oro situadas en el condado de Calaveras. La empresa, sin embargo, no resultó específicamente fructífera y al año siguiente emprendió un viaje a las islas Hawaii, donde permaneció por un período de seis meses. El reportaje que escribió sobre esta larga estancia lo hizo por primera vez célebre y, a su vuelta a Norteamérica, dio una serie de conferencias muy graciosas en California y Nevada que consolidaron su fama como agudo humorista.

El gran éxito de este proyecto indujo a la dirección del periódico llamado *Alta California* a enviarlo a Tierra Santa como corresponsal. De este modo, en 1867 visitó el Mediterráneo, Egipto y Palestina, con un grupo de turistas. Todo ello lo contó luego en el libro titulado *The Innocents Abroad (Inocentes en el extranjero)*, que se convirtió en uno de los primeros *best-sellers* norteamericanos.

Al regresar de nuevo a su país, dirigió el *Express* de Buffalo y contrajo matrimonio con Olivia L. Langdon, de la cual tuvo cuatro hijos. Tras un período de conferencias en Londres, en el año 1872, se inicia la gran producción de Mark Twain como narrador y novelista. *Las aventuras de Tom Sawyer* es la primera obra que le habrá de dar un renombre universal, aunque su agudo poder satírico se manifiesta con enorme vigor en historias breves como *The Stolen White Elefant (El elefante blanco robado)*, en la que arremete graciosamente contra la policía norteamericana. *El príncipe y el mendigo*, quizá su más emotiva y poética ficción como creación literaria juvenil, se publica en 1882. Tres años más tarde, sin embargo, aparece su *Huckleberry Finn*, acerca de la cual toda la crítica está de acuerdo en afirmar que se trata de su obra maestra.

Entre tanto, una nueva profesión vino a sumarse al variado número de actividades que abordó aquel hombre de cualidades, ciertamente, polifacéticas. Asociándose con Charles L. Webster, Mark Twain dedicó sus esfuerzos al difícil campo editorial, emprendiendo un negocio de vastas y ambiciosas proporciones. Hasta aquel momento, las ganancias conseguidas como escritor y conferenciante lo habían hecho poseedor de una considerable fortuna. La nueva tentativa, no obstante, lo iba a llevar en un período de diez años a la más absoluta ruina. Así, durante 1895 y 1896, se vio obligado a dar un extenso ciclo de conferencias por toda Europa, a fin de poder pagar a los acreedores. El éxito de sus publicaciones, como el de *Un yanqui en la corte del rey Arturo*, en 1889, era ya lejano e insuficiente para subsanar las cuantiosas deudas contraídas en su trabajo como editor. A pesar de todo, la gran acogida que obtuvo como agudo y divertido conferenciante, así como la notable venta de un nuevo libro titulado Following the Equator (Siguiendo el Ecuador), en donde se narra su vuelta al mundo, lograron rehacer su situación económica y resolver este momento crítico de su vida.

El prestigio de Mark Twain como autor, sin embargo, había llegado a su máximo grado. Su categoría literaria era reconocida internacionalmente. En 1902, la universidad de Yale le concedía el doctorado en letras y en Missouri era nombrado doctor en leyes. En 1907, el rey de Inglaterra lo recibía en el palacio de Windsor y la universidad de Oxford le otorgaba el título de «doctor *honoris causa*».

Aquel «típico ciudadano yanqui», tal como lo describe Ramón J. Sender, de «estatura aventajada, cabellera rojiza y revuelta, el bigote caído —se usaba entonces— y una expresión de sorna bondadosa y a veces un poco apoyada y gruesa», supo compaginar de una forma difícil de entender para nosotros las más diversas imágenes sociales de un personaje. Impresor, piloto, soldado, minero, periodista, conferenciante, editor, escritor, hombre de negocios y publicista, poseyó la rara y admirable cualidad de saber relacionarse con todo el mundo de la misma manera simpática, viva y afectuosa. Por esto, a su muerte en Redding (Connecticut) el 21 de abril de 1910, su figura ya era mundialmente admirada, no solo por su poderoso ingenio literario, sino también por su enorme categoría humana.

UN REINO Y UNA HISTORIA FASCINANTE

El genio literario de Mark Twain no se limitó simplemente al género real y costumbrista, basado ante todo en la propia experiencia personal, sino que

su imaginación se desbordó profusamente no solo fuera de su país y de su tierra natal, sino también fuera del tiempo histórico en que vivió. La prueba más brillante del vigoroso poder de su fantasía se encuentra, de manera evidente, en el relato que se incluye en este volumen.

Mark Twain buscaba por encima de todo la gracia y su sátira no era corrosiva. Como dice muy bien Ramón J. Sender, «era un hombre sin hiel y sin rencor que trataba de hacerse perdonar su felicidad haciendo reír a la gente grave».

La mejor muestra de su bondad natural y de sus finos sentimientos es la novela *El príncipe y el mendigo*. Haciendo gala de un profundo humanismo y de una penetración psicológica admirable, el autor crea una bella ficción en la que, por un exacto y casual parecido físico, un futuro rey conoce amargamente la situación desdichada de su pueblo, mientras que el hijo de una familia pobre y miserable vive la angustiosa estrechez del protocolo real. El marco histórico en que se desarrolla la original trama es el reino de Inglaterra, durante la primera mitad del siglo XVI, y la figura del príncipe corresponde en la realidad a Eduardo VI.

Hijo de Enrique VIII y de Juana Seymour, Eduardo VI reinó por un breve período, desde 1547 a 1553, año en que murió en Greenwich cuando solo contaba dieciséis años de edad. Había subido al trono siendo todavía un niño y le tocó uno de los momentos más dramáticos de la crisis económica y política del reino de Inglaterra y de Irlanda. Por una parte, el estado en que a su muerte había dejado el país Enrique VIII no era precisamente halagüeño, sino todo lo contrario. Los conflictos religiosos derivados de la ruptura del rey con la Iglesia y de la penetración del protestantismo habían causado profundas e irreparables heridas a la nación. A resultas de una pésima economía, la moneda se había devaluado enormemente, al tiempo que las finanzas estatales padecían una presión peligrosísima. La propiedad rústica se había trastornado, produciéndose un desequilibrio social y financiero que debía alcanzar más larde proporciones verdaderamente trágicas. Por otra parte, las rivalidades internas de hombres ambiciosos que se disputaban el poder, ante la natural inexperiencia de un niño de pocos años, incrementaron el desastre en que se sumiría la nación. El protector Somerset, tío de Eduardo VI, y el duque de Northumberland, el temible Dudley, no hicieron otra cosa que empeorar la complicada situación con sus luchas privadas que obedecían a sus secretas ambiciones. Principalmente, la miseria de las clases populares había llegado a un límite verdaderamente insostenible. Por esto, el reinado de Eduardo VI terminaría en medio de una indescriptible tensión dramática.

Este es el fundamento auténtico de un cuadro social repleto de desigualdades e injusticias que Mark Twain sabe describir acertadamente y que sirve de base para el desarrollo de uno de sus argumentos más emotivos y electrizantes para la mentalidad juvenil.

UN HUMORISTA, SOBRE TODO

Alguien dijo una vez que «quien no es en parte un humorista, solo es en parte un hombre». En este sentido, no cabe ninguna duda de que Mark Twain fue un hombre completo. Su humor, sano y agudo, no solamente es un elemento primordial que sazona constantemente sus obras, sino que fue también la característica más dominante de su bondadosa y humana personalidad. En contra de lo que suele suceder con muchos humoristas, su gracia era viva e ingeniosa, de forma que todavía en nuestro tiempo provoca la hilaridad. Hablando, por ejemplo, de las personas que pretenden dejar de fumar y no lo logran, el famoso autor respondió: «¿Dejar de fumar? Nada más fácil. ¡Yo he dejado de fumar más de mil veces!».

La risa de Mark Twain era saludable, porque empezó riéndose de sí mismo y de su propio país. No había mordacidad en su sátira, ya que no tenía la pretensión de imponer su punto de vista ni demostrar ningún principio moralizador. En muchos sentidos, fue el representante genuino de una tierra joven que sabía relativizar su mundo y que, a pesar de todo, miraba siempre coro optimismo el futuro. «El humor de Mark Twain», como afirma Ramón J. Sender con profunda visión acerca de la personalidad de aquel gran novelista, «fue durante treinta años el de América. Hoy no hay nadie entre los escritores que se le pueda comparar. Los humoristas son demasiado intelectuales y pretenciosos o demasiado bufonescos. Una buena condición de Mark Twain: nunca fue pedante. Otra no menos noble: no dio señales de ese escepticismo inhumano del que hoy se hace gala más o menos en todas partes».

En una época de encontrados intereses y de falseamientos de todo tipo, provocados por el carácter transitorio de la historia de América, la figura del creador de Tom Sawyer y de Huckleberry Finn no solo supo avalarse con la garantía de la sinceridad y de la honradez, que eran partes integrantes de su humor, sino que se distinguió de forma sobresaliente por una liberalidad que lo hizo trascender su propia tierra y su propio tiempo. Ha sido José M. Valverde quien ha trazado con breves palabras y sumo acierto el cuadro general que enmarcaba a este gran escritor y que al mismo tiempo se veía

incapaz de reducirlo a sus límites. Un resumen tan claro y tan sintético es la mejor conclusión a este comentario introductorio, encaminado a preparar la grata lectura de las cuatro obras que siguen a continuación: «Mark Twain queda como símbolo de un momento en que, a la vez que se vivía la aventura de las tierras abiertas, se hacía sobre ello literatura y humor sofisticado, por lo mismo que los hombres pasaban por todos los oficios, y hacían alternativamente de pioneros y de periodistas: Buffalo Bill escribía novelas en que hinchaba sus propias peripecias; Davy Crockett fue, al principio, algo de una escalada literaria, que por suerte se legitimó muriendo heroicamente; Kit Carson encontraba ejemplares de falsas aventuras suyas al realizar las verdaderas. Pero lo que más importa es que Mark Twain es el primer norteamericano que escribe una prosa de valor absoluto».

EL PRÍNCIPE Y EL MENDIGO (CUENTO PARA JÓVENES DE TODAS LAS EDADES)

PREFACIO

Voy a poner por escrito un cuento tal como me lo contó uno que lo recibió de labios de su padre, que a su vez lo había recibido del suyo, que, de igual modo, lo había recibido del suyo y así sucesivamente nos iríamos remontando hacia atrás en el tiempo, hasta llegar a más de trescientos años atrás, trasmitiéndolo los padres a sus hijos y de esta manera conservándolo. Puede que sea histórico, puede que sea solo una leyenda, una tradición. Tal vez haya sucedido, tal vez no, pero podría haber sucedido. Quizá los sabios e instruidos lo creyeran en tiempos ya pasados. Puede que solo los ignorantes y las gentes de espíritu sencillo lo encontraran de su agrado y le dieran crédito.

Hugh Latimer, obispo de Worcester, a lord Cromwell, con motivo del nacimiento del Príncipe de Gales (más adelante, Eduardo VI)

(De los manuscritos nacionales conservados por el Gobierno británico)

Recto y Honorable Señor, *Salutem in Christo Jesu*, que no hay por estos pagos menor gozo y regocijo por el nacimiento de nuestro príncipe, al que tanto tiempo hemos esperado, que el que hubo (supongo), *inter vicinos* ante el nacimiento de S. I. Baptyste, como el portador de la presente, Maese Erance, podrá deciros. Dios nos dé gracia a todos para tributar nuestro debido agradecimiento a Dios Nuestro Señor, Dios de Inglaterra, pues en verdad que se ha mostrado Dios de Inglaterra, o, mejor dicho, un Dios inglés, si consideramos y estudiamos todos sus actos para con nosotros de vez en cuando. Él ha curado todas nuestras enfermedades con su infinita bondad, por lo que ahora estamos más que obligados a servirle a Él, a buscar su gloria, promover su palabra, si el Diablo de todos los Diablos no mora en

nosotros. Ha llegado la hora de abandonar todas las empresas y esperanzas vanas. Roguemos todos por su preservación. Y yo por mi parte desearé que su Gracia tenga siempre, incluso desde ahora mismo, Gobernantes, Maestros y Funcionarios de recto juicio, *ne optimum ingenium non optima educatione depravetur*.

¡Mas cuán grande necio soy! Sea, ¡que la devoción poca discreción muestra muchas veces! Sea el Dios de Inglaterra con vos para siempre y en todos vuestros actos.

El 19 de octubre

Vuestro servidor, H. L. O. de Worcester, actualmente en Hartlebury.

Tal vez fuera conveniente que exigierais a quien esto escribe que se mostrase más parco en el abuso de la retórica y más directo en promover la verdad. Decídselo así al portador, no como cosa mía sino como cosa vuestra.

(*Dirección*)

Para el Recto Y Honorable Lord del Sello Privado su singular buen Señor.

Capítulo primero

EL NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE Y DEL MENDIGO

En la antigua ciudad de Londres, en cierto día de otoño del segundo cuarto del siglo XVI, nació un niño en el seno de una familia pobre llamada Canty, que no lo quería. El mismo día otro niño inglés nació en el seno de una familia rica que ostentaba el nombre de Tudor, que sí lo quería. Toda Inglaterra lo quería. Inglaterra llevaba tanto tiempo anhelando su nacimiento, confiando en que se produjera y rogando a Dios que se lo mandase, que ahora que realmente había llegado la gente se volvió casi loca de alegría. Personas que apenas se conocían de vista se abrazaban y besaban y lloraban. Todo el mundo abandonó su trabajo y los de arriba y los de abajo, los ricos y los pobres, celebraron fiestas y banquetes, cantaron y bailaron y se pusieron muy tiernos y así siguieron durante noches y días, sin parar un momento. De día, Londres era todo un espectáculo con los alegres pendones que ondeaban en todos los balcones y tejados y las espléndidas cabalgatas que recorrían las calles. De noche, era también un espectáculo digno de verse con las grandes hogueras que ardían en todas las esquinas y los grupos de gentes alborozadas que brincaban y bailaban alrededor de ellas. En toda Inglaterra no se hablaba de otra cosa que del recién nacido, Eduardo Tudor, Príncipe de Gales, que yacía envuelto en sedas y rasos, ajeno a toda la algarabía y sin saber que grandes lores y damas lo cuidaban y vigilaban. No lo sabía ni le importaba. Pero nadie hablaba del otro bebé, Tom Canty, que dormía envuelto en sus míseros trapos. Nadie hablaba de él salvo la familia de mendigos a la que acababa de incomodar con su llegada.

Capítulo II

LOS PRIMEROS AÑOS DE TOM

Saltémonos unos cuantos años.

Londres tenía mil quinientos años de antigüedad y era una gran ciudad, para aquella época. Tenía cien mil habitantes, aunque algunos opinan que eran el doble de esa cifra. Las calles eran muy estrechas, tortuosas y sucias, especialmente en la parte donde vivía Tom Canty, que no estaba muy lejos del Puente de Londres. Las casas eran de madera y tenían un segundo piso que sobresalía del primero, mientras que el tercero asomaba los codos por encima del segundo. Cuanto más altas eran las casas, mayor era también su anchura. Eran como esqueletos de gruesas vigas entrecruzadas, entre las que había material sólido recubierto con una capa de estuco. Las vigas estaban pintadas de rojo, azul o negro, según el gusto del propietario, lo que daba a las casas un aspecto muy pintoresco. Las ventanas eran pequeñas, cubiertas con cristales pequeños, de forma adiamantada, y se abrían hacia fuera girando sobre goznes como los de las puertas.

La casa donde vivía el padre de Tom se alzaba en un sucio y angosto callejón sin salida llamado la Plazoleta de los Desperdicios, que salía del Callejón del Budín. Era una casa pequeña, desvencijada, casi en ruinas, pero estaba llena a más no poder de familias sumamente pobres. La tribu de Canty ocupaba una habitación del tercer piso. El padre y la madre tenían una especie de cama en un rincón, pero Tom, su abuela y sus dos hermanas, Bet y Nan, no tenían que soportar tales estrecheces, sino que disponían de todo el suelo para ellos y podían dormir donde les diera la gana. Había restos de una o dos mantas y unos cuantos fardos de paja viejísima y sucia, pero a esto no se le podía llamar camas hablando con todo rigor, ya que no estaba colocado de una forma organizada, sino que por la mañana era amontonado a patadas, todo junto, y por la noche cada cual escogía lo que más le apeteciera.

Bet y Nan contaban quince años y eran gemelas. Las dos niñas tenían buen corazón, iban sucias, se vestían con harapos y eran profundamente ignorantes. La madre era como ellas. Pero el padre y la abuela eran un par de demonios. Se emborrachaban siempre que podían y luego se peleaban entre sí o contra cualquiera que se cruzase en su camino. Siempre soltaban juramentos y palabrotas, tanto si estaban bebidos como si estaban sobrios. John Canty era ladrón y su madre mendiga. Convirtieron a los pequeños en mendigos, pero no lograron hacer unos ladrones de ellos. Entre la escoria que vivía en la casa, aunque sin ser uno más de quienes la formaban, había un anciano sacerdote a quien el rey había desposeído de su hogar, dejándole una pensión de apenas unos peniques. El buen hombre solía llevarse a los pequeños a algún lugar solitario y allí, en secreto, les enseñaba a ir por el buen camino. El padre Andrew también le enseñó un poco de latín a Tom, aparte de a leer y escribir, y habría hecho lo mismo con las niñas, pero estas temían las burlas de sus amigas, que no hubieran podido soportar verlas en posesión de tan estrafalaria habilidad.

La totalidad de la Plazoleta de los Desperdicios era ni más ni menos que una colmena como la casa de Canty. La embriaguez, las peleas y las broncas eran cosa de cada noche y duraban hasta casi el amanecer. Las cabezas rotas eran allí tan comunes como el hambre. Con todo, el pequeño Tom no era infeliz. Lo pasaba mal, pero no lo sabía. Lo pasaba igual que todos los niños de la Plazoleta de los Desperdicios y, por lo tanto, suponía que aquella forma de vida era la normal, la de todo el mundo. Cuando de noche regresaba a casa con las manos vacías, sabía que antes que nada su padre le maldeciría y le pegaría y que luego, cuando él hubiese terminado, su horrible abuela empezaría de nuevo desde el principio, solo que mejorando lo hecho por su hijo, y que luego, ya entrada la noche, su madre, medio muerta de hambre, se le acercaría sigilosamente y le daría algún mendrugo miserable que había podido guardar para él pasando ella hambre y a pesar de que a menudo su marido la pescaba cometiendo aquella especie de traición y la castigaba con una buena paliza.

No, la vida de Tom transcurría bastante bien, especialmente en verano. Mendigaba solo lo suficiente para salvarse, ya que las leyes contra la mendicidad eran muy severas y las multas muy elevadas, así que pasaba gran parte del tiempo escuchando al buen padre Andrew, que les contaba sus viejos y encantadores cuentos y leyendas sobre gigantes y hadas, enanos y geniecillos, castillos encantados y vistosos reyes y príncipes. Poco a poco, la cabeza se le llenó de tales maravillas y muchas noches, cuando yacía en la

oscuridad sobre su escasa y apestosa paja, cansado, hambriento, escociéndole aún la última zurra, daba rienda suelta a la imaginación y pronto se olvidaba de las penas y dolores viéndose a sí mismo en deliciosas escenas en las que llevaba la placentera vida de un príncipe favorito en el palacio real. Con el tiempo, un deseo llegó a convertirse en su obsesión de día y de noche: ver un príncipe de verdad, con sus propios ojos. En cierta ocasión habló de ello con algunos de sus camaradas de la Plazoleta de los Desperdicios, pero se burlaron de él y le escarnecieron tan despiadadamente que, en lo sucesivo, se contentó guardándose el sueño para sí.

A menudo leía los viejos libros del sacerdote y hacía que este le explicase algunas cosas que no entendía y le informase de otras que no estaban en los libros. Poco a poco, sus sueños y lecturas provocaron ciertos cambios en él. La gente que aparecía en sus sueños era tan elegante que empezó a lamentarse de sus andrajosas ropas y de su suciedad y a desear ir limpio y mejor vestido. Siguió jugando en el barro, de todos modos, y disfrutando al hacerlo, pero en lugar de chapotear en el Támesis simplemente para divertirse, empezó a encontrarle un nuevo gusto a este pasatiempo, ya que el mismo le permitía lavarse.

Tom siempre encontraba algo interesante en los alrededores del árbol de mayo que había en Cheapside y en las ferias. De vez en cuando, él y los demás londinenses tenían oportunidad de presenciar un desfile militar cuando algún desgraciado famoso era llevado preso a la Torre, por tierra o por el río. Un día de verano vio a la pobre Anne Askew y a tres hombres morir en la hoguera en Smithfield y oyó cómo un exobispo les predicaba un sermón que a él no le interesó nada. Sí, vista en conjunto, la vida de Tom resultaba variada y agradable.

Andando el tiempo, las lecturas y sueños de vida principesca ejercieron un efecto tan fuerte en Tom que, sin darse cuenta, empezó a actuar como un príncipe. Su forma de hablar y sus modales se hicieron curiosamente ceremoniosos y cortesanos, cosa que suscitó una admiración y un regocijo sin límites entre sus íntimos. Pero la influencia de Tom entre aquellos jóvenes iba en aumento de día en día y al cabo de un tiempo llegó a ser objeto de la admiración de sus compañeros, que lo miraban con una especie de temor respetuoso, como si se tratase de un ser superior. ¡Parecía saber tanto! ¡Y era capaz de hacer y decir cosas tan maravillosas! ¡Y era tan profundo y sabio además! Los comentarios y las hazañas de Tom eran comunicados por los pequeños a sus mayores y también estos empezaron al poco a hablar de Tom Canty y a considerarlo una criatura sumamente dotada y extraordinaria. Gente

ya mayor acudía a Tom para que les solucionase sus problemas y con frecuencia se quedaban atónitos ante la agudeza y sabiduría de sus decisiones. De hecho, se convirtió en un héroe para todos cuantos lo conocían excepto para su propia familia, que nada de nada acertaba a ver en él.

Al cabo de un tiempo, Tom, a la chita callando, ¡organizó una corte real! Él era el príncipe, mientras que sus camaradas más íntimos eran los soldados de la guardia, chambelanes, caballerizos, lores y damas de compañía y la familia real. Cada día, el príncipe de pega era recibido con complicados ceremoniales que Tom había sacado de sus lecturas románticas. Cada día, los grandes asuntos del ficticio reino eran tratados en el consejo real y cada día su alteza figurada daba decretos a sus imaginarios ejércitos, armadas y virreinatos.

Después de lo cual, vestido con sus harapos, salía a mendigar unas monedas, se comía su pobre mendrugo, recibía los pescozones e insultos de rigor y luego se tumbaba sobre el puñado de paja sucia y en sueños volvía a sumergirse en sus vacías grandezas.

Y, pese a todo, cada día era mayor su deseo de ver siquiera una vez un príncipe de carne y hueso, hasta que finalmente absorbió todos los demás deseos y se convirtió en la única pasión de su vida.

Un día de enero, hallándose en su habitual ronda mendicante, recorrió con aire abatido las cercanías de Mincing Lane y Little East Cheap hora tras hora, descalzo y aterido de frío, atisbando por las ventanas de las casas de comidas y anhelando hincar el diente en los horribles pasteles de cerdo y otros inventos mortíferos expuestos allí, ya que para él eran exquisiteces dignas de los ángeles. Es decir, lo eran a juzgar por su olor, ya que jamás había tenido la buena suerte de comprar uno y comérselo. Caía una llovizna helada y el cielo estaba turbio. El día era melancólico. Por la noche, al llegar a casa, Tom estaba tan mojado, cansado y hambriento que a su padre y a su abuela les resultó imposible observar su triste estado sin conmoverse… a su manera, por lo cual se apresuraron a darle los pescozones reglamentarios y lo mandaron a la cama en seguida. Durante largo rato, el dolor y el hambre, junto con los juramentos y peleas que se oían en el edificio, le tuvieron desvelado, pero finalmente sus pensamientos flotaron hacia tierras lejanas y románticas y se durmió en compañía de principillos enjoyados y dorados que vivían en vastos palacios y tenían sirvientes que hacían zalemas ante ellos o volaban a ejecutar sus órdenes. Y luego, como de costumbre, soñó que también él era un principillo.

Durante toda la noche resplandecieron sobre él las glorias de su regia condición: se movía entre grandes señores y encumbradas damas en medio de un derroche de luz, aspirando perfumes, embriagándose con músicas deliciosas y respondiendo a las respetuosas reverencias de la reluciente multitud que se apartaba para dejarle paso, ora sonriendo a unos, ora haciendo un gesto con su cabeza principesca a otros.

Y cuando se despertó por la mañana y contempló la miseria que lo rodeaba, el sueño había surtido en él el efecto acostumbrado: había intensificado la sordidez de cuanto lo rodeaba, haciéndola mil veces mayor. Después vinieron la amargura, la congoja y las lágrimas.

Capítulo III

EL ENCUENTRO DE TOM CON EL PRÍNCIPE

Tom se levantó con hambre y con hambre salió de casa, aunque su cerebro se hallaba ocupado por los esplendores ya un tanto imprecisos de los sueños de la noche. Vagó de un lado a otro por la ciudad, sin apenas darse cuenta de adónde iba o de qué sucedía a su alrededor. La gente le daba empujones y algunos le insultaban, pero nada de todo ello hacía mella en el ensimismado muchacho. Al poco se encontró en Temple Bar, que era el punto más alejado de casa al que jamás había llegado en aquella parte de la ciudad. Se detuvo, reflexionó unos momentos y luego volvió a sumirse en sus fantasías y dejó a sus espaldas las murallas de Londres. El Strand ya había dejado de ser un camino rural a la sazón y se consideraba a sí mismo una calle, si bien para ello era necesario forzar bastante la imaginación, ya que, aunque a un lado se alzaba una hilera de casas tolerablemente compacta, al otro no había más que una serie de edificios grandes y dispersos, que eran los palacios de los nobles acaudalados y tenían amplios y hermosos jardines que se extendían hasta el río, jardines que actualmente están atiborrados de acres y más acres de lúgubre piedra y ladrillo.

Tom descubrió el pueblo de Charing al cabo de un rato y descansó un poco ante la hermosa cruz que allí erigiera, afligido por la muerte de su esposa, un rey de tiempos ya pasados. Luego, sin prisas, bajó por un sendero tranquilo y bonito que pasaba por delante del majestuoso palacio del gran cardenal y que llevaba a otro palacio, aún más majestuoso y soberbio, que se alzaba más allá: Westminster. Tom se quedó mirando fijamente, con ojos llenos de gozoso pasmo, la inmensa acumulación de albañilería, las extendidas alas, los ceñudos baluartes y torrecillas, el enorme arco de piedra de la entrada, con sus barrotes dorados y su magnífica colección de colosales leones de granito y demás señales y símbolos de la realeza inglesa. ¿Iba a verse satisfecho por fin el deseo de su alma? Ante él se alzaba en verdad el palacio de un rey. ¿Acaso no podía albergar la esperanza de ver a un príncipe de carne y hueso, si el cielo lo permitía?

A cada lado de la dorada verja había una estatua viviente, es decir, un guerrero erguido, majestuoso e inmóvil, vestido de pies a cabeza con una reluciente armadura de acero. A una distancia respetuosa había un nutrido grupo de campesinos y gentes de la ciudad que aguardaban la oportunidad que de verla la realeza tuviera a bien brindarles. A través de otras varias y nobles entradas que perforaban el recinto real llegaban y partían constantemente espléndidos carruajes ocupados por espléndidas personas y conducidos por espléndidos sirvientes y palafreneros.

El pobrecillo Tom, vestido con sus harapos, se acercó y pasaba por el lado de los centinelas con pasos tímidos y lentos, latiéndole el corazón y renaciéndole la esperanza, cuando de pronto, a través de los dorados barrotes alcanzó a ver un espectáculo que casi le hizo gritar de gozo. Dentro había un apuesto muchacho de piel bronceada por el deporte y el ejercicio al aire libre, vestido todo él de sedas y rasos finos, reluciente de joyas, con una corta espada y una daga al costado, ambas con joyas engarzadas, calzados los pies con primorosos borceguíes de tacones rojos y cubierta la cabeza por un garboso gorro carmesí con penachos colgantes sujetos por medio de una enorme gema centelleante. Cerca de él había varios caballeros elegantísimos: sus sirvientes, sin duda. ¡Oh! Era un príncipe, un príncipe, un príncipe vivo, un príncipe de verdad. No cabía la menor sombra de duda al respecto. Por fin había recibido contestación la plegaria que naciera del corazón del joven mendigo.

A causa de la excitación, Tom respiraba entrecortadamente, al tiempo que sus ojos se hacían grandes como platos ante tamaña maravilla y delicia. Todos los pensamientos se apartaban para dejar paso a un solo deseo: acercarse al príncipe y devorarlo con los ojos. Antes de que se diera cuenta de lo que hacía, tenía el rostro pegado a los barrotes de la verja. Casi en el mismo instante uno de los soldados lo apartó sin miramientos y de un empujón lo apartó de allí, haciéndole girar entre la boquiabierta multitud de campesinos tontainas y holgazanes de Londres.

El soldado dijo:

—¡Vigila tus modales, joven mendigo!

La multitud estalló en carcajadas burlonas, pero el joven príncipe se acercó rápidamente a la verja con el rostro encendido y los ojos llameantes de indignación y gritó:

—¿Cómo te atreves a tratar así a un pobre muchacho? ¿Cómo osas tratar de esta manera al más pobre de los súbditos de mi padre, el rey? ¡Abre la verja y déjale entrar!

Tendríais que haber visto cómo la veleidosa multitud se descubría la cabeza al oírle. Tendríais que haber oído sus hurras y gritos:

—¡Viva el Príncipe de Gales!

Los soldados presentaron armas con sus alabardas, abrieron la verja y presentaron armas otra vez mientras el pequeño Príncipe de la Pobreza cruzaba la entrada, cubierto con sus harapos que flotaban al viento, para estrechar las manos del Príncipe de la Abundancia Ilimitada.

—Tienes cara de cansancio y hambre —dijo Eduardo Tudor—. Has sido maltratado. Ven conmigo.

Media docena de sirvientes se adelantaron rápidamente para… No sé para qué. Para entrometerse, sin duda. Pero un gesto solemne y regio los hizo apartarse y se quedaron inmóviles como estatuas donde estaban. Eduardo se llevó a Tom a un suntuoso aposento del palacio que él llamaba su gabinete. Cumpliendo una orden suya, a Tom le fue servida una comida como Tom jamás había conocido salvo en los libros. El príncipe, con principesca delicadeza y cortesía, mandó a los sirvientes que se retirasen para que su humilde huésped no se sintiera embarazado ante sus miradas críticas. Luego se sentó cerca de él y empezó a hacerle preguntas mientras Tom comía.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Tom Canty, con su venia, señor.

—Es un nombre raro. ¿Dónde vives?

—En la ciudad, con vuestra venia, señor. Plazoleta de los Desperdicios, cerca del Callejón del Budín.

—¡La Plazoleta de los Desperdicios! En verdad que también este es un nombre raro. ¿Tienes padres?

—Tengo padres, señor, y también abuela, aunque me resulta indiferente y que Dios me perdone si esto os ofende. También tengo dos hermanas, Nan y Bet, que son gemelas.

—Así que, por lo que dices, tu abuela no es demasiado buena contigo.

—Ni con nadie más, con la venia de vuestra señoría. Su corazón es perverso y se pasa la vida haciendo el mal.

—¿Te maltrata?

—A veces tiene la mano quieta, ya sea porque duerme o porque la bebida ha podido con ella. Pero cuando vuelve a tener la cabeza despejada, la hace trabajar de lo lindo para darme palizas.

Una fiera expresión apareció en los ojos del pequeño príncipe, que exclamó:

—¡Qué! ¿Palizas?

—Oh, sí, palizas, con su venia, señor.

—¡Palizas! A un muchacho tan frágil y pequeño. Óyeme: antes de que llegue la noche será llevada a la Torre. El rey, mi padre…

—En verdad, señor, que os olvidáis de su baja condición. La Torre es solamente para los grandes.

—Es verdad. No lo había pensado. Estudiaré qué castigo hay que aplicarle. ¿Tu padre es bueno contigo?

—No más de lo que lo es la abuela Canty, señor.

—Los padres son todos iguales, tal vez. El mío no tiene un carácter muy dulce que digamos. Golpea fuerte, aunque no a mí. Pero no siempre me escatima los insultos, tenlo por seguro. ¿Qué tal te trata tu madre?

—Es buena, señor, y no me causa penas ni dolor alguno. Y en esto Nan y Bet se parecen a ella.

—¿Qué edad tienen las niñas?

—Quince años, con su permiso, señor.

—*Lady* Elizabeth, mi hermana, tiene catorce y *lady* Jane Grey, mi prima tiene la misma edad que yo y, además, es bonita y graciosa. Pero mi hermana *lady* Mary, con su lúgubre talante y… Mira, ¿acaso tus hermanas les prohíben sonreír a sus criados para que el pecado no destruya sus almas?

—¿Mis hermanas? Oh, ¿creéis, señor, que ellas tienen criados?

El pequeño príncipe contempló con expresión grave al pequeño mendigo durante unos instantes y luego dijo:

—¿Y por qué no iban a tenerlos? ¿Quién las ayuda a desnudarse por la noche? ¿Quién las viste cuando se levantan?

—Nadie, señor. ¿Pretendéis que se quiten el vestido y duerman sin nada, como las bestias?

—¡Su vestido! ¿Es que no tienen más que uno?

—Ah, su señoría, ¿qué iban a hacer con más de uno? En verdad que ninguna de ellas tiene dos cuerpos.

—¡Extraño y maravilloso pensamiento! Perdóname, no era mi intención reírme. Pero tus buenas Nan y Bet tendrán vestidos y lacayos suficientes y los tendrán pronto. Mi tesorero se encargará de ello. No, no me des las gracias. No tiene importancia. Hablas bien, tienes gracia y soltura para hablar. ¿Tienes instrucción?

—No sé si la tengo o no. El buen sacerdote que se llama padre Andrew me enseñó bondadosamente a leer sus libros.

—¿Conoces el latín?

—Como no sea muy por encima, señor, lo dudo.

—Apréndelo, muchacho. Es difícil solo al principio. El griego es más duro. Pero ni estas ni ninguna otra lengua, creo, resultan difíciles para *lady* Elizabeth y para mi prima. ¡Deberías oír cómo las hablan esas damiselas! Pero, cuéntame cosas de esa Plazoleta de los Desperdicios tuya. ¿Llevas una vida agradable allí?

—En verdad que sí, señor, si os place, salvo cuando tengo hambre. Hay funciones de polichinelas y monas. ¡Qué grotescos son sus gestos y vestidos! Y hay funciones de teatro en las que los intérpretes gritan y luchan hasta que todos mueren y da gusto verlas y solo cuesta un cuarto de penique, aunque casi siempre resulta difícil hacerse con un cuarto de penique, con la venia de su señoría.

—Cuéntame más.

—Los chicos de la Plazoleta de los Desperdicios luchamos unos contra otros con bastones a veces, tal como lo hacen los aprendices.

Centellearon los ojos del príncipe, al tiempo que decía:

—¡Caramba! Eso no me disgustaría. Cuéntame más cosas.

—Hacemos carreras, señor, para ver cuál de nosotros es el más rápido.

—Eso me gustaría también. Sigue hablando.

—En verano, señor, chapoteamos y nadamos en los canales y en el río y cada uno sumerge en el agua la cabeza del vecino y lo salpica y nos zambullimos, gritamos, damos volteretas y…

—¡Daría el reino de mi padre por disfrutar de ello una sola vez! Sigue, te lo ruego.

—Cantamos y bailamos alrededor del árbol de mayo de Cheapside. Jugamos en la arena, cubriéndonos unos a otros y a veces hacemos figuras de barro… ¡Ah, qué hermoso es el barro! ¡En todo el mundo no hay nada parecido! Nos revolcamos en el barro, señor, con vuestro permiso.

—Oh, por favor, no digas más. ¡Qué gloria! Si pudiera vestirme como tú y andar con los pies descalzos y revolcarme en el barro siquiera una vez, solo una vez, sin que nadie me riñera o me lo prohibiese, ¡me parece que sería capaz de renunciar a la corona!

—Pues si yo pudiera vestirme como vos, señor, siquiera una vez…

—¡Ah! ¿Te gustaría hacerlo? Entonces, así sea. ¡Quítate los harapos y ponte estas galas, muchacho! Será breve nuestra felicidad, pero no menos intensa por ello. Disfrutaremos de ella mientras podamos y volveremos a cambiarnos antes de que venga alguien a molestarnos.

Al cabo de unos minutos, el pequeño Príncipe de Gales iba engalanado con los pingajos de Tom, mientras que el pequeño Príncipe de la Indigencia

quedaba ataviado con el vistoso plumaje de la realeza. Los dos se colocaron ante el espejo, uno al lado del otro, y mira por dónde, se produjo un milagro: ¡nadie hubiese dicho que había habido cambio alguno! Se miraron uno al otro, luego al espejo, luego uno al otro de nuevo. Por fin, el perplejo principillo dijo:

—¿Qué piensas tú de esto?

—Ah, buen señor, no me ordenéis que os responda. No está bien que alguien de mi condición lo diga.

—Entonces lo diré yo. Tienes el mismo pelo, los mismos ojos, la misma voz y modales, la misma forma y estatura, la misma cara y expresión que tengo yo. Si saliéramos desnudos los dos, nadie sería capaz de decir quién es tú y quién es el Príncipe de Gales. Y ahora que voy vestido con las ropas que llevabas tú, me parece que debería serme más fácil sentir lo que sentiste cuando ese soldado brutal… Oye, ¿no es un cardenal eso que tienes en la mano?

—Sí, pero no es nada y su señoría sabe que el pobre guerrero…

—¡Silencio! ¡Fue un acto vergonzoso y cruel! —exclamó el pequeño príncipe, golpeando el suelo con su pie descalzo—. Si el rey… ¡No des un solo paso hasta que vuelva! ¡Te lo ordeno!

En un periquete cogió y guardó un artículo de importancia nacional que había sobre la mesa, salió por la puerta y cruzó volando el jardín del palacio, vestido con sus míseros andrajos, encendido el rostro y relucientes los ojos. En cuanto llegó a la puerta principal, se agarró a los barrotes y trató de sacudirlos, al tiempo que gritaba:

—¡Abrid! ¡Desatrancad la puerta!

El soldado que había maltratado a Tom obedeció prestamente y cuando el príncipe irrumpió en el portal, medio sofocado por la regia ira, el soldado le atizó un sonoro bofetón en la oreja que lo hizo girar hasta ir a caer en la calzada y dijo:

—¡Aquí tienes, renacuajo de mendigo! ¡Eso va por lo que su alteza me ha dado por tu culpa!

La gente prorrumpió en estruendosas carcajadas. El príncipe se levantó del barro y se dirigió hacia el centinela con expresión furiosa y gritando:

—¡Soy el Príncipe de Gales y mi persona es sagrada! ¡Serás ahorcado por haberme puesto la mano encima!

El soldado colocó su alabarda en posición de presenten armas y con acento burlón dijo:

—Saludo a su graciosa alteza.

Y luego, con voz enojada, añadió:

—¡Largo de ahí, loco inmundo!

Entonces la multitud se apiñó alrededor del pobre principillo y a empujones lo hizo bajar hasta el camino, colmándolo de improperios y gritando:

—¡Abrid paso para su alteza real! ¡Paso al Príncipe de Gales!

Capítulo IV

COMIENZAN LOS APUROS DEL PRÍNCIPE

Tras horas de incesante acoso y persecución, el pequeño príncipe se vio libre por fin de la chusma y se quedó solo. Mientras había sido capaz de descargar su ira real sobre la plebe, de lanzarle sus regias amenazas y órdenes que resultaban cómicas, fue una buena distracción para la gente. Pero cuando el cansancio le obligó finalmente a callarse, dejó de ser útil a sus atormentadores, que fueron a buscar diversión en otra parte. Miró a su alrededor, pero no pudo reconocer el lugar en que se hallaba. Lo único que sabía es que se hallaba dentro del recinto de la ciudad de Londres. Echó a andar sin rumbo fijo y al cabo de unos instantes vio que las casas no eran tan abundantes y que los transeúntes eran menos frecuentes. Bañó sus pies sangrantes en el arroyo que a la sazón discurría por el lugar donde actualmente se halla la calle Farrington, descansó un rato, luego reanudó la marcha y al poco llegó a un ancho espacio abierto en el que se alzaban solamente unas cuantas casas dispersas y una iglesia prodigiosa. Reconoció aquella iglesia. Por todas partes había andamios y enjambres de obreros, ya que estaban llevando a cabo complicadas reparaciones en ella. El príncipe se sintió animado en el acto y pensó que sus apuros ya habían terminado.

«Es la vieja Iglesia de los Franciscanos —dijo para sus adentros—. La que mi padre el rey les ha quitado a los monjes para hacer de ella el hogar permanente de los pobres y de los niños abandonados, rebautizándola con el nombre de Iglesia de Cristo. Gustosamente acogerán al hijo de quien tan generosamente se ha portado con ellos, tanto más cuanto el tal hijo es tan pobre y desvalido como cualquiera de los que han hallado albergue en ella o lo hallarán en días venideros».

No tardó en encontrarse en medio de un tropel de mozalbetes que corrían, saltaban, jugaban a la pelota o a saltacabrillas o se entretenían de otra forma, armando un gran ruido. Iban todos vestidos igual, del modo que en aquellos tiempos era habitual entre criados y aprendices. Es decir, cada uno de ellos cubría su coronilla con un gorro plano y negro, más o menos del mismo

tamaño que un platillo, que, dadas sus parcas dimensiones, no servía de mucho a guisa de cubrecabezas. Tampoco era muy decorativo. Por debajo del gorro el pelo, sin raya, caía hasta la mitad de la frente y estaba cortado alrededor de toda la cabeza. Ceñía el cuello una cinta de clérigo y el cuerpo estaba cubierto por una túnica azul, muy ajustada, que llegaba hasta las rodillas o más abajo. Las mangas eran anchas y lo mismo el cinturón rojo que ceñía el cuerpo. Las piernas se hallaban enfundadas en medias de color amarillo brillante, sujetas con ligas por encima de las rodillas, y los pies iban calzados en zapatos bajos con enormes hebillas de metal. No podía pedirse una indumentaria más fea.

Los mozalbetes interrumpieron sus juegos y se agruparon alrededor del príncipe, que con ingenua dignidad dijo:

—Oíd, buenos muchachos, decidle a vuestro maestro que Eduardo, el Príncipe de Gales, desea hablar con él.

Un estruendoso griterío respondió a sus palabras, al tiempo que un chiquillo grosero decía:

—¿Acaso eres el mensajero de su gracia, mendigo?

Al príncipe se le enrojeció la cara de ira y su mano se dirigió con presteza al costado, pero nada había allí. Se desencadenó una verdadera tempestad de risotadas y uno de los críos dijo:

—¿Os habéis fijado en eso? Se imaginaba que llevaba una espada… a lo mejor se cree el príncipe en persona.

La ocurrencia provocó más risotadas. El pobre Eduardo se irguió orgullosamente y dijo:

—Yo soy el príncipe y mal me parece que me tratéis así vosotros, que os alimentáis gracias a la bondad de mi padre el rey.

Sus palabras hicieron disfrutar de lo lindo a sus oyentes, como testimoniaron sus risas. El joven que había hablado en primer lugar gritó a sus camaradas:

—¡Eh, cerdos, esclavos, pensionados del principesco padre de su gracia! ¿Dónde están vuestros modales? ¡De rodillas todos! ¡Haced reverencia ante su regio porte y sus lujosos harapos!

En medio de gran jolgorio se dejaron caer todos de rodillas como un solo mozalbete y rindieron irónico homenaje a su presa. El príncipe atizó un puntapié al que tenía más cerca y furiosamente dijo:

—¡Conténtate con esto hasta que llegue mañana y haya construido tu patíbulo!

Ah, pero eso no era una broma, era algo más serio. Al instante cesaron las risas y la furia ocupó su lugar. Una docena de mozalbetes gritaron:

—¡Sujetadlo! ¡Al abrevadero, al abrevadero! ¿Dónde están los perros? ¡Eh, «León»! ¡Eh, «Colmillos»!

Sucedió entonces algo que jamás se había visto antes en Inglaterra: la sagrada persona del heredero del trono fue groseramente abofeteada por manos plebeyas, al tiempo que los perros se le echaban encima y le desgarraban los vestidos.

Al acercarse la noche, el príncipe se encontró lejos de allí, en la parte de la ciudad donde las casas eran más abundantes. Tenía el cuerpo cubierto de cardenales, las manos le sangraban y sus harapos estaban llenos de barro. Siguió vagando sin saber adónde iba, cada vez más fatigado y desconcertado y tan débil que apenas conseguía arrastrar un pie tras el otro. Ya no preguntaba nada a nadie, ya que, en vez de información, lo único que obtenía eran insultos. No cesaba de decirse en voz baja:

—La Plazoleta de los Desperdicios. Así se llama el lugar. Si logro encontrarla antes de que se me agoten las fuerzas y caiga rendido, estaré salvado, porque su gente me llevará al palacio y les demostraré que no soy uno de ellos, sino que soy el verdadero príncipe y entonces volveré a ocupar el lugar que me corresponde por derecho propio.

De vez en cuando, volvía a su recuerdo el trato recibido por los groseros mozalbetes del Hospital de Cristo y entonces decía:

—Cuando sea rey, no recibirán pan y cobijo solamente, sino que se les darán lecciones con los libros, porque de poco vale tener la panza llena cuando el cerebro pasa hambre y el corazón también. Cuidaré de que no se me olvide, para que no se malogre la lección que he aprendido hoy y mi pueblo sufra por ello, pues la instrucción dulcifica el corazón y hace nacer la bondad y la caridad.

Las luces empezaron a titilar, empezó a llover, se levantó viento y una cruda noche se enseñoreó de todo. El príncipe sin casa, el desamparado heredero del trono de Inglaterra siguió avanzando, adentrándose más y más en el laberinto de sórdidas callejas donde se agrupaban las hormigueantes colmenas de la pobreza y la desdicha.

De repente, un rufián corpulento y ebrio le echó las manos al cuello, diciendo:

—¡Fuera de casa hasta horas tan avanzadas de la noche y no traes ni un cuarto de penique! ¡Seguro que vienes de vacío! Si así es y no te rompo todos

los huesos de tu escuálido cuerpo, entonces no me llamo John Canty, sino que soy otro hombre.

El príncipe forcejeó hasta librarse del rufián, se frotó sin darse cuenta su profanada espalda y con voz ansiosa dijo:

—¡Oh! ¿De veras eres su padre? ¡Quiéralo así el cielo misericordioso! ¡Tú me llevarás al palacio y le sacarás a él de allí!

—¿Su padre? No sé qué quieres decir. Lo único que sé es que soy tu padre, cosa de la que pronto tendrás motivos para…

—¡Oh, no! ¡No discutas y no te demores! Estoy rendido y herido, no puedo soportarlo más. Llévame ante mi padre el rey y él te hará rico, más rico de lo que puedas imaginarte en tus sueños más disparatados. ¡Créeme, hombre, créeme! ¡No es mentira! ¡Te digo la verdad! ¡Tiéndeme la mano y sálvame! ¡De veras que soy el Príncipe de Gales!

Estupefacto, el hombre miraba fijamente al muchacho, después meneó la cabeza y musitó:

—¡Estás tan loco como los que hay en el manicomio!

Seguidamente volvió a sujetarlo por el cuello y, soltando una burda risotada y un juramento, dijo:

—Pero, loco o no, yo y tu abuela Canty no tardaremos en averiguar dónde tienes tos huesos más delicados, ¡o no soy un hombre de verdad!

Y así diciendo, se llevó a rastras al príncipe, que forcejeaba desesperadamente, y se perdió de vista por una puerta que daba al patio delantero de una casa, seguido por un enjambre de entusiasmadas y ruidosas sabandijas humanas.

Capítulo V

TOM EL PATRICIO

Tom Canty, abandonado en el gabinete del príncipe, aprovechó bien la oportunidad que se le brindaba. Se miró por este lado y por el otro en el gran espejo, admirando su elegante atavío. Luego se alejó unos pasos, imitando el airoso porte del príncipe y sin dejar de observar los resultados en el espejo. Seguidamente, desenvainó la hermosa espada y, haciendo una reverencia, besó la hoja y la apoyó sobre su pecho, tal como lo había visto hacer a un noble caballero a guisa de saludo al gobernador de la Torre, hacía de ello cinco o seis semanas, al entregar en sus manos con destino al cautiverio a los grandes lores de Norfolk y Surrey. Tom jugueteó con la daga enjoyada que colgaba sobre su muslo, examinó los costosos y exquisitos ornamentos del aposento, probó cada una de las suntuosas sillas y pensó en lo muy orgulloso que se sentiría si la pandilla de la Plazoleta de los Desperdicios pudiera siquiera vislumbrar la grandeza que le rodeaba. Se preguntó si se creerían el cuento maravilloso que les contaría al regresar a casa o si menearían la cabeza y dirían que su sobreexcitada imaginación había acabado por trastocarle la razón.

Al cabo de media hora, se le ocurrió de pronto que el príncipe ya llevaba mucho rato ausente. Al instante empezó a sentirse solo y muy pronto se puso a escuchar ansiosamente y dejó de jugar con las cosas bonitas que lo rodeaban. Empezó a sentirse intranquilo, luego inquieto y finalmente preocupado. ¿Y si se presentaba alguien y lo pescaba vestido con las ropas del príncipe, sin que este estuviera presente para dar explicaciones? ¿No cabía la posibilidad de que lo ahorcasen en el acto y después hicieran las indagaciones oportunas? Había oído decir que los grandes de este mundo actuaban con prontitud en los asuntos insignificantes. Sus temores eran cada vez más intensos y, temblando, abrió quedamente la puerta que daba a la antesala, decidido a huir en busca del príncipe y de la protección y libertad que este le brindara. Al verle aparecer, seis elegantes caballeros sirvientes y dos jóvenes pajes de alto rango, vestidos como mariposas, se levantaron de un salto y le

saludaron con profundas reverencias. Tom retrocedió rápidamente y cerró la puerta.

—¡Se burlan de mí! —dijo—. Darán la alarma. ¡Oh! ¿Por qué habré venido aquí en busca de mi perdición?

Se puso a pasear arriba y abajo, lleno de temores sin nombre, escuchando, sobresaltándose al menor ruido. Al poco, se abrió la puerta y un paje vestido de seda dijo:

—*Lady* Jane Grey.

Se cerró la puerta y una dulce muchacha ricamente vestida brincó hacia él. Pero se detuvo repentinamente y con voz afligida dijo:

—Oh, ¿qué os aqueja, milord?

Tom apenas podía respirar, pero, haciendo un esfuerzo, con voz tartamudeante, consiguió decir:

—¡Ah, tened piedad de mí! Os juro que no soy ningún lord, sino solamente el pobre Tom Canty de la Plazoleta de los Desperdicios de la ciudad. Os ruego que me dejéis ver al príncipe y él en su infinita bondad me devolverá mis harapos y me dejará partir sano y salvo. ¡Tened piedad y salvadme!

El muchacho se había postrado de hinojos con expresión de súplica en los ojos y las manos alzadas. La joven parecía estar horrorizada y exclamó:

—¡Oh, milord! ¿Vos de rodillas? ¡Ante mí!

Luego huyó asustada y Tom, herido por la desesperación, se desplomó murmurando:

—No hay remedio ni esperanza. Ahora vendrán y me harán preso.

Mientras él yacía allí, aturdido por el terror, terribles noticias corrían por el palacio. El susurro, pues de susurro se trataba, iba de criado en criado, de lord a dama, volaba por los interminables pasadizos, subía de un piso a otro, cruzaba un salón tras otro:

—¡El príncipe se ha vuelto loco! ¡El príncipe se ha vuelto loco!

Pronto en cada uno de los salones, en cada uno de los vestíbulos de mármol, un grupo de lores y damas de alto linaje y otros grupos de gentes de menor enjundia hablaban animadamente en voz baja, al tiempo que la consternación se pintaba en todas las caras. Al cabo de un rato, un espléndido funcionario pasó solemnemente entre los grupos proclamando:

—¡En nombre del rey! Que nadie preste oídos a esta noticia falsa y estúpida, bajo pena de muerte, ni la comente o la haga correr. ¡En nombre del rey!

Cesaron los susurros con la misma rapidez con que lo habrían hecho de haber enmudecido súbitamente los susurradores.

Pronto por todos los pasadizos se escuchó un zumbido generalizado que decía:

—¡El príncipe! ¡Vedlo! ¡Viene el príncipe!

El pobre Tom avanzaba lentamente por entre los grupos que se inclinaban respetuosamente a su paso. Trataba de devolver las reverencias y contemplaba con ojos cohibidos y patéticos el extraño ambiente en que se veía metido. Le flanqueaban grandes nobles, haciéndole apoyarse en ellos para que pudiera andar con paso firme. Detrás suyo iban los médicos de la corte y algunos criados.

Transcurridos unos instantes, Tom se encontró en un noble aposento del palacio y oyó que la puerta se cerraba a sus espaldas. A su alrededor se hallaban los que habían entrado con él. Ante él, a cierta distancia, se hallaba reclinado un hombre muy alto y muy gordo, de cara ancha y carnosa y expresión severa. Su enorme cabeza era muy canosa y las patillas, que le rodeaban el rostro como un marco, eran canosas también. Sus vestidos eran de paño excelente, pero viejos y levemente raídos. Debajo de una de sus hinchadas piernas había un almohadón y la pierna estaba envuelta en vendajes. En la estancia reinaba el silencio y no había ninguna cabeza que no estuviera inclinada reverentemente, salvo la del hombre gordo. Aquel inválido de semblante severo era el temido Enrique VIII. Su expresión se suavizó al empezar a hablar diciendo:

—¿Y bien, milord Eduardo, mi príncipe? ¿Te has propuesto engañarme a mí, el buen rey que es tu padre, que te quiere y trata bondadosamente, con una broma pesada?

El pobre de Tom escuchó el principio del discurso con toda la atención que le permitían sus mermadas facultades, pero cuando las palabras «a mí, el buen rey» llegaron a sus oídos, el rostro se le puso blanco y cayó de rodillas como derribado por un rayo. Alzando las manos, exclamó:

—¿Vos sois el rey? ¡Entonces estoy perdido!

Sus palabras parecieron sorprender al rey, cuyos ojos vagaron sin rumbo de rostro en rostro y luego, desconcertados, se posaron en el mozalbete que estaba ante él. Entonces, con tono de profunda desilusión, dijo:

—¡Ay de mí! Creía que el rumor exageraba mucho la realidad, pero me temo que no es así.

Soltó un fuerte suspiro y con voz amable dijo:

—Ven con tu padre, hijo, que no estás bien.

Ayudaron a Tom a ponerse en pie y el mozalbete, humilde y tembloroso, se acercó a la Majestad de Inglaterra. El rey tomó entre sus manos el rostro asustado y permaneció un rato contemplándolo atenta y amorosamente, como si buscara algún bienvenido indicio de que la razón volvía a él; luego apretó la rizada cabeza contra su pecho y la acarició tiernamente. Al poco, dijo:

—¿No conoces a tu padre, hijo? No partas mi anciano corazón. Di que me conoces. Tú me conoces, ¿no es verdad?

—Sí, sois mi temido señor el rey ¡a quien guarde Dios!

—Cierto… cierto… así es… Cálmate y no tiembles así. No hay nadie aquí que quiera hacerte daño, nadie que no te quiera. Ya estás mejor y la pesadilla se desvanece, ¿no es así? Y ahora también sabes quién eres tú, ¿verdad? ¿No te nombrarás impropiamente otra vez, como dicen que hiciste hace un ratito?

—Os ruego que me creáis al deciros que no hice sino decir la verdad, mi temido y gran señor, pues soy el más humilde de todos vuestros súbditos, pues nací mendigo y es por una malhadada casualidad, por accidente, que me encuentro aquí, aunque no con mala intención. Soy muy joven para morir y vos podéis salvarme con una simple palabra. ¡Decidla, oh, señor!

—¿Morir? No hables así, dulce príncipe. Silencio, silencio, la paz sea en tu afligido corazón. ¡No morirás!

Tom se postró de rodillas soltando una exclamación de alegría.

—¡Dios premie vuestra misericordia, oh, mi rey, y os conserve muchos años para bendición de este país!

Luego, levantándose rápidamente, volvió su gozoso rostro hacia los caballeros allí presentes y exclamó:

—¡Ya lo habéis oído! No debo morir. ¡El rey lo ha dicho!

No hubo otro movimiento que las profundas reverencias, llenas de grave respeto, que hicieron todos. Pero nadie pronunció palabra. Tom titubeó, algo confuso, luego se volvió tímidamente hacia el rey y dijo:

—¿Puedo irme ya?

—¿Irte? Pues claro, si así lo deseas. Pero ¿por qué no te quedas un poquito? ¿Adónde quieres ir?

Tom bajó los ojos y contestó humildemente:

—Acaso he entendido mal, pero me pareció que quedaba en libertad, por lo que me disponía a regresar a la perrera donde nací y donde me crie en la miseria, pero que, pese a todo, cobija a mi madre y a mis hermanas y por lo tanto es mi hogar, mientras que estas pompas y esplendores a los que no estoy acostumbrado… ¡Oh, por favor, señor, dejadme ir!

El rey permaneció callado y pensativo un rato y su rostro dejaba entrever la creciente congoja e inquietud que lo embargaban. Finalmente, con cierto tono de esperanza en la voz, dijo:

—Tal vez esté loco solo en lo que a este punto se refiere y conserve íntegras sus facultades en lo que toca a otras cuestiones. ¡Quiera Dios que así sea! Lo comprobaremos.

Le preguntó algo a Tom en latín y Tom le contestó defectuosamente en la misma lengua. El rey quedó encantado y lo demostró. Los lores y los doctores manifestaron también su regocijo. El rey dijo:

—No lo ha hecho todo lo bien que cabría esperar de su educación y habilidad, pero eso demuestra que su mente está solo enferma y no mortalmente herida. ¿Qué decís vos, señor?

El médico al que se había dirigido hizo una reverencia hasta casi tocar el suelo con la frente y dijo:

—Coincide con mi propio convencimiento, señor, de que habéis adivinado la verdad.

Al rey parecieron complacerle esas palabras alentadoras, viniendo como venían de tan excelente autoridad, así que siguió hablando de buen talante.

—Ahora oídme todos. Volveremos a probarle.

Le formuló a Tom una pregunta en francés. Tom se quedó callado un instante, azorado al sentir tantos ojos puestos en él, luego, tímidamente, dijo:

—No tengo ningún conocimiento de esta lengua, con la venia de su majestad.

El rey cayó de espaldas sobre el almohadón. Sus ayudantes volaron en su auxilio, pero él los apartó diciendo:

—Dejadme en paz, que no ha sido más que un mareo sin importancia. ¡Levantadme! Ea, ya basta. Ven aquí, pequeño, así… apoya tu pobre cabeza en el pecho de tu padre y descansa en paz. Pronto estarás bueno. No es más que una fantasía pasajera. No temas, que pronto te pondrás bueno.

Luego, volviéndose hacia los presentes, desapareció su expresión bondadosa y de sus ojos empezaron a brotar rayos y centellas.

—¡Oídme todos! Este mi hijo está loco, pero no para siempre. El exceso de estudio ha sido la causa y también el estar demasiado tiempo encerrado. ¡Fuera libros y maestros! Cuidad de que no vuelva a verlos. Recreadlo con juegos y deportes, entretened sus ocios con sanos pasatiempos y así recobrará la salud.

Se incorporó aún más y prosiguió con energía:

—Está loco, pero es mi hijo y el heredero de Inglaterra, y, loco o cuerdo, ¡el reino sigue siendo suyo! Y oídme bien y proclamad lo que voy a deciros: quien haga comentarios de su indisposición obrará en contra de la paz y el orden de estos reinos ¡e irá a parar al patíbulo! Dadme algo de beber, que me abrasan las entrañas y esta aflicción ha mermado mis fuerzas. Ea, aparta la copa. Sostenedme. Así, así está mejor. Loco, ¿verdad? Aunque lo estuviera mil veces más, seguiría siendo el Príncipe de Gales y como tal lo confirmaré yo el rey. Esta misma mañana será investido con su dignidad principesca según establecen las venerables tradiciones. Tomad nota de ello en seguida, milord Hertford.

Uno de los nobles se arrodilló ante el lecho real y dijo:

—Su majestad el rey sabe que el Gran Maestro Hereditario de Ceremonias de Inglaterra yace en la Torre convicto y confeso. No estaría bien que alguien que es culpable…

—¡Silencio! No insultes mis oídos con su odiado nombre. ¿Es que este hombre va a vivir eternamente? ¿Pensáis contrariar mi voluntad? ¿Es que el príncipe debe seguir sin tomar posesión de su cargo porque el reino carece de un jefe del colegio de heraldos que goce de libertad para investirlo de sus honores? ¡Por la gloria de Dios que no! Advertid a mi Parlamento de que me sea traída la sentencia de Norfolk antes de que vuelva a salir el sol, ¡de lo contrario lo pagarán muy caro!

—La voluntad del rey es ley —dijo lord Hertford y, levantándose, regresó adonde estaba antes.

Poco a poco fue desapareciendo la ira del rostro del anciano rey, que dijo:

—Bésame, mi príncipe. Así. ¿De qué tienes miedo? ¿No soy tu amante padre?

—Sois bueno conmigo, que no me lo merezco, oh, poderoso y misericordioso señor. Buena prueba tengo de ello. Pero… pero… me aflige pensar en el que debe morir y…

—¡Ah! Eso es muy propio de ti, muy propio de ti. Veo que tu corazón es el mismo de siempre, aunque tu mente esté enferma, pues siempre tuviste un espíritu bondadoso. Pero este duque se interpone entre tú y tus honores. Pondré a otro en su lugar que no mancille tan encumbrado cargo. Serénate, príncipe mío. No turbes tu pobre cabeza por culpa de esta cuestión.

—¿Mas no soy yo quien acelera su partida, mi señor? ¿Cuánto tiempo de más viviría de no ser por mí?

—No pienses en él, príncipe mío, que no se lo merece. Bésame otra vez y regresa a tus juegos y pasatiempos, pues mi enfermedad vuelve a molestarme.

Me siento fatigado y quisiera reposar. Ve con tu tío Hertford y con tu gente y regresa cuando mi cuerpo haya descansado.

Con el corazón afligido, Tom fue conducido a otro lugar. Afligido porque la última frase del rey había sido un golpe de muerte para la esperanza que albergaba de ser puesto inmediatamente en libertad. Una vez más oyó el zumbido de voces que exclamaban por lo bajo:

—¡El príncipe, viene el príncipe!

Su abatimiento era cada vez mayor a medida que atravesaba las filas de rutilantes cortesanos que se inclinaban a su paso, pues se daba cuenta de que en verdad era un cautivo y podía quedarse encerrado para siempre en aquella jaula dorada, convertido en un príncipe abandonado y sin amigos, a menos que Dios se apiadara de él y lo pusiera en libertad.

Y mirase adonde mirase, le parecía ver que en el aire flotaba la cabeza cercenada y el rostro inolvidable del gran duque de Norfolk, cuyos ojos le miraban fijamente, con expresión de reproche.

Sus sueños de antaño habían sido tan agradables y ahora la realidad era tan horrible…

Capítulo VI

TOM RECIBE INSTRUCCIONES

Tom fue conducido a la estancia principal de una serie de suntuosos aposentos y se le ordenó que tomase asiento, cosa que a él le desagradaba mucho puesto que le rodeaban hombres de edad avanzada y hombres de alto linaje. Les rogó que se sentasen también, pero se limitaron a darle las gracias con una reverencia o unas palabras musitadas y siguieron de pie. De buena gana habría insistido, pero su «tío» el conde de Hertford le susurró al oído:

—Os ruego que no insistáis, milord. No es correcto que se sienten en vuestra presencia.

Anunciaron a lord St. John, el cual, tras saludar a Tom con una inclinación, dijo:

—Vengo de parte del rey para tratar de un asunto que exige reserva. ¿Tendrá a bien su alteza real despedir a quienes están aquí, salvo a milord el conde de Hertford?

Observando que, al parecer, Tom no sabía qué debía hacer, Hertford le indicó susurrando que hiciera una señal con la mano y no se molestase en hablar a no ser que quisiera hacerlo. Una vez se hubieron retirado los demás caballeros, lord St. John dijo:

—Su majestad ordena que, por graves e importantes razones de estado, tenga a bien vuestra gracia el príncipe ocultar su dolencia recurriendo a cuantos medios estén a su alcance para hacerlo hasta que la misma haya desaparecido y vuestra gracia vuelva a ser el de antes. A saber, no negando ante nadie que él es el verdadero príncipe y heredero de la grandeza de Inglaterra, manteniendo su dignidad principesca y recibiendo sin protesta de palabra o seña la reverencia y respeto que le son debidas por derecho y por venerable tradición, dejando de hablar de cualquiera de los seres de baja cuna y vil existencia que su enfermedad ha hecho nacer de las malsanas imaginaciones producidas por su sobreexcitada fantasía, esforzándose con diligencia por traer de nuevo a su memoria los rostros que otrora os eran familiares y, cuando ello no os sea posible, disimulándolo y no dejando que

su expresión de sorpresa haga patente el hecho de que los ha olvidado. Asimismo, en las ceremonias oficiales, cuandoquiera que algo confunda a vuestra gracia y no sepa qué hacer ni qué decir, no deberá dejar que se percaten de ello los curiosos que os rodeen y en su lugar buscará el consejo de lord Hertford o de vuestro humilde servidor que os está hablando, pues a ellos ha ordenado el rey ponerse a vuestro servicio y acudir a vuestro lado en cualquier momento hasta que dicha orden sea revocada. Así lo ordena su majestad el rey, que manda sus saludos a vuestra alteza real y ruega a Dios que tenga a bien curaros prestamente y teneros ahora y siempre a su sagrado cuidado.

Lord St. John hizo una reverencia y se echó a un lado. Con acento resignado, Tom replicó:

—El rey lo ha dicho. Que nadie busque subterfugios a las órdenes del rey ni las acomode a su propia conveniencia con hábiles artimañas. El rey será obedecido,

—En lo que concierne a la orden de su majestad el rey referente a libros y otras cuestiones serias de la misma índole —agregó lord Hertford—, tal vez plazca a vuestra alteza aliviar su ocio con entretenimientos ligeros, no fuera el caso de que llegarais fatigado al banquete y sufrierais daño a causa de ello.

En el rostro de Tom se pintó una expresión de sorpresa y curiosidad, a la que sustituyó el rubor cuando vio que los ojos de lord St. John se posaban tristemente en él.

—Vuestra memoria sigue traicionándoos —dijo lord St. John—, pues habéis mostrado sorpresa. Pero no dejéis que os traicione, pues no es asunto que pueda esperar, y partid con vuestra enfermedad. Milord Hertford se refiere al banquete que se celebrará en la ciudad y al que, según prometió hace unos dos meses su majestad el rey, debe asistir vuestra alteza. ¿Lo recordáis ahora?

—Me aflige tener que confesar que en verdad se me había olvidado —dijo Tom con voz titubeante, ruborizándose de nuevo.

En aquel momento anunciaron la llegada de *lady* Elizabeth y *lady* Jane Grey. Los dos lores cambiaron significativas miradas y Hertford se acercó presurosamente a la puerta. Al pasar las jóvenes por su lado, les dijo en voz baja:

—Os ruego, señoras, que finjáis no daros cuenta de sus rarezas y que no mostréis sorpresa cuando le falle la memoria. Os afligirá ver cómo se le atasca cada dos por tres.

Mientras tanto, lord St. John le estaba hablando al oído a Tom:

—Tened a bien, señor, acordaros diligentemente del deseo de su majestad. Recordad cuanto podáis y *aparentad* recordar todo lo demás. No dejéis que se percaten de que habéis cambiado mucho con respecto al que erais antes, pues ya sabéis cuán tierno rincón en sus corazones os reservan las que compartían vuestros juegos y cuánto les afligiría vuestro cambio. ¿Deseáis que me quede, señor? ¿Y vuestro tío?

Tom dijo que sí con un gesto y una palabra musitada, pues ya estaba aprendiendo y su corazón sencillo estaba decidido a desempeñar su cometido todo lo bien que le fuera posible, siguiendo las órdenes del rey.

A pesar de todas las precauciones, la conversación entre los jóvenes se hizo algo embarazosa a veces. A decir verdad, en más de una ocasión Tom estuvo a punto de irse abajo y confesar que el papel que estaba representando era superior a sus fuerzas. Pero el tacto de la princesa Elizabeth lo salvó, o bien una palabra pronunciada por uno de los dos lores, que estaban atentos a la conversación, surtió el mismo efecto feliz. En un momento dado, la diminuta *lady* Jane se dirigió a Tom y lo dejó consternado con la siguiente pregunta:

—¿Habéis presentado vuestros respetos a su majestad la reina hoy, milord?

Tom titubeó, puso cara de apuro y se disponía a tartamudear algo al buen tuntún cuando lord St. John tomó la palabra y respondió por él con la airosa desenvoltura de un cortesano acostumbrado a enfrentarse con delicadas dificultades, para las que siempre estaba preparado.

—En verdad que lo ha hecho, señora, y ella lo tranquilizó en gran manera en lo que respecta al estado de su majestad, ¿no es así, su alteza?

Tom musitó algo que hacía las veces de asentimiento, pero tuvo la impresión de que pisaba terreno peligroso. Algo más tarde, alguien dijo que, de momento, Tom no debía estudiar más, ante lo cual *lady* Jane exclamó:

—¡Qué lástima! ¡Qué gran lástima! Tan bien como ibais progresando. Pero tened paciencia que no será para mucho tiempo. Aún os quedará tiempo para recibir la gracia de la cultura como vuestro padre y para dominar tantos idiomas como él, mi príncipe.

—¡Mi padre! —exclamó Tom, que en aquel momento estaba desprevenido—. Me parece que no sabe hablar el suyo propio de una forma que le entienda alguien más que los puercos que se revuelcan en las pocilgas. En cuanto a la cultura, de la clase que sea…

Alzó la vista y captó una solemne advertencia en los ojos de lord St. John.

Se interrumpió, sus mejillas se llenaron de rubor y luego, con voz baja y triste, prosiguió:

—Ah, mi enfermedad vuelve a atacarme y no sé qué me digo. No era mi intención mostrarme irreverente con el rey.

—Lo sabemos, señor —dijo la princesa Elizabeth, cogiendo entre las suyas la mano de su «hermano», con gesto respetuoso pero a la vez cariñoso —. No os aflijáis por ello. La culpa no es vuestra, sino de vuestra indisposición.

—Sois un dulce consuelo, señora —dijo Tom, lleno de gratitud— y mi corazón me mueve a daros las gracias, si me permitís el atrevimiento.

En otro momento, la pequeña y atolondrada *lady* Jane le espetó a Tom una frase en griego. La princesa Elizabeth, que estaba al quite, vio que la flecha no iba dirigida al blanco más idóneo, así es que, tranquilamente, respondió en nombre de Tom con una andanada de sonoro griego, hecho lo cual llevó la conversación por otros derroteros.

El tiempo transcurrió agradablemente y, en conjunto, sin grandes contratiempos. Las dificultades y escollos eran cada vez menos frecuentes y Tom se sentía cada vez más a sus anchas al ver que todos estaban empeñados amorosamente en ayudarle y hacer la vista gorda ante sus equivocaciones. Cuando salió a relucir que por la noche las dos damitas debían acompañarle al banquete del lord alcalde, sintió que el corazón daba un salto de alivio y alegría, pues comprendió que no se hallaría desamparado entre una multitud de desconocidos, mientras que una hora antes la idea de que las jóvenes fuesen con él le habría llenado de un terror insoportable.

Los ángeles de la guarda de Tom, los dos lores, disfrutaron menos que los otros durante la entrevista. Les parecía estar pilotando un buque de gran calado a través de un peligroso canal. Permanecían constantemente alerta y su misión no se les antojó precisamente un juego de niños. Así, pues, finalmente, cuando ya la visita de las damas tocaba a su fin y fue anunciada la llegada de lord Guilford Dudley, no solo pensaron que su protegido ya había tenido que soportar bastante, sino que ellos mismos no estaban en condiciones de llevar el buque de regreso a puerto y volver a emprender desde el principio el angustioso viaje. Así que, respetuosamente, aconsejaron a Tom que se excusase, cosa que él hizo gustosamente, aunque una leve sombra de decepción se hizo visible en el rostro de *lady* Jane cuando oyó que se le negaba la entrada al espléndido mozalbete.

Se produjo una pausa, una especie de silencio cargado de expectación que Tom no alcanzó a comprender. Miró a lord Hertford, que le hizo una señal,

pero tampoco logró adivinar su significado. La atenta Elizabeth acudió en su socorro con su habitual habilidad. Hizo una reverencia y dijo:

—¿Podemos retirarnos con la venia de mi hermano el príncipe?

—En verdad que sus señorías recibirán de mí cuanto gusten pedirme. Con todo, antes les daría cualquier otra cosa que estuviera en mi humilde poder darles que verme privado de la luz y la bendición de su presencia. Retiraos si lo deseáis, ¡y que Dios sea con vosotras!

Seguidamente, se sonrió para sus adentros al pensar:

«No en vano he vivido entre príncipes en mis lecturas y ha aprendido mi lengua algunas de las florituras de su forma de hablar».

Cuando se hubieron ido las ilustres doncellas, Tom se volvió con aire cansado hacia sus veladores y dijo:

—¿Tendrán a bien sus señorías concederme permiso para retirarme a descansar un poco?

—Como guste vuestra alteza —dijo lord Hertford—. Vos sois quien da las órdenes y nuestra obligación es obedecerlas. En verdad que es necesario que descanséis, ya que más tarde tendréis que desplazaros a la ciudad.

Hizo sonar una campanilla y apareció un paje, al que se le ordenó que fuese a buscar a sir William Herbert. Este caballero se presentó inmediatamente y condujo a Tom a un aposento interior. Una vez allí, lo primero que hizo Tom fue alargar la mano para coger un vaso de agua, pero un sirviente vestido de seda y terciopelo se le adelantó e, hincando una rodilla en el suelo, se la ofreció en una bandeja de plata.

Seguidamente, el fatigado cautivo se sentó y se disponía a quitarse los borceguíes, pidiendo permiso con una tímida mirada, pero otro entrometido, vestido igualmente de seda y terciopelo, se arrodilló y no le dejó hacerlo. Hizo otros dos o tres intentos de valerse por sí mismo, pero, viendo que cada vez se le adelantaban, acabó por desistir profiriendo un suspiro de resignación y musitando:

—¡Lo que más me maravilla es que no quieran respirar por mí!

Calzando zapatillas y envuelto en una suntuosa bata, por fin se acostó para descansar, pero no para dormir, pues tenía demasiados pensamientos en la cabeza y había demasiada gente en la habitación. No podía librarse de los pensamientos, así que estos se quedaron donde estaban, ni sabía qué hacer para que se marchase la gente, así que, muy a su pesar, esta se quedó también, igualmente contrariada.

La salida de Tom dejó solos a sus dos nobles veladores, que durante un rato permanecieron ensimismados, recorriendo la habitación de un lado a otro

y meneando la cabeza. Al poco, lord St. John dijo:

—Decidme sinceramente qué pensáis.

—A fuer de seros sincero, pienso que al rey le queda poco tiempo de vida, mi sobrino está loco, loco subirá al trono y loco seguirá en él. ¡Dios proteja a Inglaterra, pues le va a hacer falta!

—Así es, en verdad. Pero… ¿no sentís ningún recelo acerca de…?

Titubeó y finalmente enmudeció. Evidentemente, tenía la sensación de pisar terreno peligroso. Lord Hertford se detuvo ante él, le miró a la cara con ojos claros y francos y dijo:

—Seguid hablando. Nadie salvo yo puede oíros. ¿Recelos sobre qué?

—Me contraría en gran manera decir lo que estoy pensando, siendo vos pariente tan cercano de él, milord. Pero, rogando que me perdonéis si os ofendo, ¿no os parece extraño que la locura cambie de tal modo su porte y su conducta? No es que su porte y su modo de hablar hayan dejado de ser propios de un príncipe, pero en algunas cosillas difieren de los de antes. ¿No se os antoja raro que la locura hurte de su memoria la fisonomía de su propio padre, las costumbres y signos de respeto que le son debidas por quienes lo rodean y, dejándole su latín, le despoje de su griego y de su francés? No os ofendáis, milord, pero librad a mi cerebro de la duda que lo atormenta y recibid mi agradecimiento más sentido. Me obsesiona lo que dijo acerca de que no era príncipe y…

—¡Callad, milord, que lo que decís es traición! ¿Habéis olvidado la orden del rey? Recordad que seré cómplice de vuestro crimen si os escucho.

St. John se puso pálido y se apresuró a decir:

—He obrado mal, lo confieso. No me denunciéis, os lo ruego, y no pensaré ni hablaré más de ello. No seáis severo conmigo, señor, pues estaría perdido.

—Me doy por satisfecho, milord. Siempre y cuando no volváis con estas ante mí o ante otros, será como si nada hubieseis dicho. Pero no debéis albergar recelo alguno. El príncipe es hijo de mi hermana. ¿Acaso su voz, su cara, su figura, no me son familiares desde la cuna? La locura es capaz de engendrar todas las contradicciones que observáis en él y muchas más. ¿No recordáis cómo el anciano barón de Marley, al enloquecer, se olvidó de su propio semblante, al que conocía desde hacía sesenta años, y creyó que se trataba del de otro? Es más, llegó incluso a afirmar que era hijo de María Magdalena y que su cabeza estaba hecha de cristal, no permitiendo que nadie se la tocase, no fuera el caso que alguna mano descuidada la hiciese añicos. Tranquilizad vuestros recelos, buen milord. Se trata del verdadero príncipe.

Lo conozco bien… y pronto será vuestro rey. Puede que os beneficie tener esto bien presente y pensar más en ello que en lo otro.

Después de hablar un poco más durante un rato, que lord St. John aprovechó para rectificar como mejor pudo su error mediante repetidas protestas en el sentido de que su fe se hallaba ahora asentada en sólidos cimientos, sin que en ella pudiera hacer mella el ataque de nuevas dudas, lord Hertford dio a su compañero permiso para retirarse y se quedó vigilando solo. No tardó en entregarse a profundas meditaciones y saltaba a la vista que cuando más pensaba, mayor era su preocupación. Al cabo de un rato, empezó a pasear por la estancia musitando:

—¡*Tiene* que ser el príncipe! ¿Habrá alguien en todo el reino que sea capaz de afirmar que dos personas de tan prodigioso parecido no sean de la misma sangre y cuna? Y, aunque así fuera, aún más extraño milagro sería el que la casualidad colocase a uno en el lugar del otro. ¡Imposible! ¡Disparates y nada más que disparates!

Al poco dijo:

—Ahora bien, si fuera un impostor que se hiciera llamar príncipe, eso sí sería natural. ¿Pero ha existido jamás un impostor que, llamado príncipe por el rey, príncipe por la corte, príncipe por todos, *negase* su dignidad y quisiera despojarse de tan elevado título? ¡No! ¡Por el alma de San Swithin, no! ¡Es el príncipe verdadero y está loco!

Capítulo VII

EL PRIMER BANQUETE REAL DE TOM

Poco después de la una del mediodía, Tom, lleno de resignación, se sometió a la penosa prueba de que lo vistieran para la comida. Se encontró vestido con la misma elegancia que antes, pero todo diferente, pues cambiaron todo su atuendo, de la gorguera a las medias. Al cabo de un rato, lo llevaron con toda ceremonia a una estancia espaciosa y adornada, donde había una mesa dispuesta ya para un solo comensal. Todo el mobiliario era de oro macizo, embellecido con dibujos y adornos que lo hacían de un valor incalculable, ya que eran obra de Benvenuto. La estancia estaba casi llena de nobles sirvientes. Un capellán bendijo la mesa y Tom se disponía a atacar las viandas, pues hacía ya tiempo que el hambre formaba parte de su ser, pero fue interrumpido por milord el conde de Berkeley, que le ató una servilleta alrededor del cuello, ya que el elevado cargo de Servilletero de los Príncipes de Gales era hereditario en la familia de dicho noble. El Copero de Tom se hallaba también presente y se adelantó a todos sus intentos de servirse vino. El Catador de su Alteza el Príncipe de Gales también estaba allí, dispuesto a probar cualquier plato sospechoso cuando se lo ordenasen y corriendo el riesgo de morir envenenado en el desempeño de su función. A la sazón no era más que una figura de adorno y raramente se le pedía que ejecutase su misión, pero en otros tiempos, pocas generaciones atrás, el cargo de catador tenía sus peligros y no era de los más aconsejables. Parece extraño que no utilizaran un perro o un artesano, pero es que todas las costumbres de la realeza resultan extrañas. Milord D’Arcy, Primer Gentilhombre de Cámara, estaba presente para hacer quién sabe qué, pero estaba allí… baste con esto. El Lord Jefe de Mayordomos se encontraba detrás de la silla de Tom, supervisando las solemnidades que se ejecutaban bajo las órdenes del Lord Gran Despensero y del Lord Primer Cocinero, que se encontraban cerca. Aparte de estos, Tom tenía trescientos ochenta y cuatro sirvientes, aunque, por supuesto, no todos estaban en la estancia. Ni siquiera había una cuarta parte de ellos y tampoco sabía aún Tom de su existencia.

Todos los que se hallaban presentes habían sido instruidos apresuradamente para que recordasen que el príncipe estaba temporalmente chiflado y tuvieran cuidado de no mostrar sorpresa ante sus extravíos. No tardaron tales «extravíos» en presentarse ante sus ojos, aunque no hicieron más que despertar la compasión y la pena de los sirvientes, en ningún momento su hilaridad. Resultaba muy doloroso para ellos ver en tal estado a su amado príncipe.

El pobre Tom comió más que nada con los dedos, pero nadie se sonrió o siquiera pareció fijarse en ello. Tom examinó la servilleta con curiosidad y profundo interés, va que era de tela sumamente bella, y luego, con gran sencillez, dijo:

—Lleváosla, no vaya a ensuciarla sin darme cuenta.

El Servilletero Hereditario se la quitó con gran reverencia y sin decir palabra ni hacer la menor protesta. Tom examinó los nabos y la lechuga con interés y preguntó que qué eran y si eran comestibles, ya que hacía poco tiempo que estas cosas se cultivaban en Inglaterra en lugar de importarlas de Holanda como artículos de lujo. Su pregunta fue contestada con grave respeto y sin el menor asomo de sorpresa. Al terminar los postres, se llenó los bolsillos de nueces, pero nadie pareció darse cuenta ni escandalizarse. Pero en seguida fue él quien se sintió consternado y dejó que se le notase, ya que era el único servicio que le habían permitido realizar con sus propias manos durante la comida y no le cabía la menor duda de que acababa de hacer algo sumamente vulgar e indigno de un príncipe. En aquel momento empezó a sentir picores en la nariz, mientras el extremo de dicho órgano se alzaba y estremecía. El fenómeno continuó y Tom comenzó a dar muestras de creciente aflicción. Miró con expresión de súplica a uno de los lores que le rodeaban, luego a otro y las lágrimas afloraron a sus ojos. Los lores se adelantaron apresuradamente con el desaliento pintado en el rostro y le suplicaron que les dijera el motivo de sus apuros. Lleno de auténtica angustia, Tom dijo:

—Imploro vuestra indulgencia, pero es que la nariz me escuece cruelmente. ¿Qué se acostumbra a hacer en semejante emergencia? Daos, prisa, por favor, pues poco más podré soportarlo.

Ninguno de ellos sonrió. Llenos de perplejidad, se miraron unos a otros en busca de la solución de tan grave problema. Ante ellos se alzaba un elevado muro y en la historia de Inglaterra no había ningún precedente que les ayudara a saltarlo. El Maestro de Ceremonias no estaba presente y no había nadie con la suficiente seguridad para aventurarse en aquel mar desconocido o para

arriesgarse a buscar la solución de tan serio contratiempo. Por desgracia no existía el cargo de Rascador Hereditario. Mientras tanto, las lágrimas se desbordaron y empezaron a surcar las mejillas de Tom. La nariz arreció sus movimientos espasmódicos en solicitud de auxilio. Finalmente, la naturaleza derribó las barreras de la etiqueta: Tom elevó al cielo una muda plegaria pidiendo perdón por si hacía lo que no debía y, rascándose él mismo la nariz, alivió los apesadumbrados corazones de sus cortesanos.

Al terminar de comer, un lord se colocó delante de él y le ofreció un plato de oro, ancho y poco profundo, que contenía fragante agua de rosas para lavarse la boca y los dedos, al tiempo que milord el Servilletero Hereditario se colocaba a pocos pasos con la servilleta dispuesta. Durante unos segundos, Tom miró fijamente el plato con cara de no saber qué hacer, luego lo alzó hasta los labios y bebió un sorbo. Después se lo devolvió al lord que se lo había entregado y dijo:

—No, no me gusta, milord. Tiene buen sabor, pero le falta fuerza.

Esta nueva excentricidad nacida del maltrecho cerebro del príncipe llenó de dolor el corazón de cuantos le rodeaban, pero el triste espectáculo no resultó divertido para nadie.

La siguiente plancha que sin darse cuenta cometió Tom fue la de levantarse y abandonar la mesa justo cuando el capellán acababa de ocupar su puesto detrás de la silla real y con las manos alzadas y los ojos cerrados y vueltos hacia arriba se disponía a empezar la bendición. Pese a ello, nadie pareció haberse dado cuenta de que el príncipe había hecho algo desacostumbrado.

Obedeciendo a su propia petición, nuestro pequeño amigo fue conducido a su gabinete privado, donde lo dejaron solo para que hiciera lo que quisiese. En la entabladura de roble de las paredes había garfios de los que colgaban las diversas piezas de una reluciente armadura de acero, cubierta toda ella de hermosos dibujos exquisitamente labrados en oro. Semejante panoplia marcial pertenecía al verdadero príncipe y era un regalo que recientemente le había hecho Madam Parr, la reina. Tom se puso las grebas, los guanteletes, el casco empenachado y las demás piezas que pudo endosarse sin ayuda y durante breves instantes pensó llamar para que le ayudasen a ponerse todo lo demás, pero se acordó de las nueces que había cogido de la mesa y pensó en lo agradable que iba a resultarle comérselas sin que toda una multitud le estuviese contemplando y sin que este o aquel noble hereditario le diera la lata brindándole servicios que no había solicitado, así que volvió a colocar en su sitio las piezas de la armadura y al cabo de pocos momentos ya estaba

cascando nueces y sintiéndose feliz de modo casi natural por primera vez desde que Dios había tenido la humorada de hacerlo príncipe. Cuando hubo terminado todas las nueces, encontró en un pequeño ropero varios libros interesantes, entre ellos uno que trataba de la etiqueta de la corte inglesa. Aquello era un verdadero hallazgo. Se tumbó en un suntuoso diván y procedió a instruirse con gran aplicación. Así lo dejaremos de momento.

Capítulo VIII

LA CUESTIÓN DEL SELLO

Sobre las cinco de la tarde, Enrique VIII despertó tras una siesta poco reparadora y musitó casi para sí:

—¡Sueños inquietantes! ¡Sueños inquietantes! Mi fin está próximo. Así lo dicen estas advertencias y lo confirma mi pulso tembloroso.

Al poco, una llamita malévola brilló en sus ojos y musitó:

—Con todo, no moriré hasta que él haya desaparecido.

Dándose cuenta de que estaba despierto, sus ayudantes le preguntaron qué quería que hiciesen con el Lord Canciller, que estaba esperando fuera.

—¡Que entre, que entre! —exclamó el rey ansiosamente.

El Lord Canciller entró y se arrodilló ante la cama del rey diciendo:

—Ya he dado la orden y, obedeciendo lo mandado por el rey, los pares del reino, ataviados con sus mantos, se encuentran en estos momentos en el foro de la Cámara, donde, habiendo ya confirmado la suerte del duque de Norfolk, humildemente aguardan nuevas instrucciones de su majestad.

El rostro del rey se iluminó con fiera alegría.

—¡Levantadme! —dijo—. Yo mismo en persona me presentaré a mi Parlamento y con mi propia mano sellaré la orden que me libra de…

Le falló la voz y una palidez cenicienta barrió el rojo de sus mejillas. Los ayudantes le echaron una mano para que pudiera acostarse de nuevo y rápidamente le sirvieron reconstituyentes. Al cabo de unos instantes, con acento acongojado, el rey dijo:

—¡Ay! ¡Cuánto he anhelado este dulce momento! Pero he aquí que llega demasiado tarde y me veo desposeído de tan codiciada oportunidad. ¡Daos prisa, daos prisa! Que otros cumplan tan feliz misión puesto que a mí se me niega. Dejo en encomienda el Sello Real. Escoged a los lores que deban hacerse cargo de él y poned manos a la obra. ¡Daos prisa! Antes de que el sol salga y vuelva a ponerse, traedme su cabeza para que pueda verla.

—Hágase según la voluntad del rey. ¿Tendrá a bien su majestad ordenar que el Sello me sea devuelto, para que pueda atender a este asunto sin perder

un segundo?

—¿El Sello? ¿Quién sino tú guarda el Sello?

—Con permiso de su majestad, hace dos días que me lo quitasteis, diciendo que no volvería a ser utilizado hasta que vuestra regia mano lo aplicara sobre la sentencia del duque de Norfolk.

—¡Caramba! ¡Es verdad! Ahora lo recuerdo. ¿Qué hice con él? Me encuentro muy débil. Últimamente la memoria me traiciona con tanta frecuencia. Es extraño, extraño…

El rey se puso a mascullar incoherencias. De vez en cuando, meneaba débilmente su canosa cabeza y trataba inútilmente de recordar qué había hecho con el Sello.

Finalmente, milord Hertford se aventuró a arrodillarse y ofrecerle información:

—Señor, si me permitís el atrevimiento, hay aquí varios que como yo recuerdan que pusisteis el Sello Real en manos de su alteza el Príncipe de Gales, con el fin de que lo guardase hasta el día en que…

—¡Cierto! ¡Muy cierto! —le interrumpió el rey—. ¡Id por él! ¡Rápido, que el tiempo apremia!

Lord Hertford salió volando en busca de Tom, pero al poco regresó con cara preocupada y las manos vacías.

—Me pesa, majestad, traeros tan tristes noticias, pero es voluntad de Dios que la enfermedad del príncipe siga aquejándole y no pueda recordar que recibió el sello de vuestras manos. Por esto me he apresurado a venir a informaros, pensando que sería malgastar un tiempo precioso que alguien se pusiera a registrar la larga serie de cámaras y salones que pertenecen a su alteza real…

Un gruñido del rey interrumpió a milord al llegar a este punto. Al cabo de unos instantes, su majestad, con tono de profunda tristeza, dijo:

—No lo molestéis más, pobre criatura. La mano de Dios pesa sobre él y mi corazón alberga amor y compasión hacia él y lamenta que no pueda ser yo quien acarree tan pesada carga sobre mis viejos y cansados hombros para que él halle la paz.

Cerró los ojos, masculló algunas palabras ininteligibles y luego se calló. Transcurrido un rato, abrió los ojos otra vez y con mirada vacía recorrió la estancia hasta que sus ojos se posaron en él Lord Canciller, que seguía postrado de hinojos. Al instante su cara enrojeció de ira.

—¡Qué! ¡Seguís todavía aquí! ¡Por la gloria de Dios, que si no atendéis inmediatamente al asunto de ese traidor, vuestra mitra hará fiesta mañana,

pues no tendrá ninguna cabeza que adornar!

Temblando de pies a cabeza, el Canciller respondió:

—¡Imploro vuestra piedad, majestad! No hacía más que esperar el Sello.

—¿Has perdido el juicio, hombre? En la tesorería está el Sello pequeño que solía llevarme en mis viajes. Ya que el Sello Real ha desaparecido, ¿no servirá el otro? ¿Es que te has vuelto loco? ¡Márchate! Y escúchame bien: no vuelvas a presentarte hasta que me traigas su cabeza.

El pobre Canciller no tardó mucho en alejarse de tan peligrosa vecindad, ni perdió el tiempo la comisión de lores en dar la sanción regia a la obra del servil Parlamento, fijando para el día siguiente la decapitación del par más antiguo de Inglaterra, el infortunado duque de Norfolk.

Capítulo IX

EL DESFILE POR EL RÍO

A las nueve de la noche, la totalidad de la inmensa fachada del palacio que daba al río resplandecía de luz. El mismo río, hasta donde alcanzaba la vista en dirección a la ciudad, estaba tan lleno de barcas y embarcaciones de recreo, adornadas todas ellas con faroles de colores y meciéndose suavemente al compás de las olas, que parecía un jardín brillante e infinito de flores que se agitaban a impulsos del suave viento veraniego. La gran escalinata de peldaños de piedra que bajaba hasta el agua, lo bastante ancha como para que en ella cupiera todo el ejército de un principado alemán, era un espectáculo digno de verse, con sus filas de alabarderos reales llevando sus bruñidas armaduras y sus nutridos grupos de sirvientes lujosamente ataviados que subían y bajaban en pleno ajetreo de los preparativos.

Al cabo de un rato, se dio la orden e inmediatamente todos los seres vivientes desaparecieron de la escalinata. El aire se llenó entonces de silenciosa expectación. Hasta donde llegaba la vista podía verse cómo las miríadas de gente que llenaban los botes se ponían en pie y, haciendo visera con la mano para protegerse del resplandor de los faroles y las linternas, miraban hacia palacio.

Una fila de cuarenta o cincuenta barcazas de ceremonia se acercó a la escalinata. Estaban ricamente adornadas con oro y sus elevadas proas y popas ofrecían a los ojos de los espectadores sus complicadas y exquisitas tallas. Algunas estaban decoradas con banderas y gallardetes, otras con paño de oro y tapices de Arrás en los que había bordados escudos de armas, otras con banderas de seda a las que estaban cosidas incontables campanillas de plata que lanzaban al aire delicadas cascadas de gozosa música cuando las brisas las movían; otras de mayores vuelos, pues pertenecían a nobles que prestaban servicios personales al príncipe, presentaban por ambas bordas una especie de pintorescas vallas formadas con escudos vistosamente decorados con las armas de sus propietarios. Cada una de las barcazas de ceremonia iba remolcada por un barco ligero y de poco calado. Aparte de los remeros, a

bordo de estos barcos iban varios guerreros de brillante casco y coraza y un grupo de músicos.

La avanzada de la procesión, formada por un grupo de alabarderos, hizo su aparición en el gran arco de entrada. Los alabarderos llevaban medias a rayas negras y canela, gorros de terciopelo adornados a cada lado con una roseta de plata y jubones de color morado con tres plumas de oro bordadas en el pecho y la espalda. Este era el blasón del príncipe. El mango de las alabardas iba forrado con terciopelo carmesí sujeto con clavitos de oro y adornado con borlas también de oro. Desfilando a izquierda y derecha, formaban dos largas líneas que iban desde el arco de entrada del palacio hasta el borde del agua. Entonces se desplegó un grueso paño o alfombra que los ayudantes del príncipe, vestidos con sus libreas de oro y carmesí, colocaron en el suelo entre las dos filas. Hecho esto, un toque de trompetas resonó en el interior del palacio. De entre los músicos que iban en los barcos surgió un animado preludio y por el portal salieron dos Heraldos portando varas blancas y caminando con pasos lentos y majestuosos. Los seguía un oficial que portaba la maza de la ciudad y detrás de este otro con la espada de la ciudad. Venían luego varios sargentos de la guardia ciudadana con todo el equipo y escarapelas en las mangas; luego el rey de armas luciendo la jarretera y el tabando, varios caballeros de la Orden del Baño, cada uno con una cinta blanca en la manga, los escuderos de estos, los jueces con sus birretes y sus mantos escarlata, el Gran Canciller de Inglaterra, también con manto escarlata, abierto por delante y orlado con armiño, una delegación de concejales con sus capas escarlata y finalmente los jefes de los diferentes gremios de la ciudad. Venían luego doce caballeros franceses vestidos espléndidamente con jubones de blanco damasco con franjas doradas, mantos cortos ele terciopelo carmesí con forro de tafetán violeta y *hauts-de-chausses* encarnados. Los doce descendieron la escalinata. Formaban el séquito del embajador francés e iban seguidos por doce caballeros del cortejo del embajador español, vestidos de terciopelo negro sin ningún adorno. Detrás de estos iban varios altos nobles de Inglaterra acompañados por sus ayudantes.

Volvieron a sonar las trompetas dentro y el tío del príncipe, el futuro gran duque de Somerset, cruzó el arco de entrada ataviado con un jubón de paño de oro de color negro y una capa de raso carmesí con adornos de oro en forma de llores y redecillas de plata. Se volvió, se quitó su empenachado gorro, hizo una profunda reverencia y empezó a caminar de espaldas, inclinándose a cada paso. Sonó un prolongado toque de trompetas seguido por una proclamación:

—¡Paso al alto y poderoso lord Eduardo Príncipe de Gales!

En lo alto de los muros de palacio una larga línea de lenguas de fuego se elevó con gran estruendo, al tiempo que la multitud que se apiñaba en el río soltaba un fuerte rugido de aprobación y Tom Canty, causa y héroe de todo el asunto, hacía su aparición ante los ojos de todos e inclinaba levemente su principesca cabeza.

Iba magníficamente ataviado con un jubón de raso blanco con pechera de color púrpura espolvoreada con diamantes y ribeteada de armiño. Encima llevaba un manto de paño de oro de color blanco adornado con el emblema de las tres plumas, forrado con raso azul, en el que había engarzadas perlas y piedras preciosas y un broche de brillantes a guisa de cierre. De su cuello colgaba la Orden de la Jarretera y varias órdenes principescas de origen extranjero. Cada vez que la luz caía sobre él, las joyas respondían con un destello cegador. ¡Oh, Tom Canty, nacido en una choza, criado en los arroyos de Londres, familiarizado con los andrajos, la suciedad y la miseria! ¡Qué espectáculo este!

Capítulo X

EL PRÍNCIPE EN LAS REDES

Dejamos a John Canty arrastrando al verdadero príncipe hacia la Plazoleta de los Desperdicios, con una ruidosa y regocijada multitud pisándole los talones. Solo una persona de entre todas hizo una súplica en favor del cautivo, pero nadie le hizo caso. Apenas si la oyeron, tan grande era el barullo. El príncipe siguió forcejeando para librarse y protestando por el trato que estaba sufriendo hasta que John Canty perdió la poca paciencia que le quedaba y, presa de súbita furia, alzó su bastón de roble sobre la cabeza del príncipe. El que había suplicado en favor del príncipe dio un salto para detener el brazo que empuñaba el bastón y recibió el golpe en su propia muñeca.

—Quieres entrometerte, ¿verdad? —rugió John Canty—. Pues aquí tienes tu recompensa.

El bastón cayó sobre la cabeza del entrometido. Se oyó un quejido y una figura difusa cayó al suelo entre los pies de la multitud y al instante quedó tendida en el suelo, sola y a oscuras. La chusma siguió su camino, sin que el episodio le estropease la diversión.

Al cabo de un rato, el príncipe se encontró en la morada de John Canty, que cerró la puerta para impedir que entrasen los de fuera. A la tenue luz de una vela de sebo metida en una botella, el pequeño distinguió las características principales del miserable cuchitril y también de sus ocupantes. Dos muchachas desaliñadas y una mujer de mediana edad se acurrucaban en un rincón con el aspecto de animales acostumbrados a los malos tratos y esperando con temor recibirlos de un momento a otro. De otro rincón surgió una bruja marchita de pelo gris y despeinado y ojos malignos.

—¡Espera! —dijo John Canty dirigiéndose a la bruja—. Que aquí hay bonitas mojigangas. No vayas a estropearlas antes de haberlas disfrutado. Luego usa la mano con tanta fuerza como te plazca. Adelántate, muchacho. Ahora repite tus tonterías y no te olvides de nada. Dinos cómo te llamas. ¿Quién eres?

La sangre ofendida del príncipe acudió a sus mejillas una vez más y el pequeño miró con firmeza e indignación al hombre y dijo:

—Mala crianza tiene el hombre que como tú me ordena hablar. Te digo, como ya te lo dije antes, que soy Eduardo, el Príncipe de Gales, y nadie más.

La sorpresa que provocó semejante contestación dejó a la bruja clavada en el suelo, casi sin aliento. Miró fijamente al príncipe con expresión de pasmo y estupidez, cosa que hizo tanta gracia al rufián de su hijo que estalló en risotadas. Pero el efecto que surtió sobre la madre y las hermanas de Tom Canty fue distinto. El temor a recibir heridas corporales dio paso a una congoja de distinta índole. Llenas de dolor y desesperación, se acercaron rápidamente al pequeño exclamando:

—¡Pobre Tom! ¡Pobre muchacho!

La madre cayó de rodillas delante del príncipe, apoyó las manos en sus hombros y miró ansiosamente su rostro a través de las lágrimas que le nublaban la vista. Luego dijo:

—¡Mi pobre niño! Esas tonterías que lees han acabado por hacerte daño privándote del juicio. ¡Ah! ¿Por qué no hiciste caso cuando te advertí? Has destrozado el corazón de tu madre.

El príncipe la miró a la cara y dijo con dulzura:

—Tu hijo está bien y no ha perdido el juicio, buena mujer. Tranquilízate. Déjame regresar al palacio, que es donde está él, y mi padre el rey hará que te lo devuelvan en seguida.

—¡Tu padre el rey! ¡Ay, pequeño! Desdícete de estas palabras, porque llevan la muerte para ti y la desgracia para cuantos te rodean. Olvida este horrible sueño. Trata de hacer regresar a tu extraviada memoria. Mírame. ¿Acaso no soy la madre que te trajo al mundo y que te quiere?

El príncipe meneó la cabeza y de mala gana dijo:

—Sabe Dios que me pesa afligir tu corazón, pero en verdad que nunca había visto tu cara.

La mujer se echó atrás y se quedó sentada en el suelo y, tapándose los ojos con las manos, dio suelta a desgarradores sollozos y lamentaciones.

—¡Que siga la comedia! —gritó Canty—. ¡Cómo, Nan! ¡Cómo, Bet! ¿Es que no tenéis modales? ¿Vais a estar de pie en presencia del príncipe? De rodillas, desgraciadas, ¡y hacedle una reverencia!

Acompañó su orden con una grosera risotada. Tímidamente, las muchachas empezaron a implorar por su hermano y Nan dijo:

—Si le dejases acostarse, padre, el descanso y el sueño curarían su locura. Déjale, por favor.

—Sí, déjale, padre —dijo Bet—. Está más rendido de lo habitual. Mañana volverá a ser el mismo de siempre y pedirá limosna con diligencia y no volverá a regresar a casa con las manos vacías.

Este comentario mitigó la hilaridad del padre y le hizo pensar en el negocio. Se volvió airadamente hacia el príncipe y dijo:

—Mañana tenemos que pagarle dos peniques al propietario de este agujero. Dos peniques, no lo olvides. Todo este dinero por el alquiler de medio año, de lo contrario nos encontraremos en la calle. Enséñame lo que has reunido pidiendo limosna como un gandul.

—No me ofendas con tus sórdidos asuntos —dijo el príncipe—. Te digo otra vez que soy el hijo del rey.

Un sonoro manotazo atizado por Canty a la espalda del príncipe mandó a este dando traspiés hasta caer en brazos de la bondadosa *mistress* Canty, que lo abrazó fuertemente contra su pecho protegiéndolo de la copiosa lluvia de puñetazos y bofetadas. Las atemorizadas muchachas se retiraron a su rincón, pero la abuela se adelantó con el propósito de ayudar a su hijo. El príncipe se apartó de *mistress* Canty, que estaba recibiendo los golpes en su propio cuerpo, y exclamó:

—¡No sufras por mí, buena mujer! Deja que estos cerdos hagan lo que quieran conmigo.

Estas palabras enfurecieron a los cerdos hasta tal punto que se aplicaron a su tarea sin perder tiempo. Entre los dos le dieron un buen repaso al muchacho y luego propinaron una paliza a las chicas y a su madre por haber mostrado simpatía hacia la víctima.

—Ahora —dijo Canty—, todo el mundo a la cama. La diversión me ha fatigado.

Apagaron la luz y la familia se retiró. Tan pronto como los ronquidos del cabeza de familia y de su madre anunciaron que los dos estaban dormidos, las jóvenes salieron sigilosamente de la cama y se dirigieron al lugar donde yacía el príncipe, cubriéndolo amorosamente con paja y trapos para protegerlo del frío. También la madre se acercó a él, le acarició el pelo, lloró sobre él y le susurró palabras entrecortadas de consuelo y compasión al oído. Le había guardado un bocado, pero el dolor le había quitado el apetito al chico, al menos para comer mendrugos negros y sin sabor. Se sentía conmovido por haberlo defendido con tanta bravura y tan malos resultados para ella misma, así como por su conmiseración, y le dio las gracias con palabras muy nobles y principescas, rogándole que se acostase y tratase de olvidar sus pesares. Y agregó que su padre el rey no dejaría que su lealtad, su bondad y su devoción

quedasen sin recompensa. Este regreso a la «locura» hizo que a la mujer se le partiese otra vez el corazón y le estrechase con vigor contra su pecho una y otra vez, regresando luego a la cama anegada en lágrimas.

Mientras yacía en el lecho, pensando y lamentándose, empezó a metérsele en la cabeza la idea de que en aquel muchacho había algo indefinible que Tom Canty no tenía, ya estuviera loco o cuerdo. No acertaba a describirlo ni a distinguir de qué se trataba y, con todo, su agudo instinto maternal parecía detectarlo, percibirlo. ¿Qué pasaría si efectivamente el niño no era su hijo? ¡Absurdo! Casi se sonrió al pensarlo, a pesar de su pena y dolor. Pero no, comprobó que la idea no se esfumaba, sino que seguía persiguiéndola. La perseguía y acosaba, se aferraba a ella y se negaba a que la ahuyentase e hiciera caso omiso de ella. Por fin comprendió que no quedaría tranquila hasta hallar la forma de probar, claramente y sin dejar lugar a dudas, si el pequeño era o no su hijo, borrando así las preocupaciones que no le daban tregua. Sí, esta era la forma de salir de la incertidumbre. Así, pues, aguzó inmediatamente el ingenio para dar con el medio de conseguirlo. Pero resultaba más fácil proponérselo que realizarlo. Fue dándole vueltas a una idea prometedora tras otra, pero no tuvo más remedio que desecharlas a todas, ya que ninguna de ellas era absolutamente segura, absolutamente perfecta, y una que fuese imperfecta no podía satisfacerla. Saltaba a la vista que se estaba estrujando el cerebro en vano y se hacía evidente que debía darse por vencida. Cuando tan deprimente pensamiento llenaba su cerebro, a su oído llegó la respiración acompasada del niño y comprendió que se había dormido. Mientras escuchaba, la respiración del pequeño se vio cortada por un grito amortiguado y sobresaltado, como el que uno profiere durante una pesadilla. Este hecho casual le proporcionó inmediatamente un plan que valía tanto como todos los que antes había ideado juntos. Sin perder un instante, con movimientos febriles pero sin hacer ruido, se dispuso a encender de nuevo la vela, al tiempo que musitaba:

—De haberlo visto entonces, lo hubiese sabido. Desde aquel día en que, siendo él pequeño, le estalló pólvora en la cara, nunca, soñando o pensando, se ha sobresaltado sin llevarse la mano a los ojos, como hizo entonces. Pero no lo hace como los demás, con la palma vuelta hacia dentro, sino que la vuelve siempre hacia fuera. Se lo he visto hacer un centenar de veces y nunca de otra forma. ¡Pronto saldré de dudas!

Con la vela en la mano, ocultando la llama, se acercó al lado del durmiente. Con mucho cuidado, se inclinó sobre él, sin apenas respirar, conteniendo la excitación que la embargaba, y de sopetón apartó la mano para

que la luz brillase ante la cara del niño, al tiempo que con los nudillos de la otra le golpeaba la oreja. El durmiente abrió los ojos y miró con expresión de sobresalto a su alrededor, pero no hizo ningún gesto especial con las manos.

La pobre mujer quedó casi anonadada por la sorpresa y la pena, pero consiguió ocultar sus emociones y tranquilizar al pequeño hasta que volvió a dormirse. Luego se alejó de allí y, entristecida, reflexionó sobre el desastroso resultado de su experimento. Trató de convencerse de que la locura de su Tom había hecho desaparecer su gesto de costumbre, pero fue inútil.

—No —dijo—, las manos no las tiene locas. No es posible que en tan poco tiempo hayan logrado olvidar una costumbre de tantos años. ¡Oh, qué día más triste para mí!

Con todo, la esperanza se mostraba ahora tan tozuda como antes la duda. No se resignaba a aceptar el veredicto de la prueba. Debía intentarlo otra vez. El fallo tenía que haber sido un simple accidente. Así, pues, volvió a despertar al niño por segunda y tercera vez, a intervalos, con el mismo resultado que la primera vez. Entonces se dirigió trabajosamente a la cama y se durmió con el corazón apesadumbrado, diciendo:

—Pero no puedo renunciar a él. No, no puedo. ¡Tiene que ser mi pequeño!

Terminadas ya las interrupciones a cargo de la pobre madre y desaparecidos los dolores que le impedían dormir, el agotamiento consiguió por fin cerrar los ojos del príncipe, que se sumergió en un sueño profundo y reparador. Fue pasando una hora tras otra y el pequeño seguía durmiendo como un muerto. Así transcurrieron cuatro o cinco horas. Entonces el estupor empezó a ceder y al cabo de un rato, medio dormido y medio despierto, murmuró:

—¡Sir William!

Agregando a los pocos instantes:

—¡Eh, sir William Herbert! Venid para que os cuente el sueño más extraño de todas las épocas. ¡Sir William! ¿Me oís? Creí que me había transformado en un mendigo y… ¡Eh! ¡A mí la guardia! ¡Sir William!… ¡Qué!… ¿Es que se han retirado todos los ayudas de cámara? ¡Ay! Mal lo pasarán los…

—¿Qué te pasa? —preguntó alguien susurrándole al oído—. ¿A quién estás llamando?

—A sir William Herbert. ¿Quién eres tú?

—¿Yo? ¿Quién iba a ser sino tu hermana Nan? ¡Oh, Tom, me había olvidado! Todavía estás loco, pobre chico, todavía estás loco. ¡Ojalá no me

hubiese despertado jamás para verte así! Pero te ruego que domines la lengua o todos vamos a recibir otra paliza.

El sobresaltado príncipe se incorporó bruscamente, pero una punzada de dolor producida por sus contusiones semiadormecidas le hizo volver en sí y volvió a tumbarse sobre la sucia paja soltando un gemido y una exclamación.

—¡Ay, entonces no fue un sueño!

En menos que canta un gallo cayó de nuevo sobre él toda la pena que el sueño había borrado y se dio cuenta de que ya no era un príncipe mimado en palacio, en el que estaban fijos los ojos arrobados de toda la nación, sino que era un mendigo, un paria, vestido de harapos y preso en un cuchitril digno solo de ser ocupado por animales y viviendo en compañía de mendigos y ladrones.

En medio de su congoja, empezó a darse cuenta de que cerca de allí, al parecer a una o dos manzanas de distancia, se oían risotadas y gritos. Al cabo de breves instantes, llamaron con fuerza a la puerta. John Canty dejó de roncar y dijo:

—¿Quién llama? ¿Qué quieres?

—¿Sabes a quién le diste con tu bastón? —contestó una voz.

—No. No lo sé ni me importa.

—Pronto cambiarás de parecer. Y si quieres salvar el pescuezo, será mejor que huyas ahora mismo. El sujeto está entregando su alma en este momento. ¡Es el sacerdote! ¡El padre Andrew!

—¡Dios me valga! —exclamó Canty y, despertando a su familia, ordenó con voz áspera—: ¡Arriba todos y a huir! ¡Si os quedáis, pereceréis!

Transcurridos apenas cinco minutos, todos los miembros de la familia Canty estaban en la calle volando para salvar la vida. John Canty llevaba al príncipe sujeto por la muñeca y le obligaba a caminar de prisa por la oscura calle, al tiempo que con voz baja le advertía:

—Cuidado con lo que dices, imbécil. No pronuncies tu nombre. En seguida escogeré otro nombre nuevo para despistar a los sabuesos de la ley. ¡Te digo que andes con cuidado con lo que dices!

Seguidamente, dirigiéndose al resto de la familia, gruñó:

—Si por casualidad tenemos que separarnos, que cada uno se dirija al Puente de Londres. El primero que llegue a la última lencería que hay en el puente que espere hasta que lleguen los demás. Entonces huiremos todos juntos a Southwark.

En aquel momento, el grupo salió de la oscuridad y se encontró a plena luz y no solo esto, sino que se encontró en medio de una multitud que

cantaba, bailaba y gritaba frente al río. Había una hilera de hogueras que se extendía hasta donde llegaba la vista, arriba y abajo del Támesis. El Puente de Londres estaba iluminado y lo mismo el de Southwark. Todo el río ardía con el destello y el brillo de luces de colores y las constantes explosiones de los fuegos artificiales llenaban los cielos con una intrincada mezcla de esplendores fugaces y lluvia de chispas cegadoras que casi convertían la noche en día. Por todas partes había multitudes entregadas a alegre jarana. Daba la impresión de que todo Londres se había lanzado a la calle.

John Canty profirió una furiosa maldición y ordenó la retirada, pero era demasiado tarde. Él y su tribu se vieron tragados por aquella hormigueante colmena humana y en pocos instantes quedaron irremisiblemente separados unos de otros. No consideramos que el príncipe fuese uno de la tribu. Canty seguía teniéndolo bien sujeto. El corazón del príncipe latía con fuerza ante la esperanza de fugarse que ahora se le presentaba. Un corpulento barquero, considerablemente achispado por el licor, se vio bruscamente empujado por Canty al tratar este de abrirse paso entre el gentío. El sujeto apoyó una de sus manazas en el hombro de Canty y dijo:

—¡Eh! ¿Adónde vas con tanta prisa, amigo? ¿Dejas que tu alma se consuma en sórdidos asuntos cuando todos los hombres leales y honrados hacen fiesta?

—Mis asuntos solo a mí me interesan y no tienes derecho a meter las narices en ellos —contestó ásperamente Canty—. Aparta la mano y déjame pasar.

—Aunque así lo quieras, no pasarás hasta que hayas bebido a la salud del Príncipe de Gales. Te lo digo yo —dijo el barquero, impidiéndole pasar con actitud decidida.

—Dame la copa, pues, y date prisa. ¡Date prisa!

Varios de los que les rodeaban contemplaban la escena con interés y algunos gritaron:

—¡La copa de la amistad, la copa de la amistad! Haz que ese bribón malcarado beba la copa de la amistad; si no, lo arrojaremos al río para que sea pasto de los peces.

Así que trajeron una enorme copa con varias asas y el barquero, cogiéndola por una de ellas, mientras que con la otra mano tendía el extremo de una servilleta imaginaria, se la presentó en debida forma, con arreglo a la usanza antigua, a Canty, que tuvo que sujetar el asa del otro lado con una mano, mientras que con la otra alzaba la tapa, también con arreglo a la antigua costumbre. Al hacerlo, las manos del príncipe quedaron libres un

instante. Sin pensárselo dos veces, se metió de cabeza en aquella selva de piernas que lo rodeaba y desapareció. Unos instantes más y encontrarlo debajo de aquel mar que se agitaba lleno de vida no habría resultado más difícil de haber sido este el Atlántico y el príncipe una monedita perdida.

Pronto se dio cuenta de este hecho y en el acto se ocupó de sus asuntos sin volver a pensar más en John Canty. También se dio cuenta rápidamente de otra cosa. A saber: que un falso Príncipe de Gales estaba recibiendo en su lugar los agasajos de la ciudad. Poco le costó sacar la conclusión de que el pequeño mendigo, Tom Canty, se había aprovechado deliberadamente de tan estupenda oportunidad para convertirse en usurpador.

Así, pues, ante él se abría un solo camino: tenía que llegar a la casa del Ayuntamiento, darse a conocer y denunciar al impostor. Decidió, además, concederle a Tom un tiempo razonable para que preparase su espíritu, tras lo cual sería ahorcado, arrastrado y descuartizado tal como la ley y la usanza de la época señalaban para los casos de alta traición.

Capítulo XI

EN EL AYUNTAMIENTO

La barcaza real, acompañada por su vistosa flota, descendió majestuosamente por el Támesis a través del bosque de embarcaciones iluminadas. El aire estaba cargado de música, alegres hogueras ardíais en las márgenes del río, la lejana ciudad se extendía en medio de un tenue resplandor fruto de las incontables e invisibles hogueras que también en ella ardían y más de una esbelta aguja de iglesia se alzaba al cielo como una espada encendida. Al pasar, la flota era saludada desde las orillas con una continua salva de vítores y el incesante tronar y llamear de la artillería.

Para Tom Canty, medio enterrado entre cojines de seda, aquellos sonidos y aquel espectáculo eran una maravilla indeciblemente sublime y pasmosa. Para las amiguitas que iban a su lado, la princesa Elizabeth y *lady* Jane Grey, no eran nada.

Al llegar a Dowgate, la flota fue remolcada río arriba por las límpidas aguas del Walbrook (cuyo curso lleva ya dos siglos enterrado e invisible bajo acres y más acres de edificios) hasta Bucklersbury, pasando por delante de incontables casas y por debajo de puentes en los que se apelotonaban las alborozadas multitudes y que estaban brillantemente iluminados, y finalmente se detuvo en un fondeadero situado donde actualmente se halla Barge Yard, en el centro de la antigua ciudad de Londres. Tom desembarcó y, acompañado por su elegante cortejo, atravesó Cheapside y tras una breve marcha por la antigua judería y la calle Basinghall llegó al Ayuntamiento.

Tom y sus damitas fueron recibidos con la debida ceremonia por el lord alcalde y los padres de la ciudad, que lucían sus cadenillas de oro y los mantos escarlata de ceremonia, y conducidos a un gran dosel de honor instalado en el extremo de la sala principal, precedidos por heraldos que proclamaban su presencia, así como por la maza y la espada de la ciudad. Los lores y las damas que debían servir a Tom y a sus dos amiguitas ocuparon sus puestos detrás de las sillas de los recién llegados. Ante una mesa más baja, los grandes de la corte y otros invitados de noble alcurnia se hallaban sentados

con los magnates de la ciudad. Los burgueses se hallaban instalados ante multitud de mesas colocadas más hacia el centro de la sala. Desde su elevado puesto, los gigantes Gog y Magog, los antiguos guardianes de la ciudad, contemplaban el espectáculo que se ofrecía a sus pies con ojos acostumbrados al mismo desde generaciones ya olvidadas. Se oyó un toque de clarín y una proclama y entonces un obeso mayordomo apareció en una elevada tribuna de la pared de la izquierda, seguido por sus sirvientes, que con impresionante solemnidad portaban un humeante solomillo de buey, a punto para ser comido.

Después de la bendición, Tom (según las instrucciones recibidas) se levantó y con él toda la concurrencia y bebió de una voluminosa copa de la amistad, toda ella de oro, junto con la princesa Elizabeth. La copa pasó luego a *lady* Jane y después corrió toda la sala. Así empezó el banquete.

Al llegar la medianoche, el jolgorio se hallaba en su punto culminante. Era el momento de que tuviese lugar uno de aquellos pintorescos espectáculos que tanta admiración despertaban en aquellos remotos días. Se conserva todavía una descripción del mismo redactada con el curioso estilo de un cronista que fue testigo presencial:

> «Habiéndose dejado espacio, entraron al poco un barón y un conde ataviados a la usanza turca con incrustaciones de oro, cubiertas las cabezas con gorros de terciopelo carmesí, con grandes anillas de oro, ciñendo dos espadas llamadas cimitarras que colgaban de gruesas cadenas de oro. Aparecieron después otro barón y otro conde, vistiendo dos largas túnicas de raso amarillo con franjas de raso blanco, y en cada gaza blanca había otra de raso carmesí, según la moda rusa, con gorros de piel gris en la cabeza, cada uno de ellos empuñando una destral y calzando botas de larga puntera vuelta hacia arriba. Y después de ellos apareció un caballero, que era a la sazón el Gran Almirante, y con él cinco nobles con jubón de terciopelo carmesí, muy abierto por la espalda y por delante, cruzado el pecho por cadenas de plata, y sobre el jubón, capas cortas de raso carmesí y cubierta la cabeza con un gorro como los que usan los bailarines, adornados con plumas de faisán. Estos iban ataviados a la usanza prusiana. Los portadores de antorchas, que sumaban cerca de un centenar, iban vestidos de raso carmesí y verde, igual que los moros, ennegrecidos sus rostros. Seguidamente entró un *mommarye*. Después los juglares, que iban disfrazados, bailaron y también bailaron frenéticamente los lores y las damas, que daba gusto verlos».

Y mientras Tom, desde lo alto de su silla, contemplaba aquel «frenético» bailar, absorto en la admiración de aquella cegadora mezcla de colores calidoscópicos que a sus pies ofrecían aquellas figuras abigarradas que giraban y giraban sin cesar, el harapiento aunque verdadero Príncipe de Gales proclamaba sus derechos y denunciaba los ultrajes recibidos, acusando al impostor y clamando para que le dejasen entrar en el Ayuntamiento. La multitud disfrutó de lo lindo con semejante episodio y se apretujaba y alargaba el pescuezo para ver al pequeño alborotador. Al poco, empezaron a hostigarle y a tomarle el pelo, con el firme propósito de azuzarlo para que su furia fuese en aumento y resultase más entretenida. Lágrimas de mortificación afloraron a sus ojos, pero no cedió terreno y desafió a la chusma con la bravura de un rey. Más pullas siguieron a las primeras y nuevas burlas clavaron sus aguijones en él, haciéndole exclamar:

—¡Os digo otra vez que soy el Príncipe de Gales, perros descastados! Y por muy abandonado y sin amigos que esté, sin que nadie me defienda o ayude en la necesidad, no dejaré que me arrebaten lo que es mío. ¡Lo defenderé!

—Seas príncipe o no, da igual. ¡Eres un muchacho valiente y en modo alguno sin amigos! Aquí me tienes a tu lado para demostrarlo. Y fíjate en lo que te digo: podrías tener un amigo peor que Miles Hendon y, pese a ello, no cansarte de tanto buscar. Da descanso a tu pequeña mandíbula, hijo mío. Yo hablo el lenguaje de estas viles ratas del arroyo como una de ellas.

El que acababa de hablar era una especie de Don César de Bazán a juzgar por su atavío, aspecto y porte. Era alto, bien proporcionado y musculoso. Su jubón y calzones eran de rico paño, pero descoloridos y raídos, y sus adornos de encaje dorado estaban lamentablemente sucios. La gorguera se hallaba arrugada y estropeada y la pluma que adornaba su sombrero gacho se había partido y estaba sucia. Del costado pendía un largo estoque metido en una herrumbrosa vaina de hierro. Su porte bravucón lo señalaba en seguida como hombre dado a las pendencias. Las palabras de tan fantástico personaje fueron recibidas con una explosión de burlas y risotadas.

—¡Otro príncipe disfrazado! —gritaron algunos—. ¡Cuidado con vuestra lengua, amigos, que a lo mejor es peligroso! ¡Vaya si lo es! ¡Ved la expresión de sus ojos! ¡Quitémosle al pequeño y arrojémoslo al abrevadero!

Al instante, una mano asió al príncipe animada por tan feliz idea y con la misma rapidez la larga espada del desconocido salió de la vaina y el entrometido cayó al suelo a causa del fuerte golpe que recibió con la hoja de plano. Inmediatamente, una veintena de voces gritaron:

—¡Matad a este perro! ¡Matadlo! ¡Matadlo!

Y la chusma rodeó al guerrero, que apoyó la espalda en la pared y como un loco empezó a repartir estocadas a diestra y siniestra. Sus víctimas yacían por doquier con las extremidades extendidas, pero la avalancha humana pasó por encima de los cuerpos caídos y se lanzó con furia en modo alguno disminuida contra el espadachín. Parecía que sus minutos estaban contados y que su aniquilamiento era seguro cuando de repente se oyó un toque de trompeta y una voz gritó:

—¡Paso al mensajero del rey!

Y un tropel de jinetes cargó contra la multitud enfurecida, que huyó para ponerse a salvo con toda la prisa de que eran capaces sus piernas. El osado desconocido alzó al príncipe en brazos y no tardó en estar lejos del peligro y de la multitud.

Volvamos al interior del Ayuntamiento. De sopetón, alzándose por encima del jolgorio del banquete, se oyeron las notas diáfanas de un clarín. Al instante se hizo el silencio, un silencio profundo y luego se alzó una sola voz, la del mensajero procedente de palacio, que empezó a recitar una proclama, mientras toda la gente permanecía quieta, escuchando.

Las palabras finales, pronunciadas solemnemente, fueron:

—¡El rey ha muerto!

Como un solo hombre, los numerosos asistentes al banquete doblaron la cabeza sobre el pecho y durante unos momentos permanecieron en profundo silencio y luego, todos a una, se postraron de hinojos y alargaron las manos hacia Tom, al tiempo que un poderoso grito parecía conmover los cimientos del edificio:

—¡Viva el rey!

El pobre Tom miró con ojos aturdidos aquel espectáculo sorprendente y finalmente, durante breves instantes, se posaron con expresión soñadora en las princesas que estaban arrodilladas a su lado y luego en el duque de Hertford. Una súbita decisión se pintó en su cara y en voz baja susurró al oído de lord Hertford:

—¡Contestadme sinceramente, por vuestra fe y vuestro honor! Si ahora mismo diera una orden, como solo los reyes tienen el privilegio y la prerrogativa de dar, ¿sería obedecida dicha orden sin que nadie se alzase para llevarme la contraria?

—Nadie, mi señor, osaría contradeciros en todos vuestros dominios. En vuestra persona mora la majestad de Inglaterra. Vois sois el rey y vuestra palabra es ley.

—Entonces —contestó Tom con voz vehemente y sincera—. ¡Sea la ley del rey una ley de misericordia a partir de este día y que jamás vuelva a serlo de sangre! ¡Alzaos e idos! ¡Id a la Torre y decid que el rey ha decretado que el duque de Norfolk no muera!

Las palabras pasaron de boca en boca a todo lo largo y ancho de la espaciosa sala y, mientras Hertford se apresuraba a cumplir el encargo recibido, otro grito prodigioso estalló en el recinto:

—¡El reinado de la sangre ha terminado! ¡Viva Eduardo, rey de Inglaterra!

Capítulo XII

EL PRÍNCIPE Y SU SALVADOR

Tan pronto como Miles Hendon y el pequeño príncipe se vieron libres de la chusma, echaron a andar hacia el río a través de callejones y calles poco concurridas. Avanzaron sin dificultad hasta llegar al Puente de Londres, donde de nuevo se metieron entre la multitud. Hendon sujetaba con fuerza la muñeca del príncipe, digo del rey. La tremenda noticia era ya del dominio público y el niño la oyó proclamar por mil voces a la vez:

—¡El rey ha muerto!

La noticia dejó helado el corazón del pobre huerfanito e hizo que un escalofrío recorriera todo su cuerpo. Se daba cuenta de cuán grande era la pérdida para él y se sintió lleno de amargo dolor, ya que el siniestro tirano que tanto terror causara en los otros había sido siempre bueno con él. Las lágrimas asomaron a sus ojos haciendo confusos todos los objetos. Durante unos instantes se sintió la más abandonada y desgraciada de todas las criaturas de Dios. Entonces otro grito resonó en la noche hasta los más recónditos lugares:

—¡Viva el rey Eduardo VI!

Al oírlo, los ojos se le iluminaron y sintió que el orgullo le llenaba de pies a cabeza.

«Ah —pensó—, qué raro y a la vez magnífico parece: ¡Soy el rey!».

Nuestros dos amigos se abrieron paso lentamente entre el gentío que llenaba el puente. La estructura del puente, que llevaba seiscientos años allí y siempre había sido una vía populosa y ruidosa, era muy curiosa, ya que a ambos lados se extendían apretujadamente tiendas y almacenes, con la vivienda del propietario en el piso superior, que iban de una margen del río a la otra. El puente era una especie de ciudad en sí mismo. Tenía su posada, sus cervecerías, tahonas y mercerías, sus mercados de comestibles, sus industrias manufactureras e incluso su iglesia. A sus dos vecinos, Londres y Southwark, los contemplaba como si les bastase con el papel de suburbios y, aparte de esto, no tuvieran especial importancia. Era un barrio muy compacto, por decirlo así, una ciudad estrecha con una sola calle, que medía un quinto de

milla. Su población no superaba en número a la de un pueblo cualquiera y todos sus habitantes se conocían íntimamente, como antes lo habían hecho sus padres y sus madres y, por si fuera poco, estaban enterados de los pequeños asuntos familiares de los demás. Tenía su aristocracia, por supuesto, sus encopetadas y añejas familias de carniceros, panaderos y cuanto se os ocurra, que llevaban quinientos o seiscientos años instaladas en los mismos locales y conocían de cabo a rabo la historia del puente, todas sus extrañas leyendas, y hablaban siempre la jerga del puente, pensaban con cerebro de puente y mentían de forma horizontal, plana, directa y sustancial, es decir, como un puente. Era, en suma, la clase de población que se muestra estrecha de mente, ignorante y engreída. Los niños nacían en el puente, allí se criaban, crecían hasta hacerse viejos y finalmente morían sin jamás haber puesto los pies en otra parte del mundo que el Puente de Londres. Era natural que semejante gente imaginase que la interminable procesión que día y noche recorría su calle, con su confuso coro de voces y gritos, sus relinchos, mugidos y balidos y su tronar amortiguado, fuera la cosa más importante del mundo y ellos los propietarios de la misma. Y, en efecto, lo eran. Al menos podían exhibirla desde sus ventanas, previo pago de una cantidad, cada vez que, con motivo del regreso de un rey o un héroe, la calle cobraba un fugaz esplendor, ya que no había lugar comparable desde el que pudiera presenciarse durante largo rato, sin ninguna clase de interrupción, la marcha de las columnas que desfilaban.

Los hombres nacidos y criados en el puente encontraban la vida insoportablemente aburrida e insignificante en otras partes. Nos cuenta la historia que uno de ellos, que dejó el puente a los setenta y un años y se retiró al campo, se pasaba las noches dando vueltas en la cama, sin poder dormir por culpa de aquel silencio tan penoso, sobrecogedor y sofocante. Cuando ya no pudo soportarlo más, regresó corriendo a su antiguo hogar, convertido en un magro y demacrado espectro, y en él halló el descanso y los sueños agradables que buscaba gracias al musical arrullo de las aguas que batían los pilares del puente y el estruendo que armaban las personas y los vehículos que lo cruzaban.

En los tiempos en que transcurre nuestra historia el puente daba «lecciones prácticas» de historia de Inglaterra a sus hijos mediante las cabezas lívidas y putrefactas de hombres famosos que eran clavadas en las puntas de hierro de los arcos de entrada. Pero nos estamos apartando del tema.

Hendon se alojaba en la pequeña posada del puente. Al acercarse a la puerta en compañía de su pequeño amigo, una voz áspera dijo:

—¡Por fin has venido! No volverás a escaparte, te lo aseguro. Y si eres capaz de aprender algo de una paliza que te deje los huesos hechos puré, tal vez en otra ocasión no nos tendrás esperándote.

Y, así diciendo, John Canty alargó la mano para atrapar al pequeño. Pero Miles Hendon se puso entre ambos y dijo:

—No tan de prisa, amigo. Me parece que tu severidad está de más. ¿Qué tiene el pequeño que ver contigo?

—Si es asunto tuyo meter las narices en las cosas de los demás, te diré que es mi hijo.

—¡Mentira! —exclamó apasionadamente el pequeño rey.

—Bien dicho. Te creo, tanto si tu pequeña mollera está entera o cascada, muchacho. Pero da igual que este rufián sea o no tu padre. No se quedará contigo para pegarte e insultarte como ha amenazado hacer, siempre y cuando prefieras quedarte conmigo.

—Sí, sí quiero. No lo conozco y le odio y antes moriré que irme con él.

—Entonces no se hable más.

—¡Eso ya lo veremos! —exclamó John Canty, esquivando a Hendon para coger al pequeño—. Por fuerza o por…

—Si te atreves a tocarlo, carroña andante, ¡te ensartaré como a un ganso! —dijo Hendon, cortándole el paso y apoyando la mano en la empuñadura de la espada.

Candy retrocedió.

—Ahora escúchame —prosiguió Hendon—. He tomado a este pequeño bajo mi protección cuando una chusma de gentes de tu ralea lo estaba maltratando y tal vez lo habría matado. ¿Te imaginas que ahora voy a abandonarlo a una suerte peor? Tanto si eres su padre como si no, y creo que mientes al decir que lo eres, sería mejor para él una muerte rápida que vivir en manos tan brutales como las tuyas. Así que sigue tu camino y hazlo sin esperar más, pues no tengo demasiada paciencia y no me gusta discutir.

John Canty se alejó musitando amenazas y maldiciones y se perdió de vista entre el gentío. Hendon subió tres tramos de escalones hasta su habitación, acompañado de su protegido, tras encargar que les sirvieran la comida arriba. La habitación era pobre y había en ella una cama miserable y algunos muebles viejos. Se hallaba tenuemente iluminada por un par de velas que no parecían gozar de muy buena salud. El pequeño rey se dirigió trabajosamente a la cama y se tumbó en ella, casi rendido por el hambre y la fatiga. Se había pasado de pie la mayor parte del día y de la noche, ya que en

aquel momento eran las dos o las tres de la madrugada, sin haber probado bocado en todo el rato. Con voz soñolienta murmuró:

—Os ruego que me llaméis cuando la mesa esté puesta.

Y al instante cayó profundamente dormido.

En los ojos de Hendon brilló una sonrisa al decir para sus adentros:

«A fe mía que el pequeño mendigo ocupa tu aposento y te usurpa la cama como si estuviera en su propia casa, sin decir “con su permiso” ni nada que se le parezca. En sus desvaríos de enfermo dijo que era el Príncipe de Gales y hay que reconocer que aguanta el tipo la mar de bien. ¡Pobre ratoncillo abandonado! Sin duda su cerebro no funciona como es debido a causa de los malos tratos. Bueno, yo seré su amigo. Lo he salvado y esto me une fuertemente a él. Ya le tengo cariño a ese bribonzuelo de lengua impertinente. ¡Parecía un soldado al hacer frente a la chusma y desafiarla! Y qué cara más bonita y dulce tiene ahora que el sueño ha: ahuyentado sus apuros y pesares. Yo le enseñaré y curaré su enfermedad. Sí, seré su hermano mayor, lo protegeré y lo cuidaré; y quien se atreva a humillarlo o a hacerle daño ya puede encargarse la mortaja, ¡porque le hará falta aunque yo acabe en la hoguera por ello!».

Se inclinó sobre el muchacho y lo contempló con ojos compasivos y bondadosos, acariciando tiernamente las mejillas del pequeño y alisando con su atezada manaza los enmarañados rizos del durmiente. Un leve estremecimiento sacudió el cuerpo del pequeño.

—Qué descuido el mío —musitó Hendon—, dejarlo aquí tumbado sin abrigarle, a merced del frío de la noche. ¿Qué debo hacer? Se despertará si lo cojo para meterlo en la cama y, además, le hace mucha falta dormir.

Miró a su alrededor en busca de algo con que abrigarlo, pero, al no encontrar nada, se quitó el jubón y envolvió en él al niño, diciendo:

—Yo estoy acostumbrado al aire frío y a no llevar mucha ropa. Poco me afectará el frío.

Acto seguido, se puso a recorrer el cuarto de arriba abajo para conservar la circulación de la sangre, a la vez que se decía a sí mismo como antes:

—Su mente enferma le ha convencido de que es el Príncipe de Gales. Curioso será seguir teniendo entre nosotros a un Príncipe de Gales ahora que el verdadero príncipe ya no es tal, sino que es rey. Pero su pobre cerebro está obsesionado con esta fantasía y no es capaz de razonar y dejar de llamarse príncipe para adoptar el título de rey. Si mi padre vive todavía, después de siete años de no tener noticias de casa en el calabozo extranjero donde estaba, gustosamente recibirá al pobre pequeño y le brindará cobijo generosamente.

Y lo mismo hará Arthur, mi hermano mayor, y Hugh, mi otro hermano. Pero a este le romperé la cabeza si se entromete, ¡el muy ladino! Sí, allí es adonde iremos, y sin perder tiempo.

Entró un criado con una bandeja humeante, la colocó sobre una mesita y se fue, dejando que unos clientes tan pobres como aquellos se sirvieran ellos mismos la comida. Cerró la puerta con fuerza y el pequeño se despertó, incorporándose rápidamente y mirando con expresión alegre a su alrededor. Luego su rostro se entristeció y, lanzando un largo suspiro, musitó:

—¡Ay de mí! ¡Era solo un sueño!

Entonces se fijó en el jubón de Miles Hendon, desvió la mirada hacia este, comprendió el sacrificio hecho por él y dijo amablemente:

—Eres bueno conmigo, sí, eres muy bueno conmigo. Póntelo, que ya no lo necesito.

Se levantó y fue hacia el palanganero que había en un rincón. Se quedó de pie a su lado, esperando.

—Ahora tomaremos un buen bocado —dijo Hendon alegremente—. Todo esto es muy apetitoso y está recién hecho y, después del sueñecillo que acabas de descabezar, te dejará hecho otra vez todo un hombrecito, no temas.

El niño no contestó. En su lugar, miró con expresión de sorpresa mezclada con cierta impaciencia al alto caballero de la espada. Hendon se quedó perplejo y dijo:

—¿Qué sucede?

—Quisiera lavarme, señor.

—¡Ah, eso! No necesitas pedir permiso a Miles Hendon para hacer lo que se te antoje. Aquí estás como en tu propia casa y todo lo que hay en este cuarto es tuyo.

Pero el muchacho siguió inmóvil. Es más, golpeó impacientemente el suelo con su piececito. Hendon no salía de su asombro.

—Bendita sea, ¿qué quieres?

—¡Os ruego que echéis agua y no habléis tanto!

Reprimiendo una risotada y diciendo para sus adentros que aquello era el colmo, Hendon se adelantó y cumplió la orden del pequeño insolente. Luego se quedó cerca del palanganero, sumido en una especie de estupefacción, hasta que una seca orden le hizo volver en sí:

—¡Vamos! ¡La toalla!

Cogió una toalla que estaba debajo mismo de las narices del pequeño y se la entregó sin hacer ningún comentario. Luego procedió a refrescarse la cara lavándosela y en estas estaba cuando su hijo adoptivo se sentó a la mesa

disponiéndose a dar buena cuenta de la comida. Hendon despachó rápidamente sus abluciones, después cogió la otra silla y estaba a punto de sentarse a la mesa cuando el pequeño, con voz indignada, dijo:

—¡Alto! ¿Osáis sentaros en presencia del rey?

El golpe dejó a Hendon casi aturdido.

—¡La locura del pobre pequeño es cada vez mayor! —dijo entre dientes —. Ha cambiado a tenor del gran cambio que se ha producido en el reino ¡y ahora se imagina que es el rey! ¡Válgame Dios! Tendré que seguirle la corriente. No hay más remedio. ¡De lo contrario me mandaría a la Torre!

Complacido con su juego, apartó la silla de la mesa, se colocó detrás de la silla del rey y se puso a servirlo con toda la solicitud de que era capaz.

Mientras el rey comía, el rigor de su regia dignidad se suavizó un poco y a medida que aumentaba su satisfacción, lo hacían también sus deseos de conversar.

—Me parece que os llamáis Miles Hendon, si no he oído mal. ¿Es así?

—Así es, majestad —replicó Miles, diciendo luego para sus adentros—: «Si debo seguir la corriente al pobre loco, tendré que llamarle majestad, sin escatimar nada para representar a la perfección mi papel. De lo contrario, lo haré mal y perjudicaré la noble causa por la que laboro».

El rey se alegró el corazón con un segundo vaso de vino y dijo:

—Me gustaría conoceros. Contadme vuestra historia. Hay algo gallardo y noble en vos… ¿Sois de noble cuna?

—Estamos en la cola de la nobleza, majestad. Mi padre es *baronet*, miembro de la nobleza baja, en recompensa a sus servicios como caballero. Se llama sir Richard Hendon, de Hendon Hall, cerca de Monk's Holm en el condado de Kent.

—No recuerdo el nombre, pero seguid… contadme vuestra historia.

—No hay mucho que contar, majestad, pero tal vez os entretenga durante media hora a falta de otra mejor. Mi padre, sir Richard, es muy rico y sumamente generoso. Mi madre murió cuando yo todavía era niño. Tengo dos hermanos: Arthur, el mayor, cuya alma es igual que la de su padre, y Hugh, que es más joven que yo y de espíritu mezquino, codicioso, traidor, vicioso, solapado; un verdadero reptil. Lo ha sido desde la cuna; lo era hace diez años, cuando lo vi por última vez: un bribón consumado a los diecinueve años, cuando yo tenía veinte y Arthur veintidós. No hay nadie más, salvo *lady* Edith, mi prima. Por aquel entonces tenía dieciséis años, era hermosa, dulce, buena, hija de un conde y la última de su estirpe, heredera de una gran fortuna y de un título caduco. Mi padre era su tutor. Yo la quería y ella me quería a

mí, pero desde el instante de su nacimiento era la prometida de Arthur y sir Richard no habría tolerado que se rompiera el contrato. Arthur amaba a otra doncella y nos dijo que no desesperásemos y conserváramos la esperanza de que algún día, merced a una combinación de suerte y tiempo, nuestras aspiraciones llegarían a buen puerto. Hugh estaba enamorado de la fortuna de *lady* Edith, aunque él decía que de quien estaba enamorado era de la joven. Pero siempre hacía lo mismo: decía una cosa pero pensaba lo contrario. Pero sus artimañas no le sirvieron con la muchacha. Era capaz de engañar a mi padre, pero a nadie más. De todos nosotros, a él era a quien más quería mi padre, que confiaba y creía en él, pues era el más pequeño y otros lo odiaban. Estas son cualidades que a cualquier edad bastan para ganarse el amor más profundo del padre o de la madre. Además, Hugh tenía una lengua muy persuasiva y un don admirable para la mentira, cualidades estas que ayudan en gran manera a que la ceguera del cariño sea mayor. Yo estaba furioso, a decir verdad podría ir aún más lejos y decir que estaba muy furioso, aunque mi furia era inocente, ya que a nadie más que a mí perjudicaba, a nadie avergonzaba ni estaba teñida de maldad o bajeza o cualquier otra cosa indigna de mi noble condición.

»Y, con todo, mi hermano Hugh supo aprovecharse de esto en su beneficio, viendo que la salud de nuestro hermano Arthur no era todo lo buena que cabía esperar y confiando en que sucediera lo peor y él saliera ganando, contando siempre con que yo no podría estorbar sus planes. Pero, majestad, la historia es muy larga y apenas digna de ser narrada. Así, pues, resumiendo, os diré que mi hermano consiguió diestramente aumentar mis defectos hasta convertirlos en crímenes, coronando su ruin labor con el hallazgo de una escala de cuerda en mis aposentos, dejada allí por él mismo, y convenciendo a mi padre con esto, y con la declaración de algunos criados sobornados por él y las mentiras de otros granujas, de que yo tenía el propósito de llevarme a mi Edith y casarme con ella desafiando groseramente su voluntad.

»Mi padre dijo que tal vez tres años de destierro lejos de casa y de Inglaterra consiguieran hacer un soldado y un hombre de mí y enseñarme un poco de prudencia. Pasé la larga prueba luchando en las guerras del Continente, probando a más no poder toda suerte de percances, privaciones y aventuras. Pero en la última batalla caí preso y durante los siete años transcurridos desde entonces una mazmorra extranjera ha sido mi morada. A fuerza de ingenio y coraje, logré por fin escapar de mi encierro y volver a Inglaterra, adonde acabo de llegar, pobre de bolsillo e indumentaria, y aún

más pobre en lo que se refiere a saber lo sucedido en Hendon Hall durante estos siete años y lo que ha sido de su gente y de sus bienes. Así, pues, majestad, ya sabéis mi vulgar historia.

—¡Habéis sido vergonzosamente ofendido! —exclamó el pequeño rey con ojos llameantes—. Pero yo os haré justicia. ¡Voto al cielo que lo haré! El rey lo ha dicho.

Entonces, espoleado por la historia de los infortunios de Miles Hendon, desató la lengua y vertió la historia de sus propias y recientes desgracias en los oídos de su atónito oyente.

Al terminar, Miles dijo para sí:

«¡Cielos! ¡Qué imaginación la suya! En verdad que su cerebro no es los corrientes, pues de serlo, loco o cuerdo, no sería capaz de tejer una historia tan detallada y pintoresca como la que acaba de sacarse de la manga. ¡Pobre cabecita enferma! No le faltará un amigo y un albergue mientras esté yo entre los vivos. No dejaré que jamás se aparte de mi lado. Será mi mascota, mi pequeño camarada. ¡Y se curará! Sí, quedará curado del todo. Entonces se forjará un nombre y yo tendré el orgullo de decir: "Sí, es mío… lo recogí cuando era un granujilla sin hogar, pero vi que tenía cualidades y me dije que su nombre sonaría algún día. Miradlo. Observadlo. ¿Andaba en lo cierto o no?"».

—Vos me habéis salvado de la vergüenza y las injurias y tal vez me salvasteis también la vida y por ende la corona —dijo el rey con tono mesurado, como si pensara en voz alta—. Tan gran servicio exige una rica recompensa. Nombrad lo que deseéis y vuestro será si se halla dentro de mis regias facultades dároslo.

Tan fantástica sugerencia hizo que Hendon, sobresaltado, despertara de su sueño. Estaba a punto de darle las gracias al rey y zanjar el asunto diciendo que solo había cumplido con su deber y que no deseaba ninguna recompensa, pero se le ocurrió algo mejor y pidió permiso para permanecer unos momentos en silencio y estudiar la generosa oferta. El rey dio su aprobación a la idea y dijo que era mejor no apresurarse demasiado en los asuntos de tanta importancia.

Miles reflexionó unos instantes, luego dijo para sí:

«Sí, eso es lo que hay que hacer. De cualquier otro modo resultaría imposible conseguirlo; y no hay duda: la experiencia de esta última hora me ha enseñado que resultaría sumamente fastidioso e inconveniente seguir como hasta ahora. Sí, se lo propondré. Fue una suerte que no desperdiciara la oportunidad».

Hincó una rodilla en el suelo y dijo:

—Mi pobre servicio no fue más allá de lo que está obligado a hacer cualquiera de vuestros súbditos, así que no tiene ningún mérito. Pero, ya que vuestra majestad considera oportuna una recompensa, me tomaré la libertad de pediros una. Hace casi cuatrocientos años, como sabe vuestra majestad, habiendo mala sangre entre Juan, rey de Inglaterra, y el rey de Francia, fue decretado que dos paladines se enfrentasen en el palenque y de tal guisa dirimieran la disputa mediante lo que se llama un juicio de Dios. Habiéndose reunido estos dos reyes, y el rey de España, para presenciar y juzgar el combate, hizo su aparición el caballero francés. Pero tan temible era que nuestros caballeros ingleses se negaron a medir las armas con él. Así que la cuestión, que revestía gran importancia, parecía a punto de quedar resuelta en contra del monarca inglés por falta de comparecencia. Ahora bien, se hallaba encerrado en la Torre lord De Courcy, el brazo más poderoso de Inglaterra, despojado de sus honores y posesiones y consumiéndose en largo cautiverio. Se le hizo una apelación y él asintió, presentándose ataviado para la batalla. Pero apenas el francés vio su imponente figura y oyó pronunciar su famoso nombre, puso pies en polvorosa y el rey de Francia salió perdedor. El rey Juan devolvió a De Courcy sus títulos y posesiones y dijo: «Formula un deseo y serás complacido, aunque me cueste la mitad de mi reino». Al oírlo, De Courcy se arrodilló, como yo lo hago ahora, y contestó: «Pues esto os pido, mi señor: que yo y mis sucesores disfrutemos del privilegio, de ahora en adelante y mientras perdure el trono, de permanecer cubiertos en presencia de los reyes de Inglaterra». La gracia fue concedida, como sabe vuestra majestad, y durante estos cuatrocientos años jamás le ha faltado un heredero a la familia; así que incluso hasta este día el cabeza de aquella antigua familia sigue llevando el sombrero o el yelmo delante de su majestad el rey, sin estorbo ni impedimento alguno, cosa que nadie más está autorizado a hacer. Invocando este precedente en apoyo de mi petición, suplico al rey que me conceda esta única gracia y privilegio, recompensa más que suficiente para mí, y ninguna otra, a saber: que yo y mis herederos podamos para siempre y siempre sentarnos en presencia de su majestad el rey de Inglaterra.

—Alzaos, sir Miles Hendon, caballero —dijo gravemente el rey, dándole el espaldarazo con la espada de Hendon—. Alzaos y tomad asiento. Vuestra petición os es concedida. Mientras exista Inglaterra y perviva la corona, el privilegio no caducará.

Su majestad se apartó pensativo y Hendon se sentó a la mesa, pensando:

«Ha sido una buena idea y me ha proporcionado un buen alivio, ya que me duelen las piernas de fatiga. De no habérseme ocurrido, puede que hubiera tenido que seguir de pie varias semanas, hasta que mi pobre pequeño recobrase el juicio».

Tras una breve pausa, prosiguió:

«¡Y he aquí que me veo convertido en caballero del Reino de los Sueños y las Sombras! En verdad que resulta una posición de lo más curiosa y extraña para alguien tan prosaico como yo. Pero no me reiré, no, Dios no lo permita, pues esto que para mí tan poco significa, a él le resulta *real*. Y también a mí, en cierto sentido, no me parece falso, pues refleja verdaderamente el espíritu dulce y generoso que anida en él».

Hizo una nueva pausa y luego siguió:

«¡Ay si se le ocurre llamarme por mi pomposo título delante de la gente! ¡Gracioso sería el contraste entre mi gloria y mis vestiduras! Pero no importa. Que me llame lo que le apetezca. Si así está contento, también yo lo estaré».

Capítulo XIII

LA DESAPARICIÓN DEL PRÍNCIPE

Al poco rato, una pesada modorra se apoderó de los dos camaradas.

—Quitadme estos harapos —dijo el rey, refiriéndose a la ropa.

Hendon desnudó al pequeño sin rechistar, lo arropó bien, luego dio una ojeada a la habitación, al tiempo que se decía tristemente a sí mismo:

—Ya ha vuelto a quitarme la cama como antes. ¿Qué voy a hacer?

El pequeño rey observó su perplejidad y la disipó con una palabra: Medio dormido, dijo:

—Dormiréis atravesado en la puerta, guardándola.

En menos de un segundo quedó profundamente dormido, libre de sus preocupaciones.

—¡Tendría que haber nacido rey! —musitó Hendon, lleno de admiración —. Representa el papel de maravilla. Seguidamente se tumbó en el suelo, enfrente de la puerta y se dijo con voz satisfecha:

—Peor alojado he estado durante siete años. Falta de gratitud para con el Altísimo sería encontrarle defectos a esto.

Se quedó dormido en el momento en que apuntaba el alba. Se levantó cerca del mediodía, descubrió a su dormido pupilo por partes y con un cordel le tomó las medidas. El rey se despertó justo cuando acababa de finalizar la tarea, se quejó de frío y le preguntó qué estaba haciendo.

—Ya está hecho, mi señor —dijo Hendon—. Tengo un asuntillo al que debo atender fuera de aquí, pero regresaré dentro de poco. Volved a dormiros, que os hace falta. Ea, dejad que os cubra también la cabeza, pues así entraréis antes en calor.

El rey estaba de regreso en el país de los sueños antes incluso de que Hendon terminase de hablar. Miles salió sin hacer ruido y con idéntico sigilo volvió a entrar al cabo de treinta o cuarenta minutos, llevando un traje de segunda mano completo para el chico, de paño barato y gastado, pero limpio y adecuado para aquella época del año. Se sentó y empezó a repasar su compra, diciendo entre dientes:

—Una bolsa más llena hubiese comprado algo mejor, pero cuando uno no tiene la bolsa llena debe contentarse con lo que pueda hacer la bolsa vacía:

«Érase una mujer en nuestra ciudad,
En nuestra ciudad vivía…»

—Me parece que se ha movido. Debo cantar más bajo, para no privarle del sueño, pues nos espera un largo viaje y el pobre está agotado. Esta prenda… sí, no está mal. Una puntada aquí y allá y quedará como nueva. Esta está mejor, aunque una o dos puntadas tampoco le irán mal. Esto sí que está bien y le abrigará los piececitos, impidiendo que se le mojen. Probablemente será una novedad para él, porque sin duda está acostumbrado a andar con los pies descalzos, así en invierno como en verano. Ojalá el hilo fuese pan en vista de que por un cuarto de penique te dan suficiente cantidad para un año entero, aparte de esta aguja grande que te dan sin que tengas que pagar nada. ¡Ahora las pasaré moradas tratando de enhebrarla!

Y moradas las pasó. Hizo lo que los hombres han hecho siempre y probablemente seguirán haciendo hasta el fin de los tiempos: sujetar la aguja mientras trataba de meter el hilo por el ojo, que es lo contrario de lo que hacen las mujeres. Fracasó una vez y otra. A veces el hilo se le escapaba por un lado de la aguja y a veces se le escapaba por el otro o se le doblaba contra el cuerpo de la aguja. Pero no perdió la paciencia, pues ya le había ocurrido lo mismo otras veces cuando andaba guerreando por el mundo. Por fin lo consiguió y, cogiendo la prenda que aguardaba en su regazo, puso manos a la obra.

—El hospedaje está pagado, incluyendo el desayuno que nos servirán y queda suficiente dinero para comprar un par de burros y sufragar nuestros pequeños gastos durante los dos o tres días que hay entre hoy y la abundancia que nos aguarda en Hendon Hall.

«Amaba a su mari…»

—¡Ay! Ya me he clavado la aguja debajo de la uña, aunque poco importa. No es cosa nueva, aunque tampoco resulta agradable. Allí nos lo pasaremos bien, pequeño, ¡no lo dudes! Tus apuros se acabarán cuando lleguemos allí, igual que tu triste enfermedad:

«Amaba a su marido tiernamenteee,
Pero otro hombre…»

—¡Este será un noble zurcido! —exclamó, alzando la prenda y contemplándola con admiración—. Tiene una grandeza y una majestuosidad que a su lado las puntaditas hechas por el sastre resultan insignificantes y plebeyas:

«Amaba a su marido tiernamenteee,
Pero otro hombre la amaba a ella…»

—¡Ea, ya está! A esto se llama trabajar bien y rápidamente. Ahora lo despertaré, lo vestiré y le daré de beber y comer, y cuando pasemos por el mercado que hay junto a la Posada del Tabardo, en Southwark, y… ¡Tened a bien levantaros, mi señor! No contesta. ¡Eh, mi señor! No me queda más remedio que profanar su sagrada persona tocándolo con la mano, ya que su sueño es sordo a las palabras. ¡Qué!

Apartó las ropas de la cama: el muchacho se había ido.

Se quedó sin habla, mirando a su alrededor con ojos aturdidos y entonces cayó en que los harapos de su pupilo también habían desaparecido. Al darse cuenta, se puso a gritar y a clamar para que acudiese el posadero. En aquel momento, entró un criado con el desayuno.

—¡Habla, hijo de Satanás, o ha llegado tu hora! —rugió el guerrero y saltó hacia el criado con gesto tan amenazador que la sorpresa y el miedo impidieron que el pobre hombre articulase palabra durante unos instantes—. ¿Dónde está el pequeño?

Con voz temblorosa, entrecortada, el hombre le dio la información que deseaba.

—Apenas acababais de salir, señoría, cuando llegó corriendo un muchacho y dijo que era vuestro deseo que el pequeño se reuniera inmediatamente con vos al otro lado del puente, en la orilla de Southwark. Lo acompañé hasta aquí y cuando despertó al chico para trasmitirle el recado, el pequeño gruñó un poco porque lo habían despertado «tan temprano», según dijo él, pero al instante se puso los harapos y se marchó con el joven, comentando solamente que habría sido más correcto que su señoría hubiese venido personalmente, en lugar de enviar a un desconocido y así…

—Y así resulta que eres un imbécil que se deja embaucar fácilmente. ¡Maldita sea tu estampa! Aunque puede que nada malo haya pasado y el chico esté sano y salvo. Iré por él. Tú prepara la mesa. ¡Espera! La ropa del lecho estaba dispuesta como si hubiera alguien debajo. ¿Fue eso una casualidad?

—Lo ignoro, señoría. Vi que el joven hacía algo con ella… me refiero al que vino a buscar al chico.

—¡Cien mil diablos! Lo hizo para engañarme. Se ve a las claras que lo hizo para ganar tiempo: ¡Escúchame! ¿Iba solo el joven?

—Completamente solo, señoría.

—¿Estás seguro?

—Seguro, señoría.

—Pon en marcha tu menguado cerebro y piensa. No corras, que no hay prisa, hombre.

Tras pensar durante unos momentos, el criado dijo:

—Cuando llegó no lo acompañaba nadie, pero ahora recuerdo que, al salir los dos y mezclarse con la gente que transitaba por el puente, un sujeto con aspecto de rufián salió súbitamente de un lugar cercano y justo en el momento en que se unía a ellos…

—¿Qué pasó? ¡Desembucha! —rugió el impaciente Hendon, interrumpiéndole.

—Pues justo en aquel momento, la multitud los envolvió y ya no pude ver nada más, puesto que mi patrón me llamó. Estaba hecho una furia porque no nos habían traído un trozo de carne para asar que había encargado el escribano, aunque pongo a todos los santos por testigos de que echarme las culpas a mí por esta equivocación es como someter a juicio a un niño aún no nacido por los pecados come…

—¡Fuera de mi vista, idiota! ¡Tu cháchara me vuelve loco! ¡Espera! ¿Adónde vas con tanta prisa? ¿No puedes quedarte quieto un instante? ¿Se marcharon en dirección a Southwark?

—Suponiendo que así fuera, señoría. Porque, como le dije antes, sobre el lamentable asunto de la carne, el niño aún no nacido es tan inocente que…

—¡Cómo! ¿Aún estás aquí? ¿Y no has dejado de parlotear? ¡Esfúmate antes de que te estrangule!

El criado se esfumó. Hendon fue tras él, pasó por su lado y bajó corriendo la escalera, saltando los peldaños de dos en dos y musitando:

—Es obra de aquel villano que lo reclamó como hijo suyo. Te he perdido, mi pobre y pequeño amo. ¡Qué pena! ¡Yo que te había cobrado tanto afecto! ¡Pero no! ¡Nada de perdido! ¡Rayos y truenos! Revolveré todo el país hasta dar con él. Pobre pequeño. Ahí está su desayuno con el mío, pero ya no tengo hambre. Que se lo coman las ratas. ¡Hay que actuar con rapidez! ¡Rapidez! ¡Esta es la clave!

Mientras se abría paso por el puente, sorteando el ruidoso gentío que por él transitaba, varias veces, aferrándose a la idea como si fuera especialmente agradable, se dijo:

—Gruñó, pero lo cierto es que se fue. Se fue, sí, porque creyó que Miles Hendon se lo pedía. Jamás lo habría hecho por otro, lo sé bien.

Capítulo XIV

«LE ROI EST MORT; VIVE LE ROI»

El mismo día, poco antes de que amaneciera, Tom Canty salió de su pesado sueño y abrió los ojos en la oscuridad. Durante unos instantes permaneció quieto, tratando de analizar sus confusos pensamientos e impresiones y sacar de ellos algo en claro. Entonces, súbitamente, con voz entusiasta y a la vez reservada exclamó:

—¡Ahora lo veo! ¡Ahora lo entiendo todo! ¡Gracias sean dadas a Dios! ¡Por fin he despertado! ¡Ven, oh alegría! ¡Aléjate, tristeza! ¡Eh, Nan! ¡Bet! Levantaros y venid a mi lado y verteré en vuestros incrédulos oídos el sueño más alocado que jamás inventaron los espíritus nocturnos para confundir el alma del hombre. ¡Eh, Nan, Bet!

Una tenue figura apareció a su lado, al tiempo que una voz decía:

—¿Os dignaréis dar vuestras órdenes?

—¿Órdenes? ¡Oh! ¡Ay de mí! ¡Conozco tu voz! ¡Habla! ¿Quién soy yo?

—¿Quién sois? A fe mía, anoche erais el Príncipe de Gales. Hoy sois su graciosa majestad Eduardo, rey de Inglaterra.

Tom hundió la cabeza entre los almohadones, musitando con voz plañidera:

—¡Ay, no era un sueño! Id a descansar, buen señor, y dejadme con mis penas.

Tom volvió a dormirse y al cabo de un rato tuvo un sueño agradable. Soñó que era verano y que estaba él solo jugando en el bello prado llamado Goodman’s Fields, cuando un enano, que apenas medía un pie y lucía largas patillas rojas y una joroba, se le apareció de repente y le dijo:

—¡Cava junto a este tocón!

Así lo hizo y encontró doce relucientes peniques. ¡Una verdadera fortuna! Con todo, no fue eso lo mejor, pues el enano dijo:

—Sé quién eres. Eres un muchacho bueno y merecedor. Tu congoja desaparecerá, pues ha llegado el día de tu recompensa. Ven a cavar aquí cada

siete días y encontrarás siempre el mismo tesoro: doce relucientes peniques. No se lo digas a nadie, no divulgues el secreto.

Luego el enano desapareció y Tom se fue volando a la Plazoleta de los Desperdicios con su hallazgo, diciendo para sí:

—Cada noche le daré un penique a mi padre. Él creerá que me lo he ganado mendigando y se le alegrará el corazón y no me pegará más. Cada semana el buen sacerdote que me da lecciones recibirá un penique y los otros cuatro serán para madre, Nan y Bet. Se acabaron el hambre y la miseria, los temores y las preocupaciones y los malos tratos.

En el sueño llegaba a su sórdido hogar sin aliento, pero con el entusiasmo y la gratitud danzando en los ojos, arrojaba los peniques en el regazo de su madre y exclamaba:

—¡Son para ti! ¡Todos para ti! Para ti y Nan y Bet, y los he ganado honradamente, ¡sin mendigar ni robar!

Su madre, feliz y atónita, lo estrechaba contra su pecho y exclamaba:

—¡Se está haciendo tarde! ¿Hará su majestad el favor de levantarse?

Ah, esa no era la respuesta que esperaba. El sueño se había deshecho y estaba despierto.

Abrió los ojos. Ricamente ataviado, el Primer Lord de la Alcoba estaba arrodillado junto al lecho. El gozo del falso sueño se desvaneció y el pobre muchacho comprendió que seguía siendo cautivo y rey. La habitación estaba llena de cortesanos luciendo mantos de púrpura, que era el color de luto, y de nobles sirvientes del monarca. Tom se incorporó en la cama y a través de las gruesas cortinas de seda del lecho contempló fijamente a tan elegante compañía.

Empezó la pesada tarea de vestirse y, uno tras otro, los cortesanos se arrodillaron ante él para presentarle sus respetos y expresarle su condolencia por la gran pérdida sufrida, mientras la operación de vestirse seguía su curso. Para empezar, el Caballerizo Mayor cogió una camisa y la pasó al Primer Lord de los Sabuesos, quien se la pasó al Segundo Gentilhombre de la Alcoba, quien se la pasó al Montero Jefe del Bosque de Windsor, quien se la pasó al Tercer Gentilhombre de la Estola, quien se la pasó al Real Canciller del Ducado de Láncaster, quien se la pasó al Maestro Guardarropero, quien se la pasó al Tercer Heraldo en Jefe, quien se la pasó al Condestable de la Torre, quien se la pasó al Jefe de Mayordomos de la Casa Real, quien se la pasó al Gran Servilletero Hereditario, quien se la pasó al Lord Gran Almirante de Inglaterra, quien se la pasó al Arzobispo de Canterbury, quien se la pasó al Primer Lord de la Alcoba, quien cogió lo que quedaba de ella y se la puso a

Tom. Al pobre y pasmado mozalbete la escena le recordó cómo la gente se pasaba cubos de agua cuando había un incendio.

Al llegarles el turno, las demás prendas sufrieron el mismo proceso, lento y solemne. Por consiguiente, Tom se cansó mucho a causa de la ceremonia; tanto se cansó que casi se sintió lleno a rebosar de gratitud cuando por fin vio que las largas medias de seda empezaban el recorrido de mano en mano, señal de que la cosa se estaba acercando a su fin. Pero había cantado victoria antes de tiempo. El Primer Lord de la Alcoba recibió las medias y se disponía a ponérselas a Tom cuando de repente su rostro se cubrió de rubor y apresuradamente se las devolvió al Arzobispo de Canterbury, al tiempo que con expresión atónita susurraba, señalando algo relacionado con las medias:

—¡Ved, milord!

El Arzobispo se puso pálido, luego enrojeció y pasó las medias al Lord Gran Almirante, susurrando:

—¡Ved, milord!

El almirante pasó las medias al Gran Servilletero Hereditario, sin que apenas le quedara en el cuerpo aliento suficiente para exclamar:

—¡Ved, milord!

Las medias circularon de mano en mano en dirección contraria a la que siguieran antes, pasando sucesivamente por el Jefe de Mayordomos de la Casa Real, el Condestable de la Torre, el Tercer Heraldo en Jefe, el Maestro Guardarropero, el Real Canciller del Ducado de Láncaster, el Tercer Gentilhombre de la Estola, el Montero Jefe del Bosque de Windsor, el Segundo Gentilhombre de la Alcoba, el Primer Lord de los Sabuesos, acompañadas siempre por aquel «¡Ved! ¡Ved!», pronunciado con voz de pasmo y temor, hasta que finalmente llegaron a manos del Caballerizo Mayor, quien las miró unos instantes y luego, con voz enojada, susurró:

—¡Por todos los diablos! ¡Se ha escapado un punto! ¡A la Torre con el Cuidador Jefe de las Medias del Rey!

Tras lo cual se apoyó en el hombro del Primer Lord de los Sabuesos para recobrar fuerzas mientras traían un nuevo par de medias sin ningún defecto.

Pero todo tiene su fin en esta vida, de modo que, al cabo de un rato, Tom Canty quedó dispuesto para salir de la cama. El encargado de verter el agua la vertió, el encargado de ayudarle a lavarse le ayudó, el encargado de la toalla se colocó en su lugar con la toalla preparada y así, poco a poco, Tom atravesó sin novedad la etapa purificadora y quedó listo para recibir los servicios del Peluquero Real. Cuando por fin salió de entre las manos de este maestro, se hallaba convertido en una graciosa figura, bonita como una chica, con su

manto y calzones de raso púrpura y su gorro con penacho púrpura. Con gran ceremonia, en medio de sus cortesanos, se dirigió al aposento donde desayunaría. Al pasar, los cortesanos se echaban a un lado para abrirle camino y se postraban de hinojos.

Después de desayunar, fue conducido, con regia ceremonia, acompañado por sus grandes oficiales y su guardia de cincuenta Caballeros Jubilados, armados con doradas hachas de combate, a la sala del trono, donde procedió a despachar los asuntos de estado. Su «tío», lord Hertford, se colocó al lado del trono para ayudar al cerebro real con sus sabios consejos.

El grupo de hombres ilustres que el difunto rey había nombrado sus albaceas se presentó para que Tom diera su aprobación a ciertas medidas tomadas por ellos, cuestión de fórmula, aunque no del todo, ya que todavía no se había nombrado un Protector. El Arzobispo de Canterbury informó del decreto del Consejo de Albaceas referente a las exequias de su difunta y muy ilustre majestad y acabó leyendo las firmas de los albaceas, a saber: el Arzobispo de Canterbury, el Lord Canciller de Inglaterra, William lord St. John, John lord Russell, Edward duque de Hertford, John vizconde de Lisle, Cuthbert obispo de Durham…

Tom no prestaba atención, ya que una de las cláusulas leídas anteriormente le tenía perplejo. Se volvió hacia lord Hertford y susurró:

—¿Para cuándo dijeron que se había fijado el entierro?

—Para el dieciséis del próximo mes, mi señor.

—¡Qué extraño! ¿Durará hasta entonces?

¡Pobre muchacho, seguía ignorando las costumbres de la realeza! Estaba acostumbrado a ver cómo los desgraciados que morían en la Plazoleta de los Desperdicios eran quitados de en medio con una prontitud mucho menos ceremoniosa. Sin embargo, lord Hertford lo tranquilizó con una o dos palabras.

Un secretario de estado presentó una orden del consejo señalando las once de la mañana siguiente para la recepción de los embajadores extranjeros y pidió la sanción del rey.

Tom dirigió una mirada interrogativa a Hertford, quien susurró:

—Su majestad dará su aprobación. Vienen a testificar el pesar de sus regios señores por la terrible calamidad que ha caído sobre vuestra majestad y sobre el reino de Inglaterra.

Tom hizo lo que le acababan de indicar. Otro secretario se puso a leer un preámbulo referente a los gastos domésticos del rey, que habían ascendido a veintiocho mil libras durante los seis meses pasados, cantidad tan exorbitante

que Tom Canty se quedó con la boca abierta. Volvió a quedarse boquiabierto cuando salió a relucir el hecho de que veinte mil libras de tales gastos aún no habían sido pagadas y una vez más cuando se enteró de que las arcas reales estaban casi vacías y los mil doscientos criados se sentían muy azorados debido a que no se les abonaban sus emolumentos. Tom habló con viva aprensión:

—Nos estamos arruinando, salta a la vista. Es necesario que nos mudemos a una casa más pequeña y que despidamos a la servidumbre, ya que no sirve para otra cosa que para causar demoras y para trastornarle a uno con servicios que son un acoso para el espíritu y una vergüenza para el alma, ya que son más propios de una muñeca que de un rey, pues la muñeca no tiene cerebro ni manos con que valerse. Me acuerdo de una casa pequeña que está junto al mercado de pescado, cerca de Billingsgate…

Un fuerte apretón en el brazo hizo que Tom contuviera su necia lengua, al tiempo que el rostro se le cubría de rubor. Pero ninguno de los presentes dejó que su semblante dejara traslucir que tan extrañas palabras habían sido oídas.

Otro secretario informó de que, habida cuenta de que el difunto rey había dispuesto en su testamento que el conde de Hertford fuese elevado a la dignidad de duque y que su hermano, sir Thomas Seymour, recibiera el título de par del reino, a la vez que el hijo de Hertford era nombrado conde y otros valiosos servidores de la corona eran recompensados de modo similar, el consejo había resuelto celebrar sesión el dieciséis de febrero con el fin de hacer entrega y confirmar estos honores y que, en el ínterin, en vista de que el finado rey no había otorgado por escrito ninguna propiedad que sirviera de apoyo a tales dignidades, el consejo, conocedor de sus deseos personales a tal respecto, había creído oportuno conceder a Seymour «quinientas libras en tierras» y al hijo de Hertford «ochocientas libras en tierras y trescientas libras en las primeras tierras que quedasen vacantes al morir algún obispo», contando para ello con la venia del actual ocupante del trono.

Tom iba a espetar algo acerca de la conveniencia de pagar las deudas del fallecido rey antes de despilfarrar tanto dinero, pero un oportuno toquecito en el brazo que le dio el juicioso Hertford le salvó de cometer semejante indiscreción, por lo cual dio la sanción real sin hacer ningún comentario en voz alta, pero con gran desazón en su interior. Mientras reflexionaba acerca de la facilidad con que estaba haciendo extraños y rutilantes milagros, tuvo una repentina y feliz idea: ¿por qué no nombrar a su madre duquesa de la Plazoleta de los Desperdicios y concederle una finca? Pero al instante un triste pensamiento desplazó al otro: solo era rey de nombre y todos aquellos

graves veteranos y encumbrados nobles eran sus amos. Para ellos su madre no era más que la criatura engendrada por una mente enferma. Se limitarían a escuchar su proyecto con oídos incrédulos y luego harían avisar al doctor.

La pesada tarea fue transcurriendo tediosamente. Se leyeron solicitudes, proclamas, privilegios, y toda clase de papeles farragosos, reiterativos y aburridos, relativos a asuntos públicos. Finalmente, Tom soltó un patético suspiro y murmuró para sí:

—¿Qué mal habré hecho yo para que el buen Dios me aleje de los campos y del aire libre y el sol y me encierre aquí, convirtiéndome en rey muy a pesar mío?

Seguidamente, su pobre y aturdida cabeza empezó a oscilar hasta que al poco quedó reclinada sobre un hombro y los asuntos del imperio quedaron interrumpidos por falta de ese augusto factor llamado facultad de ratificación. El silencio rodeó al dormido niño y los sabios del reino cesaron en sus deliberaciones.

Durante la mañana, Tom, con permiso de sus guardianes, Hertford y St. John, pasó una agradable hora con *lady* Elizabeth y la pequeña *lady* Jane Grey, aunque las dos princesas estaban algo apagadas a causa del terrible golpe caído sobre la casa real. Al finalizar la visita, la «hermana mayor» de Tom, la misma que más adelante pasaría a la historia con el nombre de María la Sanguinaria, lo dejó helado con un solemne interrogatorio que, a ojos del muchacho, tuvo un solo mérito: su brevedad. Luego dispuso de un rato para sí mismo y después recibió a un mozalbete flacucho, de unos doce años, cuyas ropas, jubón, medias y demás, eran todas negras salvo la rizada gorguera y los puños de encaje, que eran blancos. No llevaba ningún distintivo de luto, pero sí ostentaba un lazo de cinta púrpura en un hombro. Avanzó con gesto titubeante y la cabeza gacha y, al llegar enfrente de Tom, hincó una rodilla en el suelo. Tom, sin moverse, estuvo unos instantes contemplándolo gravemente. Luego dijo:

—Levántate, muchacho. ¿Quién eres? ¿Qué deseas?

El muchacho se puso en pie tranquilamente, aunque en su rostro se reflejaba la preocupación.

—Seguro que me recordáis, milord. Soy vuestro muchacho de los azotes.

—¿Mi muchacho de los azotes?

—El mismo, majestad. Me llamo Humphrey, Humphrey Marlow.

Tom comprendió que se hallaba ante alguien acerca del cual sus guardianes deberían haberle informado. La situación era delicada. ¿Qué debía hacer? ¿Fingir que conocía al mozalbete para después revelar que jamás le

había visto con cada una de sus palabras? No, eso no podía hacerlo. Entonces se le ocurrió una idea salvadora: era probable que percances como aquel sucedieran con frecuencia ahora que Hertford y St. John, siendo miembros del consejo de albaceas, tendrían que alejarse de su lado por asuntos urgentes. Así, pues, tal vez sería conveniente trazarse un plan para tales contingencias. Sí, eso era lo más aconsejable. Lo pondría en práctica con aquel muchacho y vería qué tal le iba. Con aire de perplejidad, se acarició la frente durante unos instantes y luego dijo:

—Me parece que empiezo a acordarme vagamente de ti, pero el sufrimiento ha aturdido mi cerebro…

—¡Ay, mi pobre amo! —exclamó el muchacho de los azotes con sentimiento, agregando luego para sus adentros—: «Es verdad que está como me dijeron. Ha perdido el juicio. ¡Pobre desgraciado! Pero ¿qué hago? ¡Me estaba olvidando! Dijeron que había que fingir que no te dabas cuenta de su estado…»

—Es extraño ver cómo la memoria me traiciona últimamente —dijo Tom —. Pero no te preocupes, que poco a poco voy mejorando. A veces una ayudita hace que recuerde las cosas y los nombres que se me han olvidado. (Y no solo estas, sino también las que jamás he visto ni oído, como este muchacho verá). Dime qué te trae aquí.

—Es asunto de poca importancia, mi señor, pero quisiera hablaros del mismo, si vuestra majestad me lo permite. Hace dos días, cuando vuestra majestad se equivocó tres veces en la clase matutina de griego… ¿Os acordáis?

—Pues… sí, creo que sí. (No es una mentira demasiado grave, ya que si me hubiese complicado la vida con el griego, no solo tres sino cuarenta veces me habría equivocado). Sí, ahora lo recuerdo. Sigue.

—El profesor, enojado por vuestra torpeza y falta de aplicación, prometió que me daría unos buenos azotes por ello y…

—¡Azotarte a ti! —exclamó Tom, sin poder dar crédito a lo que oía—. ¿Por qué iba a azotarte a ti a causa de mis equivocaciones?

—Ah, vuestra majestad vuelve a olvidarse. El profesor siempre me pega a mí cuando vos no os sabéis la lección.

—Cierto, cierto, no me acordaba. Tú me das clases particulares y luego, si no me sé la lección, él dice que no hiciste bien tu tarea y entonces…

—Oh, mi señor, ¿qué palabras son estas? ¿Que yo, el más humilde de vuestros siervos, os doy clase a vos?

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué culpa tienes tú? ¿Qué acertijo es este? ¿Es que verdaderamente me he vuelto loco o el loco eres tú? Explícate, habla.

—Pero majestad, si no hay nada que deba explicarse. Nadie tiene derecho a descargar golpes sobre la sagrada persona del Príncipe de Gales y por esto, cuando él se equivoca o no se aprende la lección, soy yo quien recibe los azotes. Y así debe ser, pues ese es mi oficio y mi medio de vida.

Tom se quedó mirando fijamente al muchacho, que seguía tan tranquilo, y dijo para sí:

—¡Es pasmoso! ¡Qué oficio más extraño! Me maravilla que no hayan contratado un chico para que lo peinen y vistan en mi lugar. ¡Ojalá lo hiciesen! Si lo hacen, estaré dispuesto a recibir los azotes en mi persona y aun daré gracias a Dios por el cambio.

Luego, en voz alta, dijo:

—¿Y te han azotado, mi buen amigo, de acuerdo con lo prometido?

—No, majestad, mi castigo estaba fijado para hoy y puede que haya sido anulado por considerarlo poco adecuado para el luto que acaba de caer sobre nosotros. No lo sé y por esto me he tomado la libertad de venir a recordarle a vuestra majestad su generosa promesa de interceder por mí…

—¿Ante el profesor? ¿Para librarte de los azotes?

—¡Ah, os acordáis!

—Mi memoria va mejorando, como puedes ver. Tranquilízate, que tu espalda no quedará marcada. Yo cuidaré de ello.

—¡Oh, gracias, mi señor! —exclamó el mozalbete, volviendo a arrodillarse—. Tal vez me he atrevido demasiado y, con todo…

Viendo que Humphrey titubeaba, Tom lo instó a que siguiera hablando, diciendo que «estaba de humor para las concesiones».

—Entonces os hablaré de ello, porque es algo que llevo muy cerca del corazón. Ya que habéis dejado de ser el Príncipe de Gales y ahora sois rey, podéis dar las órdenes que os plazcan, sin que nadie ose llevaros la contraria. Así, pues, no es de esperar que deseéis seguir atormentándoos con pesados estudios y en vez de ello volveréis la atención hacia cosas menos irritantes. ¡Entonces yo me arruinaré y conmigo mis hermanas huérfanas!

—¿Te arruinarás? ¿De qué modo?

—Mi espalda es mi pan, majestad. Si ella no trabaja, yo moriré de hambre. Si vos dejáis de estudiar, mi oficio ya no tendrá sentido, pues no necesitaréis al muchacho de los azotes. ¡No me dejéis sin trabajo!

Tom se sintió conmovido ante tan patético pesar y, dejándose llevar por un regio arrebato de generosidad, dijo:

—No te aflijas más, muchacho. Tu oficio será vitalicio para ti y para tus descendientes para siempre y siempre.

Seguidamente, dio un leve golpe de plano con la espada en el hombro del mozalbete y exclamó:

—¡En pie, Humphrey Marlow, Muchacho de los Azotes Hereditario de la real casa de Inglaterra! Dejad de preocuparos, que volveré a mis libros y estudiaré tan mal que en justicia deberán triplicar vuestro salario de tanto como aumentarán los deberes de vuestro cargo.

El agradecido Humphrey respondió fervientemente:

—Gracias, oh noble señor. Tan principesca generosidad sobrepasa mis más desbordados sueños de fortuna. Ahora seré feliz durante el resto de mis días y toda la casa de Marlow lo será después de mí.

Tom tuvo la suficiente perspicacia para ver que aquel muchacho podía serle útil. Alentó a Humphrey a hablar y este no se hizo rogar. Estaba encantado porque creía que aportaba su granito de arena a la «curación» de Tom, ya que cada vez que terminaba de traer a la mente enferma de Tom los diversos detalles de sus experiencias y aventuras en el aula real y en otros lugares de palacio, observó que Tom era capaz de «recordar» las circunstancias claramente. Al cabo de una hora, Tom se encontró bien provisto de información muy valiosa acerca de personajes y asuntos referentes a la corte, así que decidió beber de aquella fuente cada día y a tal efecto daría órdenes de que se permitiese la entrada en el recinto real a Humphrey cada vez que este se presentara, siempre y cuando su majestad el rey de Inglaterra no estuviera ocupada atendiendo otras visitas. Apenas acababa de salir Humphrey cuando llegó milord Hertford con nuevos quebraderos de cabeza para Tom.

Dijo que los lores del consejo, temerosos de que se hubiese filtrado al exterior alguna versión exagerada de la enfermedad del rey, opinaban que lo más prudente era que, transcurridos uno o dos días, su majestad comenzase a comer en público. De este modo su vigorosa constitución y su firmeza al caminar, ayudadas por unos modales cuidadosamente reposados y unos gestos tranquilos y desenvueltos, serían más útiles que cualquier otro procedimiento que pudiera inventarse para calmar la inquietud general en el supuesto de que hubiese corrido algún rumor pesimista.

Luego, con mucha delicadeza, el conde procedió a instruir a Tom en los usos y costumbres propias de la ceremonia de gala, recurriendo para ello a la pobre excusa de fingir que le estaba «recordando» cosas que él ya sabía. Con todo, quedó gratísimamente sorprendido al ver que era poca la ayuda que

necesitaba Tom en este sentido. En efecto, había aprovechado las enseñanzas de Humphrey, ya que este le había dicho que al cabo de pocos días empezaría a comer en público, según decían los rumores que con gran rapidez circulaban por la corte. Con todo, Tom guardó para sí estos detalles.

Viendo tan mejorada la memoria real, el conde se aventuró a someterla a algunas pruebas, disimulando al hacerlo, para ver hasta qué punto había progresado. Los resultados fueron felices aquí y allí donde quedaban grabadas las huellas de Humphrey, y en conjunto milord se sintió grandemente complacido y animado. Tan animado se sentía, a decir verdad, que habló sin ambages, lleno de esperanza:

—Estoy convencido de que si su majestad hace otro pequeño esfuerzo por recordar, quedará resuelto el misterio del Sello Real, cuya pérdida tenía importancia ayer, pero ya no la tiene hoy, ya que su vigencia terminó al mismo tiempo que la vida de nuestro difunto señor. ¿Tendrá su majestad la bondad de intentarlo?

Tom estaba perdido, sin saber qué debía hacer. Un Sello Real era algo que le resultaba totalmente desconocido. Tras titubear unos instantes, levantó los ojos con expresión inocente y preguntó:

—¿Cómo es el Sello, milord?

El conde se sobresaltó de forma casi imperceptible, diciendo entre dientes:

—¡Ay, la memoria le ha vuelto a fallar! Ha sido una imprudencia obligarle a hacer un esfuerzo.

Luego, con gran destreza, llevó la conversación por otros derroteros con el objeto de borrar del cerebro de Tom el desdichado asunto del Sello, cosa que le fue fácil.

Capítulo XV

TOM EL REY

Al día siguiente se presentaron los embajadores extranjeros con sus vistosos cortejos y Tom los recibió sentado en el trono. Al principio, el esplendor de la escena fue una delicia para sus ojos y un estímulo para su imaginación, pero la audiencia resultó larga y pesada, igual que la mayoría de los parlamentos que tuvieron lugar. Así, pues, lo que comenzó siendo un placer poco a poco se fue convirtiendo en aburrimiento y empezó a sentirse nostálgico. Tom dijo las palabras que Hertford le ponía en la boca de vez en cuando e hizo un gran esfuerzo por salir airoso del paso, pero todo aquello resultaba demasiado nuevo para él y se sentía demasiado incómodo para lograr algo más que un éxito pasable. Aunque su aspecto era de rey, no consiguió sentirse como tal. Se alegró de todo corazón cuando la ceremonia terminó.

La mayor parte del día la «malgastaba», a su modo de ver, en tareas propias de su regio oficio. Incluso las dos horas que dedicaba a ciertos pasatiempos principescos eran para él una carga más que otra cosa debido al exceso de ceremonias y restricciones que debía cumplir. Sin embargo, disponía de una hora para recibir al muchacho de los azotes, hora que consideraba provechosa puesto que le servía a la vez de distracción y para obtener información útil.

El tercer día de reinado transcurrió más o menos como los demás, pero en cierto modo se disiparon los nubarrones que sobre él se cernían: se sentía menos incómodo que al principio, se estaba acostumbrando a las circunstancias y a cuanto lo rodeaba, las cadenas todavía lo atormentaban, pero no de modo constante, y comprobó que la presencia y los homenajes de los grandes del país le afligían y azoraban cada vez menos a medida que las horas se deslizaban sobre su cabeza.

De no haber sido por un solo temor, habría podido contemplar la llegada del cuarto día sin ninguna aprensión seria. Pero estaba el asunto de la cena en público, que debía empezar aquel día. Había cosas más importantes en el

programa del día, pues debía presidir un consejo en el que daría sus opiniones y órdenes referentes a la política que debía seguirse en relación con diversas naciones extranjeras esparcidas por el globo, unas cerca y otras lejos de Inglaterra. El mismo día, además, Hertford sería elegido oficialmente para el importante cargo de Lord Protector. Había asimismo otras cosas importantes señaladas para aquel cuarto día, pero a Tom todas le parecían insignificantes al lado de la terrible prueba de tener que cenar solo mientras una multitud de ojos curiosos se clavaban en él y un gran número de bocas comentaban en voz baja sus éxitos y fracasos en la mesa, suponiendo que tuviera la mala suerte de cometer alguna equivocación.

Con todo, nada podía detener el cuarto día, por lo que este llegó finalmente. Se encontró a Tom desanimado y distraído y así siguió todo el día, incapaz de librarse de ello. Los deberes normales de las mañanas le pesaron en las manos y lo aburrieron. Una vez más sintió sobre sí el peso del cautiverio.

A última hora de la mañana se hallaba en una espaciosa cámara destinada a las audiencias, conversando con el conde de Hertford y esperando resignadamente que sonara la hora señalada para una visita de ceremonia por parte de un nutrido grupo de altos cargos y cortesanos.

Al cabo de un breve rato, Tom, que se había acercado a la ventana y contemplaba con interés el ir y venir por la importante vía que discurría al otro lado de las puertas de palacio, y no con un interés vago, sino anhelando con todo su corazón participar personalmente de todo aquel ajetreo y libertad, vio que por el camino se aproximaba la vanguardia de una multitud vociferante y ruidosa de hombres, mujeres y niños de la más pobre y baja estofa.

—¡Cómo me gustaría saber de qué va! —exclamó con toda la curiosidad que un chico de su edad siente ante tales acontecimientos.

—¡Vos sois el rey! —respondió solemnemente el conde, haciendo una reverencia—. ¿Me da vuestra majestad permiso para actuar?

—¡Gozosamente os lo doy! ¡Gustosamente! —exclamó Tom, presa de excitación, agregando para sus adentros con gran satisfacción—: «En verdad que eso de ser rey no siempre resulta un inconveniente, sino que tiene sus compensaciones y ventajas».

El conde llamó a un paje y lo mandó al capitán de la guardia con la orden de que mandase detener a la multitud y preguntase cuál era el motivo de la manifestación, pues el rey quería saberlo.

En cosa de unos segundos, una larga hilera de soldados de la guardia real, cubiertos de brillante acero, salió por las puertas de palacio y formó de uno a otro lado del camino, enfrente de la multitud. Un mensajero regresó con la noticia de que la gente seguía a un hombre, una mujer y una joven que iban a ser ejecutados por crímenes cometidos contra la paz y la dignidad del reino.

¡La muerte, una muerte violenta, para aquellos desgraciados! Al pensarlo, Tom sintió que se le estremecía el corazón. El espíritu de la compasión se apoderó de él ahuyentando a todas las demás consideraciones. En ningún instante se le ocurrió pensar en las leyes transgredidas o en el dolor y las pérdidas que los tres criminales habían infligido a sus víctimas. No podía pensar más que en el patíbulo y en la siniestra suerte que se cernía sobre las cabezas de los condenados. La preocupación incluso hizo que por unos momentos se olvidase de que él no era otra cosa que la falsa sombra de un rey y no la sustancia y antes de darse cuenta de lo que hacía gritó:

—¡Traedlos aquí!

Seguidamente enrojeció como un tomate y a sus labios acudieron palabras de disculpa, pero, viendo que la orden no había causado ninguna clase de sorpresa al conde o al paje, sofocó las palabras que estaba a punto de pronunciar. El paje, sin inmutarse en lo más mínimo, hizo una profunda reverencia y salió de la habitación caminando hacia atrás, con el objeto de trasmitir la orden. Tom experimentó una sensación de orgullo, al tiempo que volvía a pensar en las ventajas y compensaciones que acarreaba el oficio de rey.

«En verdad —se dijo a sí mismo—, es lo mismo que sentía cuando leía los cuentos del anciano sacerdote y me imaginaba que yo era príncipe, dictando leyes y órdenes por doquier, diciendo: “Haced esto, haced aquello”, sin que nadie osara poner objeciones u obstáculos a mi voluntad».

Las puertas se abrieron bruscamente y uno tras otro fueron anunciados diversos títulos altisonantes, al tiempo que los personajes que eran sus propietarios entraban en la cámara, que rápidamente se llenó a medias de gentes nobles y refinadas. Pero Tom apenas se daba cuenta de la presencia de aquella gente, tan excitado y absorto se hallaba por el otro asunto, que era más interesante. Se sentó distraídamente en la silla de ceremonias y volvió los ojos hacia la puerta con evidente impaciencia, que, al ser observada, hizo que los presentes decidieran no molestarle y se pusieran a hablar de una mezcla de asuntos públicos y chismorreos cortesanos.

Al cabo de un rato, se oyó el ruido acompasado de pasos marciales que se acercaban y los culpables comparecieron ante el rey vigilados por un

subalguacil y escoltados por un destacamento de la guardia real. El funcionario civil se arrodilló ante Tom, luego se echó a un lado. Los tres condenados se arrodillaron igualmente y así permanecieron. La guardia se apostó detrás de la silla de Tom, que escudriñó a los prisioneros con ojos curiosos. Había algo en las ropas o en la facha del hombre que despertó un vago recuerdo en él.

«Me parece que he visto a este hombre antes de ahora, pero se me escapan el cuándo y el dónde» —pensó Tom.

Justo en aquel momento el hombre alzó rápidamente la mirada y con la misma celeridad volvió a bajarla, incapaz de seguir soportando el espectáculo abrumador de la realeza. Pero a Tom le bastó con verle la cara una sola vez y se dijo para sí:

«Ahora está claro. Este es el desconocido que sacó a Giles Witt del Támesis, salvándole así la vida, aquel crudo día de Año Nuevo. Fue una hazaña valiente. Lástima que después las haya hecho menos nobles y haya acabado en tan triste situación. No he olvidado el día, ni la hora, debido a que una hora más tarde, al dar las once, recibí una buena paliza de manos de la abuela Canty, tan fuerte que todas las que he recibido antes o después de ella parecen caricias en comparación».

Dio orden de que la mujer y la joven fuesen sacadas de su presencia durante unos momentos y luego, dirigiéndose al subalguacil, dijo:

—Decidme, buen señor, ¿qué delito ha cometido este hombre?

El funcionario se arrodilló y dijo:

—Con la venia de su majestad, le ha quitado la vida a otro súbdito envenenándolo.

La compasión que Tom sentía por el preso y la admiración que en él despertaba el riesgo que corriera al salvar a un chico que se ahogaba sufrieron un duro golpe.

—¿El delito ha quedado bien probado? —preguntó.

—Sin ninguna duda, señor.

Tom suspiró y dijo:

—Lleváoslo. Se merece la muerte. Lástima, porque era un valiente… No, no, quiero decir que *parece* serlo.

El preso juntó las manos con inesperada energía y se puso a retorcérselas desesperadamente, al tiempo que con palabras entrecortadas por el terror imploraba la gracia del «rey»:

—¡Oh, milord! ¡Si podéis compadeceros de los perdidos, tened piedad de mí! Soy inocente y la acusación que se me hace no ha sido demostrada del

todo. Pero no hablaré de eso. Se ha dictado sentencia contra mí y no es posible cambiarla. Y con todo, en mi extrema situación imploro una gracia, porque mi destino es más de lo que puedo soportar. ¡Una gracia, una sola gracia, majestad! En vuestra real compasión, concededme lo que os pido. ¡Dad orden de que me ahorquen!

Tom no salía de su asombro. No era esta la salida que esperaba.

—¡Extraña gracia, a fe mía! ¿No era a esto a lo que ya estabas condenado?

—Oh, mi buen señor, ¡no! ¡Se ha ordenado que sea *hervido vivo*!

La horrible sorpresa que acarreaban tales palabras hizo que Tom estuviera a punto de saltar de la silla. En cuanto se serenó un poco, exclamó:

—¡Cúmplase tu deseo, infeliz! Aunque hubieses envenenado a cien hombres, no deberías sufrir una muerte tan miserable.

El preso se inclinó hasta rozar el suelo con la cara y prorrumpió en apasionadas expresiones de gratitud, que concluyó diciendo:

—Si alguna vez conocéis el infortunio, ¡Dios no lo quiera!, ¡ojalá sea recordada y recompensada la bondad que hoy habéis tenido para conmigo!

Tom se volvió hacia el conde de Hertford y dijo:

—Milord, ¿puedo dar crédito a que la feroz condena impuesta a este hombre estaba justificada?

—Es la ley, majestad… para los envenenadores. En Alemania, a los falsificadores de dinero los hierven en aceite hasta morir. No los arrojan de golpe, sino que los atan con una soga y los van sumergiendo poco a poco, lentamente, primero los pies, luego las piernas, luego…

—¡Basta, os lo ruego, milord! ¡No puedo soportarlo! —exclamó Tom, cubriéndose los ojos con las manos para borrar semejante imagen—. Ruego a vuestra señoría que ordene cambiar esta ley. Que ninguna pobre criatura vuelva a sufrir tal tormento.

La cara del conde mostró una profunda satisfacción, pues era hombre de impulsos compasivos y generosos, cosa poco frecuente entre los de su clase en aquella época feroz.

—Las palabras de su majestad han sellado la suerte de esta ley —dijo—. La historia lo recordará en honor de vuestra casa real.

El subalguacil se disponía a llevarse al reo, pero Tom le hizo seña de que aguardase y dijo:

—Quisiera estudiar más a fondo este asunto. El reo ha dicho que su culpa no ha quedado probada del todo. Dime lo que sepas de ello.

—Con la venia de vuestra majestad, en el juicio se demostró que este hombre entró en una casa del villorrio de Islington donde yacía un enfermo… Tres testigos afirman que fue a las diez de la mañana y dos más dicen que fue unos minutos más tarde. El enfermo estaba solo y durmiendo en aquel momento. Al cabo de un rato, este hombre volvió a salir y siguió su camino. El enfermo murió antes de una hora, presa de terribles espasmos y náuseas.

—¿Alguien vio cómo se le administraba el veneno? ¿Se encontró veneno?

—No, mi señor.

—¿Entonces cómo es posible saber que murió envenenado?

—Con la venia de su majestad, los doctores testificaron que nadie que presente tales síntomas muere a no ser por envenenamiento.

Prueba concluyente, esta, en aquella época tan tosca. Tom comprendió cuán formidable resultaba y dijo:

—Los doctores conocen su oficio, así que probablemente acertaron. El asunto se pone negro para este pobre hombre.

—Pues esto no fue todo, majestad. Hay más y peor. Muchos testificaron que una bruja, que luego se marchó del villorrio, nadie sabe dónde, predijo, y así se lo dijo confidencialmente a dichos testigos, que el enfermo moriría envenenado, y lo que es más, que el veneno se lo daría un desconocido, un desconocido de pelo castaño y vestido con prendas vulgares y raídas. Y no hay duda de que el preso responde que ni pintado a la descripción. Ruego que su majestad dé a tal circunstancia la importancia que merece, habida cuenta de que fue predicha.

Este era un argumento de tremenda fuerza en aquellos tiempos de superstición. Tom tuvo la impresión de que el asunto quedaba resuelto. Si las pruebas valían algo, la culpa de aquel pobre diablo quedaba demostrada. Pese a todo, le ofreció otra oportunidad al reo diciendo:

—Si tienes algo que decir en tu favor, hazlo.

—Nada que me sirva, majestad. Soy inocente, pero no puedo probarlo. Como carezco de amigos, no puedo probar que aquel día no estuve en Islington, ni que a la hora que ellos dicen estaba a más de una legua de allí, en Wapping Old Stairs. Es más, majestad, podría demostrar que en el momento en que, según ellos, estaba *quitando* la vida a alguien, lo que hacía era *salvar* la vida de una persona. Un chico que se estaba ahogando y…

—¡Basta! Alguacil, ¡dime el día en que se cometió el crimen!

—A las diez de la mañana, o unos minutos después, del primer día del año, muy ilustre…

—Pon al reo en libertad. ¡Es la voluntad del rey!

Una oleada de rubor siguió a aquel arrebato tan poco regio y Tom trató de cubrir lo mejor que pudo su indecoro agregando:

—¡Me pone furioso que se cuelgue a un hombre por unas pruebas tan poco convincentes!

Un sordo murmullo de admiración recorrió la sala. No era admiración por el decreto que Tom acababa de dar, ya que la conveniencia o la oportunidad de perdonar a un preso declarado culpable era algo que pocos entre los presentes se hubiesen sentido justificados en admitir o admirar. No, la admiración la suscitaba la inteligencia y el temple mostrados por Tom. En tal sentido iban algunos de los comentarios que se hicieron en voz baja:

—Este rey no está loco, sino que está en su sano juicio. ¡Con qué cordura hizo las preguntas! ¡Cómo se parecía al de antes al resolver la cuestión tan rápidamente, tan imperiosamente! ¡Gracias a Dios, su enfermedad se ha curado! Esto no es un mequetrefe, sino un rey. Se ha comportado como lo habría hecho su padre.

El aire estaba tan lleno de alabanzas que por fuerza algunas llegaron a oídos de Tom y el efecto que en él surtieron consistió en tranquilizarlo y, al mismo tiempo, llenarlo de sensaciones agradables.

Con todo, su curiosidad juvenil no tardó en imponerse a estos pensamientos y sentimientos agradables. Ansiaba conocer qué clase de fechoría habrían cometido la mujer y la jovencita. Así que, siguiendo su orden, las dos criaturas, aterrorizadas y sollozando, fueron traídas a su presencia.

—¿Qué han hecho estas mujeres? —preguntó el alguacil.

—Con la venia de su majestad, se las acusa de un crimen horrendo que ha quedado suficientemente probado, por lo que los jueces han decretado que, de acuerdo con la ley, sean ahorcadas. Se vendieron al diablo. Este es su crimen.

Tom se estremeció. Le habían enseñado a aborrecer a la gente que cometía una acción tan perversa. Con todo, no pensaba privarse del placer de dar satisfacción a su curiosidad. Así que preguntó:

—¿Cuándo y dónde lo hicieron?

—Una medianoche del mes de diciembre, en una iglesia en ruinas, majestad.

Tom se estremeció otra vez.

—¿Quién estaba presente?

—Solamente ellas dos, majestad… y *el otro*.

—¿Han confesado?

—No, no lo han hecho. A decir verdad, lo niegan.

—Entonces dime, ¿cómo llegó a saberse?

—Ciertos testigos las vieron dirigirse allí, majestad. Eso despertó sospechas y luego una serie de efectos espantosos han confirmado y justificado las sospechas. Se ha demostrado, en concreto, que, valiéndose del poder maligno que de tal forma les fue conferido, invocaron y produjeron una tormenta que devastó la totalidad de la región. Más de cuarenta testigos han aportado pruebas de la tormenta y en verdad que habrían podido ser mil, ya que todo el mundo tenía motivos para recordarla, toda vez que nadie dejó de sufrir sus efectos.

—Ciertamente se trata de un asunto muy grave —dijo Tom, dándole vueltas a aquel ejemplo de canallería. Luego preguntó—: Y la mujer, ¿sufrió también a causa de la tormenta?

Varias cabezas venerables se movieron entre los presentes manifestando su aprecio por la sabiduría de la pregunta. El alguacil, sin embargo, no vio nada especial en la pregunta, así que contestó sin andarse por las ramas:

—¡Vaya si sufrió, majestad! Y se lo tenía bien merecido, como dicen todos. La tormenta se llevó su vivienda y ella y la pequeña se quedaron sin cobijo.

—Me parece que pagó muy caro el poder de gastarse a sí misma tan tremenda jugarreta. De haber pagado siquiera un cuarto de penique, la habrían estafado. El hecho de que pagase con su alma y con la de su pequeña se me antoja claro indicio de que está loca. Si está loca, no sabe lo que se hace y, por consiguiente, no peca.

Las venerables cabezas volvieron a expresar su satisfacción ante la sabiduría de Tom y un individuo murmuró:

—Si, según lo que dicen por ahí, el rey está loco también, entonces se trata de un tipo de locura que haría mucho bien a la cordura de muchos que yo me sé, suponiendo que la gracia de Dios permitiera que se les contagiase.

—¿Qué edad tiene la pequeña? —preguntó Tom.

—Nueve años, con permiso de su majestad.

—Según las leyes de Inglaterra, ¿está una criatura autorizada a establecer un pacto en virtud del cual se vende a sí misma? —preguntó Tom, volviéndose hacia un ilustre juez que presenciaba la escena.

—La ley no permite que un niño o una niña tome parte en asuntos de peso, señor, pues considera que su inexperto cerebro no está capacitado para enfrentarse con la inteligencia más despierta y los aviesos designios de quienes son sus mayores. El *diablo* puede comprar una criatura si le apetece y

si la criatura se aviene, pero no así un inglés. En este segundo caso, el contrato no tendría valor.

—Me parece bárbaro y poco cristiano que la ley inglesa niegue ciertos privilegios a los ingleses ¡y los malgaste con el diablo! —exclamó Tom con sincero apasionamiento.

Esta nueva forma de ver el asunto produjo numerosas sonrisas y quedó registrada en muchos cerebros con el fin de ir luego repitiéndola por la corte, como prueba de la originalidad de Tom y de su avance hacia la salud mental.

La mayor de las dos culpables ya no sollozaba y estaba pendiente de las palabras de Tom con vivo interés y creciente esperanza. Tom se dio cuenta de ello y sintió que sus simpatías se decantaban marcadamente hacia aquella mujer que se hallaba en una situación desesperada y peligrosa.

—¿Cómo se las ingeniaron para provocar la tormenta? —preguntó al cabo de unos instantes.

—Quitándose las medias, majestad.

Tom se quedó pasmado, al tiempo que su curiosidad alcanzaba extremos decididamente febriles. Con voz agitada exclamó:

—¡Portentoso! ¿Siempre tiene tan temibles efectos?

—Siempre, mi señor, al menos si la mujer lo desea y pronuncia las palabras necesarias, ya sea con la mente o con la lengua.

Tom se dirigió a la mujer y con tono imperioso le dijo:

—Ejerce tu poder. ¡Quisiera ver una tormenta!

De repente palidecieron las mejillas de la supersticiosa concurrencia, al tiempo que entre ella cundía un deseo general pero no expresado de salir corriendo de allí. Con todo, Tom no se dio cuenta de nada, ya que tenía toda su atención concentrada en el proyectado cataclismo. Observando una expresión de pasmo y perplejidad en el rostro de la mujer, agregó con voz agitada:

—No temas, que no se te culpará de ello. Es más, quedarás en libertad y podrás irte sin que nadie te lo impida. Anda, ejerce tu poder.

—Oh, mi señor rey. No tengo tal poder. He sido acusada en falso.

—Tus temores te impiden ejercerlo. No debes temer nada, pues no sufrirás ningún daño. Haz una tormenta. No importa que sea pequeña. No la necesito grande o devastadora, sino más bien lo contrario. Hazlo y te será respetada la vida y podrás irte tranquilamente con tu pequeña, portando el perdón del rey, que te protegerá de las inquinas de cualquiera de los habitantes del reino.

La mujer se postró ante Tom y con lágrimas en los ojos protestó diciendo que no poseía el poder de hacer semejante milagro, que si lo poseyera, gustosamente lo usaría para salvarle la vida a su pequeña, contentándose con sacrificar la suya, si la obediencia a la orden del rey le daba derecho a una gracia.

Tom la apremió y ella siguió aferrándose a lo dicho. Finalmente, Tom dijo:

—Me parece que esta mujer dice la verdad. Si mi madre estuviera en su lugar y poseyera el don de realizar las funciones del diablo, no habría dudado un segundo en invocar las tormentas y dejar el país entero convertido en un montón de ruinas si a cambio de ello hubiese salvado mi vida. Esto demuestra que otras madres están hechas del mismo molde. Estás libre buena mujer, tú y tu pequeña, pues creo que eres inocente. Ahora que, habiendo sido perdonada, no tienes nada que temer, ¡quítate las medias! ¡Si logras hacerme una tormenta, serás rica!

La redimida criatura expresó su gratitud a grandes voces y procedió a cumplir la orden mientras Tom miraba con expectación un tanto estropeada por la aprensión y los cortesanos manifestaban sin ningún disimulo la inquietud y el miedo que los atenazaba. La mujer se desnudó los pies y también los de su hija y evidentemente hizo cuanto pudo por corresponder a la generosidad del rey con un terremoto, pero resultó un fracaso y un chasco totales.

Tom suspiró y dijo:

—¡Ea, buena mujer, no te apures más! Tu poder te ha abandonado. Sigue tu camino en paz y si alguna vez vuelve a ti, no me olvides y envíame una tormenta.

Capítulo XVI

LA CENA DE GALA

La hora de la cena estaba cada vez más próxima. Con todo, Tom, por raro que parezca, apenas se sentía inquieto y mucho menos atemorizado. Las experiencias de la mañana habían hecho que su confianza en sí mismo creciera prodigiosamente. Al cabo de cuatro días escasos, se movía en su nuevo ambiente con mayor tranquilidad que una persona madura al cabo de un mes entero. Jamás quedó más claramente demostrada la facilidad de los chiquillos para acomodarse a las circunstancias.

Mientras Tom se prepara para la fausta ocasión, nosotros los privilegiados nos dirigiremos a la gran sala de los banquetes para echar un vistazo a lo que allí se hace. Se trata de un aposento espacioso, con columnas y pilastras doradas y pinturas en el techo y las paredes. En la puerta están apostados guardias de gran estatura, rígidos como estatuas, ataviados con ricos y pintorescos uniformes y armados de alabardas. En una alta galería que se extiende alrededor de toda la sala, hay una banda de músicos y un nutrido grupo de ciudadanos de ambos sexos suntuosamente vestidos. En el centro de la sala, en una plataforma elevada, se halla la mesa de Tom. Dejemos que hable ahora el cronista de la antigüedad:

«Un caballero entra en la sala portando una vara y con él otro que porta un mantel, el cual, una vez ambos se han arrodillado tres veces con la mayor veneración, extiende sobre la mesa y, tras arrodillarse otra vez, los dos se retiran. Luego vienen otros dos, uno con la vara y el otro con un salero, una bandeja y pan. Cuando los dos se han arrodillado igual que los otros hicieran antes y colocado lo que traen sobre la mesa, se retiran también con las mismas ceremonias ejecutadas por la primera pareja. Finalmente entran dos nobles, lujosamente vestidos, uno de ellos portando un cuchillo, quienes, después de postrarse tres veces con una gracia indescriptible, se acercan a la mesa y la frotan con el pan y la sal con el mismo respeto que si el rey hubiese estado presente».

Así concluyen los solemnes preliminares. Ahora, en los lejanos corredores se oye el eco de un toque de clarín y un grito confuso:

—¡Paso al rey! ¡Dejad paso a su majestad el rey!

Estos sonidos se repiten a cada momento y se van acercando poco a poco hasta que por fin las notas marciales suenan ante nuestras narices y el grito se oye claramente:

—¡Paso al rey!

En este instante aparece el brillante cortejo, que entra en fila india por la puerta, caminando con pasos acompasados. Dejemos que el cronista vuelva a tomar la palabra:

«Vienen primero los gentileshombres, barones, condes, caballeros de la Jarretera, todos ricamente ataviados y con la cabeza descubierta. Después viene el canciller, entre otros dos, uno de los cuales lleva el cetro real y el otro la espada de ceremonias en una funda roja adornada con flores de lis de oro, con la punta hacia arriba. Después viene el mismo rey, al que, al hacer su aparición, saludan doce trompetas y gran número de tambores, dándole una ruidosa bienvenida, mientras todos los que están en las galerías se ponen en pie gritando "¡Dios salve al rey!". Detrás de él vienen los nobles afectos a su persona y a la izquierda y derecha del monarca marcha su guardia de honor, sus cincuenta caballeros jubilados, portando hachas doradas».

Todo esto resulta bonito y agradable. A Tom le latía el pulso con fuerza y en sus ojos brillaba la alegría. Se comportaba con dignidad y elegancia, tanto más por cuanto no pensaba en ello, ya que tenía la mente ocupada por los gozosos sonidos y espectáculos que lo rodeaban y, además, nadie puede dejar de ser elegante cuando va vestido con ropas hermosas y bien cortadas a las que ya se ha acostumbrado un poco, especialmente si por unos instantes deja de preocuparse por ellas. Tom recordó las instrucciones recibidas y expresó su agradecimiento con una leve inclinación de su empenachada cabeza y un cortés:

—Gracias, mi buen pueblo.

Se sentó a la mesa sin quitarse el sombrero y sin el menor asomo de embarazo, pues comer con el sombrero puesto era la única costumbre real en la que coincidían los reyes y los Canty, sin que ninguno de los grupos llevara ventaja sobre el otro en lo que se refería a veteranía en practicar dicha costumbre. El cortejo se dispersó, agrupándose luego pintorescamente y quedando cuantos lo componían con la cabeza descubierta.

A los sones de alegres músicas, entraron entonces los alabarderos de palacio, «los hombres más altos y poderosos de Inglaterra, ya que se los

seleccionaba cuidadosamente atendiendo a estas cualidades». Pero dejaremos que sea el cronista quien nos lo cuente:

«Los alabarderos de palacio entraron con la cabeza descubierta, vestidos de color escarlata, con rosas de oro bordadas en la espalda. Iban y venían y cada vez que entraban traían bandejas con uno de los platos de la cena. Estos platos los recibía un gentilhombre siguiendo el mismo orden con que llegaban. Los colocaba sobre la mesa, mientras el catador hacía que cada uno de los guardias probase un bocado del plato que él mismo acababa de traer, por temor a que estuviera envenenado».

Tom cenó opíparamente, a pesar de que era consciente de que centenares de ojos seguían la trayectoria de cada bocado desde el plato hasta la boca y contemplaban cómo comía con un interés que no habría podido ser más intenso de haberse tratado de un mortífero explosivo destinado a hacerle saltar por los aires y esparcir sus restos por todo el lugar. Cuidó de no apresurarse y puso el mismo empeño en no hacer nada con sus propias manos, aguardando a que el criado o cortesano encargado de ello se arrodillase y cumpliera con su deber. Despachó la cena sin cometer el menor error, logrando un triunfo impecable y perfecto.

Cuando por fin terminó la colación y salió de la sala en medio del vistoso cortejo, mientras en sus orejas resonaban los alegres sones de los clarines y tambores, unidos a atronadoras aclamaciones, se dijo que si lo que acababa de vivir era lo peor del comer en público, era esta una prueba que gustosamente soportaría varias veces al día si al hacerlo se libraba de algunas de las exigencias más temibles de su real oficio.

Capítulo XVII

FUFÚ I

Miles Hendon caminaba apresuradamente hacia el extremo del puente correspondiente a Southwark, con los ojos muy atentos por si veía a las personas que andaba buscando y esperando alcanzarlas antes de mucho. Sin embargo, en este sentido se llevó un chasco. Preguntando aquí y allá, pudo seguir en parte su pista hasta Southwark, pero allí el rastro se esfumaba por completo, dejándole perplejo y sin saber qué hacer a continuación. No obstante, durante el resto del día prosiguió la búsqueda como mejor pudo. Al caer la noche, sus piernas no podían más, estaba medio muerto de hambre y tan lejos como antes de cumplir su deseo, de manera que cenó en la Posada del Tabardo y luego se acostó, decidido a reanudar la búsqueda a primera hora de la mañana y dar un buen repaso a la ciudad. Mientras tumbado en la cama pensaba y trazaba planes, empezó a razonar del siguiente modo: Si podía, el chico escaparía de aquel rufián que decía ser su padre. ¿Regresaría a Londres para frecuentar los mismos sitios que antes? No, no haría eso, sino que trataría de evitar que volvieran a capturarlo. Entonces, ¿qué haría? No habiendo tenido jamás amigo o protector alguno en el mundo hasta conocer a Miles Hendon, trataría, naturalmente, de encontrar de nuevo a dicho amigo, siempre y cuando ello no le exigiera dirigirse hacia Londres y los peligros que en él le acechaban. Se encaminaría hacia Hendon Hall, eso era lo que haría, ya que sabía que Hendon se dirigía hacia su casa y, por tanto, cabía esperar que lo encontraría allí. Sí, la cosa estaba clara a ojos de Hendon: no debía perder más tiempo en Southwark, sino que debía ponerse en camino inmediatamente, atravesar el condado de Kent y dirigirse a Monk's Holm, buscando en el bosque y preguntando por el camino. Volvamos ahora con el pequeño y desaparecido rey.

El rufián a quien el camarero de la posada viera «a punto de unirse» al joven y al rey no llegó a unirse a ellos, sino que les siguió los pasos de cerca, sin decir nada. Llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo y el ojo izquierdo cubierto con un gran parche de color verde. Cojeaba levemente y se apoyaba

en un bastón de roble. El joven condujo al rey a través de las tortuosas callejas de Southwark y finalmente salió al camino real. El rey estaba irritado y dijo que no pensaba dar un paso más, que era obligación de Hendon acudir a su lado y no la suya ir en busca de Hendon. No estaba dispuesto a soportar semejante insolencia, por lo que se quedaría donde estaba.

—¿Así que os quedaréis aquí mientras vuestro amigo yace herido en el bosque? —dijo el joven—. Sea, pues.

El talante del rey cambió en el acto.

—¿Herido? —exclamó—. ¿Quién ha osado herirlo? Pero eso no importa. ¡Sigamos, sigamos! ¡Más aprisa! ¿Es que llevas zapatos de plomo? Está herido, ¿eh? Bueno, pues aunque el culpable sea hijo de un duque, ¡lo lamentará!

Había un trecho bastante largo hasta el bosque, pero lo cruzaron rápidamente. El joven miró a su alrededor, descubrió una rama clavada en el suelo con un pedacito de trapo atado a ella, luego se adentró en el bosque, buscando señales parecidas que iba encontrando de vez en cuando. Saltaba a la vista que servían para guiarlo hacia el sitio que buscaba. Al poco llegaron a un claro en el que se hallaban las ruinas chamuscadas de una casa de labranza y, cerca de ellas, un granero que se estaba desmoronando de viejo. No se veía un alma viviente por ninguna parte y un silencio absoluto lo dominaba todo. El joven entró en el granero, seguido de cerca por el rey. ¡No había nadie! El rey lanzó una mirada cargada de sorpresa y suspicacia hacia el joven y preguntó:

—¿Dónde está?

Por toda respuesta recibió una carcajada burlona. Al instante el rey montó en cólera y, agarrando una estaca, se disponía a arremeter contra el joven cuando a sus oídos llegó otra carcajada de mofa. Era del rufián cojo que los había estado siguiendo a cierta distancia. El rey se volvió y con voz enojada dijo:

—¿Quién eres? ¿Qué te trae aquí?

—Déjate de tonterías —dijo el hombre— y estate quieto. Mi disfraz no es lo bastante bueno como para que puedas fingir que no reconoces a tu padre detrás del mismo.

—Tú no eres mi padre. No te conozco. Yo soy el rey. Si has ocultado a mi criado, será mejor que lo encuentres o lo pasarás mal por lo que has hecho.

John Canty contestó con voz severa y mesurada:

—Se ve claramente que estás loco y por ello no deseo castigarte. Pero si me provocas, tendré que hacerlo. Tus parloteos no hacen ningún daño aquí, ya

que no hay oídos que presten atención a tus bobadas, pero conviene que le enseñes a tu lengua a estarse quieta para cuando estemos en otro sitio. He cometido un asesinato y no debo permanecer en casa mucho tiempo, y tú tampoco, ya que necesito de tus servicios. Me he cambiado el nombre por prudencia. Ahora me llamo Hobbs, John Hobbs. Tú te llamas Jack, así que grábatelo en el cerebro. Vamos, habla. ¿Dónde está tu madre? ¿Dónde están tus hermanas? No se presentaron en el lugar convenido. ¿Sabes tú adónde fueron?

El rey contestó con acento hosco:

—No me molestes con estos acertijos. Mi madre murió y mis hermanas están en palacio.

El joven que lo había llevado hasta allí, y que presenciaba la escena de cerca, soltó una risotada de burla y el rey se hubiese lanzado sobre él si Canty, o Hobbs como se llamaba ahora, no se lo hubiera impedido diciendo:

—Cállate, Hugo. No lo molestes. Tiene la razón extraviada y tus pullas lo ponen nervioso. Siéntate, Jack, y tranquilízate. Pronto tomarás un bocado.

Hobbs y Hugo se pusieron a hablar en voz baja, mientras el rey se alejaba cuanto podía de tan desagradables compañeros. Se retiró hacia la semipenumbra que reinaba en el otro extremo del granero, donde vio que el suelo de tierra estaba cubierto de paja que llegaba hasta el tobillo. Se tumbó y, cubriéndose de paja a guisa de manta, no tardó en quedar absorto en sus pensamientos. Eran muchos sus pesares, pero los de menor importancia se vieron relegados hasta casi el olvido por el pesar de los pesares: la pérdida de su padre. Para el resto del mundo, el nombre de Enrique VIII resultaba escalofriante y hacía pensar en un ogro de cuya nariz salían llamaradas de destrucción, mientras su mano sembraba la desolación y la muerte. Pero a nuestro muchacho el nombre le traía solamente sensaciones de placer y la figura que el mismo invocaba mostraba un semblante que era todo bondad y afecto. Recordó una larga sucesión de escenas cariñosas entre su padre y él y se recreó amorosamente con el recuerdo, mientras sus lágrimas abundantes atestiguaban cuán profunda y real era la congoja que dominaba su corazón. A medida que la tarde iba pasando, el chiquillo, fatigado a resultas de tantos sinsabores, fue cediendo poco a poco ante un sueño tranquilo y reparador.

Tras un largo rato, aunque no habría sabido decirlo con exactitud, sus sentidos empezaron a debatirse hasta quedar semidespiertos y mientras yacía en el suelo con los ojos cerrados, no muy seguro de dónde estaba ni de lo que había ocurrido, se percató de un murmullo que sonaba sobre su cabeza: el sordo batir de la lluvia sobre el techo. Una agradable sensación de bienestar

se extendió sobre él, pero fue bruscamente interrumpida al instante por un coro de agudos cloqueos y toscas risotadas. Sobresaltado desagradablemente, sacó la cabeza de entre la paja para ver de dónde procedía la interrupción. Ante sus ojos se pintó un siniestro y feo espectáculo. En el otro extremo del granero, en medio del suelo, ardía una hoguera y alrededor de ella, iluminados fantasmagóricamente por el rojizo resplandor, unos en cuclillas y otros echados en el suelo, unos rufianes de ambos sexos formaban el grupo más abigarrado y harapiento que jamás había encontrado en los libros o en sus sueños. Había hombres fornidos y corpulentos, bronceados por la permanencia a la intemperie, largo el pelo y vestidos con harapos indescriptibles. Había jóvenes de estatura mediana y cara truculenta, vestidos de forma parecida. Había también mendigos ciegos con los ojos cubiertos por un parche o un vendaje, lisiados con patas de madera y muletas, un buhonero de expresión canallesca provisto del correspondiente hatillo, un afilador, un calderero remendón y un barbero-cirujano, todos ellos con las herramientas de sus oficios respectivos. Algunas de las hembras apenas si eran chicas hechas y derechas. Las había en la flor de la vida y otras que eran viejas y arrugadas, pero todas eran chillonas, desvergonzadas y malhabladas y también todas iban sucias y desaliñadas. Había tres bebés con la cara llena de llagas y un par de perros famélicos que llevaban cordeles alrededor del cuello y cuya misión consistía en guiar a los ciegos.

Era ya de noche y la pandilla acababa de darse un banquete. El frasco de licor que circulaba de boca en boca señalaba el comienzo de una orgía. Un grito estentóreo surgió de todas las gargantas:

—¡Una canción! ¡Que canten el Murciélago y Dick Punto y Llevamos Una!

Uno de los ciegos se puso en pie y se preparó despojándose de los parches que cubrían unos ojos excelentes y arrojando a un lado el patético cartel que describía el origen de la calamidad que lo afligía. El llamado Punto y Llevamos Una se desembarazó de su pata de madera y pasó a ocupar su lugar al lado de su compañero de bellaquerías, desplazándose para ello sobre unas extremidades inferiores que estaban sanas a más no poder. Seguidamente entonaron con voces broncas una retozona tonadilla, mientras los demás unían sus voces a coro para cantar el estribillo al finalizar cada una de las estrofas. Al llegar a la última, era tal el entusiasmo, debido en parte a la bebida, que todos aunaron sus voces para entonarla de cabo a rabo, produciendo tal estruendo que las vigas del granero se estremecieron. He aquí la inspirada letra de la canción:

Caída ya la noche negra,
terminadas nuestras fechorías,
refugio buscamos en la cueva,
para tramar nuevas tropelías.
¡Ay! Pobres ladrones y asesinos,
nos busca la justicia y también la Parca,
mas continuamos por los caminos,
sembrando el terror en la comarca.

Seguidamente entablaron conversación, aunque no en el dialecto de los ladrones como en la canción, ya que este solo se empleaba para conversar cuando cabía la posibilidad de que hubiera oídos hostiles por las inmediaciones. Durante la conversación, se hizo evidente que «John Hobbs» no era ni mucho menos un nuevo recluta, sino que ya había hecho su aprendizaje con la pandilla tiempo antes. Le pidieron que contase sus últimas andanzas y cuando dijo que «accidentalmente» había dado muerte a un hombre, sus palabras fueron recibidas con gran satisfacción y, al agregar que el muerto era sacerdote, fue saludado con una salva de aplausos y tuvo que brindar con todos los presentes. Viejos conocidos le dieron la bienvenida gozosamente y quienes no lo conocían se enorgullecieron de poder estrecharle la mano. Le preguntaron que por qué «había tardado en visitarles tantos meses». Contestó que «Londres era mejor que el campo y más seguro desde hacía unos años, en vista de la severidad de las leyes y de la diligencia con que se hacían cumplir», agregando:

—De no haber sufrido aquel accidente, allí me habría quedado. Estaba decidido a seguir en la ciudad y a no volver a aventurarme jamás en el campo, pero el accidente lo cambió todo.

Preguntó cuántas personas formaban ahora la pandilla.

—Veinticinco ladrones, cacos, desvalijadores, saqueadores y salteadores —contestó el jefe—, contando gomarreros, bandoleros y otros amigos de lo ajeno. La mayoría están ahora aquí y el resto se dirigen hacia el Este para la campaña de invierno. Nosotros los seguiremos al amanecer.

—No veo al Lobanillo entre las honradas gentes que me rodean. ¿Dónde puede estar?

—¡Pobre muchacho! Está en un lugar donde lo alimentan de azufre y, además, demasiado caliente para su delicado paladar. Murió en una pelea, más o menos a comienzos del verano.

—Me apena saberlo. El Lobanillo era un hombre capacitado y valiente.

—Ciertamente lo era. Bess la Negra, su compañera, sigue entre nosotros, pero en este momento se halla entre los que marchan hacia el Este. Es una buena muchacha, de modales refinados y conducta muy ordenada y nadie la ha visto borracha más de cuatro días a la semana.

—Era muy estricta, lo recuerdo bien. Una muchacha excelente, merecedora de todas las alabanzas. Su madre era más despreocupada y menos remilgada, una arpía pendenciera y de mal carácter, aunque provista de un ingenio poco corriente.

—Por esto la perdimos. Su don para la quiromancia y otras formas de decir la buenaventura acabó por granjearle reputación de bruja. La justicia le dio muerte asándola a fuego lento. Me conmovió hasta la ternura ver con qué bravura afrontó su destino: maldiciendo y llenando de improperios a los espectadores que la rodeaban contemplando cómo las llamas subían por sus ropas, tratando de lamerle la cara, y chisporroteaban alrededor de su cabeza canosa. ¿Dije que los maldijo? ¡Vaya si lo hizo! Toma, si vivieras mil años, jamás oirías unas maldiciones tan perfectas como las suyas. ¡Ay!, pero su arte murió con ella. Aún quedan malas imitaciones, es cierto, pero ya no se sabe qué es una verdadera blasfemia.

El jefe de la banda soltó un suspiro y los que le estaban escuchando le secundaron en señal de simpatía. Durante unos instantes, todo el grupo se sintió deprimido, pues incluso los perillanes tan endurecidos como aquellos son capaces de albergar sentimientos y, muy de vez en cuando, en circunstancias especialmente favorables, sienten aflicción y lamentan una pérdida sensible, en casos como el que estaban comentando, por ejemplo, en que el genio y la cultura se marchan sin dejar heredero. Sin embargo, tras echar todos un largo trago, los ánimos se levantaron de nuevo.

—¿Les ha ido mal a otros amigos nuestros? —preguntó Hobbs.

—A algunos, sí. Especialmente a los novatos, a gentes como los pequeños agricultores que se quedan sin medio de vida al serles arrebatadas sus granjas para convertir los campos en pastos para las ovejas. Cuando protestaron, los ataron a un carro y, desnudándolos de cintura para arriba, les dieron de latigazos hasta que brotó la sangre. Luego los colocaron en el cepo para que los apedreasen. Protestaron por tercera vez, ¿y qué iban a hacer, pobres diablos?, y les marcaron una mejilla con un hierro candente, vendiéndolos después como esclavos. Se escaparon, los persiguieron hasta atraparlos y los colgaron. Esto se cuenta en un momento, pero… A otros nos ha ido menos mal. Dad un paso al frente, Yokel, Burns y Hodge… ¡Mostrad vuestros adornos!

Los nombrados se pusieron en pie y se despojaron de parte de sus harapos, dejando la espalda a la vista. Mostraban un complicado dibujo de líneas cruzadas que no eran otra cosa más que las señales dejadas por el látigo. Uno se levantó el pelo y mostró el lugar que en otro tiempo ocupaba una oreja. Otro le mostró la marca en forma de y que le habían hecho en la espalda con un hierro candente, así como una mutilación igual que la de su compañero.

—Yo soy Yokel —dijo el tercero—. Antes era un próspero agricultor, tenía una esposa amante e hijos, pero ahora mi condición y mi oficio han cambiado algo, y ya no tengo a mi mujer e hijos conmigo. Tal vez estén en el cielo, o puede que en… el otro sitio. ¡Pero gracias le sean dadas al buen Dios, porque ya no están en Inglaterra! Mi buena, anciana e inocente madre se ganaba el pan cuidando a los enfermos. Uno de ellos murió, sin que los médicos supieran de qué ni cómo, por lo que mi madre fue quemada por bruja, mientras mis pequeños contemplaban la ejecución despavoridos. ¡La ley inglesa! ¡Alzad todos vuestras copas! ¡Brindemos todos a una! ¡Bebamos por la misericordiosa ley inglesa que la salvó del infierno inglés! Gracias, compañeros, gracias a todos. Estuvimos mendigando, yo y mi esposa, de puerta en puerta, llevando con nosotros a los hambrientos chiquillos. Pero era delito pasar hambre en Inglaterra, así que nos desnudaron y azotaron en tres ciudades. ¡Bebamos todos otra vez por la piadosa ley inglesa! Pues su látigo bebió hasta saciarse en la sangre de mi Mary, haciendo así que pronto hallase bendito reposo. Allí yace, en el cementerio de los pobres, a salvo de todo peligro. Y los pequeños, bueno, mientras la justicia me azotaba de ciudad en ciudad, los niños pasaron hambre y murieron. Bebed muchachos, bebed una sola gota, una gota por los pobres chiquillos que jamás hicieron mal a nadie. De nuevo mendigué, pidiendo un mendrugo, y fui a parar al cepo y me quedé con una oreja menos. Mira, aquí está el muñón. Volví a mendigar y aquí está el muñón de la otra para recordármelo. Y mendigué una vez más, pese a todo, y me vendieron como esclavo… aquí en la mejilla, debajo de esta mancha, si alguna vez desapareciera, verías la E que me marcaron con un hierro al rojo. ¡Esclavo! ¿Comprendes lo que quiere decir esta palabra? ¡Un esclavo inglés! Eso es el que está ahora ante ti. Me he escapado de casa de mi dueño y cuando me cojan, me ahorcarán. ¡Así caiga la maldición del cielo sobre la ley que así lo ordena!

Una voz sonora surcó el sombrío aire:

—¡No serás ahorcado! ¡En el día de hoy ha perecido esta ley!

Se volvieron todos y vieron la figura fantástica del pequeño rey que se les acercaba apresuradamente. Al dar la luz sobre él, permitiendo que todos lo vieran, se produjo un estallido general de preguntas:

—¿Quién es? ¿Qué es? ¿Quién eres tú, pequeñajo?

Sin inmutarse, el pequeño se quedó en medio de todas aquellas miradas de sorpresa e interrogación y con dignidad de príncipe contestó:

—Soy Eduardo, rey de Inglaterra.

Hubo una estruendosa carcajada, en parte de mofa y en parte de regocijo ante tan excelente broma. El rey se sintió picado en su amor propio y dijo secamente:

—Sois unos vagos sin educación. ¿Es así como agradecéis la merced real que os he prometido?

Dijo algo más, con voz de enojo y gesticulando excitadamente, pero sus palabras se perdieron en el remolino de carcajadas y exclamaciones de burla. Varias veces trató «John Hobbs» de hacerse oír por encima del estruendo y por fin lo consiguió:

—Es mi hijo, compañeros. Es un soñador, un necio y está loco como una cabra. No le hagáis caso. Se cree que es el rey.

—Soy el rey —dijo Eduardo, volviéndose hacia él—. Y a su debido tiempo lo comprobarás a costa tuya. Has confesado un asesinato y te colgarán por ello.

—¿Serás tú quien me denuncie? ¿Tú? Si te cojo vas a…

—¡Ea, ea! —dijo el fornido jefe de la banda, interviniendo a tiempo de salvar al rey, servicio que puso de relieve derribando a Hobbs de un puñetazo —. ¿Es que no sabes respetar al rey ni a los jefes? Si vuelves a insultarlo así en mi presencia, yo mismo te colgaré.

Luego, volviéndose hacia su majestad, dijo:

—No debes amenazar a tus compañeros, pequeño. Y debes guardarte de hablar mal de ellos en otras partes. Sé rey si ello complace a tu humor de loco, pero no hagas daño a nadie. Renuncia al título que te has otorgado, porque usurparlo es traición. En algunas cosas seremos malos, pero ninguno de nosotros ha caído tan bajo como para traicionar a su rey. En este sentido, somos todos sus fieles y obedientes súbditos. Ahora lo verás. Ea, muchachos, todo a una:

—¡Viva Eduardo, rey de Inglaterra!

—¡Viva Eduardo, rey de Inglaterra! —respondió atronadoramente la abigarrada tropa, haciendo que el desvencijado granero se tambalease.

El rostro del pequeño rey se iluminó de placer unos instantes, inclinó levemente la cabeza y con sencilla gravedad dijo:

—Os doy las gracias, mi buen pueblo.

Tan inesperado resultado hizo que los ladrones se retorcieran de risa. Cuando por fin se restableció algo parecido a la tranquilidad, el jefe dijo con voz a la vez firme y bondadosa:

—Déjalo correr, pequeño, que no es prudente ni está bien. Satisface tus fantasías si no hay más remedio, pero elige algún otro título.

Un calderero dejó oír su voz chillona para sugerirlo:

—¡Fufú I, rey de los bobos!

El título «cuajó» en seguida y de todas las gargantas surgió un rugido que se elevó en el aire:

—¡Viva Fufú I, rey de los bobos!

La aclamación se vio acompañada por una salva de abucheos, rechiflas y carcajadas.

—¡Traedlo, que lo coronaremos!

—¡Ponedle el manto!

—¡Dadle el cetro!

—¡Que suba al trono!

Estas y otras veinte exclamaciones sonaron al mismo tiempo y antes casi de que pudiera respirar, la pequeña víctima se encontró coronada con una palangana, cubierta con una manta raída a guisa de manto, entronizada en una barrica y sosteniendo en la mano, como si fuera el cetro, el hierro de soldar del calderero. Después, todos los que lo rodeaban se postraron de rodillas y entonaron un coro de irónicas lamentaciones y súplicas burlonas, mientras se enjugaban los ojos con sus sucias mangas y andrajosos delantales.

—¡Sé misericordioso con nosotros, oh dulce rey! ¡No pisotees a tus humildes gusanos, oh noble majestad! ¡Ten piedad de tus esclavos y confórtales con un regio puntapié! ¡Alégranos y danos calor con tus graciosos rayos, oh sol llameante de la monarquía! ¡Santifica el suelo con la planta de tus pies, para que podamos comer tierra y ennoblecernos! ¡Dignaos escupir sobre nosotros, oh señor, para que los hijos de nuestros hijos puedan hablar de tu principesca condescendencia y enorgullecerse y ser felices para siempre!

Pero el gracioso calderero obtuvo el «éxito» más resonante de la velada y se llevó todos los honores. Arrodillándose, fingió besarle un pie al rey, viéndose rechazado con indignación, ante lo cual empezó a suplicar que le dieran un trapo para cubrir con él la parte de su cara que el pie del rey había tocado, diciendo que había que protegerla del contacto con el aire vulgar y

que haría fortuna yendo por los caminos y mostrando aquella parte previo pago de cien chelines por sesión. Su actuación resultó tan irresistiblemente jocosa que se convirtió en la envidia y la admiración de toda aquella chusma sarnosa.

Los ojos del pequeño monarca estaban llenos de lágrimas de vergüenza e indignación, mientras que en lo más íntimo de su ser pensaba:

«Ni que les hubiera ofendido gravemente habrían podido mostrarse más crueles. Y, con todo, lo único que he hecho ha sido ofrecerles mi bondad; ¡y así me tratan en pago!».

Capítulo XVIII

EL PRÍNCIPE CON LOS VAGABUNDOS

La tropa de vagabundos se levantó con las primeras luces del alba y prosiguió su viaje. El cielo estaba encapotado sobre sus cabezas y el suelo encharcado bajo sus pies, mientras que en el aire se dejaba sentir el frío helado del invierno. Toda la alegría se había esfumado del grupo. Algunos de los hombres estaban hoscos y callados, otros irritables y quisquillosos, ninguno de buen humor y todos tenían sed.

El jefe puso a «Jack» bajo el cuidado de Hugo, al que dio breves instrucciones, y ordenó a John Canty que se mantuviera apartado del pequeño y lo dejase en paz. También a Hugo le advirtió que no maltratase al chiquillo.

Al cabo de un rato, el tiempo mejoró un poco y las nubes se hicieron menos densas. La tropa dejó de estremecerse de frío y los ánimos empezaron a mejorar. Poco a poco se fueron alegrando hasta que finalmente se dedicaron a embromarse entre sí y a insultar a la gente que se cruzaba con ellos por el camino. Todo esto era indicio de que una vez más empezaban a apreciar el valor de la vida y sus alegrías. El temor que inspiraban los de su ralea quedaba demostrado por el hecho de que todo el mundo les cedía el paso y aceptaba humildemente sus procaces insolencias, sin atreverse a responder a ellas. De vez en cuando, robaban la ropa blanca puesta a secar en los setos, ante las mismas narices de sus propietarios, que, lejos de protestar, parecían agradecer que no se llevasen también los setos.

Al poco invadieron una pequeña casa de labranza y se instalaron en ella como en su propia casa, mientras el tembloroso granjero y su familia procedían a dejar la despensa monda y lironda para darles de desayunar. Dieron golpecitos a la barbilla de la mujer de la casa y sus hijas mientras recibían los alimentos de sus manos e hicieron chistes groseros sobre ellas, acompañándolos con epítetos insultantes y estruendosas carcajadas. Al granjero y a sus hijos les arrojaron huesos y hortalizas, obligándoles a esquivar los improvisados proyectiles a cada momento y aplaudiendo sonoramente cada vez que daban en el blanco. Terminaron untando con

mantequilla la cabeza de una de las hijas, que había recibido con aspereza algunas de sus familiaridades. Al despedirse, amenazaron con volver y pegar fuego a la casa, con la familia dentro, si lo que habían hecho llegaba a oídos de las autoridades.

Alrededor del mediodía, tras un largo y fatigoso viaje, la pandilla se detuvo detrás de un seto en las inmediaciones de un pueblo importante. Se dio una hora de descanso y el grupo se dispersó con el fin de entrar en el pueblo por distintos puntos y ofrecer en él sus diversos oficios artesanales.

A «Jack» se le ordenó que entrase con Hugo. Pasaron un rato andando de un lugar a otro. Hugo anduvo al acecho de alguna oportunidad de hacer negocio, pero no halló ninguna. Así que, finalmente, dijo:

—No veo nada que pueda robarse. ¡Qué lugar más mísero! Así, pues, pediremos limosna.

—¡Pediremos! ¡Válgame el cielo! Pide tú, que es tu oficio y lo que mejor te sienta. Pero yo no pienso mendigar.

—¡Que no piensas mendigar! —exclamó Hugo, mirando al rey con sorpresa—. Dime, te lo ruego, ¿desde cuándo te has reformado?

—¿Qué quieres decir?

—¿Que qué quiero decir? ¿Acaso no te has pasado toda la vida mendigando por las calles de Londres?

—¿Yo? ¡Eres un idiota!

—Guárdate los cumplidos y así te durarán más. Tu padre dice que todos los días sales a pedir limosna. A lo mejor miente. Puede que incluso tengas la desfachatez de decir que tu padre miente —dijo Hugo con acento huraño.

—¿Ese al que llamas mi padre? Pues sí, miente.

—Vamos, vamos, no lleves hasta tan lejos esta broma de que estás loco, compañero. Úsala para divertirte, pero no para hacerte daño. Si le cuento lo que has dicho, ya verás la paliza que te pega.

—Ahórrate el trabajo, que yo mismo se lo diré.

—Me gusta tu coraje, de veras que sí. Pero no siento ninguna admiración por tu juicio. Esta vida ya nos da suficientes palizas y trompadas sin que se las pidamos. Pero dejemos ya estas cuestiones. Lo que es yo, creo en lo que dice tu padre. No dudo que sepa mentir, ni dudo de que mienta algunas veces, porque eso es algo que hacemos incluso los mejores, pero es que aquí no viene al caso. Un hombre juicioso no va por ahí malgastando por nada un género tan excelente como es la mentira. Pero veamos, ya que tienes el capricho de dejar la mendicidad, dime, ¿en qué vamos a ocuparnos? ¿De robar en las cocinas?

Lleno de impaciencia, el rey dijo:

—¡Acaba ya de decir tonterías! ¡Me tienes harto!

—Oye tú, compañero —replicó Hugo, picándose—. No quieres mendigar, no quieres robar. Bueno, pues no lo hagas. Pero te diré lo que sí vas a hacer: harás de reclamo mientras yo pido limosna. ¡Vamos! ¡Di que no, si te atreves!

El rey se disponía a replicar despectivamente pero Hugo le interrumpió diciéndole:

—¡Calla! Ahí viene alguien con cara de primo. Ahora me arrojaré al suelo como si me hubiera dado algo y cuando el desconocido se me acerque corriendo, tú te pones a gemir y te arrodillas fingiendo que estás llorando. Entonces empiezas a gritar como si todos los diablos del infierno te estuvieran atacando y dices: «Oh, señor, mi pobre hermano está malo y no tenemos a nadie en el mundo. En nombre de Dios, señor, tened piedad de este pobre desgraciado que se encuentra enfermo, desamparado y sin un lugar donde caerse muerto. ¡Dedicad un penique de vuestra fortuna a aliviar la desdicha de este pobre hombre abandonado por Dios y a punto de perecer!». Y no te olvides de gemir y lamentarte hasta que le hayamos estafado un penique, porque si no lo haces echarás a perder el negocio.

Y así diciendo, Hugo empezó a soltar gemidos y gruñidos y a poner los ojos en blanco, al tiempo que se tambaleaba como un beodo y, cuando el desconocido estuvo más cerca, se desplomó ante él con los brazos y las piernas extendidos, gritando y revolcándose en el polvo, como si estuviera agonizando.

—¡Dios mío! —exclamó el caritativo desconocido—. ¡Pobre hombre! ¡Cómo sufre! Ea, deja que te ayude a levantarte.

—Oh, no lo hagáis, noble señor. Dios os premie la intención, pero sufro lo indecible si alguien me toca cuando me veo así. Mi hermano aquí presente os dirá cuán grande es mi sufrimiento cuando me dan estos ataques. Un penique, bondadoso caballero, dadme un penique para comprar un poco de comida y luego dejadme a solas con mis penas.

—¡Un penique! Tres te daré, pobre desgraciado —dijo el otro, rebuscando en el bolsillo con gestos nerviosos hasta que los sacó—. Toma, muchacho, cógelos y ojalá os ayuden. Ahora acércate, hijo mío, y ayúdame a llevar a tu pobre hermano a aquella casa de allí, donde…

—Yo no soy su hermano —dijo el rey, interrumpiéndole.

—¡Qué! ¿No eres su hermano?

—¡Oh, oídle! —gruñó Hugo, apretando luego los dientes—. ¡Oíd cómo niega a su hermano, que tiene un pie en el otro mundo!

—Muchacho, en verdad que tienes el corazón de piedra si este es tu hermano. ¡Qué vergüenza! ¡Si el pobre apenas puede mover una mano o un pie! Si no es tu hermano, ¿quién es entonces?

—¡Un mendigo ladrón! Ya tiene vuestro dinero y además os ha robado la bolsa. Si queréis hacer un milagro que lo cure, dadle con el bastón en la espalda y dejad que la Providencia se encargue del resto.

Pego Hugo no se quedó a ver el milagro. En menos que canta un gallo se puso en pie y salió disparado como un rayo, perseguido por el caballero, que daba la alarma a grandes voces. El rey, agradeciendo de todo corazón al cielo que le hubiese dado la libertad, huyó en sentido contrario y no aflojó el paso hasta hallarse fuera de peligro. Echó a caminar por el primer camino que encontró a su paso y no tardó en dejar el pueblo a sus espaldas. Durante varias horas anduvo tan de prisa como pudo, mirando aprensivamente por encima del hombro de vez en cuando para ver si le perseguían. Pero por fin se vio libre de sus temores y en lugar de estos le embargó una grata sensación de seguridad. Entonces se dio cuenta de que tenía hambre y estaba también muy cansado. Se detuvo en una alquería y se disponía a hablar cuando le cortaron en seco y lo echaron con cajas destempladas. La ropa que llevaba no le favorecía en nada.

Siguió caminando sin rumbo fijo, humillado e indignado y dispuesto a no dar pie a que volvieran a tratarlo de semejante modo. Pero el hambre puede más que el orgullo, así que, próximo ya el atardecer, probó suerte en otra granja. Pero en esta fue tratado peor que en la anterior, ya que lo insultaron y amenazaron con denunciarle si no se largaba en el acto.

La noche cayó sobre él, fría y encapotada, pero el monarca siguió avanzando con los pies llagados, lentamente. No tenía más remedio que seguir sin detenerse, ya que cada vez que se sentaba a descansar el frío no tardaba en penetrarle hasta los huesos. Todas sus sensaciones, todas sus experiencias en aquel avanzar en medio de la impenetrable oscuridad y soledad de la noche eran nuevas y extrañas para él. De vez en cuando oía voces que se acercaban, pasaban por su lado y se fundían en el silencio; y como no veía más que unas sombras borrosas de los que hablaban, se estremecía pensando que había algo espectral y sobrenatural en aquellos seres. Algunas veces divisaba una luz titilante, siempre a lo lejos, casi en otro mundo. Si oía el tintineo del cencerro de alguna oveja, el sonido era vago, distante, apenas perceptible. El mugir apagado de los rebaños flotaba hasta él a través de la noche en cadencias que se desvanecían y formaban un lúgubre sonido. A cada dos por tres se oía el aullido quejoso de un perro

remontándose sobre los campos y bosques que la noche ocultaba a sus ojos. Todos los ruidos venían de lejos y hacían que al pequeño rey le pareciese que toda vida y actividad estaban lejos de él y que él se encontraba solo, sin compañía, en el centro de una soledad inconmensurable.

Siguió caminando a trompicones a través de la horripilante fascinación de su nueva experiencia, sobresaltándose de vez en cuando a causa del suave crujir de las hojas secas sobre su cabeza, pues se parecía extraordinariamente a los susurros de voces humanas. Al cabo de un rato se encontró de pronto ante la luz moteada de un cercano farol de hojalata. Retrocedió hasta quedar al amparo de las tinieblas y se puso a esperar. El farol se hallaba colocado junto a la puerta abierta de un granero. El rey esperó un rato, pero no se oía nada ni se veía a nadie. Allí de pie, le entró tanto frío y el hospitalario granero parecía tan acogedor que por fin decidió arriesgarlo todo y entrar en él. Con pasos rápidos y sigilosos se acercó y justo en el instante en que estaba a punto de cruzar el umbral oyó voces a sus espaldas. Se ocultó velozmente detrás de una barrica que había dentro del granero. Entraron dos mozos de labranza con el farol y se pusieron a trabajar, charlando mientras lo hacían. Al moverse de un lado a otro con el faro, hicieron posible que el rey hiciera buen uso de sus ojos y tomara nota de la posición de algo que había en el otro extremo del granero y que parecía ser un pesebre de grandes dimensiones. Se propuso dirigirse a tientas hasta allí cuando le dejasen solo. También tomó buena nota del lugar donde había un montón de mantas de las que sirven para tapar a los caballos. Se hallaban a medio camino entre él y el pesebre y decidió incautarse de ellas para que durante una noche estuvieran al servicio de la corona de Inglaterra.

Al cabo de un rato, los dos hombres terminaron su trabajo y se fueron, cerrando la puerta y llevándose el farol. El aterido rey se dirigió a donde estaban las mantas con toda la prisa que le permitió la oscuridad, las cogió y seguidamente anduvo a tientas hasta el pesebre. Con dos de las mantas se hizo un lecho, tapándose luego con las dos restantes. Ahora era ya un monarca feliz, aunque las mantas eran viejas y delgadas, no calentaban lo suficiente y, por si fuera poco, despedían un penetrante tufillo a caballo capaz de atontar al más pintado.

Aunque el rey tenía hambre y frío, estaba también tan cansado y soñoliento que estas dos últimas influencias acabaron por imponerse sobre las dos primeras y al poco se sumió en un estado de semiinconsciencia. Entonces, justo en el momento en que estaba en un tris de quedarse completamente dormido notó claramente que algo lo estaba tocando. En un segundo se

despertó respirando entrecortadamente. El gélido horror de aquel misterioso roce en la oscuridad estuvo a punto de paralizarle el corazón. Se quedó inmóvil, escuchando, sin apenas respirar. Pero no vio ni oyó nada. Siguió escuchando y esperando durante lo que se le antojó una eternidad, pero tampoco logró oír ni ver nada. Al poco, la modorra volvió a apoderarse de él y entonces, inesperadamente, sintió el misterioso roce de nuevo. Aquel leve roce de una presencia silenciosa e invisible resultaba horripilante y el pequeño casi se puso enfermo de miedo. ¿Qué debía hacer? Esa era la pregunta, pero no sabía cómo contestarla. ¿Debía abandonar aquel refugio que era razonablemente cómodo, para huir de aquel horror inescrutable? ¿Pero adónde podía huir? Del granero le era imposible salir y la idea de escabullirse a ciegas, de un lado para otro, en medio de la oscuridad, encerrado entre las cuatro paredes, con el fantasma siguiéndole de cerca y tocándole cada dos por tres la mejilla o la espalda, resultaba insoportable. Pero ¿era mejor quedarse donde estaba y soportar durante toda la noche aquella muerte viviente? No. Entonces, ¿qué otra cosa podía hacer? Ah, solo quedaba una y lo sabía muy bien: ¡Alargar la mano y encontrar aquella cosa!

Pensarlo resultaba fácil, pero hacer acopio de valor para intentarlo era otra cosa. Tres veces alargó un poco la mano en la oscuridad, volviendo a retirarla inmediatamente, soltando un respingo, y no porque hubiese encontrado algo, sino por haberse sentido tan seguro de que iba a encontrarlo. Pero a la cuarta vez, palpó en la oscuridad un poco más y su mano se deslizó levemente sobre algo suave y cálido. Se quedó casi petrificado por el miedo, con la mente en tal estado que lo único que fue capaz de imaginar era que acababa de tocar un cadáver reciente que aún seguía caliente. Se dijo que prefería morir a volver a tocarlo, pero esta falsa idea la pensó porque no conocía la fuerza inmortal de la curiosidad humana. No pasó mucho rato antes de que su mano temblorosa volviera a tantear en la oscuridad, muy a su pesar y sin su consentimiento, pero persistentemente, sin detenerse por ello. Encontró una mata de largos cabellos. Se estremeció, pero su mano siguió subiendo por los cabellos y tocó algo que parecía ser una cuerda caliente. Siguió cuerda arriba y encontró un inocente becerro. La cuerda no era tal cuerda, sino la cola de un becerro.

El rey se avergonzó cordialmente de sí mismo por haber pasado tanto miedo y angustia por un motivo tan insignificante como era un becerro dormido. Pero era innecesario tomárselo de aquel modo, ya que no era el becerro lo que lo había atemorizado, sino que era algo inexistente materializado en el becerro y, en aquellos tiempos de superstición, cualquier otro chiquillo hubiese obrado y sufrido igual que él.

El rey no solo se sintió encantado de que la misteriosa criatura no fuese más que un becerro, sino que se alegró también de contar con la compañía del animal, ya que se había sentido tan solo y desamparado que incluso la compañía y camaradería de tan humilde animal se le antojaba de agradecer. Y había recibido tantos bofetones, le habían tratado tan mal sus propios semejantes, que le resultaba un verdadero consuelo sentirse por fin en compañía de una criatura que al menos estaba dotada de buen corazón y de espíritu amable, aunque careciese de atributos más elevados. Así, pues, decidió hacer caso omiso de las diferencias sociales y entablar amistad con el becerro.

Mientras acariciaba el lomo suave y cálido del animal, que yacía cerca de él, se le ocurrió que tal vez aquel becerro le sirviera para más de una cosa. Así, pues, se levantó y trasladó el lecho más cerca del animal y luego se acurrucó contra su lomo y con las mantas se tapó él y tapó a su amigo; y a los pocos minutos se sentía tan caliente y cómodo como jamás se hubiera sentido en los lechos de plumas del palacio real de Westminster.

Al instante se puso a pensar en cosas agradables y la vida le presentó una cara risueña, más risueña que antes. Se veía libre de los lazos de la servidumbre y del delito, libre de la compañía de los viles y brutales proscritos, caliente, con un techo sobre la cabeza, en suma: era feliz. Empezaba a levantarse viento y las ráfagas azotaban el viejo granero, que se estremecía y crujía, luego la fuerza del viento amainaba y durante un rato se limitaba a quejarse y gemir en las esquinas y salientes de la edificación. Pero al rey le sonaba a música, estando como ahora estaba bien abrigado y cómodo. Que soplase con furia, que azotase y golpease, que gimiera y se lamentara, a él no le importaba, sino que antes le agradaba. Se apretujó más contra su amigo, satisfecho a más no poder del calor que este le brindaba, y, lleno de una felicidad inmensa, se abandonó a la modorra hasta sumergirse en un sueño profundo y tranquilo, lleno de paz y serenidad. Los perros aullaron a lo lejos, mugió melancólico el ganado y los vientos siguieron descargando su furia, mientras fuertes cortinas de lluvia azotaban el tejado, pero su majestad el rey de Inglaterra siguió durmiendo como si nada y lo mismo hizo el becerro, ya que era una criatura sencilla que no se sentía fácilmente turbada por las tormentas ni embarazada por el hecho de dormir con un rey.

Capítulo XIX

EL PRÍNCIPE CON LAS CAMPESINAS

Al despertarse a primera hora de la mañana, el rey se encontró con que durante la noche una rata mojada pero juiciosa se había colado en el granero, instalándose cómodamente sobre su pecho. Al moverse él, la rata salió huyendo. El muchacho sonrió y dijo:

—¿Por qué tienes miedo, pobre infeliz? Estoy tan abandonado como tú. Sería una vergüenza que yo, estando tan desamparado, hiciera daño a los desamparados. Es más, estoy en deuda contigo porque eres un buen presagio, pues cuando un rey ha caído tan bajo que hasta las mismísimas ratas lo utilizan como lecho, no hay duda de que su suerte va a mejorar, ya que salta a la vista que más bajo no puede caer.

Se puso en pie y bajó del pesebre y justo en aquel momento oyó voces infantiles. La puerta del granero se abrió y en él entraron dos niñas pequeñas. Tan pronto como lo vieron, dejaron de hablar y reír y se quedaron mirándolo fijamente, con gran curiosidad. Luego se pusieron a cuchichear, se acercaron un poco más, volvieron a detenerse y de nuevo cuchichearon mientras le miraban. Al poco, ya más envalentonadas, empezaron a hablar de él en voz alta.

—Es guapo —dijo una.

—Y tiene el cabello bonito —agregó la otra.

—Pero va muy mal vestido.

—Y tiene cara de pasar hambre.

Se acercaron aún más, deslizándose tímidamente a su alrededor, examinándolo minuciosamente desde todos los ángulos como si se tratase de algún animal de especie desconocida, aunque sin abandonar en ningún momento su aire precavido y vigilante, como si temieran que fuese uno de esos animales que de vez en cuando pegan un mordisco. Finalmente se pararon delante de él, cogiéndose la mano en busca de protección, y satisfacieron sobradamente la curiosidad de sus ojos inocentes. Después, una

de ellas, haciendo acopio de valor, preguntó francamente, sin andarse por las ramas:

—¿Quién eres tú, niño?

—Soy el rey —fue la solemne respuesta.

Las niñas se sobresaltaron un poco, pusieron ojos como platos y se quedaron así unos instantes, incapaces de decir nada. Luego la curiosidad rompió el silencio:

—¿El rey? ¿Qué rey?

—El rey de Inglaterra.

Las pequeñas se miraron, luego miraron al príncipe, después volvieron a mirarse con expresión de sorpresa y perplejidad, y entonces una de ellas, dijo:

—¿Has oído lo que ha dicho, Margery? Ha dicho que es el rey. ¿Será verdad?

—¿Qué otra cosa puede ser si no, Prissy? ¿Crees que nos mentiría? Porque si no fuera verdad, Prissy, sería una mentira. Seguro que lo sería. Ahora piénsalo. Todas las cosas que no son verdad son mentira. No hay que darle más vueltas.

Era un argumento de lo más sólido, sin asomo de grietas por ninguna parte, que dejó a las dudas de Prissy sin lugar donde apoyarse. La pequeña reflexionó unos instantes y luego, con una sencilla pregunta puso a prueba el honor del rey:

—¿Es verdad que eres el rey? Si lo eres, entonces te creo.

—De veras que soy el rey.

Con esto quedó zanjada la cuestión. La realeza de su majestad fue aceptada sin más preguntas ni discusiones y al instante las dos niñas se pusieron a preguntarle cómo había llegado a aquel lugar, cómo iba vestido de forma tan impropia de un rey, adónde se dirigía y un sinfín de preguntas más acerca de sus asuntos. Él se sintió tremendamente aliviado al poder contar sus pesares a alguien que no iba a ponerlos en duda ni a burlarse de ellos, así que contó sus aventuras con gran sentimiento, olvidándose de momento incluso del hambre que sentía. Las dos dulces doncellas recibieron sus explicaciones con la más profunda y tierna simpatía. Pero cuando llegó a sus experiencias más recientes y se enteraron de que llevaba mucho tiempo sin comer, le hicieron callarse en seco y a toda prisa se lo llevaron a la alquería para darle de desayunar.

Lleno de alegría y felicidad, el rey se dijo:

—Cuando vuelva a estar donde me corresponde, respetaré siempre a los niños pequeños, en recuerdo de la confianza que estas dos niñas pusieron en

mí cuando pasaba apuros, mientras que los que eran mayores y se tenían por más sabios se burlaron de mí y me tildaron de embustero.

La madre de las niñas recibió bondadosamente al rey, dando muestras de compasión, ya que su corazón femenino se conmovió al ver su desamparo y notar la visible flojedad de su cerebro. Era viuda y bastante pobre, por lo que había visto suficientes desgracias y, por tanto, comprendía a los desheredados de la fortuna. Se imaginó que el pequeño demente se habría extraviado alejándose del lugar donde estaban sus amigos o las personas que lo cuidaban, así que trató de averiguar de dónde venía con el fin de tomar las medidas oportunas para devolverlo. Pero todas las alusiones que hizo a pueblos y ciudades de los alrededores, al igual que todas las preguntas en igual sentido, no sirvieron para nada. La cara del pequeño, así como sus respuestas, indicaba que las cosas de que le estaba hablando no le eran conocidas. El príncipe habló con vehemencia y sencillez de asuntos propios de la corte y más de una vez rompió a llorar al referirse al difunto rey, «su padre». Pero cada vez que la conversación se desviaba hacia temas más plebeyos su interés se desvanecía y se quedaba callado.

La mujer estaba intrigada a más no poder, pero no se daba por vencida. Mientras se afanaba en los fogones, se puso a tramar mil y un ardides con el fin de pillar al pequeño desprevenido y hacerle revelar su secreto sin darse cuenta. Le habló de vacas y bueyes, pero él no denotó el menor interés. Luego mencionó a las ovejas y obtuvo el mismo resultado. Comprendió que se había equivocado al pensar que el niño se dedicaba al pastoreo. Le habló de molinos, tejedores, caldereros, herreros, oficios y artesanos de toda clase. Luego hizo referencia al manicomio, a las cárceles y a las casas de caridad, pero nada. No lograba dar en la diana. Con todo no desesperó, pues se daba cuenta de que las posibilidades quedaban reducidas al servicio doméstico. Sí, ahora estaba segura de ir por buen camino. El niño tenía que haber estado trabajando de criado en alguna casa. Así, pues, empezó a dirigir los tiros en este sentido. Pero el resultado fue descorazonador. Al hablarle del arte de pasar la escoba, al pequeño pareció que le aburría el tema. Tampoco mostró ningún interés por el de cargar la chimenea. El de fregar y quitar el polvo no despertó ningún entusiasmo en él. Entonces la buena mujer, con esperanza que se esfumaba por momentos y más que nada por pura fórmula, tocó el tema de la cocina. Sorprendida e inmensamente alborozada, vio que el rostro del rey se iluminaba en el acto. Pensó que por fin lo había atrapado y se sintió justamente orgullosa de la astucia y el tacto con los que había logrado sus propósitos.

Su fatigada lengua podía ya descansar, pues el rey, inspirado por el hambre atroz que le roía el estómago y por los deliciosos aromas que surgían de las ollas y cazuelas que borboteaban en los fogones, se soltó la melena y se entregó a tan elocuente disertación acerca de ciertos platos sabrosos, que en menos de tres minutos la mujer se dijo para sus adentros:

—En verdad que estaba en lo cierto. ¡Ha sido pinche de cocina!

Luego el pequeño amplió el menú y lo comentó tan animadamente, con tal conocimiento de causa, que la buena mujer se dijo:

—¡Santo Cielo! ¿Cómo es posible que conozca tantos platos, que, además, son de los más exquisitos? Son platos que solo se encuentran en la mesa de los ricos y los poderosos. ¡Ah, ya comprendo! Aunque vaya vestido con harapos, seguramente serviría en palacio antes de perder el juicio. ¡Sí, seguro que ha sido pinche en la cocina del mismo rey! Lo pondré a prueba.

Ansiosa por demostrar su sagacidad, le dijo al rey que vigilase la comida unos instantes, dándole a entender que podía preparar uno o dos platos si lo deseaba. Seguidamente salió de la habitación e hizo señas a las niñas para que salieran con ella.

—Tiempo ha —musitó el rey—, otro monarca de Inglaterra recibió un encargo parecido a este. Así, pues, no atenta contra mi dignidad aceptar un oficio que el gran Alfredo se rebajó a desempeñar. Pero trataré de hacer honor a la confianza de que soy objeto mejor de lo que hizo él, ya que dejó que se le quemasen los pasteles.

La intención era buena, pero el resultado no estuvo a la misma altura, ya que este rey, al igual que el otro, no tardó en sumirse en profundas meditaciones acerca de sus importantísimos asuntos, por lo que el resultado fue la misma calamidad: la comida se quemó. La mujer regresó con tiempo suficiente para evitar la total destrucción del desayuno y prestamente sacó al rey de sus ensoñaciones con una vivaz y cordial reprensión. Luego, viendo cuán pesaroso estaba el pequeño por no haber sabido estar a la altura de la confianza depositada en él, se ablandó en seguida y lo colmó de bondades y gentilezas.

El chico comió opíparamente y al terminar se sintió muy restablecido y contento. Fue una colación que se distinguió por una curiosa característica: ambas partes renunciaron a toda consideración de rango y categoría y, pese a ello, ninguno de los receptores de tan gran favor fue consciente del mismo. Al principio, la buena mujer pensó alimentar al joven vagabundo con algunas sobras, sirviéndoselas en un rincón como a cualquier otro vagabundo o a un perro; pero era tal su remordimiento por la regañina que le diera antes que

hizo cuanto pudo por compensarle dejándole sentarse a la mesa de la familia y comer con los que eran sus superiores, en términos de visible igualdad con ellos. Y el rey, por su parte, estaba tan arrepentido de haber traicionado la confianza de aquella familia que tan bien le había tratado que se impuso la obligación de reparar el desaguisado humillándose y bajando de sus alturas hasta quedar al mismo nivel que la familia, en vez de exigirle a la mujer que ella y sus pequeñas se quedaran de pie y le atendieran mientras él ocupaba la mesa en la soledad propia de su cuna y dignidad. A todos nos sienta bien rebajarnos de vez en cuando. La buena mujer se sintió feliz durante el resto del día por los aplausos que ella misma se dedicó en premio a su magnánima condescendencia para con un vagabundo, mientras que el rey sentía la misma satisfacción de sí mismo por la graciosa humildad que había dedicado a una pobre campesina.

Al terminar de desayunar, la mujer ordenó al rey que lavase los platos. La orden dejó a su majestad sorprendido durante unos momentos e hizo que por poco se rebelase, pero luego se dijo a sí mismo:

—Alfredo el Grande se avino a vigilar los pasteles. Sin duda habría lavado los platos también. Así, pues, probaré a ver qué tal lo hago.

Lo hizo rematadamente mal, cosa que le sorprendió, ya que la limpieza de cucharas y trinchantes de madera le había parecido tarea fácil. Resultó ser un trabajo aburrido y complicado, pero por fin consiguió terminarlo. Se estaba poniendo impaciente por proseguir su viaje. Sin embargo, no le iba a resultar tan fácil librarse de la hacendosa dama, que le fue encargando pequeñas tareas que él cumplió de modo bastante aceptable. Después, la mujer les encargó a él y a la pequeña que mondasen manzanas, pero lo hizo con tanta torpeza que ella le dijo que lo dejase y, en su lugar, afilase un cuchillo de carnicero. Luego lo puso a cardar lana hasta que él empezó a pensar que el buen rey Alfredo quedaba de momento en segundo lugar en lo que se refería a los heroísmos domésticos que tanta gracia harían al ser leídos en los libros de cuentos y de historia, de manera que se puso a estudiar la posibilidad de dimitir. Y cuando recién terminada la comida del mediodía la buena señora le dio un cesto lleno de gatitos, diciéndole que los ahogase, dimitió. Al menos estaba a punto de dimitir, ya que era de la opinión de que llega un momento en que hay que hacer cruz y raya y le pareció que eso de ahogar gatitos señalaba el momento adecuado, pero se produjo una interrupción. La interrupción consistió en John Canty, que llevaba el hatillo de buhonero a la espalda e iba acompañado por Hugo.

El rey vio al par de bribones acercándose a la puerta principal antes de que ellos pudieran verle a él, así que nada dijo de hacer punto y raya, sino que, cogiendo el cesto lleno de gatitos, salió sin decir palabra por la puerta posterior. Dejó los animalitos en un cobertizo y se marchó apresuradamente por un angosto sendero de la parte trasera.

Capítulo XX

EL PRÍNCIPE Y EL ERMITAÑO

El elevado seto lo ocultaba de la casa y así, impulsado por un terror de muerte, huyó a toda prisa hacia un bosque que se divisaba en la lejanía. No volvió la vista atrás ninguna vez hasta llegar muy cerca del bosque. Entonces se volvió y distinguió dos figuras a los lejos. Eso le bastó. No esperó a verlas con mayor claridad, sino que reanudó la marcha precipitadamente, sin aflojar el paso un solo instante hasta hallarse en las sombrías profundidades del bosque. Entonces se detuvo, pues estaba convencido de hallarse en un lugar tolerablemente seguro. Aguzó el oído, pero la quietud y el silencio eran absolutos, solemnes, incluso sobrecogedores. Muy de vez en cuando, sus oídos detectaban algún sonido, pero venía de tan lejos y era tan hueco y misterioso que no parecía un sonido real, sino el gemido lastimero de los fantasmas de los muertos. Así, pues, los sonidos parecían aún más pavorosos que el silencio que ellos mismos quebraban.

Al principio tenía el propósito de pasar el resto del día en aquel lugar, pero el frío no tardó en invadir su cuerpo sudoroso y finalmente se vio obligado a moverse de nuevo para entrar en calor. Se adentró en el bosque, esperando abrirse paso hasta llegar a algún camino, pero se llevó un chasco. Avanzó y avanzó, pero cuanto más se alejaba, más espeso se hacía el bosque. La penumbra era cada vez más impenetrable y el rey comprendió que no tardaría en anochecer. Se estremeció al pensar en pasar la noche en un paraje tan misterioso, así que procuró apretar el paso, pero no consiguió otra cosa que disminuir la velocidad, pues no había luz suficiente para ver dónde ponía los pies. Por consiguiente, a cada momento tropezaba con alguna raíz o se enredaba en las zarzas y plantas rastreras.

¡Cómo se alegró cuando por fin vio una luz que brillaba! Se acercó cautelosamente, deteniéndose a menudo para escuchar y mirar a su alrededor. Procedía de la ventana abierta de una choza miserable y pequeña. Oyó una voz y sintió ganas de correr a esconderse, pero al instante cambió de parecer, ya que pudo oír claramente que la voz estaba rezando. Se acercó

sigilosamente a la otra ventana de la choza, se alzó sobre las puntas de los pies y atisbó al interior. La habitación era pequeña y el suelo era de tierra, endurecida por el uso. En un rincón había un jergón hecho con juncos y una o dos mantas raídas. Cerca había un cubo, una taza, una jofaina y dos o tres cacharros de cocina. Había también un banco pequeño y un taburete de tres patas. En el hogar ardían los rescoldos de un fuego de leña. Delante de un altar iluminado por una sola vela se hallaba arrodillado un hombre de edad avanzada y a su lado, sobre una vieja caja de madera, había un libro abierto y una calavera. El hombre era de constitución robusta y huesuda. El pelo y las patillas, muy largos, eran blancos como la nieve. Se cubría con pieles de cordero desde el cuello a los talones.

—¡Un santo ermitaño! —dijo el rey para sus adentros—. Ahora sí que estoy de suerte.

El ermitaño se levantó y el rey llamó a la puerta.

—¡Entrad! —respondió una voz grave—. ¡Pero dejad el pecado fuera, pues el suelo que vais a pisar es sagrado!

El rey entró y se quedó parado. El ermitaño le miró con ojos brillantes e inquietos y dijo:

—¿Quién eres?

—Soy el rey —contestó el otro con voz plácida y sencilla.

—¡Bienvenido seas, rey! —exclamó el ermitaño con entusiasmo.

Luego, moviéndose con febril actividad y repitiendo constantemente las palabras «Bienvenido seas», dispuso el banco al lado del hogar, hizo sentar al rey en él, arrojó un poco de leña al fuego y finalmente se puso a caminar de un lado a otro con nerviosas zancadas.

—¡Bienvenido! Muchos han buscado asilo aquí, pero no se lo merecían y no lo obtuvieron. Pero un rey que arroja la corona lejos de sí y desprecia los vanos esplendores de su oficio, y cubre su cuerpo con andrajos para dedicar su vida a la santidad y la mortificación de la carne… el sí se lo merece ¡y es bienvenido! Esta será su morada hasta que llegue la hora de la muerte.

El rey se apresuró a interrumpirle para darle explicaciones, pero el ermitaño no le hizo caso, al parecer ni siquiera lo oyó, pues siguió hablando en voz alta y con creciente energía:

—Aquí encontrarás la paz. Nadie dará con tu refugio para molestarte suplicándote que vuelvas a esa vida vacía y necia de la que Dios te ha movido a alejarte. Aquí rezarás y estudiarás el Libro. Meditarás sobre las locuras y espejismos mundanales y sobre las sublimidades del mundo venidero. Te alimentarás de mendrugos y hierbas y cada día azotarás tu cuerpo con el

látigo para purificar tu alma. Llevarás un cilicio sobre la piel y beberás únicamente agua y hallarás la paz, sí, una paz total, pues quien venga a buscarte se irá con las manos vacías y desconcertado. No te encontrará y no podrá molestarte.

El viejo, sin dejar de pasear de un lado a otro, dejó de hablar en voz alta y se puso a meditar. El rey aprovechó la oportunidad para exponerle su caso y lo hizo con elocuencia inspirada por la inquietud y la aprensión. Pero el ermitaño siguió hablando entre dientes y no le prestó atención. Y, sin dejar de musitar, se acercó al rey y le dijo solemnemente:

—¡Chist! ¡Voy a revelarte un secreto!

Se inclinó para decírselo, pero se contuvo y se quedó quieto, aguzando el oído. A los pocos segundos, se acercó de puntillas a la ventana, asomó la cabeza por ella y clavó los ojos en la oscuridad, luego regresó de puntillas, acercó su rostro al del rey y musitó:

—¡Soy un arcángel!

El rey se sobresaltó violentamente y dijo para sí:

—¡Ojalá estuviera otra vez con los proscritos! ¡Ahora he caído prisionero en manos de un loco!

Sus aprensiones se vieron acrecentadas y se le notaban claramente en la cara.

Con voz baja y excitada el ermitaño prosiguió:

—¡Veo que percibes la atmósfera que me rodea! ¡En tu cara se pinta el temor! Nadie puede penetrar en esta atmósfera sin verse afectado, pues es ni más ni menos que la atmósfera del cielo. Puedo ir allí y volver en un abrir y cerrar de ojos. Fui hecho arcángel en este mismo lugar, hace de ello cinco años. Vinieron unos ángeles enviados del cielo para conferirme tan solemne dignidad. Su presencia llenó este lugar de un brillo insoportable. ¡Y se arrodillaron ante mí, rey! ¡Sí, se arrodillaron ante mí! Porque yo era más grande que ellos. Me he paseado por las cortes celestiales y he conversado con los patriarcas. Tócame la mano, no temas, tócamela. Así, ¡ahora has tocado una mano que ha sido estrechada por Abraham, Isaac y Jacob! ¡He recorrido los dorados aposentos del cielo! ¡He visto a la Deidad cara a cara!

Hizo una pausa para dar mayor efecto a sus palabras, luego la expresión de su rostro cambió bruscamente y volvió a levantarse, al tiempo que con voz enérgica y airada decía:

—¡Sí, soy un arcángel! ¡Un simple arcángel! ¡Yo que hubiese podido ser papa! Es bien cierto. Me fue comunicado desde el cielo hace veinte años, en un sueño. ¡Ah, sí, iba a ser papa! Y debería haberlo sido, ya que el cielo me lo

había dicho, pero el rey disolvió la orden religiosa de la que era miembro y yo, pobre monje sin amigos ni protectores, me vi arrojado al mundo, sin hogar, ¡desposeído de mi elevado destino!

De nuevo empezó a mascullar y a darse puñetazos en la frente, presa de fútil rabia, lanzando de vez en cuando una maldición rencorosa que alternaba ocasionalmente con esta frase patética:

—Por eso no soy nada más que un arcángel. ¡Yo que debería haber sido papa!

Así siguió durante una hora, mientras el pobre rey no podía hacer otra cosa que permanecer sentado y sufrir. Luego, de repente, se esfumó el frenesí del viejo, que se volvió todo dulzura. Su voz se suavizó, bajó de las nubes y se puso a charlar con tanta sencillez y humanidad que no tardó en ganarse por completo el corazón del rey. El anciano devoto hizo que el rey se acercase más al fuego y se pusiera cómodo, le curó las contusiones y rasguños con mano diestra y tierna y luego se puso a preparar la cena, hablando agradablemente mientras lo hacía y de vez en cuando acariciando la mejilla del pequeño o dándole unos golpecitos en la cabeza con tanto cariño que en poco rato todo el temor y la repulsión que inspiraba el arcángel dejó paso a la reverencia y el afecto hacia el hombre.

Tan feliz estado de cosas continuó mientras los dos cenaban. Luego, tras rezar una plegaria ante el altar, el ermitaño acostó al pequeño en un cuartito contiguo, abrigándolo con las ropas de la cama con la misma solicitud y cariño con que lo hubiese hecho una madre. Y así, despidiéndose con una caricia, lo dejó solo y fue a sentarse al lado del fuego, empezando a hurgar los tizones con aire distraído. Al poco hizo una pausa, luego se golpeó la frente varias veces, como si tratase de hacer volver algún pensamiento que se le hubiera escapado de la mente. Al parecer no logró su propósito. Se levantó rápidamente, entró en el cuarto de su huésped y dijo:

—¿Tú eres rey?

—Sí —repuso el pequeño con voz soñolienta.

—¿Rey de dónde?

—De Inglaterra.

—¡De Inglaterra! ¡Entonces es que ha muerto Enrique!

—¡Ay, así es! Yo soy su hijo.

Una negra sombra cubrió el rostro del ermitaño, que apretó sus huesudos puños con vengativa energía. Así permaneció unos instantes, respirando atropelladamente y tragando saliva, luego dijo con voz bronca:

—¿Sabes que fue él quien nos dejó desamparados?

No hubo respuesta. El anciano se inclinó, escrutó el rostro reposado del muchacho y escuchó su plácida respiración.

—Duerme… duerme profundamente.

La expresión ceñuda se borró de su rostro y fue sustituida por otra de malévola satisfacción. Una sonrisa cruzó fugazmente la cara del pequeño durmiente.

—Así que su corazón es feliz —musitó el ermitaño, volviendo la espalda al rey.

Se puso a recorrer el cuarto con gran sigilo, buscando algo aquí y allá, parándose cada dos por tres para escuchar o para volver bruscamente la cabeza y echar una ojeada al lecho y siempre musitando, farfullando entre dientes. Por fin encontró lo que al parecer andaba buscando: un cuchillo de carnicero, viejo y herrumbroso, y una piedra de afilar. Entonces se fue a su lugar junto al fuego, se sentó y empezó a afilar lentamente el cuchillo, sin dejar de musitar, farfullar y lanzar exclamaciones. El viento suspiraba alrededor de la solitaria choza, flotaban las voces misteriosas de la noche venidas de lejanos lugares. Por las grietas y agujeros asomaban los brillantes ojos de osados ratones que contemplaban al viejo, pero este seguía con su trabajo, absorto, sin reparar en ninguna otra cosa.

Muy de vez en cuando pasaba el pulgar por el filo del cuchillo y movía la cabeza con gesto satisfecho.

—Ya está más afilado —decía—. Sí, cada vez lo está más.

No hizo el menor caso del paso del tiempo, sino que siguió trabajando tranquilamente, ocupándose con sus pensamientos, que de vez en cuando se traducían en palabras:

—Su padre nos hizo daño, nos destruyó. ¡Y ha ido a parar al fuego eterno! ¡Sí, al fuego eterno! Se nos escapó, pero así lo quiso Dios, sí Dios lo dispuso de esta manera y no debemos lamentarnos. ¡Pero no se ha librado del fuego! ¡No, no ha escapado del fuego devastador e implacable!

Y así siguió trabajando, musitando y soltando una áspera risita entre dientes, y volviendo a hablar de vez en cuando:

—Su padre fue el culpable de todo. No soy más que un arcángel. De no haber sido por él, ¡ahora sería papa!

El rey se movió en la cama. El ermitaño se puso en pie rápidamente, sin hacer ruido, y fue a arrodillarse junto al lecho, se inclinó sobre el cuerpo del durmiente con el cuchillo alzado. El chico volvió a moverse, sus ojos se abrieron momentáneamente, pero en ellos no se reflejaba la sorpresa, no

vieron nada. Al cabo de un instante, su pausada respiración dejó ver que de nuevo dormía profundamente.

El ermitaño permaneció un rato mirándolo y aguzando el oído, sin cambiar de postura y apenas respirando. Luego, lentamente, bajó el brazo y al poco se alejó sigilosamente, diciendo:

—Ya hace mucho rato que dieron las doce de la noche. Hay que ir con cuidado no fuera el caso que gritase y en aquel momento pasara alguien.

Se puso a pasear de un lado a otro por su choza, cogiendo un trapo aquí y una tira de cuero allí, y otra más allá. Luego volvió junto al lecho y con mucho cuidado y suavidad se las arregló para atarle los tobillos al rey sin despertarlo. Seguidamente trató de atarle las muñecas. Hizo varios intentos por cruzarlas, pero el pequeño siempre apartaba una de las manos justo en el instante en que el viejo iba a ponerle la cuerda. Pero por fin, cuando el arcángel estaba ya al borde del desespero, el pequeño cruzó las manos por sí mismo y en menos que canta un gallo las tenía atadas. Entonces le pasó una venda por debajo de la barbilla y ató fuertemente los extremos encima de la cabeza. Hizo los nudos con tanta suavidad y destreza que el pequeño siguió durmiendo pacíficamente durante la operación, sin hacer el menor movimiento.

Capítulo XXI

SALVADO POR HENDON

El anciano se alejó con el cuerpo inclinado hacia delante, sigiloso como un gato y echó mano del banco. Luego se sentó en él, con la mitad del cuerpo iluminada por la luz tenue y temblorosa y la otra mitad en la penumbra; y así, con los ojos clavados ansiosamente en el muchacho dormido, siguió vigilando, ajeno al paso del tiempo, y afilando el cuchillo sin dejar de musitar y reír entre dientes. Por su aspecto y actitud semejaba poco más que una araña horrible y monstruosa recreándose en la contemplación de algún infortunado insecto atrapado sin remedio en su telaraña.

Transcurrido un largo rato, el viejo, que seguía mirando aunque sin ver nada, pues su mente se hallaba absorta en sueños abstractos, observó de golpe que el muchacho tenía los ojos abiertos, muy abiertos, y vueltos hacia arriba, contemplando con horror el cuchillo. En el rostro del viejo se pintó una sonrisa de diablo complacido y, sin cambiar de actitud ni de ocupación, dijo:

—¿Has rezado ya, hijo de Enrique VIII?

El pequeño forcejeó inútilmente con sus ligaduras, al tiempo que de entre sus mandíbulas cerradas se escapaba un ruido sordo que el ermitaño interpretó caprichosamente como una respuesta afirmativa.

—Entonces vuelve a rezar. ¡Reza la oración de los moribundos!

El cuerpo del pequeño se estremeció de pies a cabeza y la cara se le puso blanca. Entonces volvió a forcejear para librarse, girando y retorciéndose ora a un lado y luego a otro, dando fuertes tirones, frenéticamente, con rabia y desesperación, pero inútilmente. Y mientras el ogro le miraba sonriente, moviendo la cabeza de arriba abajo y afilando tranquilamente el cuchillo, a la vez que de cuando en cuando musitaba:

—Los minutos son preciosos, pocos y preciosos. ¡Reza la oración de los moribundos!

El niño profirió un gruñido desesperado y dejó de forcejear. Jadeaba y, una tras otra, las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Pero tan lastimoso espectáculo no despertó el menor asomo de piedad en el viejo salvaje.

El alba estaba ya próxima. El ermitaño reparó en ello y con voz alta, en la que se reflejaba cierta aprensión, dijo:

—No puedo seguir disfrutando de este éxtasis. La noche se ha ido ya. Parece que haya sido un instante, un solo instante. ¡Ojalá hubiese durado todo un aro! Cierra tus ojos moribundos, simiente del saqueador de la Iglesia, si temes ver cómo…

El resto se perdió entre gruñidos incoherentes. El viejo se postró de hinojos, cuchillo en mano, y se inclinó sobre el lloroso pequeño.

¡Oíd! Se escucharon voces cerca de la choza. El cuchillo se deslizó de la mano del ermitaño y cayó al suelo. El viejo cubrió al chico con una piel de cordero y luego se puso en pie, tembloroso. El murmullo de voces era cada vez más fuerte y al poco las voces se hicieron ásperas y enojadas. Luego se oyeron golpes y gritos pidiendo ayuda. Después unos pasos que se retiraban velozmente. Inmediatamente la puerta de la choza recibió una lluvia de golpes atronadores, acompañada por voces de:

—¡Ah de la casa! ¡Abrid! ¡Aprisa, por todos los diablos!

Ah, era el más bendito sonido que jamás acariciase con su música los oídos del rey, pues era la voz de Miles Hendon.

El ermitaño, apretando los dientes de rabia e impotencia, salió rápidamente de la alcoba, cerrando la puerta tras de sí y al instante la siguiente conversación llegó a oídos del rey desde la «capilla»:

—¡Mis respetos y saludos, reverendo señor! ¿Dónde está el muchacho… *mi* muchacho?

—¿Qué muchacho, amigo?

—¡Que qué muchacho! ¡No me vengas con mentiras, señor sacerdote! ¡Nada de engaños! No estoy de humor para eso. Cerca de este lugar atrapé a los miserables que me lo arrebataron y les obligué a confesar. Dijeron que volvía a estar en libertad y que habían seguido su rastro hasta tu puerta. Me enseñaron sus pisadas. No sigas fingiendo y préstame atención: si no me lo entregas… ¿Dónde está el muchacho?

—Oh, buen señor, ¿por ventura os referís al regio y harapiento vagabundo que hizo noche aquí? Si alguien como vos se interesa por alguien como él, sabed que lo he mandado a un recado y no tardará en volver.

—¿Cuánto? ¿Cuánto tardará? Vamos, no pierdas el tiempo. ¿No podría darle alcance? ¿Cuánto tardará en volver?

—No hace falta que os mováis. Regresará dentro de poco.

—Sea pues. Trataré de esperar. ¡Un momento! ¿Tú lo mandaste a un recado? ¡Tú! Seguro que es mentira, porque él no accedería a ir. Te tiraría de

las barbas si osaras ofenderle de tal modo. Has mentido, amigo. ¡No hay duda de que me has mentido! No obedecería tus órdenes ni las de ningún otro hombre.

—Puede que las de otro hombre no. Pero es que yo no soy un hombre.

—¡Qué! En nombre de Dios, ¿qué eres entonces?

—Se trata de un secreto y os ruego que no lo divulguéis. ¡Soy un arcángel!

Miles Hendon soltó una tremenda exclamación, bastante irreverente por cierto, y luego dijo:

—¡En verdad que eso explica su obediencia! Sé que no movería ni una mano o un pie para servir a un mortal, pero ¡incluso un rey debe obedecer cuando es un arcángel quien da la orden! Deja que… ¡Calla! ¿Qué ha sido ese ruido?

Durante todo el rato el rey había permanecido en su sitio, ora estremeciéndose de terror, ora temblando de esperanza, y también durante todo el rato había puesto todas sus fuerzas en sus angustiados gemidos, esperando constantemente que llegasen a oídos de Hendon, pero viendo con amargura que no lo hacían o, cuando menos, que no atraían su atención. Así, pues, el último comentario hecho por su criado fue para él como un soplo de aire revivificante para un moribundo y de nuevo se aplicó a la tarea con toda su energía, justo en el instante en que el ermitaño decía:

—¿Ruido? Solo oigo el viento.

—Puede que fuera eso. Sí, no hay duda de que eso ha sido. Lo he estado oyendo débilmente todo el… ¡Otra vez! ¡No es el viento! ¡Qué ruido más raro! ¡Vamos, veremos de dónde sale!

El gozo del rey se hizo casi insoportable ahora. Sus cansados pulmones se esforzaron al máximo, llenos de esperanza, pero la venda que le sujetaba las mandíbulas y la piel de cordero que lo cubría ahogaron el resultado. Luego, el corazón del pobre muchacho se estremeció al oír que el ermitaño decía:

—Ah, ha venido de fuera, me parece que de los matorrales. Vamos, yo iré delante.

El rey oyó que los dos salían, hablando, y oyó que sus pasos se alejaban rápidamente. Luego se quedó solo, en medio de un silencio impresionante y cargado de presagios.

Le pareció que transcurría un siglo antes de volver a oír pasos y voces que se aproximaban y esta vez oyó un ruido más: el de cascos de caballo, al parecer. Seguidamente oyó que Hendon decía:

—No esperaré más. No puedo esperar más. Se habrá perdido en este espeso bosque. ¿En qué dirección se fue? ¡Rápido! ¡Señálamela!

—Se… Un momento. Iré contigo.

—¡Muy bien! En verdad que eres mejor de lo que pareces. No creo que haya otro arcángel con el corazón tan en su sitio como el tuyo. ¿Irás montado? ¿Quieres montar en el burrito de mi pequeño o prefieres colocar tus santas piernas en esta ruina de mula que me he procurado? Y la verdad es que me habrían estafado aunque por ella hubiese pagado solamente los insignificantes intereses devengados por un cuarto de penique prestado a un calderero sin trabajo.

—No, monta tú la mula y lleva al asno por la brida, que yo me siento más seguro caminando.

—Entonces cuida un rato del asno mientras yo arriesgo el pellejo tratando de montar en la mula.

Se produjo entonces una gran confusión de coces, puñetazos, pisoteos y caídas de cabeza, todo ello acompañado por una atronadora mezcla de maldiciones y, finalmente, un amargo insulto dirigido a la mula que debió de desalentarla, pues las hostilidades parecieron cesar a partir de aquel momento.

Presa de una congoja indecible, el pequeño rey, atado y amordazado, oyó cómo las voces y las pisadas se alejaban y finalmente se perdían en la distancia. Se desvanecieron todas sus esperanzas y el desaliento se apoderó de su corazón.

Concluyó la frase con un grito sofocado e inmediatamente se puso a luchar frenéticamente con sus ligaduras otra vez hasta que consiguió quitarse de encima la piel de cordero que le estaba ahogando.

¡Entonces oyó que la puerta se abría! El ruido le heló la médula. Le parecía sentir ya el cuchillo en la garganta. El horror le obligó a cerrar los ojos y luego a volverlos a abrir ¡y ante él se hallaban John Canty y Hugo!

Habría exclamado «¡Gracias a Dios!, si hubiese tenido las mandíbulas libres».

Al cabo de unos instantes, tenía libres los brazos y las piernas y sus raptores, sujetándolo por los brazos, lo conducían a toda prisa a través del bosque.

Capítulo XXII

VÍCTIMA DE LA TRAICIÓN

Una vez más su majestad Fufú I acompañaba a los vagabundos y proscritos en sus correrías, convertido en el blanco de sus groseras bromas y estúpidas bufonadas y víctima a veces de la mezquina venganza de Canty y Hugo cuando el jefe de la banda no les veía. Nadie salvo Canty y Hugo le tenía realmente inquina. Algunos de los otros le apreciaban y todos admiraban su coraje y espíritu. Durante dos o tres días, Hugo, a cuyas manos estaba encomendada la vigilancia del rey, hizo disimuladamente cuanto pudo para molestar al muchacho y por la noche, durante las habituales orgías, divertía a los demás haciendo al pequeño objeto de pequeñas indignidades, siempre como si se tratase de un accidente. Dos veces pisó, accidentalmente, los dedos de los pies del rey, que, como correspondía a su realeza, mostró una indiferencia despectiva ante el hecho. Pero a la tercera vez que Hugo optó por entretenerse de aquel modo, el rey lo derribó al suelo de un garrotazo, cosa que causó un alborozo indescriptible en la tribu. Consumiéndose de ira y vergüenza, Hugo se levantó de un salto, asió un garrote y cargó furiosamente contra su pequeño adversario. Al instante se formó un círculo en torno a los gladiadores y empezaron las apuestas y los vítores. Pero el pobre Hugo no tenía la menor probabilidad de salir bien librado. Sus frenéticos y desmañados movimientos de novato de poco le sirvieron ante un brazo adiestrado por los mejores maestros de Europa en el manejo del bastón y el garrote así como todas las artes y trucos de la esgrima. El pequeño rey, alerta y airoso a la vez, recibía y desviaba la copiosa lluvia de golpes que caía sobre él, dando muestras de una facilidad y precisión que dejaban boquiabiertos de admiración a los abigarrados espectadores. Cada dos por tres, cuando sus expertos ojos captaban un descuido en la guardia del contrincante, la cabeza de Hugo recibía un bastonazo rápido como un relámpago y entonces la tempestad de gritos y risotadas que se oyó fue cosa digna de oírse. Al cabo de quince minutos, Hugo, molido, lleno de contusiones y convertido en el blanco de un implacable bombardeo de chanzas y mofas, se retiró avergonzado del

campo de batalla y el glorioso vencedor de la contienda fue alzado en vilo y transportado a hombros de la entusiasmada chusma hasta el sitio de honor al lado del jefe de la banda, a la vez que se anulaba su título anterior, que era de menor categoría, y se emitía un decreto en virtud del cual se expulsaría de la banda a cualquier que volviera a utilizarlo.

Todos los intentos de hacer que el rey sirviera a la tropa culminaron en el fracaso. Tozudamente los rechazó y, más aún, siempre estaba tratando de fugarse. El primer día de reintegrarse a la pandilla lo obligaron a penetrar en una cocina que no estaba vigilada y no solo salió de ella con las manos vacías, sino que trató de despertar a los ocupantes de la casa. Le ordenaron que acompañase a un calderero para ayudarle a hacer su trabajo. Se negó a trabajar y, por si fuera poco, amenazó al calderero con el hierro de soldar y finalmente, tanto Hugo como el calderero se encontraron con que no les quedaba tiempo para nada, ya que tenían que vigilar constantemente al rey para que no se fugase. Hacía que su condición de rey cayera como una tempestad de rayos y truenos sobre las cabezas de todos los que ponían trabas a su libertad o trataban de obligarle a servirles. Le hicieron acompañar, vigilado por Hugo, a una mujer sucia y un bebé enfermo a mendigar. Pero el resultado no fue alentador, ya que se negó a abogar por los mendicantes o a hacerse partícipe de su causa en modo alguno.

Así pasaron varios días y las miserias de su vida de vagabundo, así como la fatiga, la sordidez, la mezquindad y la vulgaridad de aquel modo de vivir se hicieron poco a poco tan intolerables para el cautivo que finalmente empezó a sentir que, en el mejor de los casos, el haberse librado del cuchillo del ermitaño no constituía más que un breve aplazamiento de la hora de su muerte.

Pero, por las noches, estas cosas quedaban olvidadas durante sus sueños y de nuevo se veía sentado en su trono, amo y señor de todo. Esto, por supuesto, hacía más intenso el sufrimiento al despertar, por lo que cada vez era más amarga y difícil de soportar la mortificación de cada mañana de las pocas que transcurrieron desde su puesta en libertad hasta el combate con Hugo.

La mañana después del combate, Hugo se levantó con el corazón rebosante de propósitos de venganza contra el rey. Se había trazado dos planes concretos. Uno consistía en infligir al muchacho una tremenda humillación para su espíritu orgulloso y su realeza «imaginaria». Si este plan fracasaba, recurriría al otro, que consistía en imputar al rey algún delito para luego delatarle y hacerle caer en las garras implacables de la justicia.

Para llevar a término el primer plan, se proponía colocar una llaga artificial en la pierna del rey, juzgando acertadamente que eso le mortificaría lo indecible. En cuanto la llaga surtiera sus efectos, tenía intención de recabar ayuda de Canty y obligar al rey a exponer la pierna por los caminos y pedir limosna. Para hacer estas llagas artificiales, primero se preparaba una especie de pasta o cataplasma de cal viva, jabón y herrumbre de hierro viejo, que se extendía sobre un pedazo de cuero que seguidamente se ataba fuertemente a la pierna. Al poco, esto hacía saltar la piel y dejaba la pierna en carne viva e inflamada. Entonces se frotaba la extremidad con sangre, que, al secarse, adquiría un color oscuro y repulsivo. Finalmente, con trapos sucios se confeccionaba un vendaje que se colocaba con estudiado descuido de forma tal que la horrible llaga fuese visible y despertase la compasión de los transeúntes.

Hugo se agenció la ayuda del calderero al que el rey había amedrentado con el hierro de soldar. Se llevaron al muchacho con una excusa y en cuanto perdieron de vista el campamento, lo arrojaron al suelo y el calderero lo sujetó mientras Hugo le ataba fuertemente la cataplasma a la pierna.

El rey se encolerizó y prometió ahorcarlos a los dos tan pronto como volviera a tener el cetro en sus manos, pero siguieron sujetándolo con firmeza, disfrutando ante sus forcejeos impotentes y burlándose de sus amenazas. Así continuaron hasta que la cataplasma comenzó a escocer y poco habría tardado en hacer sentir todos sus efectos de no haberse producido ninguna interrupción. Pero se produjo, pues hizo entonces acto de presencia el «es, clavo» que había soltado el discurso denunciando las leyes de Inglaterra y puso fin a la empresa librando al rey de la cataplasma y la venda.

El rey quería que su salvador le prestase el bastón para calentarles las espaldas a los dos bribones allí mismo, pero el otro se negó, alegando que traería complicaciones y que lo aplazase hasta la noche. Como toda la tribu estaría reunida, nadie ajeno a ella osaría entrometerse o interrumpirles. Regresó al campamento con el grupo e informó del asunto al jefe de la pandilla, que escuchó en silencio, reflexionó y finalmente decidió que no volviera a ordenarse al rey salir a mendigar, pues saltaba a la vista que se merecía algo mejor, por lo cual allí mismo procedió a ascenderlo de rango, y de mendigo lo hizo pasar a ladrón.

Hugo se alegró enormemente. Ya había intentado hacer que el rey robase, pero sin conseguirlo. Eso, sin embargo, ya se había acabado, ya que el rey, por supuesto, ni en sueños se atrevería a desafiar una orden tajante directamente recibida del cuartel general. Así, pues, planeó una incursión para

aquella misma tarde, con el propósito de hacer que en el curso de la misma el rey cayese en manos de la ley. Además, pensaba hacerlo por medio de una artimaña tan ingeniosa que parecería un accidente fortuito, pues el rey de los gallos de pelea se había convertido en una figura popular y cabía la posibilidad de que la pandilla no tratase con excesiva amabilidad a un miembro impopular que lo hiciese objeto de tan grave traición como era la de entregarlo al enemigo común: la justicia.

Muy bien. A su debido tiempo Hugo se encaminó con su presa hacia un pueblo cercano. Una vez llegados a él, deambularon lentamente por las calles, uno atento a la ocasión de alcanzar su malévolo propósito y el otro aguardando la oportunidad de salir pitando y librarse para siempre de su ignominioso cautiverio.

Ambos desperdiciaron unas cuantas ocasiones que parecían bastante buenas, pues ambos, en lo más secreto de su corazón, estaban decididos a no fracasar esta vez y ninguno estaba dispuesto a permitir que sus febriles deseos le indujeran a emprender una aventura que se presentase muy incierta.

La ocasión de Hugo se presentó primero. En efecto, por fin se les acercó una mujer que llevaba un grueso paquete en un cesto. Los ojos de Hugo lanzaron chispas de perverso placer al tiempo que se decía:

—¡Que me cuelguen si no consigo colocarle eso! ¡Estás apañado, rey de los gallos de pelea!

Aguardó mirando atentamente, paciente por fuera pero consumiéndose de impaciencia por dentro, hasta que la mujer pasó por su lado y llegó el momento oportuno. Entonces dijo en voz baja:

—Quédate aquí hasta que vuelva.

Y salió sigilosamente en pos de la presa. Al rey se le llenó el corazón de júbilo. Si Hugo se alejaba lo suficiente, podría emprender la huida.

Pero no le iba a caer semejante breva. Hugo se acercó a la mujer por detrás, le arrebató el paquete y regresó corriendo, envolviéndolo en un pedazo de manta vieja que llevaba al brazo. La mujer dio la alarma inmediatamente, pues, aunque no hubiese visto el hurto con sus propios ojos, notó la pérdida al hacerse menos pesada su carga. Hugo metió el fardo en las manos del rey sin detenerse y diciéndole:

—Ahora corre detrás de mí con los demás, gritando «¡Al ladrón!». ¡Pero cuida de despistarlos!

Hugo dobló una esquina y echó a correr por una calleja tortuosa y al cabo de unos instantes volvió a aparecer, con cara de inocencia e indiferencia, y se colocó detrás de un poste para observar los resultados.

El ofendido rey arrojó el fardo al suelo. La manta se abrió justo en el momento en que la mujer llegaba junto a él, seguida por una nutrida multitud. Asió al rey por una muñeca y con la otra mano recogió el fardo y se puso a insultar al muchacho, que en vano forcejeaba para librarse de ella.

Hugo pensó que ya había visto bastante, que su enemigo ya estaba preso y la justicia se encargaría de él, así que se marchó furtivamente, lleno de alegría y riendo entre dientes, encaminándose hacia el campamento mientras inventaba una versión atinada de lo sucedido para contársela a los demás al llegar.

El rey siguió forcejeando para librarse de las garras de la mujer y gritando cada dos por tres:

—¡Suéltame, criatura estúpida! ¡No he sido yo quien te ha robado tus míseros bienes!

La multitud fue estrechando el cerco, amenazando al rey y colmándolo de insultos. Un fornido cerrajero que llevaba un delantal de cuero y las mangas subidas hasta los codos trató de cogerle, diciendo que ya se encargaría él de darle una lección. Pero justo en aquel momento una larga espada centelleó en el aire y cayó de plano con fuerza sobre el brazo del sujeto, al tiempo que el fantástico propietario del arma decía con voz agradable:

—Un momento, buenas gentes. Procedamos con tiento, sin mala sangre ni insultos. Este asunto es de la incumbencia de la justicia y no de nosotros. Suelta al muchacho, buena mujer.

Tras medir al valiente soldado con una mirada, el cerrajero se alejó frotándose el brazo y refunfuñando. La mujer soltó de mala gana la muñeca del pequeño y la gente miró al desconocido con cara de pocos amigos, pero por prudencia nadie abrió la boca. De un salto, el rey se colocó al lado de su salvador y con las mejillas encendidas y los ojos llameantes exclamó:

—¡Habéis tardado mucho, pero habéis llegado a tiempo, sir Miles! ¡Hacedme picadillo a esa gentuza!

Capítulo XXIII

EL PRÍNCIPE PRISIONERO

Hendon reprimió una sonrisa, se inclinó y susurró al oído del rey:

—Chist, chist, mi príncipe. Hablad en voz baja. Mejor dicho, no habléis. Confiad en mí y todo acabará bien.

Luego agregó para sus adentros:

—¡Sir Miles! ¡Válgame el cielo! ¡Se me había olvidado por completo que soy un caballero! ¡Qué prodigio, Señor! ¡Hay que ver cómo su memoria retiene sus fantasías de loco! Vacío y estúpido es mi título, pero, así y todo, algo es haberlo merecido, pues me parece mayor honor ser considerado caballero fantasma en su Reino de Sueños y Sombras que ser considerado lo suficientemente vil como para ser conde en alguno de los reinos *reales* de este mundo.

La gente se apartó para dejar paso a un alguacil que, acercándose al rey, hizo ademán de ponerle una mano en el hombro.

—Con cuidado, buen amigo —dijo Hendon—. Quita la mano, que se irá pacíficamente. Yo me hago responsable. Guíanos y te seguiremos.

El alguacil abrió la marcha acompañado por la mujer, que llevaba su fardo. Miles y el rey iban detrás de ellos y la gente les seguía pisándoles los talones. El rey se sentía inclinado a rebelarse, pero Hendon le dijo en voz baja:

—Reflexionad, señor, Vuestras leyes son el beneficioso resultado de vuestra propia realeza. ¿Vais a oponeros a ellas, vos que sois su manantial, mientras exigís que los arroyuelos las respeten? Al parecer, una de estas leyes ha sido infringida. Cuando el rey vuelva a ocupar su trono, ¿podrá lamentarse al recordar que, cuando al parecer era un simple ciudadano, lealmente fundió al rey con el ciudadano y se sometió a su autoridad?

—Tienes razón. No digas nada más. Ya verás cómo cualquier cosa que el rey de Inglaterra exija a sus súbditos en cumplimiento de la ley él se la exigirá a sí mismo mientras su condición sea la de simple ciudadano.

Al ser llamada a declarar ante el juez de paz, la mujer juró que el joven prisionero que ocupaba el estrado era la persona que había cometido el robo. Nadie pudo demostrar lo contrario, por lo que el rey fue condenado. Se procedió a deshacer el fardo y, al ver que su contenido era un cerdito rollizo y aderezado, el juez puso cara de preocupación, al tiempo que Hendon palidecía y su cuerpo se estremecía a causa de un escalofrío de desánimo, pero el rey permaneció impasible, protegido por su ignorancia. El juez meditó durante unos instantes cargados de presagios, luego se dirigió a la mujer y le preguntó:

—¿Cuánto crees que valen estos bienes?

La mujer hizo una reverencia y contestó:

—Tres chelines y ocho peniques, señoría. Me sería imposible rebajar un solo penique sin perder nada.

El juez miró a su alrededor con expresión de incomodidad, luego señaló al alguacil con la cabeza y dijo:

—Despeja la sala y cierra las puertas.

Así se hizo. No quedaron más que los dos funcionarios, el acusado, la demandante y Miles Hendon. Este estaba rígido y lívido, mientras que en su frente se agrupaban grandes gotas de sudor frío que se separaban para volver a unirse y bajarle por el rostro formando un hilillo. El juez se volvió hacia la mujer otra vez y con acento compasivo dijo:

—Es un pobre chiquillo ignorante y puede que el hambre le impulsara a hacerlo, ya que estos son tiempos duros para los desvalidos. Fíjate que no tiene cara de ser mala persona, pero cuando el hambre acucia… ¡Buena mujer! ¿No sabes que cuando alguien roba una cosa que vale más de trece peniques y medio, la ley dice que deberá ser colgado por ello?

El pequeño rey se sobresaltó y puso los ojos como platos a causa de la consternación, pero logró dominarse y no dijo nada. Pero no así la mujer, que se levantó de un salto, temblando de miedo y exclamó:

—¡Santo Dios! ¡Qué he hecho! ¡Por nada del mundo querría que colgasen al pobre muchacho! Ah, sacadme del apuro, señoría. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué puedo hacer?

El juez mantuvo su judicial compostura y se limitó a decir:

—Sin duda está permitido corregir el valor, ya que todavía no consta en el expediente.

—Entonces, en nombre de Dios, poned que el cerdo vale ocho peniques y el cielo bendiga el día en que mi conciencia quedó libre de tan terrible carga.

Miles Hendon se dejó llevar por la alegría y se olvidó por completo del decoro, sorprendiendo al rey e hiriendo su dignidad al rodearle con sus brazos y darle un fuerte apretón. La mujer se despidió con palabras de agradecimiento y se marchó con su cerdo y el alguacil, tras abrir la puerta para que saliera, la siguió por el estrecho pasillo. El juez procedió a escribir en su libro de actas. Hendon, siempre alerta, sintió deseos de averiguar por qué el alguacil había seguido a la mujer, de manera que sigilosamente salió al oscuro pasillo y se puso a escuchar. Oyó la siguiente conversación:

—Bien cebado está el cerdo y promete un buen bocado. Te lo compro. Aquí tienes los ocho peniques.

—¡Ocho peniques! Ni lo sueñes. Me costó mis buenos tres chelines y ocho peniques, con monedas del anterior reino que el viejo Enrique, que acaba de morir, no logró despilfarrar. ¡Al cuerno tus ocho peniques!

—Conque esas tenemos, ¿eh? Estabas bajo juramento, así que juraste en falso al decir que valía solamente ocho peniques. ¡Ven inmediatamente conmigo a ver a su señoría y a responder por tu delito! Entonces colgarán al pequeño.

—Bueno, bueno, no digas más, que me doy por satisfecha. Vengan los ocho peniques y ni palabra del asunto.

La mujer se alejó llorando. Hendon volvió a entrar en la sala y al poco el alguacil entró también, después de ocultar su botín en algún lugar apropiado. El juez siguió escribiendo un poco más, luego le leyó al rey un sermón sabio y bondadoso y lo sentenció a una breve temporada en la cárcel, tras lo cual sería azotado en público. Atónito, el rey abrió la boca y probablemente se disponía a ordenar la inmediata decapitación del buen juez, pero advirtió una señal de aviso de Hendon y consiguió cerrar la boca antes de perder algo por ella. Hendon lo cogió por la mano, saludó al juez con una reverencia y los dos echaron a andar detrás del alguacil en dirección a la cárcel. Al salir a la calle, el encolerizado monarca se detuvo, apartó la mano y exclamó:

—¡Idiota! ¿Te imaginas que vais a meterme vivo en una cárcel vulgar?

Hendon se inclinó y con cierta sequedad dijo:

—¿Querréis confiar en mí? ¡Callad! ¡No empeoréis nuestras oportunidades con vuestra peligrosa charla! Será lo que Dios quiera y vos no podéis precipitarlo ni cambiarlo, así que esperad y tened paciencia. Ya habrá tiempo suficiente para lamentarse o regocijarse cuando haya sucedido lo que deba suceder.

Capítulo XXIV

LA FUGA

El corto día de invierno ya casi había terminado. Las calles estaban desiertas con la excepción de unos cuantos rezagados que caminaban con paso vivo, con la expresión resuelta propia de la gente que no tiene otro empeño que el de terminar su trabajo cuanto antes y marcharse luego a casa, para ponerse a cubierto del viento y de la oscuridad. Andaban en línea recta, sin mirar a derecha ni a izquierda. No prestaron atención a nuestro grupo, ni siquiera parecieron verlos. Eduardo VI se preguntó si el espectáculo de un rey camino de la cárcel habría encontrado jamás tan prodigiosa indiferencia. Al cabo de un rato, el alguacil llegó a una plaza que estaba desierta y en la que normalmente se celebraba el mercado y empezó a cruzarla. Al llegar a la mitad, Hendon puso la mano en el brazo del alguacil y en voz baja dijo:

—Aguardad un momento, buen señor. Aquí no nos oye nadie y me gustaría deciros una palabra.

—Mi deber me lo prohíbe, señor. Os ruego que no me detengáis. Falta ya poco para la noche.

—Quedaos, sin embargo, pues se trata de un asunto que os concierne muy directamente. Volveos de espaldas unos instantes y fingid que no veis nada: dejad que este pobre muchacho se escape.

—¡Decirme esto a mí! Quedáis arrestado en…

—¡Eh, no os deis tanta prisa! Id con cuidado y no cometáis un error sin daros cuenta —dijo Hendon y, bajando la voz hasta dejarla en un mero susurro, agregó—: ¡El cerdo que has comprado por ocho peniques puede costarte el cuello, hombre!

Cogido por sorpresa, el pobre alguacil se quedó sin habla de buenas a primeras, luego la recuperó y se puso a gritar y amenazar, pero Hendon no se alteró y esperó pacientemente a que se le acabase el aliento, y entonces dijo:

—Me has caído simpático, amigo, y no me gustaría ver sin hacer nada cómo resultas perjudicado. Escúchame, lo oí todo, sin faltar una sola palabra. Te lo demostraré.

Así diciendo, procedió a repetir la conversación que el alguacil y la mujer habían sostenido en el pasillo. La recitó palabra por palabra y a guisa de conclusión preguntó:

—Ea, ¿la he repetido correctamente? ¿No crees que podría repetirla correctamente ante el juez, si ello fuese necesario?

El hombre se quedó unos instantes mudo de terror, luego volvió en sí y con forzada ligereza dijo:

—Eso es hacer una montaña de una broma sin importancia. No hice más que acosar a la mujer para divertirme un poco.

—¿Te quedaste con su cerdo para divertirte?

—Para nada más, buen señor. Os digo que fue solo una broma —contestó el alguacil secamente.

—En verdad que empiezo a creerte —dijo Hendon con un sorprendente tono en el que se mezclaban la burla y el convencimiento—. De todos modos, aguarda aquí unos instantes mientras voy corriendo a preguntarle una cosa a su señoría, ya que, siendo hombre versado en leyes, en bromas, en…

Empezó a alejarse sin dejar de hablar. El alguacil titubeó, se movió nerviosamente, soltó uno o dos juramentos y luego exclamó:

—¡Esperad, esperad, buen señor! Os ruego que aguardéis un poquito. ¡Preguntarle al juez! ¡Le gustan tanto las bromas como los cadáveres! Venid y seguiremos hablando del asunto. ¡Válgame el cielo! Al parecer me he metido en un lío y todo por una broma inocente y atolondrada. Soy padre de familia y mi esposa y los pequeños… Atended a razones, buen caballero. ¿Qué queréis de mí?

—Solo que seas ciego y mudo y paralítico el tiempo que se tarde en contar despacio hasta cien mil —dijo Hendon con la expresión de quien pide solamente un favor razonable que, además, es insignificante.

—¡Será mi ruina! —dijo el alguacil presa de desesperación—. Ah, sed razonable, buen señor. Solo os pido que examinéis el asunto desde todos los ángulos y veréis que fue solo una broma. Salta a la vista que no fue más que eso. Y, aun suponiendo que reconociera que no lo fue, sería una falta tan leve que el castigo más severo que se me impondría no sería más que una regañina de labios del juez.

Hendon contestó con una solemnidad que dejó helado el aire que lo rodeaba:

—Eso que tú llamas broma la ley lo llama de otra forma. ¿Sabes cuál?

—¡No lo sabía! He cometido una imprudencia. Ni en sueños se me ocurrió que estuviera penado. Creí que inventaba algo nuevo.

—Pues sí, está penado y tipificado por la ley. A este delito la ley lo llama *Non compos mentis lex talionis sic transit gloria mundi*.

—¡Dios mío!

—¡Y se castiga con la muerte!

—¡Dios se apiade de este pobre pecador!

—Aprovechándote de alguien que era culpable, corría grave peligro y estaba a tu merced, te has incautado de bienes cuyo valor excedía los trece peniques y medio, pagando una miseria por ellos y esto, a ojos de la ley, constituye baratería implícita, ocultación de delito, abuso del cargo, *ad hominem expurgatis in statu quo* y se castiga con la horca, sin posibilidad de redención, conmutación de pena o acogerse al fuero eclesiástico.

—¡Sostenedme, sostenedme, buen señor, que me fallan las piernas! Tened piedad. Libradme de tal suerte y miraré a otro lado para no ver nada de lo que ocurra.

—¡Estupendo! Ahora te muestras sabio y razonable. ¿Y devolverás el cerdo a su dueña?

—Lo haré, no faltaría más y nunca tocaré otro, aunque me lo mande el cielo por medio de un arcángel. Iros. Soy ciego y no veo nada. Diré que me atacasteis y me arrancasteis el preso por la fuerza. La puerta de la mazmorra es muy vieja y yo mismo la derribaré en algún momento entre la medianoche y mañana.

—Hazlo, buen hombre. Nada malo te ocurrirá por ello. El juez se ha apiadado de este pobre muchacho y no derramará lágrimas ni le romperá los huesos al carcelero porque se haya fugado.

Capítulo XXV

HENDON HALL

Tan pronto como Hendon y el rey hubieron perdido de vista al alguacil, su majestad recibió instrucciones de dirigirse apresuradamente a cierto lugar de fuera de la ciudad y esperar allí mientras Hendon iba a la posada con el fin de abonar la cuenta. Media hora más tarde, los dos amigos cabalgaban alegremente hacia el Este montados en los fatigados corceles de Hendon. El rey se sentía cómodo y abrigado ahora, ya que se había librado de los harapos e iba vestido con la ropa de segunda mano comprada por Hendon en el Puente de Londres.

Hendon deseaba evitar que el pequeño se fatigase en demasía. Pensaba que los viajes largos y penosos, el comer a cualquier hora y la falta de sueño resultarían dañinos para su mente enferma, mientras que el descanso, la regularidad y un poco de ejercicio sin duda acelerarían su curación. Anhelaba ver curado al muchacho y presenciar también cómo sus enfermizas visiones abandonaban su atormentada cabecita. Así, pues, decidió realizar en varias etapas el viaje hacia el hogar del que hacía tanto tiempo que había sido expulsado, en vez de seguir los dictados de su impaciencia y cabalgar hacia allí velozmente, de día y de noche.

Cuando él y el rey llevaban recorridas unas diez millas, llegaron a una población importante e hicieron alto en el camino para pasar la noche en una buena posada. En ella sus relaciones volvieron a ser las de antes: Hendon se colocó detrás de la silla del rey mientras este cenaba y le sirvió de comer y beber. Luego, al ir a acostarse, le ayudó a desnudarse y después se instaló en el suelo y pasó la noche tendido ante la puerta y envuelto en una manta.

Al día siguiente, y al otro, prosiguieron el viaje sin demasiadas prisas, hablando de las aventuras que ambos habían corrido desde su separación y disfrutando a más no poder con sus respectivas narraciones. Hendon contó con todo detalle su largo deambular en busca del rey y describió de qué modo el arcángel le había engañado haciéndole recorrer todo el bosque para llevarle después de vuelta a la choza, al darse cuenta de que no podía librarse de él.

Entonces el viejo entró en la alcoba y volvió a salir con paso vacilante y aspecto desolado, diciendo que esperaba encontrar al pequeño acostado y descansando, pero que no había regresado. Hendon se pasó el día entero esperando en la choza, pero al final perdió la esperanza de que el rey regresara y de nuevo partió en su busca.

—Y el viejo Sanctum Sanctórum estaba verdaderamente dolido de que vuestra alteza real no hubiese vuelto —dijo Hendon—. Se le notaba en la cara.

—¡Eso no lo dudo! —dijo el rey y procedió a contar su propia historia, tras lo cual Hendon lamentó no haber eliminado al arcángel.

Durante el último día de viaje, Hendon dio muestras de estar de un humor excelente. Su lengua no descansó ni un instante. Habló de su anciano padre y de su hermano Arthur y dio muchos ejemplos de la nobleza de carácter y generosidad de ambos. Habló apasionadamente de su Edith y se alegró de poder decir cosas agradables y fraternas incluso de Hugh. Habló largamente del encuentro que iba a tener lugar en Hendon Hall, de la sorpresa que se llevarían todos y del estallido de alegría y agradecimiento que se produciría.

La comarca era hermosa y en ella había abundancia de casitas y huertos. El camino cruzaba anchos pastizales cuyas suaves elevaciones y depresiones hacían pensar en el oleaje del mar. Durante la tarde, el hijo pródigo que volvía al hogar se desvió innumerables veces de su ruta para ver si, subiendo a una colina, podía ver su hogar en la distancia. Por fin lo consiguió y, lleno de excitación, gritó:

—¡Allí está el pueblo, príncipe mío! ¡Y allá cerca está Hendon Hall! Desde aquí se divisan las torres y aquel bosque de allí es el parque de mi padre. ¡Ah, ahora sabréis qué son la grandeza y la alcurnia! La casa tiene setenta habitaciones. ¡Pensadlo bien! ¡Y veintisiete criados! Buen alojamiento para nosotros, ¿no os parece? Vamos, apresurémonos. Mi impaciencia no tolera más demora.

Se dieron tanta prisa como pudieron, pero, pese a ello, ya eran más de las tres al llegar al pueblo. Lo cruzaron al galope, aunque no por ello dejó Hendon de darle a la lengua.

—He aquí la iglesia, cubierta con la misma yedra de antes, ni hoja más ni hoja menos. Y allí abajo está la posada, la vieja posada del *León Rojo*. Y más allá la plaza del mercado. Aquí está el árbol de mayo y allí la bomba de agua. Nada ha cambiado, nada salvo la gente. La gente cambia en diez años. Me parece que a algunos de estos los conozco, pero ninguno me conoce a mí.

Y así siguió charlando. Pronto llegaron al otro extremo del pueblo y entonces los viajeros se metieron en un camino angosto y tortuoso que discurría entre elevados setos y siguieron avanzando a buen paso durante media milla, luego penetraron en un inmenso jardín lleno de flores tras cruzar un impresionante arco de entrada en cuyas gruesas columnas de piedra estaban grabadas divisas heráldicas. Ante ellos se alzaba una noble mansión.

—¡Sed bienvenido a Hendon Hall, majestad! —exclamó Miles—. ¡Ah, hoy es un gran día! Mi padre, mi hermano y *lady* Edith se volverán tan locos de alegría que al principio solo tendrán ojos y lengua para mí, así que os parecerá que os reciben fríamente. Pero no os preocupéis, que no tardará en pareceros lo contrario, pues cuando les diga que sois mi pupilo y os estimo mucho, os estrujarán contra su pecho porque lo ha dicho Miles Hendon y os harán un hueco permanente en su hogar y en sus corazones.

Hendon saltó a tierra enfrente de la gran puerta de la mansión y ayudó al rey a desmontar. Entonces, cogiéndole la mano, entró precipitadamente en la casa. Unos pocos pasos les bastaron para llegar a un espacioso aposento. Hendon entró en él e hizo que el rey se sentase, con más prisa que ceremonia y luego se acercó corriendo a un joven que escribía sentado ante un escritorio enfrente de un magnífico fuego de troncos.

—¡Abrázame, Hugh! —exclamó—. ¡Y di que te alegras de que haya vuelto! Y llama a nuestro padre, pues el hogar no será hogar hasta que haya tocado su mano, visto su cara y oído su voz una vez más.

Pero Hugh se limitó a apoyarse en el respaldo tras habérsele escapado una fugaz expresión de sorpresa. Dirigió al intruso una mirada fija y grave, una mirada que al principio reflejó que se sentía ofendido en su dignidad, pero que luego, respondiendo a algún pensamiento o propósito oculto, se transformó en expresión de curiosidad mezclada con una compasión sincera o fingida. Finalmente dijo con voz indulgente:

—Parece que has perdido el juicio, pobre forastero. Sin duda has sufrido privaciones y malos tratos de manos de los hombres. Tu aspecto y tus ropas lo indican claramente. ¿Por quién me has tomado?

—¿Tomarte? ¿Por quién iba a tomarte sino por quien realmente eres? Tú eres Hugh Hendon —dijo Miles secamente.

El otro siguió hablando con el mismo tono suave:

—¿Y quién te imaginas que eres tú?

—¡La imaginación no pinta nada aquí! ¿Pretendes decirme que no reconoces a tu hermano Miles?

Una expresión de benévola sorpresa cruzó fugazmente el rostro de Hugh, que exclamó:

—¡Qué! ¿No estás bromeando? ¿Es posible que los muertos vuelvan a la vida? ¡Dios sea loado si así es! ¡Nuestro pobre muchacho perdido ha vuelto a nuestros brazos tras tantos años crueles! Ah, parece demasiado hermoso para ser cierto. Quita, es demasiado hermoso para ser verdad. ¡Ten piedad y no juegues más conmigo! ¡Acércate a la luz para que pueda verte bien!

Asió a Miles por el brazo, lo arrastró hasta la ventana y empezó a devorarlo de pies a cabeza con los ojos, haciéndole girar ora hacia un lado, ora hacia el otro, dando rápidas vueltas a su alrededor para someterle a prueba desde todos los puntos de vista, mientras que el recién llegado hijo pródigo, rebosando alegría por todas partes, sonreía, reía y meneaba continuamente la cabeza diciendo:

—Sigue, hermano, sigue y no temas. No encontrarás ningún miembro o rasgo fisonómico que no pueda soportar la prueba. Examíname cuanto te plazca, mi buen Hugh. En verdad que soy tu Miles, el mismo Miles de siempre, tu hermano perdido, ¿no es así? ¡Ah, hoy es un gran día! ¡Ya lo dije antes! Dame la mano, acerca tu mejilla. ¡Me parece que voy a morirme de pura alegría!

Se disponía a abalanzarse sobre su hermano, pero Hugh levantó una mano para detenerlo, luego inclinó la barbilla sobre el pecho, con gesto entristecido, y con voz emocionada dijo:

—¡Ah, Dios misericordioso me dé fuerzas para soportar tan doloroso desengaño!

Miles se quedó atónito y durante unos segundos no pudo articular palabra. Luego se repuso y exclamó:

—¿Qué desengaño es ese? ¿No soy yo tu hermano?

Hugh meneó la cabeza tristemente y dijo:

—Ruego al cielo que así sea y que otros ojos sean capaces de encontrar el parecido que se oculta a los míos. ¡Ay! Me temo que la carta decía la verdad.

—¿Qué carta?

—Una que llegó de ultramar, hará unos seis o siete años. Decía que mi hermano había muerto en el campo de batalla.

—¡Era mentira! Llama a tu padre: él me reconocerá.

—No se puede llamar a los muertos.

—¿Muerto? —dijo Miles con voz apagada y labios temblorosos—. ¡Mi padre ha muerto! ¡Qué dolorosa noticia! Siento que se marchita la alegría que

acababa de reencontrar. Te ruego que me dejes ver a mi hermano Arthur. Él me reconocerá y me consolará.

—Murió también.

—¡Pobre de mí! ¡Dios se apiade de mi alma! Han muerto, los dos han muerto. ¡Han muerto los buenos y los que nada valen como yo siguen viviendo! ¡Ah! ¡Suplico tu compasión! No me digas que *lady* Edith…

—¿Ha muerto? No, sigue en vida.

—¡Alabado sea el Señor! ¡Mi gozo vuelve a ser total! ¡Date prisa, hermano, haz que venga a verme! Si ella dice que yo no soy yo… Pero no, no lo dirá. No, no, ella sí me reconocerá. Sería un necio si lo dudase. Tráela, trae también a los antiguos criados, que también ellos sabrán quién soy.

—Solamente quedan cinco: Peter, Halsey, David, Bernard y Margaret.

Y así diciendo, Hugh salió de la habitación. Miles permaneció pensativo unos instantes, luego se puso a pasear arriba y abajo diciendo entre dientes:

—Los cinco bellacos han sobrevivido a los veintidós criados fieles y honrados… es raro.

Siguió paseando arriba y abajo, musitando palabras ininteligibles, sin acordarse para nada del rey. Al poco, su majestad dijo gravemente, con un deje de sincera compasión aunque las palabras en sí podían interpretarse irónicamente:

—No dejes que te aflija tu infortunio, buen hombre. Otros hay en este mundo cuya identidad les es negada y cuyas reivindicaciones son objeto de mofa. Estás acompañado.

—¡Ah, mi rey! —exclamó Hendon, ruborizándose levemente—. No me condenéis todavía. Esperad y ya veréis. No soy ningún impostor. *Lady* Edith me reconocerá y oiréis mi nombre pronunciado por los labios más dulces de Inglaterra. ¿Yo un impostor? Caramba, conozco esta vieja mansión, estos retratos de mis antepasados, todo lo que nos rodea, como un niño conoce el cuarto donde juega. Aquí nací y me crie, milord. Digo la verdad. A vos no os engañaría y, si nadie más me cree, os ruego que no dudéis de mí. No podría soportarlo.

—No dudo de ti —dijo el rey con infantil sencillez y fe.

—¡Os lo agradezco de todo corazón! —exclamó Hendon con un fervor que demostraba cuán conmovido se sentía.

Con la misma sencillez dulce de antes el rey agregó:

—¿Dudas tú de mí?

Un sentimiento de confusión y culpa se apoderó de Hendon, que se alegró al abrirse la puerta para dar paso a Hugh, ahorrándole así la necesidad de

responder.

Detrás de Hugh entró una bella dama, ricamente vestida, a la que seguían varios criados con librea. La dama caminaba despacio, con la cabeza inclinada y los ojos clavados en el suelo. En su rostro se pintaba una tristeza infinita. Miles Hendon corrió hacia ella exclamando:

—Edith mía, amor mío…

Pero Hugh hizo un gesto con la mano para detenerle y, dirigiéndose a la dama, dijo:

—Mírale. ¿Le conoces?

Al oír la voz de Miles la mujer se había sobresaltado ligeramente, al tiempo que sus mejillas se cubrían de rubor y empezaba a temblar. Permaneció quieta y callada durante varios segundos, luego alzó lentamente la cabeza y dirigió una mirada pétrea y asustada a los ojos de Hendon. La sangre huyó de sus mejillas, gota a gota, hasta que en ellas no quedó más que la palidez de la muerte y entonces, con una voz tan muerta como la cara, dijo:

—¡No lo conozco!

Y dio media vuelta, soltando un gemido y sofocando un sollozo, y salió de la habitación con paso inseguro. Miles Hendon se desplomó sobre una silla y se cubrió el rostro con las manos. Tras una pausa, su hermano interpeló a los criados:

—Ya habéis podido observarle. ¿Le conocéis?

Dijeron que no con un gesto de cabeza y entonces su amo se dirigió a Miles diciendo:

—Los criados no os conocen, señor. Me temo que se trata de una confusión. Ya habéis visto que mi esposa no os reconocía.

—¡Tu esposa!

Antes de que pudiera darse cuenta, Hugh se encontró clavado contra la pared, con la garganta atenazada por una mano de hierro.

—¡Ahora lo comprendo todo, miserable! Tú mismo escribiste la carta falsa para quedarte con mis bienes y mi amor. Ea, márchate, no vaya a ensuciar mi honor de soldado dando muerte a tan despreciable fantoche.

Con el rostro enrojecido, medio sofocado, Hugh dio unos traspiés hasta caer sentado en la silla más cercana y ordenó a los criados que apresaran al asesino desconocido y lo atasen de pies y manos. Los sirvientes vacilaron y uno de ellos dijo:

—Va armado, sir Hugh, y nosotros no tenemos armas.

—¿Armado? ¿Qué importa, siendo vosotros tantos? ¡A por él, os digo!

Pero Miles les previno que tuviesen cuidado con lo que hacían y añadió:

—Me conocéis de hace años y no he cambiado nada. Vamos, venid por mí si queréis.

Semejante recordatorio no alentó mucho a los criados, que retrocedieron.

—Iros pues, cobardes del demonio. Coged armas y vigilad las puertas mientras yo mando a uno de vosotros a que vaya a avisar a la guardia —dijo Hugh.

Se volvió al llegar al umbral y, dirigiéndose a Miles, dijo:

—Te conviene no hacer ningún intento inútil de escapar.

—¿Escaparme? Ahórrate la preocupación, si esto es lo único que te inquieta. Miles Hendon es el señor de Hendon Hall y de todo cuanto hay dentro. Se quedará, no lo dudes.

Capítulo XXVI

REPUDIADO

El rey meditó unos instantes, luego alzó la mirada y dijo:

—Es extraño, muy extraño. No le encuentro explicación.

—No, no es extraño, mi señor. Le conozco y su conducta es natural. Ha sido un canalla desde el día en que nació.

—Oh, no hablaba de él, sir Miles.

—¿Ah, no? ¿Entonces de qué? ¿Qué es eso que resulta extraño?

—Que no encuentren a faltar al rey.

—¿Cómo? Me parece que no os entiendo.

—¿De veras? ¿No se te antoja extraño, sumamente extraño, que el país no esté lleno de correos y proclamas describiendo mi persona y buscándome? ¿Acaso no es motivo de conmoción y congoja que el jefe del Estado haya desaparecido, que yo me haya esfumado y perdido?

—Tenéis muchísima razón, majestad. Se me había pasado por alto —dijo Hendon, luego suspiró y en voz baja, para que el rey no pudiera oírle, agregó—: Pobre loco, sigue ocupándose de su patético sueño.

—Pero tengo un plan que nos salvará a los dos. Escribiré un documento en tres lenguas: latín, griego e inglés. Lo llevarás corriendo a Londres mañana por la mañana. No se lo entregues a nadie salvo a mi tío lord Hertford. Cuando él lo vea, sabrá que lo he escrito yo y así lo hará saber. Entonces mandará por mí.

—¿No sería mejor, majestad, que esperásemos aquí hasta que yo demostrara mi identidad y asegurara mis derechos sobre estos dominios? Entonces me sería mucho más fácil ayu…

—¡Calla! —le interrumpió el rey con voz imperiosa—. ¿Qué son tus magros dominios, tus triviales intereses, comparados con asuntos que interesan a la prosperidad de la nación y a la integridad del trono?

Acto seguido, con voz más amable, como arrepintiéndose de su severidad, agregó:

—Obedece y no temas. Yo te ayudaré y te devolveré lo que es tuyo, sí, más incluso. No lo olvidaré y serás recompensado.

Así diciendo, tomó la pluma y se puso a trabajar. Hendon lo contempló un rato amorosamente, luego dijo para sí:

—Si estuviéramos a oscuras, diría que es un rey el que habla. No puede negarse que cuando quiere se enfurece como un rey de verdad. No sé dónde lo habrá aprendido. Hay que ver con qué gusto traza sus garabatos sin sentido, imaginándose que está escribiendo en latín o en griego. A menos que se me ocurra algo para distraerle de su propósito, mañana no tendré más remedio que fingir que parto a cumplir el recado que se ha inventado para mí.

Casi sin darse él cuenta, los pensamientos de sir Miles retrocedieron al episodio que acababa de suceder. Tan ensimismado estaba que, cuando el rey le entregó el papel que había estado escribiendo, lo cogió y se lo guardó en el bolsillo sin fijarse en lo que hacía.

—¡Qué comportamiento más raro el de *lady* Edith! —dijo entre dientes—. Me pareció que me conocía y que no me conocía. Me doy perfecta, cuenta de que estas opiniones se contradicen. No consigo que la una encaje con la otra y tampoco encuentro argumentos para descartar una de ellas o siquiera para hacer que una pese más que la otra. El asunto, en realidad, es muy sencillo: por fuerza habrá reconocido mi cara, mi figura y mi voz. ¿Cómo no iba a reconocerlas? Y, sin embargo, dijo que no me conocía, cosa de la que no cabe duda, puesto que es incapaz de mentir. Un momento… me parece que empiezo a comprenderlo. Tal vez él ha influido en ella, la ha obligado a mentir. ¡Ya tengo la solución! ¡Ya he desembrollado el embrollo! Parecía muerta de miedo. Sí, fingió no conocerme porque él se lo ordenó. Ahora que él no está, la buscaré y me dirá la verdad. Se acordará de los días lejanos en que jugábamos juntos y esto le ablandará el corazón; ya no me negará, sino que me confesará. No tiene madera de traidora. No, siempre ha sido honrada y sincera. En aquellos lejanos días me amaba. Esta es mi garantía, pues no se puede traicionar a quien se ha amado.

Se dirigió ansiosamente hacia la puerta, que en aquel preciso momento se abrió para dar paso a *lady* Edith. Estaba muy pálida, pero caminaba con paso firme y su porte estaba lleno de gracia y dulce dignidad. Su rostro mostraba la misma tristeza que antes.

Miles se acercó corriendo a ella, feliz de volver a verla, pero ella lo contuvo con un gesto apenas perceptible y él se paró en seco. *Lady* Edith tomó asiento y le indicó que la imitase. De esta manera tan sencilla le despojó de su sentimiento de vieja camaradería, transformándolo en un huésped

desconocido. La sorpresa que ello le produjo, lo inesperado del gesto, hizo que Miles llegase incluso a preguntarse si él era realmente la persona que creía ser.

—He venido a advertiros, señor —dijo *lady* Edith—. Puede que no se pueda persuadir a los locos de que sus ilusiones no son ciertas, pero sin duda se les puede convencer de que eviten los peligros. Me parece que este sueño vuestro se os antoja real, verdadero, por lo que no se os puede acusar de mala fe. Pero no os quedéis mucho tiempo aquí, pues este lugar es peligroso.

Miró fijamente el rostro de Miles unos segundos, luego con tono solemne agregó:

—Y aún es más peligroso debido a que os parecéis mucho al que ahora sería nuestro muchacho desaparecido, si hubiese vivido.

—¡Cielos, señora! ¡Pero si soy él!

—No dudo de que así lo creéis, señor. No pongo en duda vuestra honradez al respecto. No hago más que preveniros. Mi esposo es el amo de esta región. Su poder apenas tiene límites. La gente prospera o se muere de hambre, según él desee una cosa o la otra. Si no os parecieseis al hombre que decís ser, mi esposo os dejaría disfrutar de vuestro sueño sin molestaros. Pero debéis confiar en mí, porque yo le conozco bien y sé qué es lo que hará: lira a todo el mundo que no sois más que un loco impostor y todo el mundo hará eco a sus palabras en el acto.

Una vez más miró fijamente a Miles y añadió:

—Si verdaderamente fueseis Miles Hendon y él lo supiera y lo supiera también toda la comarca, correríais el mismo peligro, vuestro castigo no sería menos inevitable por ello. Pensad bien en lo que os digo. Os negaría y os denunciaría y nadie tendría el valor suficiente para prestaros apoyo.

—Nada me cuesta creerlo —dijo Miles con amargura—. El poder que tiene bastante fuerza como para hacer que un amigo de toda la vida traicione y repudie a otro será obedecido también allí donde el pan y la vida están en juego y donde no existen frágiles lazos de lealtad y honor.

Una leve sombra de rubor tiñó fugazmente las mejillas de la dama, que bajó los ojos, aunque su voz no dejó entrever ninguna emoción cuando prosiguió la conversación:

—Ya os he advertido y debo seguir haciéndolo. Será mejor que os marchéis. De lo contrario, este hombre os destruirá. Es un tirano que no conoce la piedad. Yo, que soy su esclava, lo sé. El pobre Miles, y Arthur, y mi tutor, bienamado, sir Richard, descansan ya libres de él. Mejor os sería estar con ellos que quedaros aquí entre las garras de este malvado. Vuestras

pretensiones son una amenaza para su título y posesiones. Le habéis atacado en su propia casa y eso será vuestra ruina si os quedáis. Idos… no aguardéis más. Si os hace falta dinero, coged esta bolsa, os lo ruego, y sobornad a los criados para que os dejen pasar. ¡Cuidaos y huid mientras estéis a tiempo!

Miles rechazó la bolsa con un gesto, se levantó y se quedó de pie ante ella.

—Concededme una cosa —dijo—. Dejad que vuestros ojos se posen en los míos para que yo pueda ver si aguantan mi mirada. Así. Ahora respondedme: ¿Soy yo Miles Hendon?

—No. No os conozco.

—¡Juradlo!

Lady Edith contestó en voz baja pero clara:

—Lo juro.

—¡Esto es increíble!

—¡Huid! ¿Por qué malgastáis vuestro precioso tiempo? Huid y poneos a salvo.

En aquel momento irrumpieron en la habitación los hombres de la guardia y comenzó un violento forcejeo, pero Hendon se vio pronto dominado y sacado a rastras. También apresaron al rey. Ambos fueron atados de pies y manos y llevados a prisión.

Capítulo XXVII

EN PRISIÓN

Todas las celdas estaban repletas, por lo que los dos amigos fueron encadenados en una espaciosa estancia donde solían encerrar a la gente que había cometido alguna leve infracción. Tenían compañía, pues había como una veintena de prisioneros de uno y otro sexo y diversas edades, todos esposados y con grilletes en los pies, que formaban una pandilla ruidosa y soez. El rey se lamentó amargamente de la tremenda indignidad a que se veía sometida su condición de monarca, pero Hendon guardó silencio, mostrándose triste y taciturno. El desconcierto no le cabía en el cuerpo. Había llegado allí rebosando júbilo, el hijo pródigo que daba por sentado que todo el mundo se volvería loco de contento al verle regresar, y en lugar de ello había recibido un chasco y ahora se veía encarcelado. Lo que se había prometido a sí mismo y lo que había encontrado en realidad eran cosas tan opuestas que le dejaron aturdido y no acababa de decidirse sobre si tacharlo de trágico o de grotesco. Se sentía como un hombre que hubiese salido bailando de alegría para admirar el arco iris y hubiera caído fulminado por un rayo.

Pero poco a poco sus confusos y atormentadores pensamientos fueron calmándose hasta quedar más o menos en orden y entonces su cerebro se centró en Edith. Se puso a darle vueltas y más vueltas a la conducta de la joven, a examinarla desde todos los ángulos, pero no acababa de encontrarle una explicación satisfactoria. ¿Le había reconocido? ¿O no le había reconocido? El enigma era como para dejar perplejo al más pintado y le tuvo ocupado largo rato. Pero finalmente acabó convencido de que sí le había reconocido y que le había repudiado porque tenía sus motivos para hacerlo. Sentía deseos de colmar su nombre de maldiciones, pero hacía tanto tiempo que aquel nombre era sagrado para él que se encontró con que su lengua era incapaz de profanarlo.

Envueltos en las sucias y harapientas mantas de la prisión, Hendon y el rey pasaron una noche de perros. A cambio de un soborno, el carcelero proveyó de licor a algunos presos y la consecuencia natural de ello fueron

canciones obscenas, peleas, gritos y borracheras. Finalmente, poco después de la medianoche, un hombre atacó a una de las mujeres y estuvo a punto de matarla golpeándole la cabeza con los grilletes antes de que el carcelero pudiera acudir a salvarla. El carcelero restableció la paz atizando al sujeto una buena tanda de garrotazos en la cabeza y la espalda. Luego cesó la juerga y tuvieron oportunidad de dormir todos aquellos a quienes no molestaban los gemidos y gruñidos de los dos heridos.

Durante la semana siguiente, los días y las noches transcurrieron con una monótona falta de variedad, sin ningún acontecimiento que sirviera para aliviar el tedio. De día acudían hombres cuyos rostros Hendon recordaba con mayor o menor claridad para contemplar con curiosidad al «impostor» y repudiarlo y colmarlo de insultos. De noche, las francachelas y orgías se sucedían con invariable regularidad.

Sin embargo, por fin un día se produjo un incidente distinto. Se presentó el carcelero acompañado de un viejo al que dijo:

—El villano está en esta sala. Echa un vistazo a los presos a ver si sabes cuál de ellos es él.

Hendon alzó la mirada y por primera vez desde que estaba encarcelado experimentó una sensación agradable.

—Este es Blake Andrews —se dijo—. Durante toda su vida ha servido a la familia de mi padre. Es un buen hombre, honrado y con el corazón donde debe estar. Al menos, así era antes. Ahora nadie es sincero, todos son unos embusteros. Este hombre me reconocerá y también me negará, al igual que los demás.

El viejo recorrió la sala con los ojos, mirando la cara de los presos uno tras otro y finalmente dijo:

—No veo más que viles rufianes, escoria callejera. ¿Cuál de ellos es él?

El carcelero se echó a reír.

—Aquí —dijo—, contempla bien a este animalote y dame tu opinión.

El viejo se acercó y durante largo rato estuvo contemplando atentamente a Hendon, luego meneó la cabeza y dijo:

—A fe mía que este no es Hendon, ¡ni lo fue jamás!

—¡Muy bien! Tus viejos ojos siguen funcionando. Si yo fuera sir Hugh, cogería a este sujeto andrajoso y…

El carcelero terminó la frase poniéndose de puntillas como si tuviera la soga al cuello, al tiempo que con la garganta hacía unos ruidos que parecían hechos por alguien que se estaba ahogando. Con acento vengativo el viejo dijo:

—Pues ya puede bendecir a Dios si esto es lo peor que le ocurre. Si de mí dependiera ajustarle las cuentas a este villano, ¡lo asaría poco a poco o no sería un hombre de verdad!

El carcelero soltó una carcajada digna de una hiena satisfecha y dijo:

—Dile cuatro verdades, viejo. Todos lo hacen. Ya verás qué divertido es.

Luego se alejó y se perdió de vista al entrar en su antesala. El viejo se puso de rodillas y susurró:

—¡Gracias a Dios que habéis vuelto, mi amo! Creía que habíais muerto hace siete años. ¡Y he aquí que estáis vivo! Os reconocí en cuanto os vi y no poco trabajo me costó fingir que no veía aquí más que bellacos de poca monta y escoria de las calles. Soy viejo y pobre, sir Miles, pero no tenéis más que pedírmelo y saldré a proclamar la verdad, aunque me cuelguen por ello.

—No, no lo hagas —dijo Hendon—. Sería tu perdición y en poco ayudarías a mi causa. Pero te lo agradezco, ya que me has devuelto parte de mi fe en los de mi especie.

El anciano sirviente se convirtió en una persona muy valiosa para Hendon y el rey, ya que se presentaba varias veces al día para «vilipendiar» al primero y traía siempre unas cuantas golosinas para complementar el menú que se servía a los prisioneros, aparte de tenerlos al corriente de las últimas noticias. Hendon reservaba las golosinas para el rey. Sin ellas, tal vez su majestad no hubiese sobrevivido, pues no podía comer la infame bazofia que les daba el carcelero. Andrews no tenía más remedio que contentarse con visitas breves para no despertar sospechas, pero en cada visita se las arreglaba para proporcionarles bastante información, que les comunicaba en voz baja y alternaba con insultos en voz más alta con el fin de que llegasen a oídos de los demás.

Así, poco a poco, fue saliendo la historia de lo ocurrido a la familia. Hacía ya seis años de la muerte de Arthur. Tan triste pérdida, unida a la falta de noticias de Hendon, perjudicó la salud del padre, el cual, creyendo que iba a morir, deseó ver a Hugh y a Edith casados antes de abandonar él este mundo. Pero Edith suplicó e imploró que se retrasara la boda, pues albergaba la esperanza de que Miles regresara. Entonces llegó la carta con la noticia de la muerte de Miles. El golpe dejó a sir Richard postrado en cama, convencido de que su fin era ya inminente, por lo que él y Hugh insistieron en lo de la boda. Edith suplicó y le fue concedido un mes de prórroga, luego otro y finalmente un tercero. Entonces la boda tuvo lugar junto al lecho de muerte de sir Richard. El matrimonio no resultó feliz. Se rumoreaba por toda la comarca que poco después de las nupcias la esposa había encontrado entre los papeles

de su marido varios borradores a medio terminar de la carta fatal y que le había acusado de precipitar el matrimonio y también la muerte de sir Richard, valiéndose para ello de una perversa falsificación. Por todas partes se oían historias acerca de la crueldad a que se veían sometidos *lady* Edith y los sirvientes. Tras la muerte de su padre, sir Hugh se había despojado de su piel de cordero, convirtiéndose en un amo despiadado para todos cuantos dependían de él y de sus dominios para ganarse el pan.

Cierta parte de los chismorreos de Andrews interesó vivamente a su majestad:

—Se rumorea que el rey está loco. Pero os ruego por caridad que no digáis a nadie que yo lo he mencionado, pues, según dicen, hablar de ello se castiga con la muerte.

Su majestad dirigió una mirada furibunda al viejo y dijo:

—El rey no está loco, buen hombre y te resultará más conveniente ocuparte de tus asuntos propios en vez de entregarte a semejantes chismorreos sediciosos.

—¿Qué quiere decir el muchacho? —preguntó Andrews, sorprendido ante aquel ataque por un flanco inesperado.

Hendon le hizo una señal y el anciano no siguió por aquel camino, sino que continuó vaciando su saco de noticias.

—Dentro de uno o dos días, el dieciséis de este mes, el difunto rey será enterrado en Windsor y el nuevo rey será coronado en Westminster el día veinte.

—Yo diría que antes tendrán que encontrarle —musitó su majestad, agregando luego con tono confiado—. Pero ya cuidarán de hacerlo… y yo también.

—En nombre de…

Pero el viejo no concluyó lo que iba a decir, ya que una señal de advertencia de Hendon le hizo callar y tomar de nuevo el hilo de sus chismorreos.

—Sir Hugh asistirá a la coronación y lo hará con grandes esperanzas. Confía regresar de allí convertido en par del reino, ya que goza del favor del Lord Protector.

—¿Qué Lord Protector? —preguntó su majestad.

—Su gracia el duque de Somerset.

—¿Qué duque de Somerset?

—Caramba, si solo hay uno: Seymour, conde de Hertford.

—¿Y desde cuándo es Seymour duque y Lord Protector? —preguntó el rey secamente.

—Desde el último día de enero.

—¿Puede saberse quién le otorgó el nombramiento?

—Él mismo y el Gran Consejo, con la sanción del rey.

—¡El rey! —exclamó su majestad, sobresaltándose vio lentamente—. ¿Qué rey, buen hombre?

—¿Cómo que qué rey? (Santo Dios, ¿qué le pasa a este pequeño?). Dado que solo tenemos uno, la respuesta no es difícil: su muy sagrada majestad el rey Eduardo VI, ¡a quien Dios conserve! Sí, y hay que añadir que es un rapaz encantador. Y tanto si está loco como si no, y, según dicen se va restableciendo día a día, todo el mundo canta sus alabanzas y lo bendice y reza para que reine largos años en Inglaterra, pues comenzó su reinado muy humanitariamente, salvando la vida del anciano duque de Norfolk y ahora está empeñado en abolir las leyes más crueles que atosigan y oprimen al pueblo.

La noticia dejó a su majestad mudo de pasmo y lo sumió en tan acongojadas reflexiones que nada más oyó de cuanto el viejo dijo. Se preguntó si el «pequeño rapaz» sería el joven mendigo al que había dejado en palacio vestido con sus propias ropas. No se le antojaba posible que así fuera, ya que sin duda sus modales y forma de hablar le traicionarían si fingía ser el Príncipe de Gales. Una vez lo hubiesen descubierto, lo expulsarían de palacio y empezarían la búsqueda del verdadero príncipe. ¿Sería acaso que la corte habría instalado en el trono a algún vástago de la nobleza? No, porque su tío no lo habría tolerado y, siendo tan poderoso como era, sin duda habría aplastado semejante intentona. El pequeño no sacó nada provechoso de sus cavilaciones. Cuanto más se esforzaba por desvelar el misterio, mayor era su perplejidad, más fuertes sus dolores de cabeza y más inquieto su sueño. Su impaciencia por llegar a Londres aumentaba de hora en hora y su cautiverio se le hacía poco menos que insoportable.

A Hendon le fallaron sus facultades en el caso del rey, al que resultaba imposible consolar. Pero un par de mujeres que se hallaban encadenadas cerca de él obtuvieron mejores resultados. Bajo sus amorosos cuidados, el pequeño encontró la paz y aprendió a tener un poco de paciencia. Se sintió muy agradecido y llegó a quererlas mucho y a recrearse en la dulce y confortante influencia que su presencia ejercía en él. Les preguntó por qué estaban en la prisión y cuando le contestaron que era por ser baptistas, el pequeño sonrió y preguntó:

—¿Es eso un delito por el que le puedan encarcelar a uno? Ahora lo lamento, pues voy a perderos. No os tendrán mucho tiempo aquí por una cosa tan insignificante.

No le contestaron, pero él vio algo en sus rostros que le llenó de desazón. Con voz ansiosa dijo:

—No decís nada. Sed buenas y contestadme: ¿No os impondrán ningún otro castigo? Os ruego que me digáis que eso no es de temer.

Las dos mujeres trataron de cambiar de tema, pero los temores que sentía el rey le hicieron insistir:

—¿Os azotarán? No, no, ¡no serán tan crueles! Decidme que no lo harán. Venga, no lo harán, ¿verdad?

Las mujeres pusieron cara de confusión y pena, pero no había forma de soslayar la pregunta, por lo que una de ellas, con voz ahogada por la emoción, dijo:

—¡Oh, nos vas a romper el corazón, buen muchacho! Dios nos ayudará a soportar nuestro…

—¡Confesáis! —exclamó el rey, interrumpiéndole—. Entonces es cierto que os azotarán. ¡Los muy crueles! Pero no debéis llorar, no puedo soportarlo. No perdáis vuestro coraje. Volveré al sitio que me corresponde a tiempo de salvaros de tan amargo trance. ¡Prometo que os salvaré!

Por la mañana, cuando el rey despertó, las mujeres ya no estaban.

—¡Se han salvado! —exclamó el rey, lleno de gozo, aunque luego añadió con acento triste—: ¡Ay de mí! Eran un consuelo tan grande para mí…

Cada una de las dos mujeres había dejado un pedacito de cinta sujeto a la ropa del rey con un alfiler, para que le sirviera de recuerdo. Dijo que las conservaría siempre y que pronto buscaría a aquellas queridas amigas suyas para ponerlas bajo su protección.

Justo en aquel momento se presentó el carcelero con algunos subordinados, a los que dio orden de conducir a los presos al patio de la prisión. El rey rebosaba gozo: sería una bendición ver el cielo azul y respirar aire fresco una vez más. Se impacientó al ver la lentitud con que se movían los esbirros, pero por fin le llegó el turno de que le quitasen las cadenas, hecho lo cual, le ordenaron que siguiera a los otros prisioneros con Hendon.

El patio tenía el suelo empedrado y el cielo por techo. Los prisioneros penetraron en él cruzando un gran arco de albañilería y fueron colocados en fila con la pared a sus espaldas. Enfrente de ellos tendieron una soga, al tiempo que los subordinados del carcelero no les quitaban ojo de encima. La mañana era fría y nublada y la ligera nevada caída durante la noche

blanqueaba el gran espacio vacío, aumentando el aspecto general de desolación del lugar. De vez en cuando, una ráfaga de viento invernal azotaba el patio y formaba remolinos en la nieve.

En el centro del patio se hallaban dos mujeres encadenadas a sendos postes. Al rey le bastó una mirada para ver que eran sus buenas amigas. Se estremeció y dijo para sí:

—¡Ay, no las han puesto en libertad como me figuraba! ¡Pensar que personas como ellas deban sentir el látigo en sus carnes! ¡Y en Inglaterra! Sí, esto es lo más vergonzoso: que no estamos en tierra de paganos ¡sino en la cristiana Inglaterra! Las azotarán y yo, a quien ellas han consolado y cuidado amorosamente, debo contemplar sin poder hacer nada por evitarlo el tremendo e injusto castigo que van a imponerles. Es extraño, muy extraño, que yo, la fuente de donde emana todo el poder en este gran reino, me vea reducido a la impotencia y nada pueda hacer por ellas. Pero será mejor que estos malvados anden con cuidado, porque no está lejos el día en que les haré pagar cara esta fechoría. Por cada latigazo que les den ahora, recibirán cien cuando llegue el momento.

Se abrió un gran portalón y por él entró un nutrido grupo de ciudadanos, que se agolparon alrededor de las dos mujeres, ocultándoselas al rey. Luego entró un clérigo, se abrió paso entre el gentío y también se perdió de vista. A oídos del rey llegó ahora el rumor de una conversación, como si alguien hiciera preguntas y otra persona las contestase, pero no pudo distinguir lo que decían. Seguidamente hubo mucho ajetreo a causa de ciertos preparativos. Los esbirros iban y venían a través de la parte del gentío que se hallaba más alejada de las mujeres, al tiempo que un profundo silencio caía poco a poco sobre los espectadores.

Entonces se oyó una voz de mando y la masa se echó a un lado, mostrando a los ojos del rey un espectáculo que le heló la médula de los huesos. ¡Habían apilado haces de leña alrededor de las dos mujeres y un sujeto estaba arrodillado prendiéndoles fuego!

Las mujeres inclinaron la cabeza y se taparon el rostro con las manos. Las llamas amarillas comenzaron a subir entre las ramas, que se partían con un chasquido, a la vez que aros de humo azulado se alejaban empujados por el viento. El clérigo alzó las manos y empezó a rezar una plegaria. Justo en aquel instante, dos niñas cruzaron corriendo el portalón profiriendo gritos desgarradores y fueron a arrojarse sobre las mujeres encadenadas al poste del suplicio. Los esbirros del carcelero las arrancaron rápidamente de allí. Consiguieron sujetar con fuerza a una de ellas, pero la otra luchó hasta

librarse del hombre que la tenía presa y dijo que quería morir con su madre y, antes de que pudieran impedírselo, volvió a echar los brazos en torno al cuello de la condenada. De nuevo la arrancaron de allí, esta vez con el vestido en llamas. Dos o tres hombres la sujetaron, mientras otro le arrancaba la parte encendida del vestido y la arrojaba lejos, llameando, sin que ella dejase de forcejear para soltarse, diciendo que iba a quedarse sola en el mundo y suplicando que la dejasen morir junto a su madre. Ambas niñas chillaban continuamente y luchaban por recobrar la libertad, pero de pronto el tumulto quedó ahogado por una salva de gritos y alaridos de mortal agonía que partían el corazón. El rey apartó la mirada de las frenéticas niñas y la dirigió hacia la hoguera, luego la apartó también de allí, apoyó su rostro ceniciento en la pared y ya no miró más.

—Eso que acabo de ver fugazmente no se borrará jamás de mi memoria —dijo—. Seguirá grabado en ella y lo veré todos los días de mi vida y soñaré con ello todas las noches hasta morir. ¡Ojalá Dios me hubiese hecho ciego!

Hendon, que estaba observando al rey, se dijo con satisfacción:

—Su enfermedad se va curando. Está cambiando, haciéndose más bondadoso. De haber hecho lo que siempre, se habría abalanzado sobre estos canallas diciendo que él era el rey y ordenándoles que soltasen a las dos mujeres sin hacerles daño. Pronto se le pasará el delirio y lo olvidará y su pobre mente recuperará la salud. ¡Dios quiera que sea pronto!

Aquel mismo día trajeron a varios prisioneros para que hicieran noche en la prisión. Los recién llegados eran trasladados bajo vigilancia a diversos lugares del reino donde debían ser castigados por los delitos que habían cometido. El rey conversó con ellos, ya que desde el principio se había propuesto instruirse con vistas a su regio oficio. Las calamidades que le contaron le dejaron el corazón hecho pedazos. Había una pobre imbécil que había robado uno o dos metros de tela a un tejedor y que estaba condenada a la horca por ello. Otro era un hombre al que se acusaba de robar un caballo y que decía que, al no haberse podido probar su delito, se había imaginado estar a salvo de la horca. Pero no: apenas lo habían puesto en libertad, volvieron a detenerlo por haber dado muerte a un ciervo en un parque real. La acusación había sido demostrada y ahora iba camino del cadalso. Había un aprendiz de artesano cuyo caso afligió de modo muy especial al rey. Dijo este joven que una noche encontró un halcón que se había escapado de su dueño y se lo llevó a su casa, imaginando que tenía derecho a hacerlo. Pero el tribunal le declaró culpable de latrocinio y lo sentenció a muerte.

El rey se puso furioso al enterarse de tamañas inhumanidades y quiso que Hendon y él huyesen inmediatamente para ir volando a Westminster con el fin de poder ocupar su trono y empuñar el cetro para derramar su misericordia sobre aquellos desgraciados y salvarles la vida.

—Pobre pequeño —dijo Hendon, soltando un suspiro—. Estas historias de penalidades han reavivado su enfermedad. ¡Ay! De no haber sido por este infortunado accidente, poco habría tardado en curarse.

Entre estos prisioneros había un viejo letrado, hombre de recio rostro y porte intrépido. Tres años antes había escrito un panfleto contra el Lord Canciller, acusándole de injusticia, y le habían castigado por ello con la pérdida de las orejas en la picota y la expulsión del colegio de abogados y, por si fuera poco, le habían impuesto una multa de tres mil libras y sentenciado a cadena perpetua. Recientemente había repetido su delito y, en consecuencia, pesaba ahora sobre él una sentencia en virtud de la cual debía perder lo que le quedase de sus orejas, pagar una multa de cinco mil libras, ser marcado en ambas mejillas con un hierro candente y seguir preso hasta la muerte.

—Honorables cicatrices son estas —dijo, apartando su canoso pelo para dejar ver los restos mutilados de lo que otrora fueran sus orejas.

El rey lanzaba fuego por los ojos.

—Nadie me cree —dijo— y tampoco me creerás tú. Pero no importa: antes de que haya transcurrido un mes serás libre. Y eso no es todo. Las leyes que te han deshonrado y que han cubierto de vergüenza el nombre de Inglaterra serán barridas de los libros de leyes. El mundo está mal hecho. Los reyes deberían ir a la escuela de vez en cuando para enterarse de sus propias leyes y aprender a tener misericordia.

Capítulo XXVIII

EL SACRIFICIO

Miles, mientras tanto, sentía cada vez mayor impaciencia a causa de la reclusión y la falta de actividad. Pero por fin llegó la hora de comparecer ante los jueces, cosa que le llenó de satisfacción. Se dijo que cualquier sentencia sería bienvenida siempre y cuando no consistiera en permanecer encerrado más tiempo. Pero en eso se equivocó. Montó en cólera al oír que le tildaban de «vagabundo empedernido» y que, por ser tal y por atacar al señor de Hendon Hall, lo condenaban a permanecer dos horas sentado en la picota. Sus pretensiones en el sentido de que era hermano de su demandante y el heredero legal de los honores y posesiones de los Hendon fueron recibidas con la más despectiva de las indiferencias, como si ni siquiera fuesen dignas de ser examinadas.

Se puso furioso y lanzó amenazas a troche y moche mientras lo conducían al lugar donde debía cumplir su castigo, pero no le valió de nada. Los alguaciles se lo llevaron sin contemplaciones e incluso recibió algún que otro golpe de propina por su irrespetuosa conducta.

El rey no pudo atravesar la chusma que se apelotonaba detrás de Hendon y sus guardianes, por lo que se vio obligado a seguir detrás del gentío, lejos de su buen amigo y sirviente. El mismo rey había estado en un tris de ser condenado a la picota también por ir en tan mala compañía, pero su juventud le hizo salir bien librado con un simple sermón y la correspondiente advertencia. Cuando finalmente la multitud se detuvo, empezó a correr nerviosamente alrededor del corro buscando un hueco por donde colarse y por fin, tras muchas dificultades y demoras, lo logró. Allí estaba su pobre criado, sentado en la picota y convertido en blanco de las burlas e insultos de la sucia turba. ¡Él! ¡El criado personal del rey de Inglaterra! Eduardo había oído dictar la sentencia, pero sin comprender ni la mitad de lo que significaba. Su cólera comenzó a remontarse a medida que se daba cuenta del alcance de esta nueva vejación a que era sometido y a los pocos instantes se puso al rojo vivo cuando vio que un huevo surcaba el aire e iba a estrellarse contra la mejilla de

Hendon y el episodio era recibido con un rugido de júbilo por parte de la multitud. De un salto se plantó ante el oficial que mandaba a la guardia y gritó:

—¡Vergüenza! Este es mi criado. ¡Ponedlo en libertad! Soy el…

—¡Calla! —exclamó Hendon preso de pánico—. Te destruirás a ti mismo. No le hagas caso, oficial. Está loco.

—No te preocupes por si le hago o no caso, buen hombre. No pienso hacérselo, pero me siento inclinado a darle una lección.

Se volvió hacia uno de sus subordinados y dijo:

—Deja que ese pequeño necio pruebe un poco el látigo y así aprenderá buenos modales.

—Media docena de latigazos le sentarán de perlas —sugirió sir Hugh, que acababa de llegar montado a caballo para presenciar brevemente el castigo.

Echaron mano al rey, que ni siquiera forcejeó de tan grande como era su pasmo solo de pensar en el monstruoso ultraje que se proponían infligir a su sagrada persona. La historia ya había sido mancillada con la constatación de los latigazos que se habían propinado a un rey de Inglaterra. Resultaba intolerable la idea de que él debiera aportar un duplicado de tan vergonzosa página. Se hallaba cogido en las redes, sin posibilidad de huir: o bien aceptaba su castigo o suplicaba perdón. Duras eran las condiciones. Decidió someterse a los azotes, ya que un rey podía sufrir tal cosa, pero lo que no podía hacer era suplicar.

Mientras tanto, sin embargo, Hendon encontró la solución del problema.

—Dejad que el niño se vaya —dijo—. Sois unos perros sin corazón. ¿No veis cuán joven y frágil es? Dejadle ir. Yo recibiré sus latigazos.

—Caramba, buena idea la tuya. Te doy las gracias por ella —dijo sir Hugh, al tiempo que su cara se iluminaba con sardónica satisfacción—. Dejad que se vaya el pequeño mendigo y dadle a este sujeto una docena de latigazos en lugar de al otro… una docena completa y bien dada.

El rey se disponía a protestar furiosamente, pero sir Hugh lo hizo callar con sus palabras:

—Eso, habla y desahógate si quieres. Pero ten una cosa presente: por cada una de tus palabras él recibirá seis latigazos de más.

Sacaron a Hendon de la picota y le desnudaron la espalda y mientras le aplicaban el castigo con el látigo, el pobre rey apartó la cara y dejó que unas lágrimas muy poco propias de un rey surcasen sus mejillas sin que nada las detuviera.

—¡Qué valentía la suya! —se dijo a sí mismo—. Tan leal acción nunca se borrará de mi recuerdo. No la olvidaré ¡y ellos tampoco! —agregó apasionadamente.

Cuanto más pensaba en ella, la magnánima conducta de Hendon cobraba mayor valor para él, acrecentándose sus dimensiones a la par que lo hacía el agradecimiento que la misma le inspiraba. Finalmente se dijo para sus adentros:

—Quien salva a su príncipe de sufrir heridas y de una posible muerte rinde un gran servicio. Y esto es lo que él ha hecho por mí. Pero es poco, no es nada, ¡es menos que nada!, comparado con el mérito de quien salva a su príncipe de la vergüenza.

Hendon no se quejó durante el martirio, sino que soportó los fuertes golpes con entereza de soldado. Esto, unido al hecho de salvar al pequeño recibiendo él su castigo, le granjeó el respeto incluso de la chusma soez y desharrapada que contemplaba la escena. Las mofas y abucheos se apagaron poco a poco hasta que solo se oyeron los golpes del látigo. La quietud y el silencio que invadían el lugar cuando Hendon se encontró de nuevo en la picota contrastaban marcadamente con el griterío insultante que reinara en el mismo lugar hacía apenas un rato. El rey se acercó a Hendon y le susurró al oído:

—Los reyes no pueden ennoblecerte, pues hay Uno que está por encima de los reyes que ya lo ha hecho. Pero lo que sí puede hacer un rey es confirmar tu nobleza ante los hombres.

Recogió el látigo del suelo y con él tocó levemente la ensangrentada espalda de Hendon, al tiempo que susurraba:

—¡Eduardo de Inglaterra te nombra conde!

Hendon se sintió conmovido. Las lágrimas afloraron a sus ojos, pero, al mismo tiempo, el siniestro humor de la situación y de las circunstancias minaron de tal modo su aire de gravedad que apenas si pudo ocultar la risa que le entró. Verse izado súbitamente, desnudo y ensangrentado como estaba, desde la vil picota a las alturas alpinas de la nobleza esplendorosa se le antojó el no va más de lo grotesco.

—¡Ahora sí que estoy bien adornado con oropeles! —se dijo. ¡El caballero espectral del Reino de los Sueños y las Sombras se ha convertido en un conde no menos espectral! ¡Muy alto es el vuelo para tan inexpertas alas! Si esto sigue así, no tardaré en verme erigido en árbol de mayo lleno de fantásticos adornos y honores de mentirijillas. Pero sabré reconocer su valor, aunque no tengan ninguno, por el amor que me los otorga. Mejores son estas

pobres y ficticias dignidades que se me confieren, recibidas sin pedirlas, de mano limpia y espíritu recto, que las auténticas compradas a fuerza de servilismo a un poder resentido e interesado.

El temible sir Hugh hizo caracolear su caballo y el muro viviente se abrió silenciosamente para dejarlo pasar, volviéndose a cerrar luego en idéntico silencio. Y así siguió, sin que nadie llegase al extremo de aventurarse a hacer un comentario favorable al prisionero o a loar su acción. Pero no importaba: el cese de los insultos era suficiente homenaje de por sí. Un individuo recién llegado y, por tanto, no enterado de las circunstancias, lanzó un improperio contra el «impostor» y se disponía a arrojarle un gato muerto por si el insulto no bastaba cuando fue derribado a golpes y expulsado de allí a patadas, sin que nadie dijese esta boca es mía. Luego, un profundo silencio volvió a enseñorearse de todo.

Capítulo XIX

A LONDRES

Al terminar de cumplir la condena en la picota, Hendon fue puesto en libertad y se le ordenó que abandonase la comarca y no volviera más a ella. Le devolvieron la espada, así como la mula y el asno. Montó y se alejó, seguido por el rey. La gente les abrió paso respetuosamente y se dispersó una vez hubieron abandonado el lugar.

No tardó Hendon en quedar absorto en sus pensamientos. Debía hallar la respuesta a varias preguntas sumamente importantes. ¿Qué debía hacer? ¿Adónde ir? Tenía que encontrar poderosas ayudas en alguna parte o se vería forzado a renunciar a su herencia y, además, quedar para siempre tildado de impostor. ¿Dónde podría encontrar las poderosas ayudas? ¡Dónde! La pregunta era peliaguda. Al cabo de un rato se le ocurrió algo que le ofrecía una posibilidad, la más leve de todas las leves posibilidades, cierto, pero pese a ello valía la pena tenerla en cuenta, ya que no había ninguna otra que le prometiera algo. Se acordó de lo que el viejo Andrews había dicho acerca de la bondad del joven rey y de su generosa defensa de los desvalidos y humillados. ¿Por qué no tratar de ver al rey e implorarle justicia? Sí, eso haría. Pero ¿podría un mendigo llegar ante la augusta presencia del monarca? No importaba; eso ya lo arreglaría cuando llegase el momento. Ya cruzaría ese puente en el instante oportuno. Un veterano como él estaba acostumbrado a inventar subterfugios y estratagemas. Sin duda sabría encontrar alguna, esta vez. Sí, se pondría en camino hacia la capital. Tal vez sir Humphrey, lugarteniente en jefe de la cocina o los establos o no sé qué del finado rey. Miles no recordaba a ciencia cierta cuál era su cargo. Ahora que ya tenía algo en que emplear su energía, un objetivo claramente definido, la niebla de la humillación y depresión que había envuelto su espíritu se disipó. Alzó la cabeza y miró a su alrededor. Se llevó una sorpresa al ver lo lejos que había llegado. El pueblo quedaba ya muy atrás. El rey le seguía a cierta distancia con la cabeza gacha, pues él también se hallaba absorto trazando planes. Un negro presentimiento se cernió como una nube sobre la alegría que Hendon

acababa de recuperar: ¿estaría el muchacho dispuesto a volver a la ciudad donde, en el transcurso de su corta vida, no había conocido más que malos tratos y miseria? Con todo, debía preguntárselo. No podía soslayar la pregunta. Así que Hendon detuvo su cabalgadura y dijo:

—Se me había olvidado preguntar adónde íbamos. ¿Cuáles son vuestras órdenes, mi señor?

—¡A Londres!

Hendon reanudó la marcha, la mar de satisfecho con la respuesta, aunque no menos atónito por su causa.

Todo el viaje transcurrió sin ninguna aventura importante, pero terminó con una. Sobre las diez de la noche del diecinueve de febrero, entraron en el Puente de Londres y se vieron en medio de un gentío que no cesaba de gritar y moverse. Las caras, alegres a causa de la cerveza, resaltaban claramente bajo la luz de numerosas antorchas y en aquel instante la cabeza putrefacta de algún antiguo duque o grande del reino se desprendió de donde estaba clavada y cayó al suelo, golpeando un codo de Hendon y rebotando luego entre los pies que se apresuraban de un lado para otro. ¡Tan efímeras son las obras de los hombres en este mundo! El fallecido rey llevaba apenas tres semanas muerto y tres días en la tumba y ya empezaban a caer los adornos que con tanto esfuerzo había escogido entre los importantes del país para embellecer su noble puente. Un ciudadano tropezó con la cabeza y dio con la suya en la espalda de otro que se hallaba delante de él. Este se volvió y derribó a la primera persona que se le puso a tiro y fue a su vez prestamente derribado por el amigo de dicha persona. El momento era el más indicado para que se entablase una lucha general, ya que los festejos del día siguiente, el de la Coronación, ya estaban comenzando. Todo el mundo estaba lleno de bebida fuerte y de patriotismo y al cabo de cinco minutos la pelea ya se había extendido considerablemente. A los diez o doce minutos de su inicio, cubría ya un acre entero y se había convertido en un motín. Hendon y el rey se hallaban separados desde hacía ya un rato, perdidos entre el tumulto que armaba la masa vociferante. Y aquí los dejamos.

Capítulo XXX

LOS PROGRESOS DE TOM

Mientras el verdadero rey vagaba por el país pobremente vestido, mal comido, ora golpeado y escarnecido por los vagabundos, ora juntándose con ladrones y asesinos en la cárcel, tachado por todos ellos de idiota e impostor, el falso rey, Tom Canty, disfrutaba de experiencias muy distintas.

La última vez que lo vimos, la realeza empezaba a mostrarle su lado bueno, su cara brillante. Esta cara brillante cada día brillaba más y en poco tiempo se convirtió en un verdadero rayo de sol. Perdió sus temores, sus recelos se desvanecieron hasta apagarse y sus momentos de turbación desaparecieron para dar paso a un sentimiento de confianza en sí mismo. Cada vez sacaba mayor provecho de la explotación de aquella mina que era el muchacho de los azotes.

Ordenaba que *lady* Elizabeth y *lady* Jane Grey compareciesen ante él cuando tenía ganas de jugar o conversar y las despedía cuando se cansaba de ellas. Todo ello lo hacía con el aire de quien está acostumbrado a tales cosas. Ya no le llenaba de confusión el que tan altos personajes le besaran la mano al despedirse.

Le cogió gusto al hecho de que por la noche lo condujeran con gran pompa a su alcoba, así como que lo vistieran con complicadas y solemnes ceremonias por la mañana. Se sentía agradablemente orgulloso al dirigirse a la mesa acompañado por una reluciente comitiva de altos funcionarios del Estado y caballeros de armas. A decir verdad, tanto le agradaba aquello que dobló la guardia, haciendo que la compusieran cien caballeros de armas. Le gustaba oír el toque de los clarines resonando por los largos pasadizos y las voces lejanas que contestaban:

—¡Paso al rey!

Incluso comenzó a gustarle sentarse en el trono y presidir los consejos de Estado y aparentar que era algo más que el portavoz del Lord Protector. Le agradaba recibir a los grandes embajadores con sus séquitos deslumbrantes y escuchar los afectuosos mensajes que a través de ellos le dirigían ilustres

monarcas que le llamaban «hermano». ¡Qué feliz era Tom Canty, antes domiciliado en la Plazoleta de los Desperdicios!

Le entusiasmaban sus espléndidos vestidos y encargó que le hicieran más. Le pareció que cuatrocientos criados eran demasiado pocos para un personaje tan grande como él, así que triplicó su número. La adulación de los obsequiosos cortesanos llegó a ser dulce música para sus oídos. Siguió siendo bondadoso y amable, así como decidido defensor de todos los oprimidos y declaró una guerra sin tregua a las leyes injustas. Con todo, de vez en cuando, al sentirse ofendido, era capaz de volverse hacia un conde, o incluso un duque, y dedicarle tal mirada que el otro se echaba a temblar. Una vez, cuando su real «hermana», la torva y santa *lady* Mary, trató de razonar con él para criticar la sabiduría de perdonar a tanta gente que, de no ser por él, hubiese acabado en la cárcel, en la horca o en la hoguera, y le recordó que las prisiones de su augusto y fallecido padre a veces habían llegado a albergar hasta sesenta mil reos de una vez y que durante su admirable reinado había entregado al verdugo setenta y dos mil ladrones y salteadores, el muchacho se llenó de generosa indignación y le ordenó que se retirase a sus aposentos y rogara a Dios que le quitase la piedra que llevaba en el pecho y en su lugar colocara un corazón humano.

¿Es que jamás sintió Tom Canty preocupación por el pobre príncipe verdadero, el mismo que tan bondadosamente le había tratado, saliendo lleno de furia a recriminar al centinela insolente que montaba guardia en la puerta de palacio? Pues sí. Durante los primeros días y noches de su nueva y regia vida, con frecuencia y pesar se acordaba del príncipe perdido y anhelaba sinceramente su regreso para que le fuesen restituidos los derechos y esplendores que por nacimiento le correspondían. Pero, a medida que pasaba el tiempo y el príncipe no regresaba, los pensamientos de Tom se ocupaban más y más de sus nuevas y encantadoras experiencias, y poco a poco el monarca desaparecido llegó casi a borrarse de su pensamiento. Y finalmente, cuando de vez en cuando acudía a su recuerdo, lo hacía como un espectro poco grato, pues hacía que Tom se sintiera culpable y avergonzado.

La pobre madre y las hermanas de Tom recorrieron la misma ruta hasta salir de su pensamiento. Al principio las añoraba, sentía pena por ellas y ansiaba verlas, pero más tarde se estremeció al pensar en que tal vez se presentaran algún día, sucias y harapientas, traicionándole con sus besos, derribándolo de su elevada posición y arrastrándolo de nuevo hacia la penuria y la degradación de los barrios bajos. Finalmente, dejaron de inquietarle casi por completo, cosa que le llenó de alegría, ya que, siempre que sus rostros

lúgubres y acusadores surgían ante él, le hacían sentirse más despreciable que los gusanos que se arrastran por el suelo.

Al dar la medianoche del diecinueve de febrero, Tom Canty se estaba entregando dulcemente al sueño en su lujosa cama de palacio, custodiado por sus leales vasallos y rodeado por las pompas de la realeza, lleno de felicidad porque al día siguiente iba a ser solemnemente coronado rey de Inglaterra. A la misma hora, Eduardo, el verdadero rey, hambriento y muerto de sed, sucio y desaliñado, rendido de tanto viajar, con la ropa hecha jirones a causa del tumulto en el puente, era uno más de los numerosos mirones que con profundo interés contemplaban el ir y venir de las cuadrillas de obreros, ajetreados como hormigas, que entraban y salían de la abadía de Westminster, llevando a cabo los últimos preparativos para la coronación real.

Capítulo XXXI

LA PROCESIÓN DEL RECONOCIMIENTO

Cuando Tom Canty despertó al día siguiente, un atronador murmullo llenaba el aire hasta los más recónditos confines. Para él era música, ya que significaba que toda Inglaterra había salido en masa a la calle para dar su leal bienvenida al gran día.

Al cabo de un rato, Tom volvió a verse convertido en el protagonista de un flotante desfile en el Támesis, ya que, siguiendo la antigua costumbre, la «procesión del reconocimiento» a través de Londres debía partir de la Torre, y hacía allí se dirigía en aquel momento.

Al llegar, pareció que los costados de la venerable fortaleza se rasgaban súbitamente por mil sitios y de cada brecha surgía una roja llamarada acompañada por un borbotón de humo blanco. Se oyó seguidamente una explosión ensordecedora que ahogó los gritos de la multitud e hizo temblar el suelo. Las llamaradas, el humo y las explosiones se repitieron una y otra vez con portentosa celeridad, de tal modo que en unos instantes la vieja Torre desapareció entre la densa niebla de su propio humo, quedando solamente a la vista la parte superior del elevado edificio de la Torre Blanca, que, adornada con profusión de banderas, sobresalía del espeso muro de vapor del mismo modo que el pico de una montaña asoma por encima de las nubes que lo rodean.

Espléndidamente ataviado, Tom Canty montó en un brioso corcel de batalla cuyos adornos llegaban casi hasta el suelo. Su «tío», el Lord Protector Somerset, montado en un corcel parecido, ocupó su puesto detrás de Tom. La guardia real formó en fila india a uno y otro lado, luciendo sus bruñidas armaduras. Detrás del Protector iba una procesión que parecía interminable y estaba formada por resplandecientes nobles acompañados por sus vasallos. Detrás de ellos iba el Lord Mayor y los concejales, con sus mantos carmesíes y el pecho cruzado por cadenas de oro. Seguían los jefes y miembros de todos los gremios de Londres, ricamente vestidos y portando las vistosas banderas de las diversas corporaciones. También en la procesión, formando una

guardia de honor especial durante la travesía de la ciudad, estaba la Antigua y Honorable Compañía de Artillería, organización que por aquel entonces contaba ya con trescientos años de antigüedad y era la única entidad militar de Inglaterra que poseía el privilegio (que sigue poseyendo en nuestros días) de ser independiente de las órdenes del Parlamento. Resultaba un brillante espectáculo y fue recibido con aclamaciones durante todo el recorrido mientras majestuosamente avanzaba entre las masas de ciudadanos. Dice el cronista:

> «El rey, al entrar en la ciudad, fue recibido con plegarias por el pueblo, que le daba la bienvenida con sus exclamaciones y palabras tiernas, así como todas las muestras con que los súbditos expresan amor sincero para con su soberano. Y el rey, mostrando su semblante complacido a los que estaban lejos de él, y dedicando cariñosas palabras a los que se hallaban cerca, se mostró no menos agradecido de recibir la buena voluntad del pueblo que este de ofrecérsela. Daba las gracias a todos los que le expresaban sus buenos deseos. A los que gritaban "¡Dios salve a su majestad!" él les respondía con un "¡Dios os salve a todos!" y añadía que les daba las gracias de todo corazón. El pueblo rebosaba júbilo entre los cariñosos gestos y palabras de su rey».

En la calle Fenchurch una «bella criatura, costosamente ataviada» se hallaba en una plataforma para dar la bienvenida a su majestad. La última estrofa de su saludo la componían las siguientes palabras:

> Con gozo, oh rey, te reciben nuestros corazones,
> jubiloso se alza nuestro canto.
> Concedednos, señor, vuestros regios dones,
> a estos súbditos que os aman tanto.

La gente prorrumpió en un grito de alegría, repitiendo al unísono lo que la criatura acababa de decir. Tom Canty miró más allá del agitado mar de rostros ansiosos y sintió que su corazón se llenaba de alborozo y pensó que la única cosa de este mundo por la que valía la pena vivir era para ser rey e ídolo de la nación. Al poco, divisó a lo lejos a un par de sus andrajosos camaradas de la Plazoleta de los Desperdicios. Uno de ellos era el Lord Gran Almirante en su antigua corte de mentirijillas y el otro el Primer Lord de la Alcoba en la misma farsa pretenciosa. Al verlos, su orgullo fue mayor que en ningún otro momento. ¡Oh, si pudieran reconocerle! ¡Qué indescriptible gloria hubiera

sido el que lo reconociesen y se dieran cuenta de que el despreciado rey falso de los barrios bajos y las callejas miserables se había convertido en un rey de verdad, cuyos humildes servidores eran ilustres duques y príncipes y que tenía a Inglaterra a sus pies! Pero tuvo que negarse a sí mismo tan grande placer y ahogar su deseo, ya que semejante reconocimiento le habría costado demasiado caro. Así que miró hacia otro lado y dejó que los dos sucios mozalbetes prosiguieran con sus gritos y adulaciones, sin sospechar quién era la persona que los recibía.

Cada dos por tres se oía gritar:

—¡Una dádiva! ¡Una dádiva!

Al que Tom respondía arrojando un puñado de relucientes monedas recién acuñadas que la multitud se disputaba.

Dice el cronista:

«En el extremo superior de la calle Gracechurch, ante la *Posada del Águila*, la ciudad había erigido un bello arco, debajo del cual había un escenario que cruzaba la calle de un lado a otro. En él se había instalado un cuadro histórico que representaba a los progenitores del rey y otros antepasados inmediatos. Isabel de York se hallaba sentada en medio de una inmensa rosa blanca cuyos pétalos formaban complicados faralaes a su alrededor. A su lado, surgiendo de una vasta rosa roja dispuesta de la misma manera, se hallaba Enrique VII. La real pareja tenía las manos entrelazadas y mostraba ostentosamente el anillo de boda. De las rosas roja y blanca salía un tallo que llegaba hasta un segundo escenario ocupado por Enrique VIII, que surgía de una rosa roja y blanca con la efigie de la madre del nuevo rey, Jane Seymour, representada a su lado. De esta pareja surgía una rama que se encaramaba a un tercer escenario, en el cual se hallaba sentada la efigie del propio Eduardo VI, entronizado con toda su real majestad. La totalidad del cuadro estaba enmarcado por coronas de rosas, rojas y blancas».

Aquel pintoresco y vistoso espectáculo impresionó de tal modo a la gozosa multitud que sus aclamaciones ahogaron por completo la vocecita de la criatura que tenía por misión explicar el cuadro por medio de versos laudatorios. Pero Tom Canty no lo lamentó, porque los rugidos de sus leales súbditos eran para él una música más dulce que cualquier poesía, fuese cual fuese su calidad. Adondequiera que Tom volviera su rostro satisfecho y juvenil, la gente alababa el parecido de la efigie con él mismo, la imagen de carne y hueso, y estallaban nuevas salvas de aplausos.

La impresionante procesión siguió avanzando, cruzando un arco triunfal tras otro, desfilando ante una increíble sucesión de cuadros espectaculares y

simbólicos, cada uno de los cuales representaba y exaltaba alguna virtud, talento o mérito del pequeño rey.

«A todo lo largo y ancho de Cheapside, de cada azotea y ventana colgaban banderolas y gallardetes y las calles estaban tapizadas con las más costosas alfombras, telas y paños de oro, muestras de la gran riqueza de los mercaderes del lugar, y el esplendor de aquella vía era igualado en otras calles e incluso superado en algunas».

—¡Y todas estas maravillas y prodigios son para darme la bienvenida! —murmuró Tom.

La excitación teñía de rubor las mejillas del falso rey, sus ojos llameaban y sus sentidos flotaban en un delirio de placer. En aquel momento, justo cuando alzaba la mano para lanzar otra generosa dádiva, sus ojos captaron un rostro pálido y atónito que surgía de la segunda fila de espectadores y cuyos ojos se clavaban en él. De pronto se sintió embargado por la consternación. ¡Era el rostro de su madre! Su mano se alzó rápidamente hacia sus ojos, con la palma vuelta hacia afuera, el viejo gesto involuntario nacido de un episodio ya olvidado y perpetuado por el hábito. En pocos segundos la mujer se escabulló de la masa que la apretujaba, cruzó la barrera de guardias y llegó a su lado. Se abrazó a una de sus piernas, la cubrió de besos y exclamó:

—¡Oh, mi hijo! ¡Mi querido hijo!

Lo miraba con el rostro transfigurado por la alegría y el amor. Casi en el mismo instante un oficial de la guardia la apartó vigorosamente, al tiempo que lanzaba una maldición, y la hizo retroceder dando traspiés al lugar de donde surgiera. Las palabras «¡No sé quién eres, mujer!» surgían de los labios de Tom en el momento en que se produjo el lamentable incidente, pero sintió una punzada en el corazón al verla tratada de aquel modo y, al volverse ella para dirigirle una última mirada, ya medio ocultada por la multitud, parecía tan dolorida, tan acongojada, que sobre Tom cayó un sentimiento de vergüenza que consumió su orgullo hasta dejarlo convertido en cenizas y marchitó su usurpada realeza. Sus pompas y esplendores perdieron todo su valor para él y le dio la impresión de que se desprendían de su persona como trapos podridos.

La procesión siguió su camino sin detenerse, cruzando esplendores cada vez mayores y tempestades de aplausos y vítores cada vez más atronadoras, pero para Tom Canty nada de ello existía. No veía ni oía nada. La realeza había perdido su gracia y dulzura y sus pompas se hallaban reducidas a un reproche. El remordimiento le estaba devorando el corazón.

—¡Ojalá Dios me librase de este cautiverio! —exclamó.

Sin darse cuenta, empleaba de nuevo la fraseología de los primeros días de su forzada grandeza.

El reluciente desfile siguió avanzando cual radiante e interminable serpiente por las tortuosas callejas de la ciudad vieja y entre los vítores de sus habitantes, pero el rey cabalgaba con la cabeza gacha y los ojos sin expresión, sin ver otra cosa que el rostro de su madre y la expresión de dolor que en él se había pintado.

—¡Dádivas, dádivas! —gritaba el gentío, pero el grito iba a caer en oídos sordos.

—¡Viva Eduardo de Inglaterra!

Hubiérase dicho que la Tierra se estremecía al oírse aquella exclamación, pero el rey no contestó a ella. La oyó del mismo modo que uno oye el romper de las olas que el viento le trae desde lejos, ya que quedó ahogada por otro sonido aún más próximo, dentro de su propio pecho, en su conciencia acusadora, una voz que incansablemente repetía las vergonzosas palabras:

—¡No sé quién eres, mujer!

Las palabras herían el alma del rey del mismo modo que las campanadas fúnebres hieren el alma del amigo que se queda y que, al oírlas, recuerda las traiciones secretas que el que se ha ido recibió de sus manos.

A cada recodo nuevas glorias se desplegaban ante él, nuevos prodigios y maravillas se ofrecían a sus ojos. El clamor reprimido de las impacientes baterías era puesto en libertad. Nuevas expresiones de entusiasmo surgían de las gargantas de la multitud. Pero el rey no daba señales de oír nada de todo aquello. Solo oía la voz acusadora que le atormentaba por dentro.

Poco a poco, la alegría fue borrándose de los rostros de los espectadores para dejar paso a una expresión de solicitud o angustia, a la vez que se observaba un descenso en el volumen de los aplausos. El Lord Protector se dio cuenta en seguida de aquellos cambios y con la misma rapidez comprendió cuál era su causa. Espoleó su caballo para acercarse al rey, se inclinó sin bajar a tierra, se quitó el sombrero y dijo:

—Mal momento es este para soñar, mi señor. El pueblo se da cuenta de que tenéis la cabeza gacha, el rostro ensombrecido, y lo toman por un mal presagio. Tened cuidado. Apartad el velo que cubre el sol de la realeza y dejad que brille sobre estos vapores de mal agüero para dispersarlos. Levantad la mirada y sonreíd al pueblo.

Así diciendo, el duque esparció un puñado de monedas a derecha e izquierda y luego regresó a su lugar. El falso rey hizo mecánicamente lo que acababan de indicarle. En su sonrisa no había alegría, pero pocos eran los ojos

que estaban lo bastante cerca o poseían suficiente agudeza para detectarlo. Los gestos de su empenachada cabeza al saludar a sus súbditos estaban llenos de gracia y elegancia, las dádivas que surgían de su mano eran regiamente generosas, por lo que se esfumó la ansiedad del pueblo y de nuevo estallaron las aclamaciones con el mismo estruendo de antes.

Con todo, una vez más, poco antes de que concluyera la procesión, el duque se vio obligado a adelantarse y llamar la atención del rey.

—¡Oh, augusto soberano! Quitaos de encima estos humores fatales. Los ojos del mundo os contemplan —susurró, agregando luego con marcado enojo—. ¡El diablo se lleva a esa mendiga loca! Ella es la culpable de la turbación de vuestra alteza.

La elegante figura miró al duque con ojos apagados y con voz inexpresiva dijo:

—¡Era mi madre!

—¡Dios mío! —gritó el Protector, tirando de las riendas para regresar a su sitio—. El presagio ha resultado profético. ¡Se ha vuelto loco otra vez!

Capítulo XXXII

EL DIA DE LA CORONACIÓN

Retrocedamos unas cuantas horas y coloquémonos en la abadía de Westminster a las cuatro de la madrugada de este memorable Día de la Coronación. No estamos sin compañía, ya que, aunque todavía es de noche, vemos que las galerías iluminadas con antorchas se están llenando de gente más que dispuesta a permanecer sentada y quieta y esperar siete u ocho horas hasta que llegue el momento en que puedan ver lo que es poco probable que puedan contemplar dos veces durante sus vidas: la coronación de un rey. Sí, Londres y Westminster han sido escenario de un gran ajetreo desde que el estampido de los cañones dio la señal a las tres de la madrugada y ya se agolpan en las puertas de entrada los ricos sin título nobiliario que han pagado por el privilegio de tratar de hacerse con un asiento en las galerías.

Las horas pasan lentamente, llenas de tedio. Desde hace un rato ha cesado el bullicio, ya que todas las galerías están ya llenas a rebosar. Ya podemos sentarnos a mirar y a pensar a nuestro antojo. De vez en cuando, a través de la penumbra que reina en el interior del templo, vislumbramos fugazmente una de las numerosas galerías o un balcón llenos a más no poder, pero nuestra visión es parcial, ya que las columnas y salientes arquitectónicos nos ocultan parte del espectáculo. Ante nuestros ojos se ofrece la totalidad del crucero norte de la abadía, que se halla vacío en espera de los privilegiados de Inglaterra. Vemos también la amplia plataforma, ricamente alfombrada, sobre la que está instalado el trono. Este ocupa el centro de la plataforma y hay que subir cuatro peldaños para llegar a él. Dentro del asiento del trono se guarda una piedra plana y sin pulir, la Piedra del Destino, sobre la que se sentaron muchas generaciones de reyes escoceses para ser coronados, por lo que, andando el tiempo, se hizo lo suficientemente sagrada como para servir al mismo propósito para los monarcas ingleses. Tanto el trono como el escabel están cubiertos con paño de oro.

Reina la quietud, las antorchas parpadean débilmente, el tiempo transcurre lentamente. Pero por fin la tardía luz diurna acaba por imponerse, se apagan

las antorchas y un suave resplandor invade los amplios espacios. Ahora se ven claramente todos los rasgos del noble edificio, aunque bañados por una luz suave, irreal, pues el sol se halla levemente velado por las nubes.

A las siete se produce la primera interrupción de la soñolienta monotonía, ya que al dar dicha hora hace su entrada en el crucero la primera dama de la nobleza, ataviada con el mismo esplendor que Salomón, y un funcionario vestido de raso y terciopelo la conduce al lugar que le ha sido señalado, al tiempo que un doble de dicho funcionario recoge la cola de la dama, echa a andar tras ella y, cuando toma asiento, le arregla cuidadosamente la cola sobre el regazo. Luego coloca un escabel del modo que ella desea, tras lo cual deja la diadema en un sitio donde ella pueda alcanzarla fácilmente cuando llegue el momento en que todos los nobles deberán ceñir simultáneamente sus coronas y diademas.

En estos momentos ya empiezan a llegar las demás damas nobles formando un reluciente cortejo, mientras los funcionarios vestidos de raso se apresuran de un lado para otro, acomodándolas y procurando que nada las estorbe. La animación impera ya en el lugar. Por todas partes hay movimiento y vida y colorido. Al cabo de un rato, el silencio vuelve a hacerse el amo, pues ya han llegado todas las damas nobles y se hallan todas en su sitio, formando un amplio plantel de flores humanas, resplandecientes los múltiples colores de sus ropajes, formando una especie de Vía Láctea construida con diamantes. Las hay de todas las edades: matronas de pelo blanco y piel arrugada, capaces de echar la vista atrás en el tiempo y recordar la coronación de Ricardo III y los tiempos turbulentos de aquella época ya olvidada; bellas damas de edad mediana; jóvenes y hermosas matronas; dulces y bellas doncellas de ojos radiantes y cutis lozano que probablemente ceñirán con torpeza sus coronas enjoyadas cuando llegue el gran momento, pues la ocasión es nueva para ellas y la excitación dificultará sus movimientos. Con todo, puede que no sea así, pues todas estas damas han sido peinadas especialmente para que la corona quede colocada en su lugar sin contratiempo cuando se dé la señal.

Hemos visto que este nutrido grupo de damas de la nobleza va sobrecargado de diamantes y vemos también que ofrecen un espectáculo maravilloso, pero se acerca ya el momento en que nos quedaremos verdaderamente pasmados. Sobre las nueve de la mañana, las nubes se dispersan inopinadamente y un rayo de luz hiende la semipenumbra y recorre lentamente las filas de damas y cada fila en la que se posa estalla en un brillo cegador de fuegos multicolores y nos cosquillea todo el cuerpo a causa de la

descarga eléctrica que la sorpresa y belleza del espectáculo producen en nosotros. Al poco, un enviado especial de algún remoto rincón del Oriente, marchando con el grupo de embajadores extranjeros, atraviesa esta barrera de luz solar y nos deja sin respiración al ver la gloria que irradia, surge y palpita con fuerza de su persona, pues va cubierto de gemas de la cabeza a los pies y el más leve de sus movimientos lanza a su alrededor una lluvia de alegres resplandores.

Cambiemos el tiempo de los verbos para mayor comodidad: El tiempo fue transcurriendo: una hora, dos horas, dos horas y media. Entonces el tronar de los cañones anunció que por fin había llegado el rey con su magnífica procesión, cosa que llenó de gozo a la multitud que aguardaba. Sabían todos que iban a tener que esperar un poco más, ya que el rey debía prepararse y vestirse para la solemne ceremonia, pero la espera transcurriría agradablemente contemplando la entrada de los pares del reino vestidos con sus mantos de ceremonia. Fueron conducidos con gran pompa hasta sus asientos y les dejaron las coronas al alcance de la mano, mientras la multitud que ocupaba las galerías lo contemplaba todo con vivo interés, ya que la mayoría de los espectadores era la primera vez que veían duques, condes y barones cuyos apellidos sonaban en la historia desde hacía quinientos años. Cuando por fin quedaron todos sentados, el espectáculo que se divisaba desde las galerías y posiciones ventajosas era completo, una delicia para la vista y para el recuerdo.

Entraron entonces los grandes dignatarios de la Iglesia con sus mantos y mitras, acompañados por sus ayudantes, y en fila india fueron a ocupar sus asientos en la plataforma. Los siguieron el Lord Protector y otros cargos importantes y, finalmente, un destacamento de la guardia con coraza de acero.

Siguió una pausa de espera, luego al darse una señal, se produjo un estallido de músicas triunfales y Tom Canty, vestido con un largo manto de paño de oro; apareció en una puerta y subió a la plataforma. Toda la gente se puso en pie y seguidamente tuvo lugar la ceremonia del Reconocimiento.

Seguidamente un noble himno llenó la abadía de melodiosas oleadas de sonido y, tras ser anunciado y bienvenido de tal modo, Tom Canty fue conducido hasta el trono. Las antiguas ceremonias fueron desarrollándose con impresionante solemnidad bajo la atenta mirada del público. A medida que iba acercándose el final, Tom Canty iba poniéndose más y más pálido, al tiempo que sobre su espíritu y sobre su corazón arrepentido caían una tristeza y un abatimiento cada vez mayores.

Por fin llegó el último acto. El arzobispo de Canterbury alzó la corona de Inglaterra del cojín en que se hallaba depositada y la sostuvo sobre la cabeza del falso y tembloroso rey. En el mismo instante un radiante arco iris centelleó en el espacioso crucero, ya que, obedeciendo a un solo impulso, cada uno de los individuos que componían la numerosa concurrencia de nobles alzó su propia corona y la sostuvo sobre su cabeza, quedándose luego quietos en tal postura.

Un profundo silencio se enseñoreó de la abadía. En aquel impresionante momento una asombrosa aparición irrumpió en escena, una aparición que pasó desapercibida a la absorta multitud hasta que de pronto apareció en medio del gran pasillo central. Se trataba de un niño con la cabeza descubierta, mal calzado y vestido con ropas toscas y plebeyas que se le caían a pedazos. Alzó una mano con una solemnidad que poco concordaba con su aspecto sucio y lamentable y procedió a lanzar esta advertencia:

—Os prohíbo colocar la corona de Inglaterra sobre esta cabeza impostora. ¡El rey soy yo!

En seguida varias manos indignadas hicieron presa en el pequeño, pero al mismo tiempo, Tom Canty, vestido con sus regios ropajes, se adelantó rápidamente y con voz sonora exclamó:

—¡Soltadlo! ¡Él es el rey en verdad!

Una mezcla de pánico y asombro cayó sobre los reunidos, haciéndoles levantarse y mirar con ojos llenos de sorpresa a sus vecinos y a los protagonistas de tan inesperada escena, como si se preguntaran si estaban despiertos y en posesión de sus facultades mentales o dormidos y soñando. Pese a estar tan atónito como los demás, el Lord Protector se sobrepuso rápidamente y con voz autoritaria exclamó:

—No hagáis caso a su majestad. La enfermedad ha vuelto a caer sobre él. ¡Apresad a ese vagabundo!

Le habrían obedecido de no ser por el falso rey, que golpeó el suelo con el pie y gritó:

—¡Que nadie se atreva a ponerle la mano encima! ¡Él es el rey!

Las manos se apartaron y todos los presentes quedaron paralizados. Nadie se movía, nadie hablaba. A decir verdad, nadie sabía qué hacer ni qué decir ante una situación tan extraña como sorprendente. Mientras todos se esforzaban por recobrar la serenidad, el pequeño intruso siguió avanzando con porte altanero y expresión de confianza en sí mismo, sin que se hubiese detenido un solo instante desde su entrada en la abadía. Mientras los embrollados cerebros seguían luchando en vano por comprender lo que

ocurría, el pequeño subió a la plataforma y el falso rey corrió a recibirlo con cara de alegría, se arrodilló ante él y dijo:

—Oh, milord rey, dejad que el pobre Tom Canty sea el primero en jurar fidelidad a vos y en decir: «¡Ceñid vuestra corona y ocupad de nuevo el lugar que os corresponde!».

El Lord Protector miró severamente al recién llegado, pero su expresión se desvaneció en seguida y dio paso a otra de asombro. Lo mismo les sucedió a todos los demás magnates. Se miraron unos a otros y dieron un paso atrás como obedeciendo a un mismo impulso inconsciente. En todas las mentes había el mismo pensamiento:

«¡Qué extraño parecido!».

El Lord Protector reflexionó unos instantes, luego con voz grave y respetuosa dijo:

—Con vuestro permiso, señor, deseo hacer ciertas preguntas que…

—Las contestaré, milord.

El duque le hizo muchas preguntas acerca de la corte, del fallecido rey, del príncipe, de las princesas y el muchacho contestó a todas correctamente, sin titubear. Describió los salones de recepción de palacio, los aposentos del difunto monarca y los del Príncipe de Gales.

Resultaba extraño, prodigioso, sí, era inexplicable, según dijeron todos los que lo oyeron. Las cosas empezaban a cambiar y ello hacía que aumentasen las esperanzas de Tom Canty, pero el Lord Protector meneó la cabeza y dijo:

—En verdad que es sumamente maravilloso, pero no es más de lo que puede hacer nuestro señor el rey.

Semejante comentario, así como el hecho de que se refiriera a él como si todavía lo tomara por el rey, entristeció a Tom Canty, que sintió que se desvanecían sus esperanzas.

—Nada de todo esto es una prueba —agregó el Protector.

Las cosas estaban cambiando muy aprisa, muy aprisa realmente, pero no del modo apetecido, sino dejando a Tom Canty en el trono y llevándose al otro con ellas. El Lord Protector reflexionó un poco más y meneó de nuevo la cabeza al pensar:

«Resulta peligroso para el Estado y para todos nosotros que sigamos prestando atención a semejante acertijo. Podría dividir a la nación y minar el trono».

Se volvió y dijo:

—Sir Thomas, arrestad a este… ¡No, esperad!

Se le iluminó el rostro y le espetó esta pregunta al harapiento aspirante al trono:

—¿Dónde está el Sello Real? Dime la verdad y el acertijo quedará resuelto, puesto que solo quien sea Príncipe de Gales puede darnos la respuesta. ¡De una cosa tan trivial depende un trono y una dinastía!

Fue una ocurrencia afortunada, feliz. Que así la consideraron los magnates quedó demostrado por el silencioso aplauso que circuló de uno a otro en forma de miradas de aprobación. Sí, nadie salvo el verdadero príncipe podía resolver el misterio impenetrable del desaparecido Sello Real. Al pequeño impostor le habían enseñado bien la lección, pero en este detalle las enseñanzas recibidas fracasarían estrepitosamente, ya que ni siquiera su mismo maestro podía responder a esa pregunta. ¡Magnífico, magnífico, ahora nos libraremos de este engorroso y arriesgado asunto en un decir Jesús! Expresaron imaginariamente su aprobación y se sonrieron satisfechamente para sus adentros, al tiempo que miraban al necio intruso esperando verlo paralizado por la confusión y la culpabilidad. ¡Cuál sería su sorpresa al ver que nada de ello sucedía! ¡Cómo se maravillaron al oírle contestar prestamente, con voz tranquila y confiada!:

—No hay nada que sea difícil en este acertijo.

Luego, sin encomendarse a Dios ni al diablo, se volvió y dio una orden con el aire de quien está acostumbrado a mandar:

—Milord St. John, id a mi gabinete privado de palacio, pues nadie mejor que vos conoce el lugar, y cerca del suelo, en el rincón de la izquierda más alejado de la puerta que da a la antecámara, veréis en la pared la cabeza de un clavo de bronce. Apretadlo y se abrirá un pequeño joyero que ni siquiera vos conocéis. No, ni nadie más en el mundo lo conoce salvo yo y el artesano de confianza que me lo fabricó. Lo primero que veréis será el Sello Real. Traédmelo aquí.

Todos los presentes se quedaron boquiabiertos al oírle y más boquiabiertos aún al ver cómo el pequeño mendigo escogía a aquel par del reino sin vacilar ni dar muestras de temor a equivocarse, llamándole por su nombre con tan convincente aire de haberlo conocido toda la vida. El par se llevó tal sorpresa que estuvo en un tris de obedecer. Incluso hizo como si fuera a salir de la sala, pero rápidamente recobró la serenidad y confesó su error por medio de su rubor. Tom Canty se volvió hacia él y secamente dijo:

—¿Por qué titubeáis? ¿No habéis oído la orden del rey? ¡Idos!

Lord St. John hizo una profunda reverencia que, según pudieron observar los presentes, fue significativamente cautelosa, evasiva, ya que no iba dirigida

a ninguno de los dos reyes, sino al terreno neutral que había entre los dos, y salió de la estancia.

Comenzó entonces entre el grupo de los dignatarios un movimiento lento, a duras penas perceptible y, pese a ello, continuo y persistente, un movimiento como el que se observa al girar lentamente un calidoscopio, haciendo que los componentes de un vistoso grupo se desprendan del mismo para unirse a otro, un movimiento que poco a poco, en el caso presente, disolvió la reluciente multitud que rodeaba a Tom Canty para volver a arracimarse cerca del recién llegado. Tom Canty se quedó casi solo. Se produjo entonces una breve pausa cargada de profunda incertidumbre durante la cual incluso los escasos pusilánimes que aún seguían cerca de Tom Canty reunieron el valor suficiente para pasarse uno tras otro al bando de la mayoría. De manera que, finalmente, Tom Canty, vestido y adornado con sus ropajes y joyas de rey, se quedó completamente a solas y aislado del mundo, convertido en una conspicua figura que ocupaba un elocuente hueco.

Vieron entonces que lord St. John regresaba. A medida que avanzaba por el pasillo central, el interés de los espectadores se hacía tan intenso que el sordo rumor de las conversaciones se apagó y fue sustituido por un profundo silencio, por una quietud expectante, a través del cual sus pisadas se oían como un sonido sordo y lejano. Todos los ojos se hallaban clavados en él mientras seguía avanzando. Llegó a la plataforma, se detuvo un instante, luego se acercó a Tom Canty y, haciendo una profunda reverencia, dijo:

—¡Señor, el Sello no está allí!

Es imposible que la gente huya de un apestado con la misma rapidez con que el grupo de cortesanos pálidos y asustados se apartó del andrajoso y joven pretendiente al trono, que en unos segundos se encontró completamente solo, sin ningún amigo o seguidor, transformado en el blanco de una espesa lluvia de miradas de desprecio y de ira.

—¡Arrojad a este mendigo al arroyo! —gritó fieramente el Lord Protector —. ¡Azotadlo por las calles! ¡No hagamos más caso a este miserable!

Los oficiales de la guardia saltaron hacia él con el propósito de obedecer, pero Tom Canty los detuvo con un gesto y dijo:

—¡Atrás! ¡Quien le ponga la mano encima se juega la vida!

El Lord Protector se quedó perplejo a más no poder.

—¿Has buscado bien? —le preguntó a lord St. John—. Aunque de nada sirve preguntarlo. En verdad que la cosa resulta sumamente extraña. Las cosas pequeñas, triviales, nos pasan desapercibidas sin que nos asombremos por

ello. Pero que una cosa tan voluminosa, un disco de oro grueso como es el Sello de Inglaterra pueda esfumarse sin que nadie logre dar con su rastro…

Con los ojos brillándole de satisfacción, Tom Canty dio un salto hacia adelante y gritó:

—¡Alto! ¡Ya basta! ¿Era redondo? ¿Y grueso? ¿Y tenía letras y dibujos grabados? ¿Sí? ¡Oh, entonces ya sé qué es este Sello Real que tantos quebraderos de cabeza está causando! Si me lo hubierais descrito, lo habríais podido recuperar hace tres semanas. Bien sé dónde está, aunque no fui yo quien lo puso allí… el primero.

—¿Quién entonces, mi señor? —preguntó el Lord Protector.

—Quien aquí veis… el verdadero rey de Inglaterra. Él mismo os dirá dónde está y entonces creeréis que lo sabía sin que nadie se lo dijera. Pensadlo bien, majestad, azuzad vuestra memoria… fue lo último que hicisteis aquel día antes de salir corriendo de palacio, vestido con mis harapos, para castigar al soldado que me había insultado.

Se hizo el silencio sin que un solo movimiento o susurro lo quebrase y todos los ojos se clavaron en el recién llegado, que con la cabeza baja y la frente arrugada buscaba en su memoria entre un montón de recuerdos sin valor un pequeño y escurridizo detalle que, de ser encontrado, le devolvería el trono, pero que, de no hallarlo, le dejaría para siempre tal como estaba, convertido en un mendigo y un paria. Los momentos pasaban uno tras otro, se convertían en minutos y el pequeño seguía luchando en silencio, sin dar muestra de haber encontrado lo que buscaba. Pero por fin soltó un suspiro, meneó lentamente la cabeza y con labios temblorosos y voz abatida dijo:

—Recuerdo la escena, toda ella, pero el Sello no encuentra lugar en ella.

Hizo una pausa, alzó la mirada y con serena dignidad dijo:

—Milores y caballeros, si queréis robarle a vuestro verdadero soberano lo que es suyo por falta de unas pruebas que él no os puede dar, nada puedo hacer por impedirlo. Pero…

—¡Oh, insensatez! ¡Oh, locura, mi rey! —exclamó Tom Canty presa de pánico—. ¡Esperad! ¡Pensad! ¡No os deis por vencido! ¡La causa no está perdida! ¡Ni lo estará! Escuchad lo que os digo y no os perdáis una sola palabra. Voy a haceros revivir aquella mañana, con todo cuanto en ella acaeció. Conversamos y os hablé de mis hermanas, Nan y Bet… ¡ah, sí, veo que os acordáis! También os hablé de mi anciana abuela y de los toscos juegos de los chicos de la Plazoleta de los Desperdicios. Sí, veo que también de esto os acordáis. Muy bien, seguid escuchándome y lo recordaréis todo. Me disteis de comer y beber y con principesca cortesía hicisteis que se

retirasen los criados, para que mis burdos modales no me avergonzasen ante ellos. ¡Ah, sí, también os acordáis de esto!

Mientras Tom iba indicando los detalles y el otro muchacho asentía con la cabeza al recordarlos, los dignatarios y el público contemplaban la escena llenos de perplejidad y asombro. El cuento parecía cierto y, pese a ello, ¿cómo podía haberse producido tan inverosímil asociación entre un príncipe y un mendigo? Nunca hubo un grupo de gente tan perpleja, tan interesada y tan estupefacta.

—En broma, mi príncipe, nos cambiamos los vestidos. Luego nos pusimos delante del espejo y tanto nos parecíamos que ambos dijimos que daba la impresión de que no se hubiese producido ningún cambio. Sí, no lo habéis olvidado, ¿verdad? Entonces os disteis cuenta de que el soldado me había herido la mano. ¡Mirad! Aquí la tenéis. Tengo los dedos tan rígidos que ni siquiera puedo escribir con ella. Entonces vuestra alteza juró vengarse de aquel soldado y echó a correr hacia la puerta. Pasó junto a una mesa y eso que llamáis el Sello estaba sobre aquella mesa. Lo cogisteis rápidamente y mirasteis a vuestro alrededor en busca de un lugar donde esconderlo. Vuestros ojos se posaron en…

—¡Ea! ¡Basta ya! ¡Dios sea loado! —exclamó el andrajoso pretendiente presa de gran agitación—. Id, mi buen St. John, y en un brazo de la armadura milanesa que está colgada en la pared hallaréis el Sello.

—¡Muy bien, mi rey, muy bien! —exclamó Tom Canty—. Ahora vuelve a ser vuestro el cetro de Inglaterra. ¡Y mejor le sería haber nacido mudo a quien osara disputároslo! ¡Id, milord St. John! ¡Poned alas en vuestros pies!

Toda la concurrencia se había puesto en pie y parecía trastocada por la inquietud, la aprensión y una excitación avasalladora. En la plataforma y en el resto de la sala estalló un zumbido de frenéticas conversaciones y durante un rato nadie supo, oyó ni se interesó por nada salvo por lo que su vecino le estaba gritando al oído o él le estaba gritando al oído al vecino. El tiempo, nadie supo cuánto, pasó volando sin que nadie se diera cuenta. Finalmente, un súbito silencio se abatió sobre el lugar y en el mismo instante St. John hizo acto de presencia en la plataforma sosteniendo el Sello Real en la mano. ¡Qué griterío el de entonces!

—¡Viva el verdadero rey!

Durante cinco minutos el aire se estremeció a causa de los gritos y el estrépito de los instrumentos musicales, al tiempo que se teñía de blanco con el agitar de un sinfín de pañuelos. Y en medio de toda la algarabía un mozalbete harapiento, la figura más conspicua de Inglaterra, permanecía

ruborizado, feliz y orgulloso en el centro de la espaciosa plataforma, con los grandes vasallos del reino arrodillados a su alrededor.

Luego todos se levantaron y Tom Canty gritó:

—¡Ahora, oh mi rey, tomad estas regias prendas y devolvedle al pobre Tom, vuestro servidor, sus míseros andrajos!

—¡Desnudad a este bribonzuelo y encerradlo en la Torre! —exclamó el Lord Protector.

Pero el nuevo rey, el verdadero rey, dijo:

—No quiero que así se haga. De no haber sido por él, no habría recuperado mi corona. Que nadie le ponga la mano encima para hacerle daño. Y en cuanto a ti, mi buen tío, mi Lord Protector, esta conducta tuya no muestra agradecimiento hacia este pobre muchacho, ya que, según he oído decir, él te ha nombrado duque.

El Protector se ruborizó.

—Con todo —prosiguió el rey—, como él no era el rey, ¿qué valor tiene ahora tu bonito título? Mañana me solicitarás, a través de él, la confirmación, de lo contrario, en vez de duque, seguirás siendo un simple conde.

Ante esta regañina, su gracia el duque de Somerset creyó prudente apartarse discretamente durante un rato. El rey se dirigió hacia Tom y le dijo amablemente:

—Mi pobre muchacho, ¿cómo pudiste recordar dónde había escondido el Sello si yo mismo no podía acordarme?

—Ah, mi rey, muy sencillo, ya que lo utilicé varias veces.

—¿Lo utilizaste y pese a ello no podías explicar dónde estaba?

—No sabía que era eso lo que andaban buscando. Además no lo describieron, majestad.

—¿Entonces cómo lo utilizaste?

La sangre empezó a acudir a las mejillas de Tom, que bajó los ojos y se quedó callado.

—Habla, buen muchacho, y no temas nada —dijo el rey—. ¿Cómo utilizaste el Sello Real de Inglaterra?

Tom tartamudeó unos instantes, dominado por una patética confusión, y finalmente consiguió decir:

—¡Lo utilicé para cascar nueces!

Pobre pequeño, la avalancha de risas que acogió sus palabras estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio. Pero si a alguien le quedaba alguna duda referente a que Tom Canty no era el rey de Inglaterra y desconocía los augustos accesorios de la realeza, esta respuesta la disipó por completo.

Mientras tanto, quitaron el suntuoso manto de ceremonia de los hombros de Tom y lo colocaron sobre los del rey, cuyos harapos quedaron perfectamente disimulados debajo. Entonces se reanudaron las ceremonias de la coronación. El nuevo rey fue ungido y colocaron la corona sobre su cabeza mientras los cañones tronaban comunicando la noticia a la ciudad y todo Londres parecía estremecerse con los aplausos.

Capítulo XXXIII

EDUARDO EL REY

Miles Hendon era ya un personaje pintoresco antes de tomar parte en el tumulto del Puente de Londres, pero lo era aún más cuando salió de él. Poco dinero tenía al meterse en el lío, pero estaba sin blanca al terminar el mismo. Los rateros le quitaron hasta el último penique.

Pero eso no le importaba si conseguía encontrar al muchacho. Siendo un soldado, no emprendió la búsqueda al buen tuntún, sino que antes se trazó meticulosamente un plan de campaña.

¿Qué era lo más lógico que hiciera el pequeño? ¿Adónde era de esperar que se dirigiese? Miles se dijo que lo más natural era que regresara al lugar de donde había salido, ya que el instinto de las mentes enfermas, al igual que el de las sanas, obra siempre así al verse desamparadas y abandonadas. ¿Y de dónde habría salido? Sus andrajos, unidos al aspecto del villano que parecía conocerlo y que incluso afirmaba ser su padre, indicaban que su hogar estaba en alguno de los barrios más pobres y miserables de Londres. ¿Resultaría larga o difícil la búsqueda? No, lo más probable era qué resultase fácil y breve. No se pondría a buscar al pequeño, sino que buscaría una multitud, ya que en el centro de una multitud, fuese grande o pequeña, encontraría antes o después a su pobre y pequeño amigo. Estaba seguro de ello. Y la desharrapada chusma se estaría divirtiendo molestando y escarneciendo al pequeño, el cual, como de costumbre, se hallaría proclamando su condición de rey. Entonces Miles Hendon les arreglaría las cuentas a varios de aquellos sujetos y rescataría a su pequeño pupilo, para consolarlo y animarlo con palabras cariñosas, y nunca más volverían a separarse.

Así, pues, Miles emprendió la búsqueda. Hora tras hora recorrió los callejones y las míseras callejas en busca de grupos y multitudes. Encontró un sinfín de ellas, pero ni rastro del chico. Esto lo sorprendió en gran manera, aunque no lo desanimó. A su modo, de ver, no había ningún fallo en su plan de campaña. En todo caso, se habría equivocado al calcular la duración de la

campaña, creyendo que sería corta cuando en realidad se estaba prolongando considerablemente.

Al hacerse de día, llevaba recorridas muchas millas y había examinado bastantes multitudes, pero sin otro resultado que un cansancio tolerable, un hambre más que mediana y mucho sueño. Tenía ganas de desayunar, pero carecía de dinero para pagárselo. No se le ocurrió pedirlo como limosna. En cuanto a empeñar la espada, antes se habría desprendido de su honor. Podía prescindir de algunas de sus prendas, cierto, pero le hubiese resultado tan fácil encontrar a alguien que quisiera comprárselas como hallar a alguien dispuesto a dejarse contagiar una enfermedad.

Al llegar el mediodía, seguía buscando entre la chusma que iba a la zaga de la procesión real, ya que se dijo que el regio espectáculo ejercería una poderosa atracción sobre el pequeño lunático. Siguió al cortejo en su sinuoso recorrido a través de Londres hasta llegar a Westminster y la abadía. Anduvo a la deriva entre las multitudes que se agolpaban en las cercanías del templo. Así estuvo durante largo rato, cansado, perplejo y desconcertado, hasta que finalmente se alejó con la intención de tratar de perfeccionar su plan de campaña. Al cabo de un rato, cuando por fin salió de su ensimismamiento, comprobó que la ciudad quedaba muy atrás, y que el día se estaba acercando a su fin. Se hallaba en el campo, cerca del río, en una región donde abundaban las residencias aristocráticas y que no constituía la clase de lugar donde un individuo vestido como él sería bien acogido.

No hacía ni pizca de frío, así que se tumbó al resguardo de un seto para pensar y descansar. La somnolencia fue apoderándose poco a poco de sus sentidos y a sus oídos llegó en alas del viento el lejano estampido de los cañones.

—Ya han coronado al nuevo rey —se dijo a sí mismo.

Al instante se durmió. Llevaba más de treinta horas sin dormir ni descansar. No despertó hasta bien entrada la mañana siguiente.

Se levantó cojeando, rígido y medio muerto de hambre. Se lavó en el río, calmó el estómago bebiendo uno o dos cuartillos de agua y con paso fatigoso se encaminó hacia Westminster, enojado consigo mismo por haber desperdiciado tanto tiempo. El hambre le ayudó a trazarse un nuevo plan. Trataría de entrevistarse con sir Humphrey Marlow y le pediría prestado un poco de dinero y… Pero de momento ya le bastaba con este plan. Ya tendría tiempo de ampliarlo una vez cumplida la primera etapa.

Sobre las once se aproximó al palacio y, aunque le rodeaba toda una hueste de gente llamativamente ataviada que iba en la misma dirección, no

pasó desapercibido. Sus ropas se encargaron de que así fuese. Escudriñó el rostro de aquellas gentes, esperando encontrar un alma caritativa que desease dar su nombre al viejo lugarteniente, ya que estaba totalmente descartado tratar de penetrar en palacio por las buenas.

Al poco, pasó por su lado el chico de los azotes, que se volvió y lo miró atentamente, al tiempo que se decía:

—Si ese no es el vagabundo por el que tanto se preocupa su majestad, yo soy un asno… aunque probablemente ya lo soy de todos modos. Responde a la descripción con pelos y señales. Que Dios hiciera a dos personas tan iguales sería abaratar los milagros a base de repetirlos. Me gustaría encontrar una excusa para hablarle.

Miles Hendon le resolvió el problema, ya que en aquel momento se volvió, como generalmente se vuelve un hombre cuando alguien lo hipnotiza mirándole fijamente por detrás, y, observando que el pequeño lo estaba contemplando con gran interés, se le acercó y dijo:

—Veo que acabas de salir de palacio, ¿es que vives en él?

—Sí, señoría.

—¿Conoces a sir Humphrey Marlow?

El muchacho se sobresaltó y dijo para sus adentros:

—¡Dios mío! ¡Habla de mi difunto padre!

Luego, en voz alta, contestó:

—Muy bien le conozco, señoría.

—Estupendo. ¿Está dentro?

—Sí —dijo el muchacho, agregando para sí—: Dentro de su tumba.

—¿Puedo pedirte el favor de que le trasmitas mi nombre, diciéndole que suplico me conceda una entrevista confidencial?

—Gustosamente lo haré, señoría.

—Entonces dile que Miles Hendon, hijo de sir Richard, está aquí fuera. Te estaré sumamente agradecido, mi buen muchacho.

El chico puso cara de decepción.

—No fue así como lo llamó el rey —dijo para sí mismo—. Pero no importa. Este es su hermano gemelo y podrá darle a su majestad noticias del otro, de sir Cómo se Llame.

Así que, dirigiéndose a Miles, dijo:

—Entrad aquí un momento, señor, y esperad a que os venga a avisar.

Hendon se retiró al lugar indicado, que era una especie de hueco en el muro del palacio. Había en él un banco de piedra y lo utilizaban los centinelas para resguardarse del mal tiempo. Apenas acababa de sentarse cuando pasó

un grupo de alabarderos bajo el mando de un oficial. Este, al ver a Hendon, ordenó a sus hombres que se detuvieran y a Miles que se adelantase. Hendon obedeció y al instante quedó arrestado por ser un sospechoso que merodeaba dentro del recinto del palacio. Las cosas comenzaban a ponerse feas. El pobre Miles se disponía a dar explicaciones, pero el oficial le mandó callar con pocos miramientos y ordenó a sus hombres que lo desarmasen y registrasen.

—Quiera Dios que encuentren algo —dijo el pobre Miles—. Porque yo he buscado y rebuscado sin encontrar nada, pese a que mi necesidad es mayor que la suya.

No encontraron nada salvo un documento. El oficial lo desdobló y Miles sonrió al reconocer los garabatos trazados por su pequeño amigo aquel negro día en Hendon Hall. El rostro del oficial se ensombreció al leer el párrafo en inglés, mientras que el de Miles se volvía blanco al escucharlo.

—¡Otro pretendiente a la corona! —exclamó el oficial—. En verdad que hoy día se multiplican como los conejos. Sujetad a este bribón, muchachos, y procurad que no se os escape mientras hago que este papel llegue a manos del rey.

Se alejó apresuradamente, dejando al prisionero en poder de los alabarderos.

—Por fin se ha terminado mi mala suerte —musitó Hendon—, pues por culpa de ese escrito, no hay duda de que pronto colgaré de una soga. ¿Qué será de mi pobre muchacho? ¡Solo el buen Dios lo sabe!

Al cabo de unos instantes, vio que regresaba el oficial con mucha prisa, por lo que hizo acopio de valor para hacer frente a su destino como corresponde a un hombre. El oficial ordenó a sus hombres que soltasen al prisionero y le devolvieran la espada; luego se inclinó respetuosamente y dijo:

—Tened la bondad de seguirme, señor.

Así lo hizo Hendon, diciéndose para sí:

—Si no fuera porque me dirijo hacia la muerte y el juicio final, por lo que debo economizar mis pecados, de buena gana estrangularía a ese bribón que se burla de mí con tanta cortesía.

Los dos cruzaron un populoso patio y llegaron a la gran entrada del palacio, donde el oficial, tras hacer otra reverencia, entregó a Hendon en manos de un importante dignatario, que lo recibió con profundo respeto y lo condujo a través de un espacioso vestíbulo, a ambos lados del cual había una fila de lacayos elegantemente ataviados (que les saludaron respetuosamente al pasar, pero se retorcieron de muda risa ante el espectáculo que ofrecía nuestro espantapájaros una vez este les hubo vuelto la espalda). Subieron una amplia

escalinata, entre grupos de personas distinguidas, y finalmente el dignatario penetró en una inmensa sala, le abrió paso entre la nobleza de Inglaterra allí reunida, luego hizo una reverencia, le recordó que debía quitarse el sombrero y lo dejó de pie en mitad de la sala, convertido en el blanco de todas las miradas, de gran número de expresiones de indignación y de bastantes sonrisas entre divertidas y despectivas.

Miles Hendon se sentía totalmente desconcertado. Sentado bajo un palio de ceremonias, a cinco pasos de donde él se hallaba, estaba sentado un joven rey que con la cabeza doblada hacia un lado hablaba con una especie de ave del Paraíso humana, tal vez un duque. Hendon se dijo que ya resultaba bastante duro verse sentenciado a muerte en lo mejor de la vida sin que, encima, tuviera que soportar semejante humillación en público. Deseó que el rey se diera prisa en despachar el asunto. Algunos de los elegantes personajes que estaban cerca de él empezaban a mostrarse ofensivos. En aquel instante, el rey alzó levemente la cabeza y Hendon pudo verle bien la cara. ¡Lo que vio estuvo a punto de quitarle la respiración! Se quedó como clavado en el suelo, mirando fijamente el rostro del joven, luego, al cabo de un rato, exclamó:

—¡El señor del Reino de los Sueños y las Sombras en su trono!

Musitó algunas frases entrecortadas, sin apartar la mirada ni dejar de maravillarse, luego recorrió toda la sala con los ojos, escudriñando la distinguida concurrencia y el espléndido aposento, musitando:

—Pero todo esto es de veras. Es realidad. En verdad que no estoy soñando.

Volvió a mirar al rey y pensó:

«¿Será un sueño? ¿Es el verdadero soberano de Inglaterra y no el pobre Tom que yo creía? ¿Quién me resolverá semejante acertijo?».

Una súbita idea hizo que sus ojos refulgiesen. Se acercó con grandes zancadas a la pared, cogió una silla, volvió a su sitio ¡y se sentó en ella!

Al instante se oyó un zumbido de indignación, al tiempo que una mano se posaba bruscamente en su hombro y alguien exclamaba:

—¡Levántate, payaso maleducado! ¿Cómo te atreves a sentarte en presencia del rey?

El alboroto atrajo la atención de su majestad, que extendió una mano y gritó:

—¡Que nadie lo toque! ¡Está en su derecho!

La muchedumbre retrocedió presa de estupefacción.

—Sabed todos, damas, lores y caballeros —prosiguió el rey—, que este es mi digno y bianamado servidor Miles Hendon, merced a cuya espada su

príncipe se salvó de un serio percance y tal vez de la misma muerte. Y por esto yo, el rey, lo he nombrado caballero. Sabed también que por un servicio aún más valioso, pues salvó a su soberano de la vergüenza de ser azotado en público, recibiendo él mismo los azotes, es ahora un par de Inglaterra, conde de Kent, y recibirá oro y tierras como corresponde a su dignidad. Es más, el privilegio del que acaba de hacer uso es una concesión de la corona, pues hemos ordenado que los de su estirpe gocen del derecho de permanecer sentados en presencia de su majestad el rey de Inglaterra a partir de ahora, por los siglos de los siglos, mientras perdure la corona. Que nadie lo moleste.

Dos personas que se habían demorado y acababan de llegar procedentes del campo durante la mañana y que llevaban solo cinco minutos en la sala escuchaban las palabras del rey y miraban a este, luego al espantapájaros, luego otra vez al rey, mientras en su cara se pintaba el estupor. Se trataba de sir Hugh y de *lady* Edith. Pero el nuevo conde no los vio. Seguía mirando fijamente al monarca y musitando:

—¡Dios mío! ¡Este es mi mendigo! ¡Este es mi lunático! ¡A este quería mostrarle yo lo que era la grandeza enseñándole mi casa de setenta habitaciones y veintisiete sirvientes! ¡Este es el que solo con harapos se había vestido en su vida, el que no conocía más caricias que los puntapiés y cuyo único alimento eran los desperdicios! ¡A este adopté yo para convertirlo en una persona respetable! ¡Así quisiera Dios que me tragase la tierra!

Luego recuperó súbitamente la compostura, se arrodilló y, cogiendo las manos del rey, le juró lealtad y le rindió tributo por las tierras y títulos recibidos. Luego se puso en pie y respetuosamente se echó a un lado, blanco todavía de todas las miradas y de no poca envidia.

El rey se dio entonces cuenta de la presencia de sir Hugh y con voz enojada y ojos llameantes dijo:

—¡Despojad a este ladrón de sus falsas pompas y de las tierras que ha robado! ¡Encerradlo bajo llave y candado hasta que lo mande llamar!

Varios soldados de la guardia se llevaron al que hasta entonces fuera sir Hugh.

En aquel momento se produjo cierta agitación en el otro extremo de la sala. La gente se apartó para abrir paso y, precedido por un ujier, Tom Canty, vestido con ropas pintorescas aunque no por ello menos lujosas, avanzó por aquel pasadizo de paredes vivientes. Se arrodilló a pocos pasos del rey, que le dijo:

—Me he enterado de lo ocurrido durante estas últimas semanas y estoy muy contento de ti. Has gobernado mi reino con gran bondad y compasión,

como corresponde a un rey. ¿Has vuelto a encontrar a tu madre y a tus hermanas? Muy bien. No quedarán desamparadas y tu padre será ahorcado si así lo deseas y la ley lo consiente. Sabed, todos los que oís mi voz, que a partir de este día los que vivan al amparo del Hospital de Cristo y disfruten de la generosidad del rey verán sus mentes y corazones alimentados del mismo modo que lo son otras partes menos nobles y este muchacho morará allí y durante toda su vida ostentará el cargo principal de su honorable junta de gobierno. Y, habida cuenta de que ha sido rey, es necesario que se le tributen respetos más grandes que los habituales. Así, pues, observad bien su traje de ceremonia, pues por él será reconocido y nadie podrá copiárselo y adonde quiera que vaya servirá para recordar a la gente que en su día formó parte de la realeza y nadie podrá negarle el respeto y los saludos que le corresponden. Goza de la protección del trono y del apoyo de la corona y se le conocerá y llamará por el honorable título de Guardián del Rey.

Orgulloso y feliz, Tom Canty se levantó, besó la mano del rey y se marchó escoltado por la guardia. No perdió ni un segundo, sino que voló en busca de su madre para contárselo todo a ella, a Nan y a Bet, para que le ayudasen a disfrutar de la gran noticia.

Conclusión

JUSTICIA Y CASTIGO

Una vez quedaron aclarados todos los misterios, Hugh Hendon confesó que su esposa había repudiado a Miles por orden suya aquel día en Hendon Hall. Su orden fue apoyada por la firme promesa de quitarle la vida si no negaba la identidad de Miles Hendon en aquel momento y en lo sucesivo. Ella contestó que podía quitársela, pues ningún valor tenía para ella y, además, se negaba a repudiar a Miles. Entonces su esposo dijo que respetaría su vida, pero haría asesinar a Miles. Esto era otro cantar, de manera que ella le dio su palabra y la mantuvo.

Hugh no fue enjuiciado por amenazas ni por robar las propiedades de su hermano y usurpar su título, ya que ni la esposa ni el hermano se avinieron a testificar en su contra y, además, a la primera no le habría sido permitido aunque quisiera hacerlo. Hugh abandonó a su esposa y se marchó al Continente, donde murió al poco tiempo, por lo que el conde de Kent pudo casarse con su viuda. Hubo grandes festejos en el pueblo de Hendon cuando la pareja hizo su primera visita al lugar.

Del padre de Tom Canty nunca más se supo.

El rey hizo buscar al campesino que había sido marcado al rojo y vendido como esclavo y lo redimió de su vida de malhechor, facilitándole luego los medios para que llevase una vida digna.

También sacó de la prisión al viejo letrado y le conmutó la multa. Proveyó de hogares confortables a las hijas de las dos mujeres baptistas a las que había visto perecer en la hoguera y castigó merecidamente al hombre que había hecho castigar injustamente a Miles Hendon.

Salvó del cadalso al muchacho que había capturado el halcón perdido y también a la mujer que había robado un poco de paño al tejedor. Pero no llegó a tiempo de salvar al hombre condenado por matar un ciervo en el bosque real.

Otorgó sus favores al juez que se había compadecido de él al ser acusado de robar un cerdo y tuvo la satisfacción de ver cómo se granjeaba la

estimación general y llegaba a ser un gran hombre respetado y querido por todos.

Durante toda su vida le gustó al rey contar la historia de sus aventuras, de cabo a rabo, desde el momento en que el centinela lo alejó a golpes de la puerta de palacio hasta aquella última medianoche en que se mezcló hábilmente entre los atareados obreros y se coló en la abadía, donde se encaramó hasta la tumba del Confesor y se escondió en ella, durmiendo luego hasta tan tarde que estuvo a punto de perderse la coronación. Decía que la frecuente repetición de tan valiosa lección le hacía mantenerse firme en su propósito de hacer que las enseñanzas recibidas redundasen en beneficio de su pueblo, por lo que, mientras Dios lo tuviera en este mundo, seguiría contando la historia para que las penosas escenas que había contemplado siguieran frescas en su memoria y no se agotasen las fuentes de la compasión en su corazón.

Miles Hendon y Tom Canty fueron los favoritos del rey durante su breve reinado y lamentaron sinceramente su muerte. El buen conde de Kent tenía demasiado buen sentido para abusar de su especial privilegio, pero lo ejercitó dos veces después de la ocasión que ya hemos visto y antes de que el Señor lo llamase a su lado: una fue al subir al trono la reina María y la otra al hacerlo la reina Isabel. Uno de sus descendientes lo ejercitó al subir al trono Jacobo I. Antes de que este hijo suyo lo ejercitase, transcurrió casi un cuarto de siglo y «el privilegio de los Kent» se borró del recuerdo de la mayoría de la gente, por lo que, cuando el Kent de aquella época apareció ante Carlos I y su corte y se sentó en presencia del soberano para afirmar y perpetuar aquel derecho de su casa, ¡hay que ver la que se armó! Pero no tardó en aclararse lo sucedido y el derecho fue confirmado. El último conde de la estirpe cayó en las guerras civiles luchando por el rey y con él se extinguió el privilegio.

Tom Canty vivió hasta edad muy avanzada y se convirtió en un magnífico anciano de pelo blanco y porte grave y benigno. Fue enaltecido hasta el día de su muerte y también venerado, ya que su sorprendente y peculiar indumentaria hizo que nadie olvidase que «en sus tiempos había formado parte de la realeza». Así, pues, dondequiera que hiciese acto de presencia, la gente le abría paso y susurrando se decían unos a otros:

—¡Quítate el sombrero, que es el Guardián del Rey!

Y lo saludaban y él correspondía con una bondadosa sonrisa, que era muy apreciada puesto que su historia era muy honorable.

Sí, el rey Eduardo VI vivió solamente unos pocos años, pobre muchacho, pero los vivió provechosamente. Más de una vez, cuando algún gran

dignatario o algún encumbrado vasallo de la corona se quejaba de su lenidad y aducía que alguna ley que su majestad se empeñaba en reformar era ya lo bastante suave para su finalidad y no producía ningún sufrimiento u opresión dignos de ser tenidos en cuenta, el joven rey volvía hacia su interlocutor la lúgubre elocuencia de sus grandes y compasivos ojos y respondía:

—¿Qué sabes tú de sufrimientos y opresión? Yo y mi pueblo sí sabemos, pero tú no.

El reinado de Eduardo VI resultó singularmente benigno y compasivo para aquella dura época. Ahora que vamos a despedirnos de él, tratemos de tenerlo presente en honor suyo.